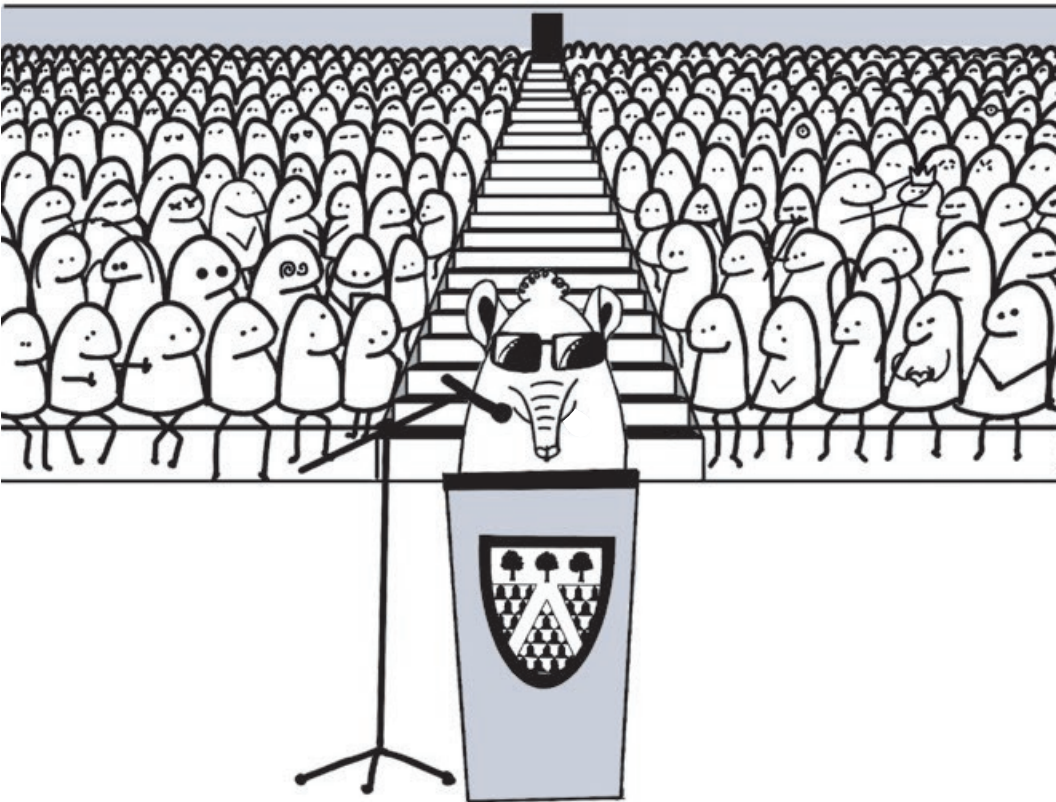


DISCURSOS DE ONCE

PROMOCIÓN 2023



DISCURSOS DE ONCE

PROMOCIÓN 2023



COLEGIO LOS NOGALES

Desde el 2019 no habíamos vuelto a publicar un libro de discursos. El primero de estos libros fue publicado en el 2016 gracias a María Mercedes Casas. En 1995, Luisa Pizano dio inicio a esta tradición y unos años más tarde determinó que fuera un requisito de grado. Tiempo después, Francisco Barrios y Federico López extendieron esta tradición en octavo. Como en tantas otras ocasiones, los estudiantes de once han debido asumir una ineludible tarea al escribir sus discursos: precisar un sentido sobre lo vivido. Un discurso los enfrenta necesariamente a esta cuestión, pues la omisión y la selectividad de los hechos y las ideas, que son dos pilares del pensamiento y de la abstracción, son necesarias en la elaboración del discurso. La tarea que tienen nuestros estudiantes no es sencilla, pues deben ponderar el fruto de su propio nogal; frente a una página en blanco, todos deben intentar abrir el pericarpio que les atañe. De ahí que Mireia enfatice que los discursos deben tratar, no del legado de los estudiantes en el colegio, sino del legado del colegio en ellos. Tras un poco más de una década en el colegio, ¿qué puede cosechar un estudiante de este colegio? Debemos seguir trabajando para que los discursos sigan este propósito. Así pues, el ejercicio exige de ellos, en principio, una mirada crítica y un dominio suficiente de la lengua y de la expresión oral que propicie la comprensión y la comunicación, y, en el mejor de los casos, la elocuencia. Los textos que siguen a continuación deberán dar cuenta de las habilidades de expresión y reflexión de nuestros estudiantes.

No hay duda de que los discursos provienen de la observación. En ellos, aspiramos a que la vida sea clara e inteligible, incluso en sus oscuridades; una y otra vez, solemos afirmar que estamos seguros de quiénes hemos sido y de quiénes somos. Sin embargo, los discursos siempre se actualizan, cambian, así como nosotros lo hacemos. Y si esto es así, ¿por qué habríamos de publicarlos entonces? ¿Por qué hacer un libro? Podríamos contestar que, en efecto, como diría Platón, lo mejor sería no escribir nada, pues a un lado del discurso vivo, el escrito no sería más que un simulacro. Y más aún: si un discurso es ese paisaje simbólico y sonoro que una voz despliega y que se transforma, con emoción, en nuestro pensamiento, ¿por qué, entonces, fijarlo en un libro, si no ha sido hecho para ser leído, sino escuchado? ¿Qué puede haber de valioso en fijar unas palabras cuyo registro es la oralidad? Daniela Pardo e Isabella Rojas han reparado en este interrogante y han trabajado para que este libro vea la luz. Ellas han propuesto que leamos los discursos en dos claves: identidad y filosofía de vida. Gracias a su trabajo, este libro puede ser un testimonio de una de las tantas generaciones que han sido educadas en el colegio y, sobre todo, ser testimonio de una edad, de un momento de la vida. Este es su valor y su sentido.

Leonard Burgos.

Las palabras y la vida

“Recordarán que uno de los lemas de mis clases es que la literatura es la puerta al mundo más verdadera, puesto que es un lente que nos invita a ver las grandes luces humanas, así como las sombras que más intentamos esconder.”

“Todo lo que usted quiera, sí señor, pero son las palabras las que cantan, las que suben y bajan... Me prosterno ante ellas... Las amo, las adhiero, las persigo, las muero, las derrito... Amo tanto las palabras... (...) Todo está en la palabra...”

Pablo Neruda

Queridas y queridos estudiantes y colegas, hoy les hablo por primera vez desde este sitio en el que tantas reflexiones han sido leídas, alrededor de dos décadas, y lo hago invocando este fragmento del poeta chileno, Pablo Neruda. Pero, ¿por qué lo hago así y hasta ahora? Para justificarlo, primero quisiera contarles una historia.

Era el 12 de febrero del año 2000. Una niña iba agarrada de la mano de su madre hacia un avión en dirección a una isla en el Caribe. La noche anterior su madre le había comentado que se iban del país y que allá las estaba esperando el padre, que una semana antes había viajado. La niña, apenas supo el destino se emocionó porque unos años atrás había ido con sus padres y, aunque poco recordaba de aquel viaje, sabía que había sido feliz. Lo que aún ignoraría la niña durante unos meses más, sería la causa real por la que habían tenido que salir del país. Por ahora, era mejor que mantuviera la ilusión por el viaje y el anhelo de reencontrarse con su papá.

Apenas llegaron, la familia fue ubicada rápidamente en un apartamento que hacía parte de un edificio de color azul oscuro que quedaba cerca al mar, y desde el que tantas veces lo observaría. Durante esta vivencia, que se alargaría casi seis años, la niña pudo recibir la mejor educación, tuvo asegurada su salud gratuita y, de paso, ella y sus padres mantuvieron una vida tranquila y a salvo. ¿A salvo de qué? Resulta que un año antes de irse, el padre de la niña empezó a recibir amenazas de muerte. Las razones que

le dieron, muy vagas por cierto, eran que él promulgaba ideas políticas contrarias a ciertos sectores del poder estatal e incluso militar. Pero ¿por qué un hombre dedicado a la escritura, la lectura y la enseñanza, podía ser víctima de semejantes amenazas en su contra y solo por unas ideas? ¿Acaso no era un estado democrático que supuestamente defendía la libertad de expresión? Y pues aunque todavía no hay una respuesta concreta, me atrevería a decir que fue justamente por lo que él más ama la causa principal: las palabras.

Ahora, ¿por qué contarles esta historia sobre una niña de ocho años que tuvo que salir forzosamente al exilio? Pues porque resulta que esa niña era yo y todavía sigo averiguando por qué las palabras pueden llegar a ser una sentencia de muerte.

Aún recuerdo lejanamente el asombro que sentí cuando aprendí a leer. Todo lo que hablaba desde pequeña, de pronto se codificó en raros signos que ya no solo eran sonidos sueltos que me permitían estar en el mundo, sino que ahora era un grupo de letras que se traducían en mi nombre o en cualquier objeto existente. Esa maravilla, después se agrandaría por el amor a la lectura, que me hizo encontrar un universo entero en cada palabra. Y, más adelante ya no solo estaría en el mundo sino que descubriría que las palabras me harían creadora de un sin fin de realidades. Pero, nuevamente, y ante mi maravilla permanente por el lenguaje, me surge la pregunta: ¿por qué las palabras serían peligrosas?

A muchos les han vendido la idea de que las palabras, el lenguaje y la literatura, no sirven de mucho, solo para tener datos de cultura general o saber comunicar efectivamente para vender, por ejemplo, una idea o un producto a grandes inversionistas, ganar un juicio o hacer un informe técnico. Y, aunque no es mentira que sirvan para esto, entonces, ¿por qué los grandes apasionados del lenguaje han sido perseguidos constantemente en el mundo y a lo largo de la historia? Simple, porque en ellas puede estar contenida la verdad. Pero, ¿la verdad sobre qué? Verán, cuando las palabras pasan al terreno de la creación, nos dan la entrada al universo de lo humano en todas sus dimensiones. Es así, como, queridos y queridas estudiantes, recordarán que uno de los lemas de mis clases es que la literatura es la puerta al mundo más verdadera, puesto que es un lente que nos invita a ver las grandes luces humanas, así como las sombras que más intentamos escon-

der. En ella si no se dice la verdad, si no se construye una realidad coherente con la naturaleza humana, no será creíble. Y ustedes como lectores y lectoras perspicaces lo saben.

Todo lo que somos está contenido en las grandes obras, cada una de sus alegrías y sus más recónditos espantos. En ellos nos encontramos a nosotros y nosotras mismas y a los otros. Por eso, todavía me maravillo al ver la fascinación que les produce el amor entre Tristán e Iseo, o como algunos se reconocen en el carácter picaresco del Lazarillo, o incluso como, de vez en cuando, algo como el carácter heroico de Aquiles o Héctor se traduce para ustedes en hazañas cotidianas como pasar un examen de funciones o ganar un campeonato de Uncoli.

Y es debido a esa capacidad de las palabras para invocarnos a nosotros y a lo real, a esa capacidad casi mágica de hacernos partícipes de cualquier época histórica o encarnarnos en cualquier personaje, que a los grandes poderes les incomodan, porque su verdadera cara nos es develada siempre. A las palabras nada se les escapa, y más las que son usadas para la creación. Y es también por este motivo que ellas y los artesanos que las moldean, son perseguidos, ya que abren la mirada crítica sobre el poder y sus dinámicas. Porque nos invitan a abrir los ojos para reconocer mejor los caracteres humanos que nos gobiernan, porque de una u otra forma, ellos al igual que todas y todos estamos ya contenidos fragmentariamente en las obras.

Es por esto que quise leerles este discurso hoy, puesto que las palabras nos permiten existir una y otra vez. Así que ábranse a la oportunidad, queridos y queridas estudiantes y colegas de existir frente a los otros, en este espacio que nos permite formar y formarnos permanentemente, desde el respeto profundo por la vida propia y la del otro, porque las palabras no deberían costarnos la vida.

Carolina Díaz-Granados

Profesora

El legado

Buenos días, más de veinte años analizando y evaluando sus cursos, ya era hora de que cambiaran los papeles. Aquí vengo a someterme a su juicio no sin dejarles par reflexiones.

Desde luego usé para la planeación los elementos del pensamiento crítico.

Voy a hablar del tema del legado, la pregunta que quiero resolver es si este colegio vale la pena. Los supuestos de los que parto son que todos nos hemos cuestionado si este colegio es placentero, si lo rescatable son los amigos, si ha cambiado para bien o para mal. Las conclusiones no las quiero adelantar y espero que las implicaciones tengan que ver con un replanteamiento de nuestra relación con el colegio.

Empiezo entonces. Muchachos los alumnos de 11 y yo nos vamos y me temo que por las mismas razones. Compartimos los mismos sentimientos de incertidumbre sobre lo que viene, de nostalgia sobre lo que dejamos, de quiero pero no quiero. Solo que como yo llevo el doble y un poco más de tiempo aquí, todos esos sentimientos se multiplican por dos.

¡Uy Mireia tiene sentimientos!

Como mis alumnos tengo tentación de hablar de mis anécdotas con mis colegas como aquella en la que una profe se untó de popó de alumno toda la cabellera en una caminata sin agua o la de Raúl disfrazado de Elvis Presley con el pantalón roto en el tiro en plena función (pero no voy a contarlas por lo que les he dicho: en los discursos no se debe excluir a la audiencia y seguramente muchos de ustedes ya no saben de quienes les estoy hablando y no les va a resultar relevante)

También como ellos quisiera hablarles de lo duro que me va a resultar quedarme sin interlocutores de confianza con los que compartimos referentes durante años. Amigos. Y por otro lado mis estudiantes que tuvieron que compartir lo que yo consideraba pertinente. Ay y de cómo seguir pedaleando aunque el motivo no sea el mismo. No lo voy a hacer porque no tiene que ver con la pregunta que quiero responder.

Qué tal atreverme en esta ocasión a exigirle a mis aconsejados que me traigan la batuta de plata, que sean el reemplazo de Egan Bernal o la mejor versión de su familia. O que lleguen temprano para no desacreditarse en una corte. Nada que ver, me acusarían de falta de cohesión.

La rúbrica de los discursos habla claramente de evidenciar el legado de los Nogales en uno y no al revés. De la marca que ha dejado en cada uno de nosotros. Qué tal yo hablando de mi legado, un legado que nadie ha percibido de pronto, qué arrogancia.

Al punto, voy a comparar el legado de los nogales con el de Prometeo: recuerdan el mito griego.

Aquel dios que le dio el fuego a los hombres para que pudieran progresar. Un Dios generoso, visionario pero no alcahuete pues el fuego para que se convierta en herramienta de progreso y no de destrucción tiene que ser usado de manera adecuada. Si el fuego fue el elemento que nos sacó del estado en el que estábamos, pienso de verdad que la intención de formar un colombiano nuevo, de poner al servicio de esta intención un currículo, un campus, una comunidad, unos valores es el legado del CLN.

Cuidarlo, alimentarlo, fortalecerlo es la responsabilidad de todos y nos han dado las herramientas para hacerlo: la justicia de las matemáticas, la importancia del movimiento, de la apreciación de la belleza en el arte, la música, la arquitectura, en los paisajes de nuestra tierra, el rigor en la comprensión de la lectura para construir pensamiento crítico, para no amañar y ser buenas personas que tengan empatía, que exijan coherencia y sean coherentes. Que se den cuenta de la importancia del conocimiento en la construcción de evidencias que lleven a más conocimiento y por ende a la tan deseada transformación.

Que además de ser honestos erradiquen la competitividad malsana y sobre todo la intolerancia a la diversidad.

Todas estas ideas me las ha legado el colegio. Y en verdad os digo que como a nuestros antepasados el fuego, ese legado ha elevado mi condición. Muchos colombianos nuevos o en proceso de renovarse se han graduado durante estos 34 años. Estoy segura de que las próximas cosechas serán aún mejores.

Ser, servir y transformar no es un afiche es vuestro y nuestro legado.

Gracias por su paciencia hoy y ese poco de años.

Los amo demasiado, viva Bunny y la comida que me ha dado la cafetería en cabeza de Silvia durante todos estos años.

Mireia Fornaguera

Profesora

Identidad

El último año en el colegio cierra una trayectoria que llevamos recorriendo durante muchos años. Los discursos son una manera de hablar sobre lo que aprendimos, lo que pensamos y lo que sentimos sobre cerrar esta etapa y empezar una nueva. Uno de los temas más recurrentes de esta generación para lograrlo fue la identidad. En estos años en Nogales cada uno de nosotros aprendimos muchas cosas, pero más que todo dimos los primeros pasos para entender quiénes somos. Los discursos que están en las siguientes páginas hablan sobre quién es cada persona que escribe: su trayectoria, sus experiencias y lo que han aprendido acerca de su identidad.

Hay discursos que hablan sobre la identidad con respecto al colegio. Se habla sobre cómo la personalidad de cada persona se desenvuelve en el ambiente nogalista, y esas reflexiones se extienden a la vida cotidiana. Por este mismo lado, hay discursos que hacen un homenaje a todas las personas que nos acompañaron a lo largo del camino: amigos, familiares, profesores, compañeros. Otros hacen un recuento de lo que fue estudiar en Nogales: cuentan historias de superación, de logros, de caídas... Cuentan la trayectoria de varios de nosotros desde el primer día que pisamos el colegio y los cambios que hemos tenido desde entonces.

Una de las palabras más claves que se encuentran en varios de estos discursos es cambio. El cambio se puede ver a través de tres perspectivas diferentes. La primera es el cambio físico. Muchos de nosotros se han movido de país, ciudad o colegio durante los últimos 14 años, y el tema central de varios de los discursos de estas personas es su recorrido, que termina en el 2023, en Nogales. El cambio es visto también como una metamorfosis. En estos discursos se habla de la diferencia entre los niños que entraron al colegio y los que salen. Y así como la generación ha tenido muchos cambios, salidas y entradas, cada uno de nosotros hemos crecido y evolucionado. La última perspectiva sobre el cambio se refiere a aquel cambio que vendrá a nuestras vidas a partir de junio. Este año es el último de una rutina diaria que se ha extendido por los años, y el cambio del colegio a la universidad trae consigo muchos sentimientos como el miedo y la nostalgia. Algunos de los discursos nos hablarán de esto.

Cada hoja de las que leerán a continuación refleja la identidad de cada persona y, con estos discursos, cada uno deja una huella única en la generación y en el colegio para siempre.

Luisa Aparicio

“Al igual que mi finca, el colegio ya está llegando a su fin y pronto no volveré a él. Lo que viví en estos dos lugares nadie me lo quita, lo que aprendí y lo que me llevo de estos dos lugares, es que me hacen ser quien soy.”

Todavía recuerdo la última vez que nos vimos, 11 de abril del 2014.

Ese día empecé yendo al colegio, feliz, sin preocupaciones ya que estaba en segundo y las hadas todavía existían. Estaba esperando todo el día a que fueran las seis pm, cuando por fin nos iríamos a Anapoima donde estaba mi mamá, mis tías y tú, mi abuelo.

Me acuerdo de estar en clase de inglés, cuando de repente Nubia, mi profesora, me dijo que mi papá me estaba esperando en la recepción para recogerme. La verdad: no entendí qué estaba pasando, porque apenas eran las diez am, ocho horas antes de lo que me habían dicho. Yo lo vi como algo bueno, la oportunidad de salir antes de clase y llegar a mi finca, el lugar donde la magia existía; un lugar donde las mariposas se veían y los pájaros cantaban. Me acuerdo de haber salido de clase con todas mis cosas y encontrarme a mis hermanos, Andres y Santiago, listos para montarse al carro.

Me acuerdo de que en el carro, ya en la autopista, mi hermano preguntó, “¿por qué salimos temprano? ¿Pasó algo?” Pero a nosotros solo nos dijeron, “Queríamos estar todos

juntos una última vez”. Nosotros no entendíamos bien lo que estaba a punto de pasar, solo pusimos música a todo volumen, bajamos las ventanas y cantamos durante las siguientes tres horas.

Cuando llegamos a la casa V 31, salimos corriendo a saludar a mi mamá ya que llevábamos unas semanas sin verla. Me acuerdo de ver a mis primos y estar muy feliz ya que por fin en unos años estábamos todos juntos en la casa. Después de saludar a todos, corrimos a nuestros cuartos donde nos pusimos los vestidos de baño para saltar a la piscina. Ese día el atardecer estaba especialmente divino, se lograba ver más colores que solo rosado y naranja.

Cuando ya era hora nos llamaron a todos a tu cuarto, donde las puertas estaban abiertas y se lograba sentir la brisa y se lograba ver los últimos rayos de sol. Tú estabas en la cama durmiendo mientras tus hijos y nietos nos encontrábamos alrededor tuyo. En un abrir y cerrar de ojos, recuerdo que mi mamá me dijo que ya habías tomado tu último respiro y que estabas tranquilo, ya sin dolor alguno. Todos empezaron a llorar, pero yo no quería preguntar si era verdad, ya que hacía que este fuera el último día que te vería. Empecé a sentir el ambiente pesado, a ver a mis tías tristes y sentía que la finca se quedaba sin sentido.

Llegó la noche, donde no había ni una sola nube, donde se lograba ver las estrellas con buena claridad. Me empecé a preguntar el sentido de la vida, me daban escalofríos y aunque no me quería ver débil por mi mamá,

me empezaron a salir unas lágrimas. Me empecé a preguntar qué iba a pasar después de esto, pues mi abuela tendría que volver a Bogotá a vivir sola, mi mamá a aprender a vivir sin su papá y yo sin mi abuelo. Me empecé a preguntar qué serían las Navidades, los cumpleaños y la vida en general sin ti.

Unos meses después, volvimos todos juntos a TU lugar, la V 31, donde con unas semillas, tus cenizas y una pala, sembramos una parte de ti. A lo largo de los años, cada vez que íbamos preguntamos por el famosísimo “árbol de Tatos”. Donde después de un rato, empecé a crecer, le salieron hojas y ramas, y ya se veía más como un árbol. Aunque juré que esta finca se había quedado sin sentido, después de unos años, volvió a tener vida. El Chicalá volvió a florecer, sus flores se volvieron a caer. La piscina y el piso quedaron cubiertos de esta magia de pétalos amarillos, dejando la esencia que tuvo desde el comienzo y que pensé que había perdido. Se convirtió en más que un lugar, se convirtió en los recuerdos más felices de mi infancia, se convirtió en el lugar donde veíamos a la familia y, más importante, se convirtió en el lugar donde nos sentíamos más cerca de ti.

Hoy en día, este lugar tristemente ya no nos pertenece, porque tocó venderlo, pero no cambia lo que viví durante 14 años, fue el lugar que me vio crecer, donde aprendí a nadar, a esquiar, donde lloré por la muerte de mis primeras mascotas y reí con cada anécdota.

Donde hicimos shows de canto y baile y donde mi primo Pedro Juan nos enseñó a tocar el ukelele. Al igual que mi finca, el colegio ya está llegando a su fin y pronto no volveré a él. Lo que viví en estos dos lugares nadie me lo quita, lo que aprendí y lo que me llevo de estos dos lugares, es que me hacen ser quien soy.

Aunque la última vez que me viste tenía 8 años, ahora tengo 17 y cada día estoy más cerca de graduarme. Pronto no volveré al colegio, como ya no vuelo a tu lugar. Tendré una nueva vida a la cual acomodarme. Voy a estudiar lo que desde chiquita tuve en mente. Me he convertido en alguien más independiente y alegre. Alguien que se muere de amor por su familia y está dispuesta a dejar lo que está haciendo cuando le piden ayuda. Alguien que le agradece lo mucho que le enseñaste en poco tiempo, antes de que ese cáncer te alejara de todos nosotros. Alguien que, aunque no te imagines, dejó el berrinche y el show cada vez que pelea con alguien. Alguien que aunque ya no use dos colitas todos los días para ir al colegio, gracias a ti, sigue con su apodo de niña chiquita. Alguien a quien ya no le da tanto miedo la muerte y vive con alegría. Alguien que habla de ti, hasta con Martín, tu nieto que no lograste conocer. Alguien a quien le enseñaste a vivir al máximo y expresar lo que siente, ya que uno no sabe cuando una enfermedad llegue a cambiar la vida y darle un giro de 360.

Te prometo que lo que me queda del colegio lo voy a aprovechar, y empezar la nueva etapa de mi vida

con el pie derecho. Te prometo seguir cuidando a las personas que tanto amaste y seguir compartiendo tu vida y tu memoria con los demás.

Te quiero y te extraño. Sinceramente, Moñitos.

///

Lina Arévalo

“Mi papá siempre ha visto los cambios con una sonrisa. Miren atrás y sonrían al recordar los cambios que forman su historia, porque los cambios son vivir.”

No, no soy de Brasil. Nací en Venezuela, pero mi nacionalidad no es venezolana.

Estuve unos años en Quito, y ahora es Panamá.

Y, ¿eres colombiana?

En la vida, las cosas cambian y saltan las unas a las otras tan rápido, como salté cada una de las líneas que acabo de leer. O tan lento como el tiempo que me tomó escribirlas.

Así como el tiempo es relativo, el cambio también lo es, porque si dejáramos de llamarle cambio, se convertiría en un paso y no en un salto. Estamos acostumbrados a ver los cambios como saltos trascendentales en el tiempo, que marcan un inicio y un fin indeterminado, cuando en realidad se podrían entender como parte de lo que significa vivir.

No voy a entrar a definir lo que es

un cambio y mucho menos con la definición oficial de la RAE. Creo que todos aquí podemos sobrevivir sin un discurso más con definiciones copiadas y pegadas del diccionario. Pero sí quisiera enfatizar en la importancia de ver los cambios como algo amigable y no cómo algo que llega y vacía todo lo que hubo antes.

Muchas veces tendemos a pensar que un cambio no sólo vacía, sino que invalida lo que vino antes, que lo vuelve irrecuperable, y eso, en mi opinión, es lo que hace que la resistencia al cambio se convierta en algo real.

La noción del miedo a perder algo es lo que convierte al cambio en enemigo, porque a la larga, nuestro pensamiento se convierte en: “¿Y si me olvido de todo?”, “¿Y si termina gustándome tanto que no vuelvo?”, “Y si todo fue un error?”. Ese “Y si” es el principal impedimento de nuestra voluntad de cambio porque no nos permite avanzar, aun cuando el cambio es un grito al avance.

La duda nos debería asustar más que el cambio porque es la que nos estanca en el tiempo y nos ciega a lo que pudo ser. Ahora, ¿qué es lo que explica por qué ya no tenemos tres años, por que ya no nos sentamos en la parte de atrás del carro justo en el centro, por qué ya no queremos a las mismas personas? ¿Por qué crecemos? ¿Por qué maduramos?

En breve, estos son cambios que se juntan en cadena para llamarse crecimiento, o evolución, incluso. Una serie de pasos, saltos y caídas que son el camino hasta hoy.

Lo inexplicable del cambio, sin embargo, es que no tenemos forma de saber si nosotros lo ocasionamos o si era algo que nos iba a suceder. Si llegamos a ver el cambio como algo fuera de nuestro alcance, algo silencioso que poco a poco empieza a salir a la luz, dejaríamos de estar atormentados por el famoso “y si” y veríamos el aprendizaje que hay detrás del cambio. A partir de esta visión, la resistencia perdería su fuerza y la adaptación haría una entrada triunfal porque el miedo dejaría de existir.

Entonces, No, no soy de Brasil.

Siempre he tenido esta respuesta guardada en mi memoria desde el día en sexto que alguien me preguntó: “¿Pero tú no eras de Brasil?” cuando respondí que había nacido en Venezuela. Por alguna razón, desde que volví de Brasil hace ya 8 años, mis compañeros empezaron a pensar que yo era de allá y no que había vivido allá. El cambio aquí saltó de la siguiente manera: me fui a Brasil, viví dos años en São Paulo, volví en 2014, entré a tercero, y de la nada deje de ser colombiana y me volví brasilera. El cambio importante por mencionar se supondría que debería ser el hecho de que viví en Brasil, pero es más determinante el momento en que cambiaron mi nacionalidad porque fue el que me permitió entender que ya había perdido el miedo. Vivir en Brasil no fue fácil, al principio no me lograba comunicar, no tenía amigos y mis papás no podían hacer nada

por mí, pero en vez de resistir, me adapté. Claro, esto lo entiendo 8 años después, a los 16. Pero lo valioso aquí es que mi yo de 8 años entendió la importancia de superar el miedo porque aprendió a hablar portugués sola, encontró una mejor amiga, un grupo de amigos y le demostró a sus papás que, entre lágrimas, lo había logrado.

Pensar que de Venezuela iban a trasladar a mi papá a Brasil y no a Colombia, al principio, me hace pensar que el cambio que implicaba una mudanza a Brasil siempre había estado presente para ocurrir en mi vida. La diferencia es que ocurrió cuando la experiencia iba a ser más potente que el cambio en sí mismo.

Nací en Venezuela, pero mi nacionalidad no es venezolana.

Por un buen tiempo, más específicamente durante todo séptimo, me decían Chama como apodo, en vez de Linis. Este apodo llegó para quedarse cuando les recordé que había nacido en Venezuela. Desde que tengo memoria, aunque nacer en Venezuela no signifique que soy venezolana, siempre he creído que lo soy por el simple hecho de que haber nacido en otro país me causaba orgullo. El cambio aquí fue que, al ponerme un apodo, me querían hacer creer que Venezuela, por ser el país en el que se convirtió, no era algo que valía la pena mencionar. Sin embargo, el miedo y la resistencia no me ganaron porque

me adapté al cambio. Nunca me dio miedo aceptar mi lugar de nacimiento, así como nunca me molestó que me dijeran Chama.

Estuve unos años en Quito, y ahora es Panamá.

Dos países más se suman a la lista. El cambio que significó el traslado de mi papá a Quito se resume en el número 2 porque a partir de ese momento empecé a tener dos casas, dos vidas, casi dos existencias. Estudiaba en Nogales y vivía las vacaciones en Quito, lo que significó que mi mamá y yo estuviéramos en un país y mi papá en otro. Ahora la familia no era 1, sino 2.

Definitivamente una llamada antes del primer día, no es lo mismo que un abrazo el primer día, por lo que el miedo aquí realmente se volvió un obstáculo. Miedo de que algo pasara estando lejos, miedo de que no hubiera presencia, miedo de estar perdiendo tiempo valioso juntos. Lentamente, la adaptación fue surtiendo efecto y cuando ya estaba cómoda, llegó el traslado a Panamá, abriendo paso a la posibilidad.

Otro país significaba un potencial para volver a estar juntos, pero ese 2 persistió y sigue presente hasta hoy. Por esto, las llamadas son más largas, los abrazos más fuertes y los momentos en que el 2 se vuelve en 1 aún más emocionantes. El miedo se va desvaneciendo, la experiencia va creciendo.

¿Y eres colombiana?

A esta pregunta no tengo respuesta. Cambio tras cambio, país tras país, Nogales ha sido la base a la que siem-

pre regreso, más que Colombia en sí, porque volver a Bogotá en avión cada agosto, cada octubre, cada enero, y cada abril, siempre ha significado volver al colegio.

La única razón por la que he superado el miedo y he logrado aceptar y enfrentarme a cada cambio, ha sido el hecho de que sabía que nuestro colegio siempre me estaría esperando. A veces tener algo a lo que volver, sea una persona, un lugar, o incluso nosotros mismos, nos permite sentirnos menos abandonados en el desafío que viene después de un cambio. Un pedacito de normalidad que nos impulse a dar el paso y avanzar. Así que puedo no saber cuál es mi nacionalidad, pero lo que sí tengo claro es que soy nogalista.

Al final, la salida que encontramos es la adaptación. Este momento crucial no es resignación, no es rendición frente al cambio, es aceptación de que algo nuevo ha generado un impacto notable y ha guardado una experiencia en nuestra memoria. Sin la adaptación, ninguno de mis cambios habría sido tan exitosos ni habrían sido un impulso a enfrentarme a los saltos de la vida. Ahora que entiendo por qué mi papá siempre ha visto los cambios con una sonrisa y me ha incentivado a pensar en ellos de la misma forma, puedo decirles que miren atrás y sonrían al recordar los cambios que forman su historia, porque los cambios son vivir.

No, no estoy en décimo. Entré a once en agosto.

Sí, a veces me dicen Lina Ma.

Tengo residencia en Panamá, pero vivo en Colombia.

Sí, he cambiado. He cambiado mucho.

///

Antonio Azula

“No voy a cerrar mi último año de colegio con rencor en mí, porque no sé cuando tenga la oportunidad de quitarme el peso de encima. No sé qué ocurra con nosotros después de este año. Puede que esto se vuelva un hasta luego o inclusive una despedida. Así que con esta incertidumbre que vivimos constantemente le hablo a mi grado.”

Siento que en todos mis años en el colegio he guardado tantas cosas que necesito este momento para sacarlas, y no intento herir a nadie, solo sacarme un clavo del corazón y salir del colegio sin ningún arrepentimiento.

La verdad es que pararme aquí, haciéndoles escuchar nuevamente cosas que probablemente se les olviden y, para algunos, hacerles escuchar otra de mis miles ideas, solo me hace reflexionar sobre todo aquello que he pasado, y, pues, siendo sincero, envidia a la gran mayoría. Poder ver cómo hacen amigos con facilidad, como sonríen sin miedo o cómo disfrutaban de cada momento al máximo.

Pero, por otro lado, me siento orgulloso de poder ser parte de este colegio y, más aún, de esta generación,

por más problemas que tengamos.

Son pocos los que pueden decir con certeza quiénes son, pues conocerse no es solo decir esto me gusta y esto no. Es más el poder entenderse a uno mismo. Que aunque uno piense, no es necesario vivir una épica aventura para lograrlo. Pero no es sencillo.

Durante los últimos meses me levanto sin saber quién soy. No soy capaz de decidir cosas tan simples como qué camiseta escoger, u otras, como saber qué son aquellas cosas que me apasionan y me llenan de alegría. Y decido dejar todo al azar, y aun así me mire en un espejo, es como ver el reflejo de alguien distinto a mí.

Por casi los últimos dos o tres años he estado madurando, o pues por lo menos intentando, y solo me pregunto todo, qué es el bien y el mal, por qué encajo y la gente es capaz de verme como una persona en quien confiar o apoyarse, pero al tiempo, por qué no logro que la gente me tome en serio o me vea por quien soy.

¿Qué es eso que me retiene, qué es eso que no me deja ser feliz y ser alguien destacado en todo lo que intento?

En busca de todo esto, siempre termino criticando algunas ideas, pero cuando me veo, son esas mismas ideas las que están dentro de mí.

Es que por fin entiendo porque El Chavo dice que “fue sin querer queriendo”, solo que, aunque una parte de mí solo buscaba razones para desahogarme con las personas, otra parte sabía que me dolería más verme a mí criticando y viendo todo aquello

que criticaba en mí, dando razón a todo eso que no quería ser.

Por años viví diciéndome que no podía hacer cosas tan simples como hacer amigos o destacarme en una clase, que era un estúpido, y que siempre estaría solo.

He crecido pensando que soy menos que los demás porque no he logrado encontrarme y poder ser realmente yo, que no encajo, que por una parte no tengo derecho a estar con algunos, y esa es la misma razón por la que me critican.

Todo esto parte de que en educación física siempre fui el último. Que hasta hace dos años no aprendí las diferencias entre ay, ahí, y hay, y que mis amigos solo me criticaban por tener una pésima ortografía. Viene de saber que quise ser como mi hermano pues en él siempre vi una persona única, sin igual, chistoso, tan extrovertido que me daban celos.

Pero ese camino nunca me llevó a poder crecer. Oír cómo casi que era una decepción para muchos y, que para los profesores nunca me destacaba en nada. De ver las miradas rayadas con que la gente me miraba, o el gesto que hacían cuando tocaba trabajar conmigo como si algo dentro o fuera de mí estuviera mal, mi carácter, mi físico, mis pensamientos.

Personalmente, siento que lo que nos forma y no hace quienes somos, no es solo lo que tenemos por dentro genéticamente, sino que son factores que nos influyen en la vida: la familia, la opinión de los demás, los hobbies y nuestras acciones. Estas, aun así no siempre sean buenas, nos van

haciendo quienes somos, nos hacen diferenciarnos de los demás pero de igual manera acercarnos a aquellos que son similares.

Teniendo esto en cuenta, analizo mi vida a ver si me doy cuenta de quién soy:

Me llamo Antonio Azula Avellaneda. Tengo un hermano mayor que se graduó el año pasado llamado Pablo, con el que me confunden frecuentemente los profesores. Mi mamá se llama María del Pilar Avellaneda y es dermatóloga, y finalmente mi papá, Juan Carlos Azula, que es un ingeniero civil.

Nací el 15 de Abril del 2005, quiero estudiar ingeniería de sistemas, me gusta el rock, el rap y el regueton, y gran parte de mi vida he estado pegado jugando videojuegos para así crear una realidad fuera de todos mis problemas y encontrar un lugar donde no necesito ser lindo para encajar.

Cuando mi abuela me cuidaba, me escapaba para no ir al colegio y los días en que me ponía bravo salía de mi casa, me subía un árbol y me quedaba ahí. Normalmente, no más de 5 minutos, por el frío, pensando que de algún modo crearía una preocupación en mis papás. Estudié en dos jardines, el primero del cual nunca me acuerdo el nombre, y el segundo, llamado Lero Lero.

Épocas de oro, en serio. Tenía varios amigos con los que afortunadamente comparto momentos muy lindos y he logrado seguir creciendo.

Gracias: Valeria Gómez, Lucas Fuentes, Simón Sales, Juliana Garzón por todo aquello que hemos vivido.

Al entrar al colegio no fui muy popular nunca, pero me defendí. Dentro de mis pocos secretos, la verdad es que nunca supe por qué la gente sabía quién era yo, más específicamente algunos papás.

Por ejemplo, nunca fui cercano a Pablo Perilla, compañero que se fue del colegio en segundo, pero por alguna razón sus papás siempre me saludaban, no sé si él les hablaba de mí, o por mi mamá, o simplemente por ser un desastre de niño, pero bueno.

De chiquito, como toda caspa, no hacía nada más que dormir, molestaba toda la clase y no dejaba avanzar. Mis amigos seguían siendo los mismos de antes, y creé relaciones nuevas con Samuel Torres, Nicolás Gómez, Alejandro Sáenz, Alejandro Gómez, Lucas Ruiz y más personas.

En transición me di besos con una compañera, que para su momento fue la telenovela del siglo. Hasta hoy la gente recuerda con exactitud el gran matrimonio en el que estuve, ya que en un recreo, en el closet de los disfraces, nos reunimos una gran cantidad de gente para simular un matrimonio, pero todo fue un secreto para mis papás por muchos años.

Entrando a Primaria, algunas amistades desvanecieron y alguna gente se fue de mi vida, perdí a mi abuelo y a un primo, y por años viví con la idea de que él había muerto por causas naturales, pero no fue hasta hace pocos años que supe la verdad, pero seguí adelante.

Por estos años fui feliz, tenía amigos, a mi hermano para todo, lo que me hacía sentir especial de algún modo, en cuarto me metí al equipo de fútbol, donde la verdad nunca me destacué, lo cual si logré en materias como matemáticas. Un momento en concreto que nunca se me olvidará es un día que Nicolás Gómez se quedó en mi casa, desarmamos mi sofá e hicimos un búnker llamado Mushroom, ya que en ese momento no decíamos Mushroom.

Hacia Básica mi vida tornó por un camino de soledad y duda, el cual nunca esperé, gente nueva llegó al colegio, dentro de los cuales está quien hoy estoy orgulloso de llamar mi mejor amigo, Pablo Novoa, que estuvo junto a mi desde quinto y desde ese momento nunca me ha fallado, gracias.

Pero así, como hay momentos buenos, también llegaron momentos oscuros. En sexto tenía un gran grupo de amigos, aunque no me sentía muy bienvenido.

Como no era muy alto, me empezaron a llamar por apodos como mini morris (apodo inventado por Mat Barreto en cuarto), o Pitufu, y hasta hoy sigo sin saber cómo descubrieron mini morris y porque les gustaba tanto.

La peor parte fue que mis amigos lo hicieron, por más que supieran que no me gustaba. Veía cómo por algo fuera de mi control la gente aprovechaba mi dolor, y recuerdo cada momento, como todo llegó al punto de manipular a que me dijeran por esos apodos.

No supe en quién confiar y desde ese momento mi vida tomó otro rumbo, me alejé de todo el mundo, y lo único que dejé de mí fue la idea de un niño bravo y antipático, y por esa razón casi lo pierdo todo.

Me pase los días en la biblioteca intentando hacer algo con mi vida y en varias ocasiones pensé en cambiarme de colegio, siempre pensado si alguien me extrañaría si lo hacía.

Hacia octavo decidí volver a abrir mi vida, gente nueva iba llegando y me iban aceptando, en esta ocasión Nicolas Vergara con quien, junto a Pablo, logré formar el mejor grupo de amigos que pude tener.

A partir de noveno, semestralizado, conseguí muchos más amigos y amigas, pude ser quien verdaderamente era, no ocultar cada aspecto de mí, tuve al mejor consejero, Paul, con quien, aún sin estar en francés, nos contamos todos los chismes que escuchamos.

Descubrí en qué cosas me destaco y aprendí un poco más de mí, y aun así no tuviera un grupo grande o me invitaran a todos los planes, sentí que encajé y llego en mí esa confianza de poder decir cosas personales que nunca antes había tenido el coraje de decir.

Entonces, con la confianza y la esperanza de sacar algo de mí, estos son unos datos que probablemente muy pocos sabía de mí: tuve un problema y usé pañal hasta los 6 años, me enamoro muy fácil, lo que me llevó a que me gustaran varias personas y con esto, tener en varias ocasiones pensaderas por lo duro que me daba el rechazo. Desde quinto no volví a

estudiar para un examen, y hago muy pocas tareas tirando a ninguna porque me quedo viendo películas.

Entonces, ahora, ¿quién soy? La verdad, sigo sin saber, no entiendo en que me destaco, no sé si soy chistoso, si soy inteligente o especial, pero sé algo, y es que por alguna razón soy distinto, soy parte de un sistema disfuncional que por alguna razón funciona y pues sea quien sea me voy a querer.

No es siempre que se puede decir que fui campeón de Colombia en bolos, completé Cuphead, uno de los juegos más difíciles del mundo, que tuve una novia y una muy buena educación y, pude crear mi segunda familia con un espacio grande en mi corazón para todos aquellos que estuvieron junto a mí.

Todavía me queda mucho por vivir y muchas memorias que hacer, al igual que personas que conocer, y es por esto que intento hablar con todos, disculparme y retomar algunas amistades.

Porque sin importar las discusiones que pude tener, el daño que pude recibir o el dolor que pude guardar en mí, no solo perdono a todos, sino que busco crear una relación con muchos de ustedes.

Porque pelear o llorar son cosas que vienen con todos nosotros, por más que no queramos, y que te rompan el corazón o te dejen solo son cosas que nos pasaran a todos. Y que te regañen por dejar un regalo en la casa de alguien o que te toque comer solo es algo que viene con crecer y madurar.

No estamos hechos para todo el mundo, al igual que no todo el mun-

do está hecho para nosotros, y no está mal tener pocos amigos, o que prefieras dormir a ir a una fiesta. Y aunque para este momento haya muchas cosas de las que me arrepiento, como no haber tenido la oportunidad de conocer a muchas personas, soy feliz de estar aquí.

Es por esto que no voy a cerrar mi último año de colegio con rencor en mí, porque no sé cuando tenga la oportunidad de quitarme el peso de encima. Aunque esto no sea un adiós, no sé qué ocurra con nosotros después de este año. Puede que esto se vuelva un hasta luego o inclusive una despedida. Así que con esta incertidumbre que vivimos constantemente le hablo a mi grado.

Gracias, por todo lo que hemos vivido y los recuerdos que me han dejado, así que, 2023, a romperla, a vivir cada momento, porque no sabemos cómo cada cosa que vivamos podrá quedar dentro de nosotros y si podrá ser nuestra última vez. Muchas gracias.

///

Valentina Bautista

“Aprendí que por más que haya razones para alejarse de una situación difícil, no tiene sentido hacerlo, siempre hay una razón para quedarse, buscar algo positivo y seguir.”

Durante mi infancia, mi abuela fue una persona muy importante, pues nunca me dejó olvidar mi

origen. Como muchos saben, nací y me crié en Estados Unidos debido al trabajo de mi papá. Sin embargo, siempre tuve presente la cultura colombiana ya que mi abuela se encargó de que hablara español fluido y desarrollara un amor por el café, y la comida colombiana como tal. Nunca estuve sola, pues cuando mis papás salían a comer o a trabajar siempre se encargaba de entretenerme y acompañarme. De hecho, los mejores recuerdos que tengo de mi infancia la incluyen a ella.

Cuando tuve que dejar Minnesota, en 2013, me acompañó y me ayudó a ver la mudanza desde un punto de vista más optimista. Desafortunadamente, 3 años después de que nos vinimos a vivir a Colombia, le diagnosticaron alzheimer. Honestamente, no parecía tan grave, pues solo se le olvidaban cosas leves, como su cartera y siempre se acordaba de quienes éramos y del lugar que ocupamos en su corazón.

A medida que pasaba el tiempo la enfermedad evolucionaba y me empezaba a confundir con mis hermanas Natalia y Carolina. Esto empecé a crear un sentimiento de alarma en mí pues no entendía porque no me reconocía inmediatamente.

Una navidad del 2018 fuimos a la novena anual del hogar geriátrico donde ella vivía y al ir a saludar, no me reconoció.

No me reconoció, pero reconoció a mi hermano, a mi mamá y a mi papá. Ese fue el día que sentí que mi abuela se me fue.

En septiembre del 2021, mi abuela falleció. Gracias a Dios siempre tuvo a mi papá presente en su memoria, pues él, como hijo único, siempre la acompañó y se aseguró de que viviera tranquila. Mi abuela vivió por mi papá.

El día de su muerte me di cuenta de lo arrepentida que estaba de no haber estado más con ella, pues el tiempo era limitado y no me di cuenta de lo valioso que era. No aproveché al máximo todos los momentos pues no tuve en cuenta que tendrían un fin.

Estaba molesta conmigo misma porque nunca le demostré lo agradecida que estaba con ella por sus enseñanzas y por todo el tiempo que me dedicó. Con esto me di cuenta lo importante que es aprovechar las cosas. Por más cliché que suene, es mejor vivir que lamentar y mirar el lado bueno de las cosas malas. Aprendí que por más que haya razones para alejarse de una situación difícil, no tiene sentido hacerlo, siempre hay una razón para quedarse, buscar algo positivo y seguir. Desde ese momento cambié mi perspectiva hacia la vida.

Muchos acá, o pues los que me conocen sabrán que soy una persona muy complaciente. Siempre digo que sí. Mis amigos muchas veces dicen que es tonto y tengo que coger personalidad, porque al ser así no tengo voz ni opinión.

Claramente siempre les refuto que no. Para mí, ser así es una forma de demostrar lo mucho que los quiero. Cosas como llevarles agua de un lado de la casa a otro, aceptar llevar a 7 personas en un carro donde ca-

ben 3, de Bogotá a Chía, o hasta salir corriendo cuando me llaman del otro lado del parqueadero para ver qué necesitan o en qué puedo ayudar, son todas formas de demostrar lo mucho que me importan las personas que amo, e intentar devolver con pequeños actos la felicidad que ellos me traen todos los días.

Para mí no es ser “people pleaser”. Es intentar hacer que la gente sea igual de feliz que yo.

Entender que la familia se escoge y siempre van a estar para mí. Entre mi familia biológica, y mi familia de corazón (proyecto x, capis, Santa Monica, y las arduillas), entiendo porque es más importante agradecer las cosas buenas que tengo. Poder verlos todos los días y salir corriendo a saltarles o darles un abrazo cada mañana me da razón para poder decir que realmente la mejor decisión que tomaron mis papás, y me cuesta mucho por mi propio orgullo admitirlo, fue arrastrarme a Colombia. Los muchos años que me costó entenderlo y que me gasté lamentándome, me llevaron a aprovechar estos últimos 3 años, para apreciar aún más lo que tengo, dentro del colegio y por fuera. Agradecer cada momento.

Saber que tengo a los Ángel y los Villalobos para mí siempre que los necesite. Esos momentos de felicidad que me dan todas las mañanas cuando me monto al carro; dónde encuentro a Emilio sacudiéndome la silla cantando a todo pulmón con Nicho, mientras Luchi nos cuenta de todas las instancias y peleas que tiene diariamente con los profesores y Cami le da leccio-

nes de vida que todos sabemos que si le quedan en la cabeza a Luchi y la van a ayudar a cambiar.

Llegar al Colegio, subir las escaleras de Primaria, Básica o, ya en estos tiempos, semestralizado, para ver a mis mejores amigos: cuervos, niñas proyecto x y las vainillas, mentiras, las ardillitas y molestar con todos durante todo el día, me demuestra cómo los momentos más importantes de mi vida circulan alrededor de ellos. Quedarme a volleyball, o llegar a mi casa e ir al gimnasio con mis amigas, y llegar a comer con mi familia mientras Nicho salta por toda la casa, y luego subir a mi cuarto a estudiar mientras hablo con mis personas favoritas en el FaceTime diario de dos horas, y saber que hablar con ellos me mejora el día en un 100%. Saber que dentro de 6 meses todo esto va a cambiar me duele como nada, pero tener ese tipo de “tusa” o tristeza me demuestra lo mucho que disfruté todo.

En octavo, una noche me quedé pensando en lo muy duro que me iba a dar irme de los Nogales, un colegio que empecé odiando tanto, pero logré cogerle tanto cariño, gracias a todas las personas que lo componen y se aseguran de pintarlo mejor.

Aprendí a aprovechar los momentos al máximo, porque le tenía miedo a que se pasara el tiempo sin que aprovechara todo, y a todos.

Nos vamos. No voy a poder seguir viendo a mis amigos tres años abajo mientras veo a los de mi misma edad, todos en un mismo lugar. No voy a poder molestar a mi hermano cada vez que cambiamos de clase, y no po-

dré salir a “descansos en clase” con mis amigas, pero sé que los cambios son difíciles, pero buenos.

Llegando a un fin, me llevo de esto que ser “people pleaser” o “complaciente” no es algo malo. Que dar abrazos y mostrar amor y agradecimiento, no es algo estúpido, y si algo me queda de toda mi experiencia escolar, tanto fuera y dentro de los Nogales, es “lo afortunada que soy de tener algo a lo que decir adiós sea tan difícil.” (Winnie the Pooh). Gracias!

///

Camilo Becerra

“ Nuestro mundo está rodeado por unas paredes muy rígidas. Y no salimos de ellas, porque no hay ninguna necesidad de hacerlo. Y me atrevería a decir que incluso nos da un poco de miedo salir.”

Existe un día en la vida de todos los Enogalistas cuando tenemos un descubrimiento. Aprendemos que una vez al año debemos arrastrarnos entre barro. Porque sí. Algunos la amamos, otros ni siquiera vamos al colegio ese día, pero todos tenemos nuestra relación única con la maraña. Les quiero contar un poco sobre la mía.

Cuando aprendí que una vez al año me podía arrastrar en una pista llena de barro, mi vida se volvió exponencialmente mejor. Nunca había considerado la posibilidad de poder ensuciarme tanto y que fuera justificado. Se convirtió en una de las mejo-

res tradiciones de mi vida. Una vez al año me revolcaba en esa maraña y al final del día volvía a mi casa a bañarme y sentirme más limpio que nunca. Intercasas, Navidad y mi cumpleaños, los 3 mejores días del año.

Todos los años después de Intercasas en Primero, me metí en ese barro feliz. Y con el tiempo, descubrí que no era el único que estaba fascinado con la actividad. Para muchos era el momento más emocionante de la competencia, y juntos esperábamos con ansias rotar a esa estación detrás de mantenimiento.

En Primero tuve un segundo descubrimiento. Este lo tuve cuando decidí tocar un instrumento. Originalmente, quería tocar violín, pero tristemente, no había cupo en esa clase. Fue entonces cuando mi papá me propuso el saxofón en vez. Esa fue una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida.

Después de tocar saxofón por varios años, disfrutando de las distintas canciones que me enseñaba mi profesor, llegué al punto de querer lograr más. Empecé a oír más música que incluyera el saxofón. Y claro, no había mejor lugar para oír saxofón que el mundo del jazz.

El jazz es un género con un gran énfasis en la improvisación. Y eventualmente, mi profesor decidió enseñarme a improvisar. Empezar a improvisar me llevó a entender la música desde un punto de vista más crítico. Aprendí que la música está compuesta a base de escalas, pero que las melodías suenan mejor cuando se rompen las reglas. Esto es

porque crean tensión, crean incomodidad. Y vivir a través de la incomodidad para llegar a una resolución cómoda es un sentimiento único.

En Primero tuve un tercer descubrimiento, aunque este lo olvidé por muchos años. Hace poco lo redescubrí. Cuando visitaba la casa de mi abuelo, veía los muchos tableros de ajedrez que tenía de adorno. Unos minimalistas, hechos en vidrio. Otros decorados, con piezas expresivas. Me intrigaban. Me sentaba a mirarlos mientras que los adultos conversaban. Trataba de descifrar qué se podría hacer con las fichas. Trataba de descifrar cómo jugar con ese tablero tan simple.

Una vez vi a mi papá y mi abuelo jugar. Solo me acuerdo de los dos sentados pensando. En absoluto silencio. Y no sé qué pasó, pero esa escena me capturó. Quise entender qué estaba pasando. Entonces en el colegio me metí a clases de ajedrez. Jugué un poco, pero se me olvidó completamente. Hasta años después, que empecé a jugarlo en Internet durante la pandemia. Ahí fue cuando verdaderamente entendí de qué se trata el ajedrez.

El ajedrez se puede resumir en un dolor constante hasta llegar a la victoria. El ajedrez requiere de pensamiento estratégico, resiliencia mental, y absoluta concentración. Pensar con tanta concentración duele. Y el problema con el ajedrez es que uno debe mantener la concentración durante todo el juego. Juegos que varían entre 5 minutos y 5 horas. Y desde antes de empezar está claro que ambos jugadores van a sufrir todo el

tiempo hasta que uno se rinda o encuentre el jaque mate. Pero ganar un juego de ajedrez trae un sentimiento de alivio y orgullo increíble.

Curiosamente, yo creo que todos podemos estar de acuerdo que tanto la maraña, como las melodías, y el ajedrez, son cosas que se viven mejor incómodamente. Pero generalmente, todos buscamos vivir lejos de la incomodidad en cualquier otro momento. Con el avance de la sociedad hemos entendido que vivir con incomodidades está mal. Se siente más rico vivir cómodo y es más fácil lograrlo. Simplemente no hay razón para buscar la incomodidad en nuestras vidas. Pero durante los últimos 18 años he empezado a entender que no necesariamente deberíamos alejarnos tanto de nuestros principios incómodos.

La sociedad en la que vivimos le teme a la incomodidad. La tecnología es la demostración de eso. Los grandes inventores querían encontrar soluciones cómodas para que sus vidas fueran más fáciles. Eso está bien. Es razonable. No me voy a parar aquí y hacer de cuenta que vivir en un mundo con medicina moderna, con transporte moderno, con dispositivos que literalmente nos dejan acceder a toda la información del mundo, está mal. No les voy a decir que poder encontrar un discurso en mi celular y leerlo no es impresionante. Es de verdad increíble. Pero poco a poco nos hemos vuelto obsesionados con la comodidad. Y esto puede presentar problemas.

Seguramente han oído hablar de la expresión de que “vivimos en una burbuja”. La expresión que se refie-

re a que cómo colegio nos alejamos tanto de la realidad del país y del mundo, por el hecho de existir en un contexto privilegiado. Y es muy fácil hacerlo. Cuando todos los días nos levantamos, vamos a un campus impresionante, tomamos clases en los mejores salones con los mejores profesores, jugamos deportes en las mejores canchas, y después volvemos a la casa a comer comida rica y dormir en camas cómodas, es fácil olvidar que existe un mundo muy distinto tan cerca. Nuestro mundo está rodeado por unas paredes muy rígidas. Y no salimos de ellas, porque no hay ninguna necesidad de hacerlo. Es más cómodo vivir dentro de ellas. Y me atrevería a decir que incluso nos da un poco de miedo salir.

Pero en todo caso, asistimos a un colegio supremamente enfocado en preparar estudiantes que puedan salir al mundo y crear un cambio positivo. Pero sin conocer el mundo verdadero, el mundo de la mayoría, ¿cómo esperamos lograrlo? La solución es simple. No requiere mucho esfuerzo. Es solo que seamos un poco más humildes y nos incomodemos un poco. Hay un millón de maneras de hacerlo. Les doy un ejemplo de una de mis maneras favoritas.

Mi papá y yo tenemos una tradición. La tradición de que cada vez que visitamos un pueblo nuevo, hay que ir a comer paleta. Suena bobo. Especialmente si el pueblo queda en Boyacá. Pero, en cualquier paseo que hagamos, vamos los dos, buscamos una tienda y compramos dos paletas. Después nos las llevamos y ca-

minamos por las calles a ver qué nos encontramos. A veces es un pueblo muy bonito, con calles adoquinadas y fachadas decoradas. A veces le damos vueltas al pueblo sin encontrar ningún sitio dónde conseguir una paleta. A veces terminamos en casetas que nunca se terminaron de construir, con la mamá de una familia vendiéndonos la paleta que tenga.

Sin importar la situación, siempre conseguimos una paleta y siempre conseguimos una perspectiva más clara de la situación que se vive en el lugar donde estamos parados. Todo eso con 10 segundos de incomodidad. 10 segundos de cambiar de ambiente. Entonces los invito a que también se desacomoden un poco. Me incluyo, es muy fácil seguir cómodos. Pero a veces cambiar de ambiente no es tan malo. Muchas gracias.

///

Gabriel Bickenbach

“Demasiado conocimiento, demasiado control, demasiada lógica, demasiada comodidad: todos estos castigan al ser. Irónicamente, mis momentos favoritos en la vida son aquellos en los que no hay lugar para el pensamiento, en los que el instinto y la emoción se apoderan de nuestras acciones.”

Octubre 23 de 2022. 2:30 a.m. El 90% de semestralizado estaba

saliendo de uno de los eventos más esperados del año: Megaland. Las fuertes lluvias no les habían impedido disfrutar del emocionante concierto. Yo, por otro lado, me encontraba desvelado en mi cama, con uno de esos nudos en la barriga que no dejan dormir.

Tenía la mente en blanco. De varios eventos y fiestas me había ausentado en mi vida, pero esta fue la primera vez que empecé a cuestionar un poco mi estilo de vida, y me aterrorizaba el pensamiento de que tal vez había desperdiciado mi vida escolar sin haber aprendido a disfrutar.

Todos tenemos nuestro tabú interno, y el mío siempre ha sido más que evidente. No sólo no me sé una canción de reggaeton, sino que ni siquiera conozco a los artistas. Hace dos semanas no sabía quiénes eran los tales Feid, Mora, y Eladio.

Además no tengo la más remota idea de cómo bailar, soy incómodo saludando a personas nuevas, y todo esto es una combinación para que realmente toda la vida me haya costado disfrutar de las fiestas y de este tipo de espacios. Los valientes eruditos como Rajini y yo nos toca recurrir a la vieja táctica de mover los labios aleatoriamente disimulando que nos sabemos las letras de las canciones.

Desde chiquito me voy a todos lados en sudadera porque para mí los jeans siempre han sido y serán muy incómodos. Una vez, cuando tenía ocho años, y sin saber que estaba mal, me fui con una sudadera azul fosforescente con franjas amarillas

y crocs al funeral de un tío abuelo que no conocía. Y si les digo la verdad, esos jeans con los que a veces me ven son en realidad una sudadera que compré en Uniqlo que aparenta ser un jean por fuera. Es la tecnología del futuro.

Muchas veces en mi vida dejé de ir a fiestas por quedarme en espacios más tranquilos y cómodos para mí. No fui a la iniciación en 10, ni a mi primera fiesta de 11 en agosto. En Santa Marta fui un aburrido que literalmente se hizo amigo de un taxista para devolverse más temprano todas las noches de los rumbeaderos. Y aunque cada día de mi vida me siento orgulloso de la persona que soy y prometo no perder mi esencia, ese 23 de octubre realmente no podía dormir. Al oír a la gente que quiero contarme sobre lo rico que habían pasado, sobre la experiencia tan espectacular que había sido, y que yo por simple pereza no quise estar ahí, me sentía destrozado.

En el segundo semestre de décimo tomé en mi opinión la mejor clase de este colegio, con quien para mí fue mi mejor profesora, Química II con Clau y los Felinos. También tomé el muy cercano segundo lugar, Filosofía con Juan Felipe. Una clase que verdaderamente me cambió la vida. En la filosofía me sentía en mi lugar natural, donde podía pensar a mi manera, explorar nuevos pensamientos, y cuestionar el mundo como lo conocemos. Al sentirme cada vez más interesado por las discusiones de clase, y deseando cada vez aprender más, terminé acercándome autóno-

mamente a la filosofía de Friedrich Nietzsche. Por primera y única vez en mi vida leí un par de libros por iniciativa propia. Un pilar de su filosofía que me fascinó es la teoría del eterno retorno, la idea de que todo lo que hacemos en nuestra vida nos tocará repetirlo por el resto de la eternidad, y de que cada decisión que tomamos la tendremos que volver a tomar infinitas veces. Volveremos a nacer en esta vida para conocer a las mismas personas, vivir las mismas experiencias, y tomar las mismas decisiones. Por el resto de la eternidad.

Esta teoría nos pone a prueba, ya que si estamos contentos con nuestras vidas será fácil continuar viviéndolas eternamente. Sin embargo, si hay algo de lo que no estamos orgullosos, o que no nos tiene felices, el eterno retorno será nuestro peor castigo. Yo vivía satisfecho y confiado, pensando que estaba 100% orgulloso de todo lo que era y que aún sí mi manera de gozar la vida fuera diferente a la de los otros, nadie me iba a cambiar. Y aunque me gusta seguir manteniendo la actitud de no arrepentirme de nada, porque creo que todo lo que hacemos nos lleva a ser las personas que hoy somos por más de que salga mal, sí aprendí que a veces es válido reconocer que me gustaría poder devolver el tiempo y actuar de forma distinta.

Y ese era el nudo que tenía en el estómago esa noche. No quería tener que seguir viviendo esa vida de cobardía y comodidad por el resto de mi vida.

Algo de lo que me di cuenta fue que no era la primera vez que sentía esto. Algo muy similar me había pasado el día del candelazo, cuando había experimentado un incesable letargo al ver la alegría en la cara de todos mis amigos y amigas al formar parte de algo que yo, por dedicarle tiempo a otras cosas, y también por ingenuo, no había querido.

Uno de los debates internos que he tenido toda mi vida es que, aunque queramos, los humanos no podemos controlar nuestras emociones ni nuestros pensamientos. Por más que me gustaría cambiar algunas cosas sobre mí, automáticamente empezar a disfrutar y ya, eso simplemente no funciona así. Nuestras emociones y sentidos priman sobre el razonamiento lógico, y es imposible pedirle a la lógica que le diga a nuestras emociones qué sentir.

Es decir, no me puedo obligar a disfrutar una fiesta, pero sí me puedo obligar a estar presente y a exponerme a lo que me aterroriza. La experiencia en sí es lo que realmente le puede llegar a enseñar a mi subconsciente que no todo es tan miedoso como parece, y que sí es posible disfrutar de las cosas que no pensábamos que era posible disfrutar.

Sin poder dormir, decidí que todavía tenía algo de tiempo para aprender a gozar mi once. Lo primero que hice fue hacerle caso a mis amigos y comprar boleta para el concierto de Mora de la próxima semana, al cuál no tenía presupuestado ir. Y aunque me terminé yendo más temprano por el ensayo de banda del sábado,

pasé rico ese día. El siguiente paso fue patrocinado por mis papás, quienes me llevaban insistiendo desde hace años que tomara clases de baile. Mejor tarde que nunca, supongo, especialmente si me termino yendo a estudiar a Estados Unidos después. Después de años de negligencia me lancé al abismo, por más de que me de pena admitirlo. Dentro de mi proceso de cambio lo que más me ha costado es lo de la ropa, pues creo que por ahora seguiré siendo el único estudiante de once que todos los viernes aprovecha no para venirse en jeans, sino en sudadera.

Porque al fin y al cabo de eso se trata. No voy a parar de ser yo, y me va a seguir costando ir a las fiestas y disfrutarlas de verdad. Pero a partir de ahora al menos haré mi mejor esfuerzo.

En ocasiones oigo a la gente decir que la vida es más fácil sin pensar tanto. Esta romantización de la “ignorancia” es un factor común que he identificado a lo largo de mi vida, desde los consejos que me da mi mamá, a la literatura modernista que leemos con Leo, hasta el título de mi segunda película favorita: *Eternal Sunshine of the Spotless Mind*. Demasiado conocimiento, demasiado control, demasiada lógica, demasiada comodidad: todos estos castigan al ser. Irónicamente, mis momentos favoritos en la vida son aquellos en los que no hay lugar para el pensamiento, en los que el instinto y la emoción se apoderan de nuestras acciones. El batutazo que le da inicio a los treinta minutos de presentación ya mecanizados, los nervios de afrontar múltiples break points en un partido de tenis, y la emoción

de estar hablándose con una persona nueva sin saber para donde va la cosa.

Con esta idea concluiré mi discurso, ya que creo que puede ser la mejor estrategia para de verdad aprender a disfrutar más de la vida. Si de algo van a servir estas 1500 palabras, al menos espero que sientan empatía cuando me vean perdido en una fiesta sin saberme las canciones. Pero tengan por seguro que ahí estaré. O intentaré estar. No sé.

Solo quiero cerrar este discurso con una idea que me hace feliz. Y es que si tuviera que elegir una vida por el resto de la eternidad esta sería la que escogería. Amor fati. Como Nietzsche mismo propone, se trata de estar enamorados de nuestros destinos a pesar de nuestros defectos y problemas. Y es esta aventura, que esta a punto de entrar a una nueva etapa en 8 meses, la que elegí, la que amo, y la que disfruto junto a la gente que más feliz me hace. Muchas gracias.

///

Laura Brigard

“Busquen aquellos gustos, o pasiones que les ayuden a encontrar aquellos beneficios que en mi caso he encontrado en el fútbol.”

A la hora de escribir este discurso me encontraba profundamente bloqueada. No sabía cómo empezar, ni qué mensaje les quería transmitir.

Esto hasta que se me ocurrió la idea de hacer memoria y pensar sobre los discursos que ya han presentado. Sobre las ideas que me dieron y las reflexiones que me dejaron.

Me acordé del de Sammy, que hablaba de cómo uno realmente no se conoce bien, una idea cierta y que dio lugar a muchas reflexiones internas.

Este discurso acabó siendo resultado de una de esas reflexiones que tuve a partir de esa gran idea.

Mi gran cuestionamiento o autorreflexión fue sobre a qué se debe mi gran gusto por el fútbol; por qué decido acabar un examen en 20 minutos para poder ver los octavos de final del mundial, por qué mi día mejora o empeora dependiendo de un resultado, porque me levantaba a las 5 de la mañana de un domingo a ver un Japón vs Costa Rica sabiendo que aún seguía siendo fase de grupos. Porque en general el fútbol es algo que pareciera que nunca me cansa, sino que me llena.

Fue entonces cuando pensé en que algo que se puede ver superficial, como el amor hacia un deporte se puede analizar observar cómo apoya a la construcción como persona.

En mi caso, este deporte ha tenido un gran impacto en mí, tanto en mis valores como en la forma en la que llego a conectar con otras personas. Y puede ser que la explicación de este par de dimensiones sea la razón por la cual es un aspecto tan importante en mi vida.

En cuanto a valores, he reforzado la responsabilidad. En este gran valor incluyo otros como la disciplina, el esfuerzo y el compromiso. Este es uno

que se aplica y se ve de forma constante. Ejercerlo con lo que me apasiona permite que la implementación en otras áreas se facilite un poco más al ya tenerla puesta en práctica. Encontrar un balance es lo ideal, por ejemplo disfrutar de todos los partidos del mundial y no dejar que bajara mi rendimiento académico.

Otro valor que veo en el fútbol es la resiliencia que es otro de los principales que he aprendido. Esta se define como la capacidad de recuperarse frente a una adversidad para encaminarse al futuro. El mejor ejemplo de esto en el fútbol, ha sido Leo Messi, que luego de haber perdido 3 finales consecutivas con Argentina pudo volverse a levantar y seguir luchando por aquello que más añoraba, ganar un mundial con Argentina, cosa que logró hace poco más de un mes. Esa resiliencia que tuvo Messi le bastó para que todos lo bancaran, o lo apoyaran en conseguir aquello por lo cual nunca dejó de luchar.

Por otro lado está el aspecto también sumamente importante, este es los vínculos que este deporte ayuda a construir. Ya sea en la playa, en la ciudad, en la calle, en una cancha, en una sala, el hacer un “picadito”, siempre será una buena forma de romper el hielo y generar amistades.

Dentro de un país tan culturalmente diverso como lo es Colombia, he encontrado en el fútbol ese punto común el cual la mayoría de Colombianos tenemos. Debido a la versatilidad y expansión de este deporte, el poder jugar un mini partido de fútbol en donde sea, es una

forma de conectar con la gente. El que más me ha impactado ha sido aquel que jugué en medio de las montañas en el Carmen de Viboral. Aquellos niños que estuvieron en ColombiAndo me sorprendieron con su habilidad de jugar al fútbol con botas pantaneras y con su capacidad de poder bajar rápidamente por la montaña y subir igual de rápido para recuperar la pelota. Esas acciones que tenían que hacer para recuperar el balón me llegó a hablar un poco sobre su cotidianidad, de cómo algo tan sencillo para ellos como bajar la montaña para recuperar el balón era algo que hacían sin problema, y acá ya estaríamos pidiendo no ir.

También está la posibilidad de conectar con los otros hablando sobre el fútbol o solamente apoyando al mismo equipo. Más recientemente cuando vi la final del mundial y cuando ganó Argentina todos aquellos que la apoyábamos empezamos a saltar y cantar al unisono, la barra de argentina.

Para resumir, con el fútbol he aprendido sobre la responsabilidad, la resiliencia y la posibilidad que me da para conocer y conectar con otras personas.

Entonces, ¿a qué quiero llegar con todo lo que les acabo de contar? Obviamente no es forzarlos a que todo el mundo ame el fútbol y encuentre las posibilidades que yo he encontrado con él. Sino que busquen aquellos gustos, o pasiones que les ayuden a encontrar aquellos beneficios que en mi caso he encontrado con este deporte.

///

Nicole Caldas

“Usualmente, nuestro modelo a seguir es alguien mayor que ha pasado por diferentes experiencias que nos producen admiración. Pero en mi caso, es esta niña de 14 años.”

Odio la banda, y no por el concepto tan raro que considero que es, la odio porque ya nunca estoy con mi hermana. Odio a su novio, y no por nada que se imaginen, sino porque de vez en cuando siento que Gaby lo prefiere a él que a mí. Detesto que hayan quitado el parqueadero, y no porque sea una niña consentida o caprichosa, sino porque venir al colegio con Gaby era mi momento feliz, me sentía en paz. Unos días ni hablábamos, otros cantábamos y no nos callábamos. A veces peleábamos y otras veces chismoseábamos y seguramente nos burlábamos. Jugábamos, escribíamos libros y nos reíamos como niñas chiquitas. Cuando crecemos, solemos olvidar nuestras prioridades, como pasar tiempo con nuestra familia y valorarlo. Pero subirme al carro con mi hermana, era mi recordatorio diario de que soy la persona más afortunada del mundo.

Usualmente, nuestro modelo a seguir es alguien mayor que ha pasado por diferentes experiencias que nos producen admiración. Pero en mi caso, es esta niña de

14 años. Una persona inteligente, amorosa y leal, nunca me ha faltado y aun con todas mis embarradas nunca me ha juzgado.

Gaby, ahora me voy, y te vuelves hija única. Pero me voy feliz, porque miro al frente y veo a todos los que se quedan contigo, a todos los profesores y alumnos que te van a acompañar, y confío en que estás en muy buenas manos. Me voy tranquila, porque sé que todos ellos son personas increíbles, que te van a cuidar y querer, a dar un abrazo cada vez que lo necesites y te preguntarán si estás bien las veces que haga falta, como lo hicieron conmigo.

Nunca te quejes por el colegio, pues es lo mejor que nos ha pasado. Acá encontrarás a tus verdaderas amistades, ese grupo que estará ahí para ti en las buenas y en las malas, que te salvarán de todas tus embarradas y te levantarán el ánimo una y otra vez. Las que cantarán contigo tu canción favorita a todo volumen, llorarán tus tristezas y te entenderán como nadie. Valóralas, se vuelven como tu familia.

Cuando entres a Semestralizado, no tengas miedo. Me reí más de lo que lloré en Física, en Química si no tanto... Pero aprendí, y ya puedo sacar la masa molar del óxido de azufre cinco. La verdad sí le debo unas gracias a todos los profesores, por aguantarme, enseñarme y darme los mejores consejos. A Jime, porque no hay nada mejor que encontrarla camino a un regaño, a Fercho por decirme las cosas a la cara y a Jacquie porque por

fin nos entendemos. Y aunque podría quedarme todo el discurso echándoles flores, tu solita te darás cuenta lo afortunada que eres, por tener a profesores dispuestos a sacrificar su tiempo para que entiendas el mundo. Profesores que te oyen y se toman el tiempo de conocerte.

Cuando estés en once te darás cuenta de muchas cosas, como que estos 14 años no pudieron estar mejor acompañados, y realmente nunca aprovechaste el tiempo de conocer a los que te acompañaban todos los días, o decidieron alejarse por rencor. Pero en once vas a dejar la bobada y te harás amigas hasta de la que te robaba las onces en primero. Ojalá logres llegar a este punto lo antes posible. El punto en el que se dan cuenta que no cambiarías a tu generación por nada, el punto en el que te das cuenta que formaste una nueva familia, una que te acompañará siempre.

Por último, lo más importante que te voy a decir y lo que muy pocos tienen en cuenta cuando hablamos de nuestro proceso por el colegio, es la familia y su apoyo incondicional. Gaby, acuérdate de siempre estar muy agradecida con papá y mamá, porque lo darían todo por nosotras, porque se levantan todos los días por nosotras. Ellos siempre serán los primeros en ayudarte, en darte un abrazo o la mano para levantarte las veces que haga falta. Ese es el amor incondicional, con el que siempre te vamos a mirar.

Disfruta el tiempo que te queda en este lugar, créeme, se pasa vo-

lando. Cuando menos te das cuenta, estás acá parada, leyendo tu discurso, despidiéndote. Solo te quedan 4 meses con tus papás y estás apunto de empezar una nueva vida en otro país, con miedo de dejar tus dos familias, pero también con alegría de que creaste amistades que durarán toda la vida y recuerdos que te sacarán un millón de sonrisas. Y estarás muy muy orgullosa de ti misma.

En serio, el tiempo vuela, aprovechen todo lo que crearon acá. Cada recuerdo, cada amistad y cada experiencia. Les dejo a la tercera copia, porfa me la cuidan.

///

Pedro Camargo

“La identidad de una persona no debería perderse en el proceso de la búsqueda de la perfección.”

Sabía que este día iba a llegar. Que después de dos años y medio de estar sentado oyendo discursos, sería mi turno. Y sí, para los que están pensando que les queda mucho tiempo antes de leer su discurso y no tienen ni la más remota idea de que lo van hacer, les prometo que el tiempo pasa volando. Pura frase de abuelo, pero se las dice el mayor procrastinador. Tranquilos, la cuestión es fácil. Algo se les ocurrirá el día anterior porque si no, no se gradúan.

No hay presión, es un discurso que a todos nos encanta escribir y nadie lo hace por obligación (sarcasmo). Pero esto es lo que nos tocó: a mí venir a echarles lora y a ustedes a oírme.

Si el karma existiera, más de uno estaría hablando mientras leo y otros cuantos distraídos con sus propios pensamientos. Porque honestamente, más de una vez Valerie me citó por hablar y distraerme mientras otros leían sus discursos.

Intentaré hacer mi mayor esfuerzo para no aburrirlos y espero que mi discurso sea más interesante que el chisme con sus compañeros del lado.

En un salón de clase siempre existen unos cuantos que izan en las clausuras, otros a los que les va muy bien sin leerse un libro ni hacer un ejercicio de matemáticas. También están los de la mediocre y famosa teoría de 60 es nota y lo demás es lujo. No pueden faltar los que no dicen ni una palabra en clase, o los escueleros que participan toda la clase respondiendo a todas las preguntas. Y por último, lastimosamente para los profesores, estamos los que hablamos toda la clase hasta cuando no toca.

Como muchos pueden estar pensando, especialmente los que me conocen, no soy ese estudiante de excelencia nogalista. No estoy ni orgulloso de decirlo, ni avergonzado de mostrar quien soy.

Mi vida escolar consistió en voy a pensar, instancia tras instancia, visitas donde Manuel, conferencias, reuniones con Valerie, suspensiones con incluso castigo de limpiar la librería. Para los que no están familiarizados, en algunos casos cuando uno recibe una suspensión, lo mandaban a hacer diferentes trabajos, y uno de ellos era ir a ayudar en la librería organi-

zando cosas. Bueno y para que les digo más si se saben los castigos del colegio y no quiero que mi discurso sea de esos que solo hablan de las embarradas del colegio.

Ahora que recapitulo sobre mi vida escolar y los castigos que me gané, lo pienso y sigo sin entender por qué fue así. ¿Por qué no pude haber llegado a once sin haber recibido tantos castigos?

Acá viene la gran pregunta: ¿por qué soy así? Estoy seguro que la mayoría de ustedes se han preguntado ¿Por qué no soy bueno en matemáticas? ¿Por qué siempre me regañan solo a mí? ¿Por qué nada me sale bien?

Y lastimosamente por más que quiera, nunca va haber una respuesta. Ni siquiera va a lograr llegar a una respuesta concreta para preguntas menos filosóficas como, ¿por qué me suspenden por empanar una maleta para ayudar a un amigo?

Después de muchas experiencias me di cuenta de que estas preguntas lo único que hacen es demeritarnos y preguntarnos el por qué no soy alguien distinto al que en realidad soy. Uno es quien es y debería estar orgulloso de eso. No me malinterpreten; lo que quiero decir no es que uno no debería esforzarse por ser cada vez mejor en las cosas, ni mucho menos ser irrespetuoso o hacer cosas malas solo con la justificación de “yo soy así”. Un punto fundamental para entender a lo que quiero llegar es saber la diferencia entre querer ser alguien más y esforzarse poniéndose estándares altos.

Si yo y cada uno de ustedes siguiéramos la idea que mencioné anteriormente, no creo que hubiéramos llegado al curso que estamos, ya sea noveno, décimo, u once. Aunque lo que voy a decir puede ser un famoso cliché que todos los nogalistas lo mencionamos sin parar, estamos en un colegio de un alto nivel académico en el cual la mayoría de las veces se busca lograr ser él estudiante ejemplar que logre sacar las mejores notas, lo que nos lleva a una competencia constante para lograr ser mejor que él de al lado.

No es que esto sea una cosa mala, ya que como se dice por ahí, “esos nogalistas sí que salen muy bien preparados”. Lo que me ayuda este punto es a entender que aunque toca esforzarse y los ideales de ser personas ejemplares nos ayudan, no debemos olvidar quiénes somos para llegar a cumplir esos estándares. Solo siento que la identidad de una persona no debería perderse en el proceso de la búsqueda de la perfección. Yo sé que suena complejo, y es una idea difícil de explicar.

Mi punto es que lograr ser la persona perfecta es casi que imposible. Cada persona tiene su forma de ser, su forma de actuar y su propia forma de pensar. Sería aburridísimo que todos fuéramos robots que se comportan y piensan exactamente igual. Toda mi vida ser hablador lo vi como un defecto, pero puede ser una cualidad; simplemente toca saberla usar.

Lo mismo aplica para ustedes; nunca se avergüencen de lo que son. Si son creativos y no buenos en matemáticas, está perfecto. O

si les encantan los números pero odian leer, también está bien. Que haríamos con un mundo solo de ingenieros si no hay arquitectos que lo diseñen? O cómo sería nuestra vida sin un poco de buena música y ropa linda para ponerse?

No ser un nogalista ejemplar con las mejores notas no nos define. Uno aprende miles de cosas nuevas oyendo lo que piensa el profesor, el estudiante de al lado, el famoso escritor, el brillante químico que encontró una nueva fórmula, No creo que la única forma de ser esta persona diferente sea ganando un premio Nobel de la química. Solo con poder ser usted mismo ya sacando su máximo potencial ya logró incluso más que eso.

Cabe aclarar que esto no se logra sentado en su casa viendo tiktok o jugando play, esto lo va a lograr saliendo a explorar el mundo. También dicen por ahí que “uno aprende más yéndose a la parte más remota de la Guajira que en algunas clases”. O bueno, puede ser que eso no aplique para todos. Cada uno tiene su propia forma de aprender, sus propios hobbies, su grupo de amigos, entre miles otras cosas que lo hacen ser esa persona especial y diferente a los demás. Aunque después del colegio a uno le queda una larga vida por delante, él colegio es el fundamental principio para ir formando esa persona que usted quiere ser. Aproveche al máximo él colegio, los amigos, los profesores, las caminatas, para cada vez llegar más cerca a la respuestas de las preguntas que mencioné al comienzo.

Espero que estas palabras los ayuden a lograr lo que creo es la máxima aspiración de una persona: ser la mejor versión posible de uno mismo. .

///

Sebastián Cárdenas

“Siento que he cambiado pero no puedo decir exactamente cómo; sin embargo, en esencia considero que soy el mismo. Pero, ¿cuál es esa esencia inmutable que me define?

¿Cuál es esa esencia que haría que el barco de Teseo fuera el mismo aunque todas sus partes fueran diferentes? No sé.”

Desde que desarrollamos la portentosa pero agobiante habilidad de razonar, dos palabras aparentemente inofensivas han condenado a los homo sapiens sapiens a la perplejidad, búsqueda perpetua e incluso a la miseria. Estas dos palabras, al ser unidas, forman una pregunta cuya respuesta sería la revelación del misterio más profundo del individuo. La pregunta es: ¿quién soy? Desde el antiguo aforismo griego inscrito en el Templo de Apolo, “Conócete a ti mismo”, hasta el fenómeno contemporáneo de las redes sociales, el tema de la identidad ha sido preponderante a lo largo de la humanidad.

Para reflexionar sobre el confuso concepto de la identidad, Plutarco, el magistrado, biógrafo, escritor, filósofo, historiador, ensayista y básicamente todo lo que uno podía llegar

a ser en la antigua Grecia, notó una paradoja reflejada en el barco de Teseo, cuyo relato es el siguiente: para honrar a Teseo, el fundador mítico de Atenas, los atenienses recrearon el viaje de Teseo, cada año por mil años, con el mismo barco. Debido a su inevitable deterioro, cada pedazo se fue reemplazando, año tras año, por uno nuevo. Plutarco pregunta si el barco sigue siendo el mismo a pesar de que ninguna de sus partes sea la misma que en el original. Mientras que algunos sustentan que el barco es otro, pues consideran que el barco sería el mismo únicamente si sus partes son las mismas, otros dicen que es el mismo barco porque su esencia es la misma.

Esta paradoja sirve como metáfora para la identidad personal. Al igual que el barco, cada uno de nosotros es una agrupación de partes en un estado de flujo. Nuestro cuerpo, nuestra mente, nuestras emociones, nuestras circunstancias e incluso nuestras rarezas están cambiando constantemente. A pesar de todas estas modificaciones, muchos de nosotros, incluyéndome, consideramos que somos la misma persona, el mismo barco. A mí me gusta pensar que soy Sebastián Cárdenas: que siempre lo fui y que siempre lo seré.

A pesar de todo lo que puedo contarles acerca de mis cambios físicos, lo que realmente me interesa es el cambio de personalidad.

Según Tablo, el antiguo docente de la asignatura denominada “Cuerpo, acción y vida”, tomamos 35 mil decisiones diariamente. 35 mil. Y la

respuesta a la pregunta ¿quién soy? proviene de una combinación de cada una de esas decisiones. El criterio con el que tomo esas decisiones ha cambiado a través de los años. Por ejemplo, ahora:

Soy más abierto con ciertos temas: como me importa menos lo que opina la gente, tengo menos filtro al hablar, lo cual tiene efectos tanto positivos como negativos.

Más procrastinador: el Seb de antes hubiera escrito este discurso al menos un mes previo a la fecha de entrega. El Seb de hoy le ha encontrado belleza a dejarlo para el último minuto.

Más filosófico: si me ven mirando fijamente a una pared o a una persona o literalmente cualquier cosa, y pareciera que estoy en un viaje astral es porque efectivamente sí estoy en un viaje astral.

Y más... no sé.

Siento que he cambiado pero no puedo decir exactamente cómo; sin embargo, en esencia considero que soy el mismo. Pero, ¿cuál es esa esencia inmutable que me define? ¿Cuál es esa esencia que haría que el barco de Teseo fuera el mismo aunque todas sus partes fueran diferentes? No sé. Lo que sí sé es que cada experiencia a lo largo de mi vida ha sido un pedazo nuevo que me ha modificado. También sé cuál fue, entre las aproximadas 200 millones de decisiones que he tomado a lo largo de mi vida, una de las más trascendentales que ha determinado, en gran parte, mi barco actual.

Para los que no sabían, yo nací en

Japón y viví allá toda mi vida hasta que, en el 2015, mis papás tomaron la decisión de venirnos a Colombia por un año para estar con mi abuela, a quien le habían diagnosticado una enfermedad terminal.

En un abrir y cerrar de ojos llegué a 4ªA, uno de los mejores cursos de la historia de Nogales. No lo voy a negar, al principio el cambio fue difícil. Aunque siempre he sido bueno adaptándome a nuevos ambientes, dejar de ver a los amigos y cambiar el estilo de vida drásticamente no es completamente fácil para un niño de once años. Sin embargo, mediante los detalles más minúsculos como los domingos con mis primos, los torneos épicos de Clash Royale, el escándalo de Raz-Kids, los partidos de fútbol en los recreos organizados por Pandi y Juli, y los treinta chats de Instagram que compartía con Cipriano, Felipe, Lucas, Pedro, Antonio y por alguna razón Kristina Pimenova, me empecé a enamorar. No, no me enamoré de Kristina...ni de Rosiposi... me enamoré de Colombia, Nogales y todo el paquete que incluye.

No tardó en culminarse el año que habíamos previsto para quedarnos en Colombia. Llegó la hora de hacerse la pregunta que llevaba ignorando: ¿dónde voy a vivir? Por un lado, estaba la opción de regresar a Japón, donde me estaba esperando mi casa, mis amigos, mi colegio, mi equipo de fútbol, mi todo... mi todo excepto por esa extraordinaria vida que alcancé a probar por el limitante periodo de un año. Durante una discusión familiar, decidimos quedarnos otro año, pues

los cuatro (mis papás, mi hermana Gabriella y yo) teníamos ganas de seguir degustando el sabor colombiano que alcanzamos a probar. Además, seguíamos disfrutando de la compañía de mi abuela.

Quinto vino y se fue, pero dejó memorias duraderas y le agregó componentes valiosos a mi barco. Al terminarse el año, el mismo argumento para quedarse el año pasado prevaleció.

En diciembre de sexto, sin embargo, resurgió el tema de Japón cuando mi abuela falleció. Japón versus Colombia, regresar versus continuar, contemplación versus improvisación, orden versus caos: dos caminos se bifurcaban en un bosque compuesto por árboles de incertidumbre. A pesar de estar confundido por la imposibilidad de caminar por ambos caminos, rigurosamente observaba a cada uno de ellos tan lejos como podía e intentaba imaginarme lo que existía más allá del horizonte.

Hoy estoy aquí, ante ustedes, porque el instinto, junto con la intriga, nos llevó a elegir el camino colombiano: el camino de las risas, resiliencia y espontaneidad. Las experiencias que he tenido y las relaciones que he construido han sido únicas. El iPad de Chicha, el pollo del locker vacío, la salchicha que dejó oliendo a todo Básica, Sancho, Mario Guadalupe, Scrotty, Alfredo, la guerra es mala, las peleas con Grafía, la columna de opinión más increíble de todos los tiempos... la lista es infinita. Lo más inverosímil es que estas memorias no son personales sino colectivas: peda-

zos de barco que muchos de nosotros compartimos como promoción e incluso sección.

Aunque he sido seducido por la magia de este ambiente, debido a que no puedo hacer conclusiones sobre una vida ajena, no puedo decir con absoluta seguridad que tomé la mejor decisión. En realidad, ni siquiera sé qué determina la superioridad de una decisión: ¿más amigos? ¿más logros académicos? ¿menos dolor de espalda? No lo sé. A veces, cuando mis pensamientos divagan, me imagino esa línea de tiempo alterna en la que elegí el camino inexplorado. Pienso sobre cómo sería ese barco actualmente. ¿Sería igual de pana? ¿Sería más introvertido? ¿Le gustaría el chicharrón? Pero la pregunta más recurrente es: ¿cómo se llevaría ese barco del Seb japonés con el Seb de ahora? ¿Nos odiaríamos? ¿Seríamos mejores amigos? ¿Seríamos indiferentes a la existencia del otro? La conclusión invariablemente es no sé.

Lo que sí sé es que amo, en su totalidad, nuestra decisión; ha sido una experiencia genuinamente encantadora y transformadora. Me ha enseñado la importancia de los profesores, amigos y familia. Me ha enseñado la fundamentalidad de tanto la proactividad como la procrastinación. Me ha enseñado lo que es la pasión y el fervor. Me ha enseñado lo que es improvisar, lo que es bailar en un concurso de salsa sin saber bailar, lo que es echar carreta y lo que es lanzarse a hablar sin temor.

Los barcos no se autoconstruyen; hay constructores. Les quiero agradecer porque cada uno de ustedes, de alguna manera u otra, ha transformado las piezas de mi barco, un barco que ha explorado los lejanos mares del oriente y los cercanos mares de las Américas. Ha habido turbulencias en el camino, pero ¿quién dijo que la vida sin turbulencias era mejor? Un mar pacífico es un mar sin retos y sin acción y que eventualmente drena la pasión.

Cada uno de ustedes, sin excepción alguna, tiene una historia detrás de su barco. Quiero que se tomen el espacio para reflexionar: ¿cuáles eran sus piezas originales? ¿cuáles son ahora? ¿quiénes o qué circunstancias de la vida han modificado esas piezas? Tanto ustedes como los que los rodean son los constructores de su pasado, presente y futuro.

Nunca hemos estado tan lejos del punto de partida y, sin lugar a dudas, se vienen unos atemorizantes vientos y unas intimidantes olas, pero debemos acordarnos que nosotros somos los verdaderos navegantes de nuestros barcos. Así que aprovechen, cojan el timón con ímpetu y naveguen hacia el más allá. Y, de vez en cuando, miren atrás y reflexionen sobre todas las aguas que han recorrido.

¿Quién soy? Sinceramente, no sé. Soy una combinación única de factores únicos. Lo único que puedo decir es que soy Sebastián Cárdenas, tengo muchas preguntas sin respuestas y me he gozado la vida.

///

Sofía Cardona

“Esa niña que entró a pre jardín, se va a graduar con el mismo sentimiento de alegría que sentía en el 2009. Ya no quiere ser una princesa, pero sigue teniendo sueños y manteniendo a la Sofía de pre jardín viva.”

En agosto del 2009, entró una niña al colegio de las que uno quiere matar en el bus por el ruido que hace, que es un peligro por que le gusta hablar con extraños y que llega al colegio bien vestidita y sale como una loca. Esa niña se llamaba Sofía, y tenía unos ojos muy grandes y muy azules. Se despertaba todas las mañanas a coger el bus y creía que vivía en un castillo porque su edificio era blanco y alto. El primer día solo conocía a una tal Luisa Junguito, que le caía un poco mal pero que tenía los mejores juguetes. Sofía entró al colegio llena de emoción, y pasó todo pre jardín y jardín jugando a coger lombrices entre preescolar y primaria. Ella quería crecer rápido y volverse una princesa, tenía una relación muy seria con un novio imaginario y a veces jugaba a que sabía hablar inglés diciendo palabras que no tenían sentido. Era feliz, tenía muchos amigos, y se sentía profundamente orgullosa de ser nogalista. Amaba su casa, a su big sister y no había una clase que no le gustara. Este discurso se lo dedico a ella.

Debo admitir que Sofía es una persona que antes me caía un poco mal. Ha tomado unas decisiones bastante

cuestionables a lo largo de su vida, la cual se resume en el colegio, y a veces hace chistes que piensa que son buenos pero la verdad son pesimos.

Es muy bajita, tiene una marca de nacimiento muy rara en el dedo gordo de su mano derecha y yo estaba segura de que nunca iba a lograr nada en su vida. Por ahí cuando tenía catorce, pensé que Sofía iba a terminar viviendo debajo de un puente o algo por el estilo, pero me sorprendió. Ha tenido muchos sueños y diferentes pasiones desde que la empecé a conocer, y hoy puedo decir que muchas de sus metas han sido cumplidas.

Aunque en algún momento pensé que era una persona que no valía la pena, hoy se siente muy feliz en el colegio, se enorgullece de ser nogalista y le está gustando la persona en la que poco a poco se está convirtiendo. Ella tiene unas muy buenas amigas de diferentes grados y por fin aprendió a estudiar, por lo cual sus notas han estado mejorando. Sin embargo, a veces desconozco a Sofía. Puede que aún no haya terminado de conocerla a la perfección, y que nunca lo vaya a hacer. ¿Pero cómo no desconocer a Sofía si ha cambiado tanto desde que entró al colegio? Para que entiendan mi punto, les voy a contar un poco de Sofía en primaria. Ella vivió los mejores momentos de su infancia en el colegio. Jugaba en el parque de primaria todos los recreos, fue a todas las caminatas menos a la de cuarto porque se intoxicó, y aprendió a entablar relaciones con diferentes personas. Se aprendió los departamentos y capitales, invocó a bloody

mary en el baño del centro de artes y fue Hathi Jr. en el play de tercero. Exploró su imaginación, escribió una historia titulada, “Mi mamá es un espía” porque se rehusaba a creer que Papá Noel no existe. Empezó a entender el país en el que vivía hablando con Tata, su empleada. Se dio cuenta de su privilegio cuando comparó la forma en la que Tata jugaba a trabajar cuando chiquita mientras ella jugaba a ser una princesa, y poco a poco empezó a ver que la vida no era un cuento de hadas. Fue al prom de cuarto, bailó. Se sorprendió con los pasos de baile de Chicha y cantó incesantemente diferentes canciones en el bus con sus vecinas.

Llegó quinto al mismo tiempo que empezaba su adolescencia. Era una niña con brackets en un grupo de amigas de 11 personas a las cuales no conocía muy bien. Se dio la oportunidad de conocer a una niña que repitió año, se volvió de sus mejores amigas, y se metió a algo que suena medio pokémon que se llama la banda. Ahí dentro empezó a aprender lo que era la disciplina, y soñaba con algún día poder volverse jefa de platillos. Aprendió que las mejores amistades son las más inesperadas, algo que reforzó en séptimo cuando llegó cierta niña del francés al colegio, y empezó a volverse amiga de los que se volverían sus mejores amigos. Esa Sofía era una niña chiquita, que andaba por la vida sin ninguna preocupación y que la verdad era un poco boba. Para ella la vida era una utopía, toda su vida social se resumía en los planes de platillos, sentía que estaba conocien-

do un mundo nuevo y su problema más grande era conseguir la plata para comprarse un zuckerino. Su mayor admiración era y sigue siendo su hermana mayor, y lo único que la atormentaba era conseguir su aprobación. Era y sigue siendo un poco lambona porque le encanta entablar nuevas relaciones, y porque siempre ha creído que la calidad humana tiene que ser su cualidad más grande.

A medida que Sofía iba creciendo, se volvía más y más impredecible. Siguió con su lambonería, siguió en los platillos y siguió dejándose llevar por lo que las otras personas esperaban de ella. Sin embargo, empezó su época rebelde junto con su toma de decisiones alocada. Se pintó el pelo de rojo en sexto, dejó a sus amigos atrás en séptimo, vivió lo que era sentirse sola, le empezó a gustar un niño, tuvo su primera tusa, rompió un par de corazones, se rió, lloró y se destrozaba frente a cualquier inconveniente.

Este fue el momento en el que peor me cayó Sofía. Vivió una montaña rusa de emociones; todas las personas a su alrededor estaban empezando a crecer y Sofía no entendía cómo existir y se preguntaba si era una buena persona. Sin embargo, tuvo algunas constantes en esa montaña rusa de experiencias: sus papás, su hermana, Tata, su pasión por la banda y su necesidad de conseguir la aprobación de absolutamente todo el mundo. Toda decisión que tomaba, desde que ponerse en la mañana, hasta que comía en el almuerzo, la analizaba más de la cuenta pensando en lo que dirían de

ella. Parecía caminando sobre huevos en el colegio, teniendo miedo de dar una pisotada grande y romper algún tipo de orden social.

En algún momento se dio cuenta de que tenía que madurar un poquito. Siempre decía que “Madurar es para frutas,” sin saber que a las malas le iba a tocar crecer. De un momento a otro, llegó una luz a la vida de Sofía que se llama Octavo C. Ella entró sin tener muchas ganas de volver al colegio. Sentía que no tenía muchos amigos y que no sabía absolutamente nada acerca de cómo comportarse. El primer viernes salió con sus amigas más grandes, no sentía que encajaba y se sentía muy sola. Sabía que estas personas no la entendían, y la verdad se sentía incómoda siempre que estaba con ellas. Pensaba que todo el mundo se debía sentir así y que debía ponerse una máscara por que ellas eran lo más cercano que iba a encontrar a amigas genuinas. En algún momento, se dio cuenta de que no quería seguir sintiéndose tan perdida, sin nadie que se riera de los mismos chistes que ella o que disfrutara hacer las mismas cosas que Sofía, y anhelaba encontrar la clave para enorgullecerse de sí misma. Las primeras semanas, por suerte, se encontró siendo sacada de clase con dos de las niñas más caspas que tiene su generación, y prontamente hacia parte de un nuevo grupo de amigas.

Este grupo, empezó con solo tres integrantes, y de repente se le sumaron otras dos. Fue algo un poco inesperado, solo se montó a un bus un día y de repente ya eran las cin-

co juntas por todos lados. Con ellas se sentía agusto, no tenía que pensar tanto en todo lo que hacía, y se dio cuenta de que eran muy parecidas a ella. Cuando Sofía encontró a su gente, esa niña extrovertida de pre-jardín renació, y de repente amaba a su colegio más que a nada en el mundo. Cuando pensó que todo iba por un muy buen camino, llegó la pandemia. Al principio estaba preocupada de que esto rompiera ese grupo de amigas que se demoró tanto en encontrar, pero sorprendentemente el covid solo hizo que las cinco se unieran mucho más. Hacían facetime todas las tardes, jugaban parchis con Henry Camilo Villamizar, y todas encontraron un punto de encuentro por medio de houseparty en la soledad de la pandemia. Un día, Sofía parpadeó y estaba en noveno. La pandemia ya no era tan grave y pudo retornar a la banda. Esto la emocionó mucho hasta que por la bioseguridad tuvo que dejar esta extracurricular por algún tiempo. Se frustró mucho, lloró y gritó y no sabía que hacer sin lo que la había acompañado desde quinto, pero esta vez esta crisis no la derrumbó, porque tenía a sus amigas para apoyarla. Volvió a parpadear y de repente estaba en Mesa de Yeguas uniéndose a un nuevo grupo de amigas. Eran unas niñas más pequeñas que eran amigas de sus amigas pero no muy cercanas a ella. Sin embargo, fue como si se encontrara otra pieza del rompecabeza que la llevaba a ser feliz. La Sofía de básica se hubiera muerto de envidia, pues Sofía ya no tenía uno, sino dos grupos de amigas

en los que se sentía completamente a gusto. Estaba feliz, su vibra cambió y sonriéndole a la vida fue incrementando más y más su felicidad. Cerró los ojos nuevamente y de repente tenía otras amigas, su pasión constante la ayudó a encontrar un nuevo grupo en el que la entendían, y todos los martes se emocionaba pensando en volver a encontrarse con los platillos. Al principio, pensó que iba a ser otro año normal en el que uno hacía amigas pero que no era nada fuera de lo común, pero hizo click con 10 niñas de diferentes edades con las que se divirtió hasta más no poder. Ahora, se saludan en el colegio, hacen pijamadas, a veces toman onces juntas, y es otro pilar importante en la estabilidad emocional de Sofía. Ella no podía creerlo, pero incluso con las ojeras características de un estudiante de décimo, era la más feliz. De repente, empezó a cumplir sus sueños poco a poco. Se sentía agradecida por todo lo que aprendió en el colegio, y no podía esperar a ver quién sería la nueva Sofía.

En agosto de 2022, Sofía entró a once. Llegó un poco tarde a su primer día y se emocionó al ver a todo su curso con sus sacos y chaquetas. Se tomó varias fotos en la entrada del colegio, y se dio cuenta de que se ama.

El colegio la vio crecer, madurar, cometer errores y estresarse, pero más que la tabla periódica, la ecuación cuadrática o incluso el pretérito perfecto, en el colegio aprendió cómo ser feliz. Esa niña que entró a pre jardín, se va a graduar con el mismo sentimiento de alegría que sentía en el

2009. Ya no quiere ser una princesa, pero sigue teniendo sueños y manteniendo a la Sofía de preajardín viva. Es difícil pensar en que el lugar que la formó la va a dejar ir en poco tiempo. Se quiere llevar a Pachó a la universidad, devolverse a octavo y ver a todas sus amigas graduarse, pero para eso le tocaría repetir dos años y graduarse en el 2025. No voy a negar que no sé cómo darle la bienvenida a la Sofía universitaria, pero tengo 10 meses para averiguarlo. A todos los que me ayudaron a armar mi rompecabezas de felicidad y a llegar a donde estoy ahora, gracias. Espero que este año podamos vivir muchas cosas todos juntos, desde bailar el Niágara en bicicleta en la mitad de la calle, hasta divertirnos el viernes en la iniciación.

///

Juliana Castaño

“Así que confíen, que un cambio por más duro que parezca al comienzo, al final los llevará a cosas buenas y a una mejor versión de ustedes mismos.”

Juli, la princesa de la casa, nació un 12 de abril del 2005 en la clínica de la mujer de Bogotá, Colombia. Ella era la primera nieta de sus abuelos, la primera sobrina de sus tíos y la primera hija de los recién casados, German y Gina. Por esto, todos en la familia querían ir a visitar y consentir a Juli todos los días. Pero esto duró

poco porque la bebé que todos adoraban, a sus 2 años, se fue del país con sus papás.

Juli tuvo que dejar a su familia que tanto amaba, llegar a un mundo totalmente diferente y afrontar el primero de muchos cambios en su vida. La bebé de dos años que apenas sabía comunicarse en español llegó a un mundo en el que predominaba el inglés, y así empezó su aventura de lo que sería vivir 3 años en Houston, Texas. En Houston, Juli entró al jardín infantil llamado Primrose y en tan solo meses de estar en Estados Unidos, ella pasó de ser Juli a ser Yulianna y llegaba a su casa saludando con un “Hi mom, hi dad!”. Un saludo que claramente no le gustaba a sus papás colombianos, que le respondían siempre diciéndole “No Juli ¡cuál hi mom, hi dad, acá hablamos español!”. Sus papás trataron de todo para que en la casa Juli hablara en español pero se rindieron cuando se dieron cuenta de que ella jugaba con sus barbies en inglés.

En navidad, cuando Juli tenía 3 años, le pidió al niño dios un bebé. Pero ella no quería un bebé de juguete, ella quería uno de verdad que se convirtiera en su hermano y compañero de vida. Llegó la navidad y Juli se decepcionó al ver que el niño dios le había traído un bebé de juguete y no uno de verdad. Pero lo que Juli no sabía, era que cuando ella cumpliera 4 años llegaría ese hermanito que ella tanto quería.

17 de septiembre del 2009, el día en el que llegó uno de los cambios más importantes en la vida de Juli y

de su familia: había llegado Sebitas. La familia de Juli no solo había ganado un integrante más, sino también a un angelito que los acompañaría y les enseñaría muchas cosas de la vida.

Juli se había vuelto la hermana mayor de un hermanito autista y desde el primer día en que lo vio, supo que lo tendría que cuidar, ayudar y proteger por el resto de su vida. Y así, toda la vida de Juli empezó a rondar alrededor de ese ángel que Dios les había traído a la familia Castaño Córdoba.

A los 5 años, Juli afrontó otro gran cambio en su vida al mudarse de país nuevamente. Juli llegó a un lugar en el que habían montañas secas, en el que nunca llovía y en el que todos hablaban en español, pero un español diferente al de sus papás. En este nuevo país las personas decían unas cosas un poco raras como: “Uy, qué lechera”, para decir “qué de buenas”, o “buenazo”, para decir buenísimo, o “Asu mare” cuando algo les sorprendía. Juli había llegado a Lima, Perú y allí Juli estudió en el colegio americano Franklin Delano Roosevelt y encontró dos cosas que serían fundamentales para su desarrollo; el ballet y la gimnasia.

Los papás de Juli fueron de esos que metieron a su niña de 5 años a ballet y a gimnasia en el colegio. Un día el entrenador del colegio llamó a la mamá de Juli para decirle que su hija era muy buena para la gimnasia, que la veía por encima del nivel de las niñas del colegio y le propuso que Juli empezará a entrenar en una academia por fuera

del colegio. La familia de Juli aceptó la propuesta y durante los 5 años que Juli vivió en Lima se dedicó al estudio, la gimnasia, el ballet y en los pocos espacios libres que tenía, a estar con sus amigas. Eran días intensos con entrenamientos y clases de ballet de 3 horas cada una, pero Juli los disfrutaba, y rutinas como esta fueron las que hicieron que hoy en día Juli sea una persona disciplinada, responsable y con un buen manejo del tiempo.

Ya a sus 10 años Juli tenía una vida establecida en Lima y todo parecía perfecto, hasta que un día sus papás le contaron sobre el siguiente cambio que tendría que afrontar. “Nos vamos a mudar a Colombia”. Bastaron solo esas 6 palabras para que Juli comenzara a llorar y reírse al mismo tiempo. Llorar porque esas palabras la hicieron recordar todas sus amistades y cómo otra vez tendría que perder todo lo que había construido. Reír porque Juli siempre había sido una niña que amaba infinitamente a su familia e ir a vivir a Colombia significaba por primera vez poder vivir al lado de esa familia que tanto amaba. Después de cuestionar un montón sobre que iría a pasar en Colombia, a Juli le tocó aceptar el cambio y empezar a despedirse del país que la había acompañado durante casi toda su infancia.

Durante las últimas semanas de colegio en Lima, Juli estaba en Bogotá presentando exámenes de admisión a los colegios que sus papás habían preseleccionado. Si les soy muy honesta, en esta preselección

no salía Nogales. Obviamente que los papás de Juli habían escuchado e investigado sobre Nogales pero gracias a la poca fe que le tenía German a su hija de pasar en el que era el mejor colegio de Colombia, habían decidido que no valía la pena presentarse allí. Por cosas de la vida, Juli terminó presentándose a Nogales y apenas llegó al colegio y vio el campus se le iluminaron los ojos. Así como una típica historia de amor a primera vista, Juli se enamoró de Nogales y presentó su examen con todas las ganas del mundo para poder estudiar ahí.

Llegaron los resultados de admisión y Juli empezó su aventura en Nogales en el 2015 como la niña nueva de 4C que venía de Perú. Después, en Básica, Juli fue la gimnasta que faltaba siempre a clases y no iba a las caminatas por estar compitiendo en nacionales, sudamericanos y competencias internacionales. En séptimo Juli empezó a quedarse a voleibol y tuvo la oportunidad de ir al intercambio de Park City, que gracias al Covid, hizo que ella y los otros 4 que la acompañaron fueran los únicos de la promoción 2023 en irse de intercambio. En Octavo, Juli se unió al musical pero, como para todos, fue el peor año dado a las crisis emocionales por las amistades y por la gimnasia.

Y ahí entra el último gran cambio hasta ahora en la vida de Juli: dejar el deporte que había practicado por 10 años de su vida. La gimnasia lo era todo para Juli. Siempre iba a un entrenamiento antes de un plan con

sus amigos un viernes. El gimnasio era su lugar favorito, en el que por unas horas podía despejar su mente y ser plenamente feliz. Pero como en todo deporte de alto rendimiento, existe la presión de avanzar, de ser el mejor y en el caso de la gimnasia es mucho más fuerte el factor del perfeccionismo en cada elemento. Juli llegó a un nivel en el que ella y todas sus compañeras salían llorando de los entrenamientos por el estrés de no lograr un elemento, y la presión de los entrenadores. Un día Juli pensó “no tiene sentido que me esté estresando y ya no disfrute algo que amo” y cerró su ciclo como gimnasta. Fue una de las decisiones más duras en su vida porque a pesar de todo ella ama la gimnasia y hasta hoy en día se pregunta sí sí tomó la mejor decisión o no.

Para tratar de reemplazar ese vacío que sentía cuando paró de entrenar, en Semestralizado Juli le dio una oportunidad al baile, musical y voleibol. En Semestralizado Juli pasó a ser conocida, especialmente por los profesores, como la bailarina. Absolutamente todos los profesores le preguntan a Juli por el baile y también hay otros que nunca la han tenido en clase pero son como Alex hace unos días en AP Cálculo llamando lista: “Juliana Castaño Cordoba, uy yo a ti no te conozco”. Al día siguiente: “Ah, ¡tú eres la bailarina!”. Adicional a las nuevas extracurriculares, en Semestralizado Juli empezó a salir más y a cagarla más también, pero bueno todo eso hace parte de la vida. En el segundo semestre de décimo, Juli descubrió

que sus bajones emocionales tienen una gran relación con su desempeño académico y por esto casi le da un paro cardíaco a Tammy en AP Seminar. Ni idea cómo sobrevivió ese semestre, pero de una manera u otra Juli logró llegar a once.

Como todos habrán notado yo soy la Juli de las historias que les acabo de contar, pero pues no sobra hacer la aclaración para, como diría Fercho, las tortas que no la captaron. A lo que quiero llegar con todo esto, aparte de contarles un poco sobre mi vida, es que sé que once y Semestralizado son una etapa en la que uno se va preparando para salir a la universidad y que este será un gran cambio en la vida de todos. Vamos a dejar las amistades y las rutinas que hemos construido durante, para la mayoría de ustedes, 14 años. Nos vamos a tener que salir de nuestra zona de confort y obviamente que esto puede generar miedo. Miedo a la incertidumbre de qué pasará o que vendrá con este cambio que se aproxima pero yo vengo a decirles que solo confíen. Para los creyentes en Dios, confíen en el camino que tiene Dios para ustedes y si no creen en Dios solo confíen en lo que la vida les tiene preparado a cada uno. Los cambios nos forman como personas y todo cambio pasa de cierta manera por algo, que más adelante cuando miremos atrás, tendrá mucho sentido. Yo hoy no sería la persona que soy si no fuera por todos los cambios que he vivido y cuando miro atrás en mi vida no desearía cambiarla de ninguna manera. Confío en que Dios me mandó a un herma-

nito autista para ser consciente de las dificultades que enfrenta esta comunidad y aportar a ella en un futuro. Confío en que Dios me devolvió a Colombia para que pudiera entender de donde soy y como es el país en el que nací. Y ahora confío en que sea donde sea que termine estudiando, Dios me pondrá ahí por algo que descubriré más adelante. Así que confíen, que un cambio por más duro que parezca al comienzo, al final los llevará a cosas buenas y a una mejor versión de ustedes mismos.

///

María José De La Torre

“La razón por la que estamos aquí no es para tener control completo sobre cada aspecto de nuestra vida, sino para vivir con base en lo que tenemos. Esto significa que hay que encontrar algún tipo de felicidad o propósito en cualquier cosa, no importa lo insignificante o pequeño que sea.”

Han pasado horas, días, semanas y lo único que tengo de mi discurso es un documento con el título ‘Discurso’. Me doy cuenta de que la única razón por la cual no he empezado este discurso es porque genuinamente no quiero hacerlo. Cada vez que intenté hacerlo, terminó odiándolo profun-

damente y no avanzó más allá de la primera oración.

Podría hablar de anécdotas memorables que cambiaron mi vida, pero honestamente no tengo ese tipo de experiencias. Lo único mínimamente interesante sobre mí es que he estado en 3 colegios diferentes en 2 países diferentes. He estado en diferentes colegios y no es por que me hayan echado. He entrado en diferentes colegios por el trabajo de mi papá que hace que nos cambiemos de ciudad o país. Suena interesante el hecho de que he estado en varios colegios, pero casi no hay diferencia, solo que en un colegio se pasa la materia con un 70 y otro con un 60.

Podría hablar de todas las anécdotas que he recopilado de 3 diferentes colegios. Como la vez cuando estaba en mi colegio en Medellín y fuimos a un intercambio en Canadá y un compañero decidió que era buena idea tragarse un tarro completo de azúcar. Obviamente se vomitó como 5 veces durante la noche y estuvo enfermo por varios días y casi no pudo ir a las cataratas del Niágara. O cuando casábamos a nuestros peluches y era una forma muy elaborada para decirle a alguien que le gustas.

Y así podría seguir hablando de anécdotas de mi vida pero le estaré dando prioridad a ciertas memorias, lo cual no es cierto. Es como decir que hay momentos con mayor valor que otros. Cosa que puede sonar injusta. Se podría decir que las experiencias que tuve solo tienen importancia gracias al valor sentimental que yo misma les di. Pero si quisiera hacerle

justicia a todo mi recorrido por el colegio, estaría aquí por horas, y nadie tiene ni la paciencia o el tiempo para escuchar mi monólogo filosófico de 3 horas. Estuve en diferentes colegios por cosas de la vida, no es como si hubiera tenido una experiencia reveladora en un lugar en específico. No estaba ahí gracias a algún gran propósito o destino. No soy especial y solo existo por existir.

De por sí existir no tiene propósito. Muchas cosas que pasan no tienen sentido y podemos ir toda la vida sin algún tipo de rumbo fijo. Esto puede sonar extremadamente deprimente y nihilista. Pero en realidad es todo lo contrario, no tener propósito en la vida es lo bello de sí misma. Ya que no tienes un destino preconcebido puedes hacer lo que quieras. Si nos ponemos a pensar, no tenemos una deuda con el universo por existir. Por ende tenemos la libertad completa sobre nuestras decisiones.

Aunque tengamos el poder de tomar nuestras propias decisiones esto no significa que todo vaya a salir como uno quiere. Esto significa que hay que tener la habilidad de poder ajustarse al cambio. A pesar de que no tuve poder sobre la decisión de cambiar de colegio, tuve la decisión de no olvidar cada momento, sin importar el significado.

De por sí, mi memoria es bastante mala. Apenas puedo recordar el desayuno o la fórmula que necesito saber para el examen de matemáticas. Entonces, poder recordar a varias personas que no he vuelto a ver desde hace años, puede considerarse un logro.

Lograr recordar hasta las más minúsculas experiencias puede ser sorprendente o una maldición. Pues no todas nuestras memorias son agradables. Hay varios recuerdos que honestamente me gustaría borrar de mi memoria permanentemente, pero eso sería un vacío escapismo que no llevaría a nada.

La mentalidad escapistista puede desarrollarse debido a varios factores de la vida que queremos ignorar. No tener control completo sobre nuestra vida puede ser considerado deprimente, injusto, y queremos olvidar los momentos cuando no tuvimos el control. La razón por la que estamos aquí no es para tener control completo sobre cada aspecto de nuestra vida, sino para vivir con base en lo que tenemos.

Esto significa que hay que encontrar algún tipo de felicidad o propósito en cualquier cosa, no importa lo insignificante o pequeño que sea.

Vivir significa hacer chistes malos para hacer a alguien reír, acompañar a alguien a algo tan simple como el bus, no poner atención en clase por estar riéndose con un amigo, ver películas malas, hacer un dibujito bobo en el cuaderno de un amigo, ser amados y amar a alguien de vuelta.

Aunque no nos demos cuenta cada día le estamos obsequiando algo a alguien más, esto siendo una memoria que pueden atesorar sin importar lo ridículo que pueda sonar. Tal vez se puede olvidar el nombre completo o la fecha de su cumpleaños, pero los sentimientos y las experiencias quedan impresas en nuestras mentes.

Aun cuando uno no quiere las emociones que siente en ese momento estas quedan pegadas en su mente. Por más que no nos guste, la vida continúa y hay que adaptarse a los cambios. Lo queramos o no, esto significa que pronto nos vamos a graduar y vamos a dejar el colegio detrás.

El mayor miedo que sufrimos este año es el miedo a graduarnos. El miedo de dejar todo atrás, miedo a lo desconocido y miedo de no volver a ver a los compañeros que muchos hemos visto por los últimos 14 años.

Este es el miedo a perder las amistades que se formaron a través de todos los años en el colegio. Aunque no lo crean, varias conexiones sí se mantienen, tal vez mientras pasan los años, hablen menos y menos pero es algo natural.

Cada conexión es valiosa, pero algunas lentamente se van dejando ir. Esto no significa que la amistad se haya roto para siempre, cada momento tuvo su importancia y peso emocional. Pero decirle adiós a una persona cuando nunca se pelearon es lo que más duele. Pero esto no siempre es el caso, hay varias formas de mantener la amistad pero hay que esforzarse para mantener la conexión.

Sé que dije que no quería hablar sobre anécdotas pero sí quiero que esto se vea mínimamente como un discurso de 11 el cual estoy legalmente obligada a hacerlo:

Es el 11 de junio del 2022 a las 9 de la noche. El recorrido para llegar fue una mezcla de ansiedad, nervios y felicidad. Salgo del carro y me encuen-

tro en el prom de mis amigos de mi colegio en Medellín. Al principio, casi nadie me reconoce, solo mi amigo que me invitó me estaba esperando. Era como ser un fantasma entre la multitud. Habían pasado casi 5 años desde que había vuelto a Medellín, habían cambiado muchas cosas, había gente que nunca conocí y algunos que conocía ya no estaban.

Poco a poco me empiezo a reencontrar con varios de mis mejores amigos y amigas, todos mostrando genuina felicidad al verme. Yo también estaba muy feliz, feliz que mis amigos de mi otro colegio aún me recordaran y están felices de verme. Durante el prom me quedé principalmente con mis amigos y creo que baile más en esa fiesta que en cualquier otra. Aun así definitivamente lo que más amé de ese prom fue poder hablar y estar con varios de mis amigos. Si he mantenido contacto con varios de ellos por muchos años pero no se puede comparar la espontaneidad e intriga de una conversación en la vida real, con una whatsapp. Si bien no los había visto por muchos años, poder estar con ellos otra vez dio un sentimiento de pertenencia irremplazable.

Si, podemos mantener varias conexiones gracias a las redes sociales pero aún así, hay que cerrar ciclos y seguir con nuestra vida. No nos podemos quedar atascados en un ciclo eterno y hay que avanzar. Si nos quedamos atascados en este ciclo nos quedamos en la monotonía y en cometer los mismos errores. Lo más importante es poder salir de nuestra zona de confort. Poder salir

del ciclo eterno que hemos creado inconscientemente.

Pero nada dura para siempre y eso incluye nuestra rutina de ir todos los días al colegio de 7:00 am a 3:10 pm. Lo bueno de poder salir del colegio es que ahora romperemos ese ciclo que llevamos siguiendo varios años, lo cual puede ser liberador pero aterrador al mismo tiempo. Si logran evadir el escapismo y seguir adelante, pues lo único que les puedo decir es: felicidades.

///

Lucas Fuentes

“A mí mismo me pasa que a veces no valoro la vida y olvido que yo podría no estar aquí con ustedes y que el hecho de que yo esté vivo es gracias a Dios.”

El día de hoy vengo a contarles una historia que ocurrió hace 18 años. Era el 27 de julio de 2004, un día común y corriente. Armando y Verónica, mis padres, se fueron a dormir y mi hermano Simon ya estaba dormido en su cuna. En ese momento, mi mamá estaba en el quinto mes de embarazo de Lucas, osea, yo. Papá acostumbraba a despertarse a las dos de la mañana a revisar a Simón para ver cómo estaba, pues, era un bebé de tan sólo 15 meses. Esa noche por alguna razón no se levantó a las 2 sino a las 3:33 de la mañana. Al ver esta hora le pareció curioso y se levantó para revisar a mi hermano. En ese momento mamá le

dijo que tenía que ir al baño y él le respondió diciéndole que fuera. Sin embargo, notó algo raro en su voz por lo que procedió a prender la luz. Se quedó mirándola un momento y se dio cuenta de que su cara estaba torcida y su mano izquierda apuntando a su cabeza. Ella ya no podía hablar. Papá llamó rápidamente al ginecólogo, le comentó la situación y el doctor dijo que fuera lo más rápido posible a la clínica para revisar. Apenas colgó, ella comenzó a convulsionar. Él estaba recién operado de la rodilla por lo que cargar a mi mamá solo era muy difícil y llamó al tío Eduardo. Los dos la montaron en el carro y arrancaron hacia la clínica. Mi papá iba en el puesto trasero con mamá sosteniéndola y controlando la convulsión para proteger su barriga mientras mi tío iba manejando a muy alta velocidad hacia la Clínica Country.

Al llegar los doctores vieron a una mujer embarazada convulsionando y rápidamente la llevaron a urgencias. Ellos esperaron hasta que salió el médico y les contó que mi mamá tuvo un accidente cerebrovascular que se traduce en una hemorragia cerebral. Dijo que la situación era extremadamente grave y que las posibilidades de sobrevivir eran muy pocas. De cada 100 personas 95 mueren instantáneamente y, en caso de embarazo, mueren los dos. De esas 5 que no mueren instantáneamente, 3 pueden quedar en coma o con parálisis permanente y sólo 2 pueden continuar con su vida normal con fisioterapia. El doctor sugirió avisar a todos los familiares. Él esperó un rato y a las 6:30 am le avisó a mis abuelos. Les indicó que fueran inmediatamente a la clínica por un

problema. Llegaron y luego de un rato salió el doctor para explicar el procedimiento de la operación. Mi mamá tenía un sangrado en la cabeza y la tenían que abrir y bloquear el aneurisma para que no siguiera sangrando porque si no iba a morir. No podían empezar la operación porque necesitaban un catéter de un tamaño muy especial y sólo había en Cali y en Barranquilla. Mandaron a traer el catéter inmediatamente y fue cuestión de horas para empezar la cirugía. Alrededor de las cinco de la tarde comenzó el procedimiento, pues ya tenían el catéter. Después de casi seis horas de cirugía el doctor abrió la puerta de la sala de operaciones, se acercó a mi padre con su bata ensangrentada y con una cara de preocupación le dijo que no encontraba la vena que detendría la hemorragia y que estaban esperando a que explotara para que muriera en paz. Pero para esto era necesario sacar al bebé inmediatamente. Sin embargo yo solo había pasado tan sólo 28 semanas en la barriga de mi mamá por lo que las probabilidades de sobrevivir eran muy bajas. En ese momento papá se negó a aceptar esta realidad y reunió a toda la familia presente. Empezó a hacer una oración muy poderosa para que Dios salvará a su esposa e hijo. Dios los vio de rodillas ante él rogando por la vida de una madre y de un hijo. Los minutos parecían interminables. Muy pronto salió el doctor y dijo que había ocurrido un milagro, que entre todas las venas y la sangre encontró la vena exacta que estaba alimentando la hemorragia y la punzó, por lo que logró que la presión disminuyera y que la bola de sangre bajará. Ahora debía esperar 72 horas

para ver cómo mamá reaccionaba a la operación. Mientras tanto yo estaba en cuidados intensivos dentro de una incubadora respirando a través de un respirador artificial ya que no tenía mis pulmones desarrollados completamente. Pesaba 1000 gramos y medía aproximadamente 20 centímetros. Pasaron esas 72 horas y la recuperación de mi mamá fue muy buena, a los tres días mamá apretaba su mano cuando mi papá le hablaba. A los cinco días, ya balbuceaba. Y a los ocho días salió de cuidados intensivos para estar en una habitación. Es así como después de 20 días de estar en la clínica salió y logró estar en la casa. Fue una sorprendente y milagrosa recuperación. Yo, por otro lado, estaba muy bien pero a los 15 días de nacido tuvieron que operarme del corazón. Esta noticia fue otra muy dura para mis papás por lo que acaban de salir de la operación de mi mamá y ahora me tocaba a mí. Me operaron y todo salió muy bien. Duré 30 días más en la clínica con oxígeno constante y alimentación artificial hasta que salí a estar en casa con mi familia.

Las condiciones en la casa eran difíciles, mamá salió en silla de ruedas, pesaba 40 kilos, tenía un cuello artificial, la mitad del cuerpo paralizado y su cabeza estaba rapada. Sin embargo esto nunca la detuvo. Fueron días difíciles, sin ganas de vivir, con mucha tristeza. Pero esta tristeza se desvaneció rápido con la ayuda de Dios, con oraciones constantes para que todo mejorará, y con la bendición del señor. Sin mi papá mi mamá no habría podido. El la hacía reír en los peores momentos, la ayudó con

una dieta, le preparaba comida, era su mano derecha. Todo esto llevó a convertir a mi mamá en la persona que es. Hoy en día mamá es increíble. Tiene el brazo izquierdo paralizado pero esto no la ha detenido. Ella puede manejar todos los días, vestirse sola, cocinar mis platos preferidos, salir a hacer mercado y muchas otras cosas que nadie creyó que iba a lograr. Es tan impresionante cómo mejoró que mucha gente no se da cuenta de su brazo o creen que es una simple fractura.

Esta historia se la cuento para demostrarles lo poderoso que es Dios, para pedirles que valoren la vida, valoren cada momento que viven. Aprecien esos momentos con su familia, con su mamá, su papá, sus hermanas. A mí mismo me pasa que a veces no valoro la vida y olvido que yo podría no estar aquí con ustedes y que el hecho de que yo esté vivo es gracias a Dios. Dios tenía un propósito para mi mamá y por eso la salvó, igual lo tiene para mí, igual lo tiene para cada uno de ustedes.

Quisiera finalizar este discurso dando gracias. Gracias en primer lugar a mi papá por ser mi amigo, mi consejero y ancla. Por haber levantado a la familia de esa situación tan dura sin perder la fe. Sin la valentía y el coraje de papá, además de sus oraciones, yo seguramente no estaría acá. A mi mamá por ser esa mamá que siempre está ahí para ayudarme y apoyarme. A mi hermano por siempre ser tan parche. A mis amigos por siempre hacerme reír y poder crear anécdotas en todos los planes. Al colegio por

hacerme caer en cuenta de qué soy capaz a pesar de que mucha gente creía que iba a salir con algún tipo de problema. Por último, gracias a toda la generación 2023 por acompañarme todos estos años. Y como dice mi papá, nunca dejen de mirar al cielo.

///

Catalina Gaitán

“Para mí la familia también son esas personas que están, te entienden, te escuchan y cuando estás a su lado sientes que nada podría ir mal y nada malo podría pasar.”

Se puede considerar que tengo un corazón grande y bonito, por más que me vean con cara de culo el 90% del tiempo (espero nadie se ofenda con mi españolete), que mi forma de demostrar amor sea haciendo bullying y que tenga problemas de ira; con la primera nací, la otra la llevo en mi sangre y la última es algo que ni veinte mil góticas han logrado solucionar. Nací con el ceño fruncido y con dos cachetes que parecían como si tuviera dos buñuelos a lado y lado de mi cara, tanto que mi mamá me tenía que hacer masajes en la cara para que no se me metieran las pestañas a los ojos. Digo que lo otro es genética porque quien conoce a mis papás o trata de tener una conversación con mi familia materna no lo va a lograr. Por ejemplo, Isa ya tiene un trauma con esto y por esta mismísima razón tiene miedo de hablar con

mis papás. Las personas que se han montado en el bus Gaitán González después de una fiesta y no están en estados de completa sobriedad (claramente nada de menores de edad) saben que a mis papás les gusta hablar de cómo les fue. Entonces, si les llega a pasar, traten de no enredar mucho la lengua.

Así es como empiezo el discurso en el que hablo sobre la familia, sobre mi familia por sangre y mi familia que no sé de dónde salieron para merecerlos. Para mí la familia no son solo esas personas con las que vivo, viajo, desayuno, paso las navidades, en fin, con las que he convivido desde que nací. Para mí la familia también son esas personas que están, te entienden, te escuchan y cuando estás a su lado sientes que nada podría ir mal y nada malo podría pasar. Son esas personas mágicas con las que haces un click, un click tan fuerte que jamás querrás deshacer. Yo soy el tipo de persona que cree plenamente que tu hogar es donde te sientes como lo acabo de describir, no necesariamente un lugar en sí. Sé que puede sonar muy cliché y todo, pero es lo que pienso.

Empecemos con mi mejor amiga de mis primeros años en el colegio, una profesora. Recuerdo todos los recuerdos que pasé con ella, las dos sentadas en el pasto hablando mientras el resto de mis compañeros jugaban en el Parque del Asombro. Me hace muy feliz que ella pueda ver cómo llegué al colegio y ahora cómo estoy saliendo un poco más grande pero igual de cachetona.

Isita mi reparra carros, la niña que confió en mí y puso su corazón en mis manos, ella, la que me enseñó qué es poder confiar en alguien. Esa personita que no se cansa de escucharme y que yo tampoco pararé de escuchar, por más que cuando me hable dure cuarenta años en contarme algo, por distraída. Pero sé que cualquier día a la semana puedo aparecerme por su casa sin ser juzgada, recibir mil abrazos y sentirme amada. No sé cómo tenemos una amistad tan fuerte siendo tan polos opuestos pero tú sabes que te amo de aquí a la luna en pasitos de tortuga hijita.

Danielo, la niña hecha de plumas que apareció de la nada. La niña con una rareza, estupidez y sarcasmo que encajan perfectamente con la mía. Ella que con el poco tiempo de conocerla se convirtió en mi otra familia y mi familia en la de ella. La bobis es mi partner in crime y es la parte social que yo no tengo. La compañera de baile que cualquier bailarín podría soñar tener en una fiesta, ¿quién necesita a un man que no sabe bailar todo tipo de género cuando tienes a alguien que hasta con una sola mano te sabe mover? Esta persona que amo y adoro pero a la cual me da miedo darle un abrazo espichurrado porque quién sabe qué se le desbarate esta vez.

Isabelo, mi esposa que conozco desde que tengo memoria. De quien por más alejada que esté en unos momentos de la vida, cada vez que vuelve, se siente como si nunca se hubiera ido. La parte habladora que yo no tengo

pero que disfruto escuchar todos los días. Nunca cambies y sé siempre esa niña feliz que llevas dentro.

Juls, la gringa que parece un pequeño angelito pero creo que ya todos sabemos que no lo es. Ella, quien no me ha dejado sola cuando la he necesitado y con quien he tenido momentos de bobada a las 3 de la mañana estando en este mismísimo sitio. La chiquita que a veces necesita desahogarse, pero cuando lo hace, a veces me dan ganas es de ahorcarla (tranquilos que eso no va a pasar porque yo soy igual de tontis que ella).

Juli, mi compañera de remediales con quien he construido casas hechas de cobijas en el colegio. Con quien he llorado por esa misma materia y ese mismo miedo a quedarse dos semanas más en este sitio. Claro, no crean que es tan malo; les dan comida.

Laurita, la persona más firme que he conocido, esta personita que es incondicional. La que era incómoda dando abrazos, razón por la cual me gustaba dárselos aún más. Ahora ella es la que me los da, lo cual me hace más feliz. La niña con un corazón gigante que sueña en grande y espero nunca pare.

Martin, la persona con quien he bailado subida en tacones por horas y me ha levantado la cabeza en los momentos que más lo he necesitado. Él, que cree en mí y en mi canto y no deja que me derrumbe por más que me vaya a desmayar, tenga los tobillos jodidos y la muñeca ni hablar. El niño que no entiendo cómo hace tanto sin fallar en el intento, lo admiro. Él

me dice una noticia que puede sonar tan simple pero que a mí me hace la persona más feliz del mundo.

Podría seguir así, hablando de muchas personas que me han ayudado a ver lo bueno de estar aquí. Pero para hacer eso necesito hablar de mi hogar más grande que tengo en esta comunidad; sí, el musical. Esas personas que dan todo de sí mismos y no se dejan derrotar por nadie. Ese grupo de personas que están locas, pero a las que nadie nunca les podrá sacar la chispa que llevan dentro. Las personas más talentosas que he conocido. Mis anteriores hermanos, tíos y primos y los que ahora son mis hijitos. Todos, quienes me han sacado las mejores risas y sonrisas y con quienes he llorado como bebé por no querer soltarnos.

Personas así son las que uno necesita para darse cuenta que hay mucho más allá que simples cosas vacías y sin sentido. Estas personas son las que le dan vida a tu vida, son los rayos de sol en un día nublado que por más que se vean como algo fugaz en realidad es lo que ayudará a que ese gris del cielo se convierta en un día soleado con uno que otro arcoíris. Personas que están en tus peores momentos apoyándote y a veces ni se dan cuenta. Estas son las que valen la pena, porque con su sola presencia sientes que ya es suficiente, no necesitas nada más. En este caso, estas personas que me han ayudado a sobrevivir el colegio y la vida en sí, son solo una pequeña parte de las personas que han sido una gran motivación para seguir, una motivación para no parar en la mitad del camino.

Ellos han sido quienes me han ayudado a lograr llegar a donde estoy hoy, leyendo un discurso en mi último año en este colegio, quien lo creería. Quiero resaltar a estas personas que han visto esa chispa en mí. Las personas que se aguantan mis momentos de ira porque saben que así mismo como puedo sentir esto tan profundamente, mi amor, mi cariño y mi apego son cosas explosivas.

Gracias a Angiecita, Bea, Fercholo, JP, Male, Mari Crane, Caro, Josh, Rolf, Jairito, Aldis, Juan Carlos, Johanita, Yenny. No saben lo mucho que los quiero y lo mucho que me han ayudado a crecer, no saben lo agradecida que estoy de haber conocido personas tan increíbles que se han tomado el tiempo de saber quién soy y que me han ayudado día a día a ver mi potencial. Gracias por los abrazos, las sonrisas y los ánimos que me han regalado, me han ayudado a recordar por qué estoy acá y por qué lo seguiré estando. Yo sé que soy una torta en varias materias y en otras no tanto, pero sé que en todas las clases he necesitado esos clínex superabsorbentes que Fercho me sigue debiendo. Pero en vez de esperar por estos, he sabido que es el apoyo de las personas que te quieren y aman. Ellos, que no te piden palabras, porque por más que te estés ahogando en tus propios pensamientos y sentimientos, con solo mirarte a los ojos saben qué está pasando y con algo tan simple como un abrazo lo curan todo.

No es necesario buscar para encontrar estos pedacitos de brillo que hay en el mundo. Es cosa de experimentar y confiar, lanzarse sin miedo a caerse

por un precipicio, porque, al final, estas personas te rescatarán a mitad de camino y te lanzarán más allá de las estrellas. Sea tratándote como su hermanita y cuidándote como una o sea diciéndote “te amo, nunca me iré de tu lado”.

///

Sebastián Galindo

“Solo quiero que piensen cuando se paren frente de Semestralizado leyendo su discurso si aprovecharon esta etapa de su vida. Si la disfrutaron porque solo la van a vivir una vez en sus vidas, y no van a tener repeticiones.”

Nunca pensé que un cambio logra-
ra impactar tanto a una persona. El 31 de Julio del 2017 falleció una de las personas mas importante en la educación Colombiana, Francis Wehri. Como la gente lo conocía el padre Francis. El padre fue el rector del Colegio San Carlos durante 40 años. Fue el alma, el ejemplo a seguir, el consejero y hasta el entrenador de los equipos del Colegio. A pesar de su origen estadounidense fue un educador integral que amó enormemente a Colombia y su Colegio dejando todo su conocimiento y enseñanzas para que pasaran generación tras generación.

Como consecuencia de la muerte de esta gran persona, la vida de muchos estudiantes del Colegio San Carlos cambiará o mejor dicho cambio. Tras oír la noticia de la muerte del padre Francis en va-

caciones, el estudiante del colegio empezó a escuchar a sus padres hablar de un posible cambio de Colegio y lo que esto implicaría. En los inicios de sexto dicho estudiante habría tomado una de las decisiones más importantes hasta la fecha. Aunque esta decisión se vio fuertemente influenciada por sus padres él siempre tuvo la libertad y el voto final, después de varias horas de meditación y auto reflexión, analizado cada posible escenario el joven tuvo una corazonada y como si el Padre Francis se lo hubiera mencionado decidió dejar todo atrás. Dejó lo que para él era su Colegio, sus amigos y el lugar donde había pasado la mayor parte de su vida. Para adentrarse en un mundo desconocido, principalmente porque pasaría de un colegio masculino a uno mixto, a un colegio que iba evolucionando con la tecnología, a un colegio lleno de experiencias y oportunidades. Esta era una oportunidad única. Entró a Los Nogales unas semanas después de que hubiese entrado su nueva generación, sus nuevos profesores, sus nuevos amigos, y su nueva comunidad quienes lo estaban esperando y lo recibieron con los brazos abiertos. Esto sin el conocimiento de que lo verían muy pocas veces dentro y fuera del Colegio.

Con este nuevo cambio llegó también a su vida un amigo que se volvería indispensable en su vida. Aunque por este amigo él se metería en muchos problemas, especialmente con la cantidad de ausencias que le

causaría. Este amigo y compañero de vida es el Esquí. Creo que para este punto ya se podrán imaginar de quien les estoy hablando. Si, la persona de la que les he estado hablando en esta historia soy yo. Para todos aquellos que no me conozcan mi nombre es Sebastian Galindo Deeb y se podría decir que soy el nuevo del colegio. Tengo el récord a la persona con más ausencias en la historia del colegio y el récord a la persona que le ha pedido más permisos a Lucia, Manuel, Ximena, Jay, Valeria, Camilo y a mi escudero Rafael, perdón: Rolf. De antemano les quiero pedir una disculpa a estas personas por hacerles la vida en el colegio y su trabajo un poco más difícil. Pero tranquilos, si están escuchando este discurso es porque estoy a pocos meses de graduarme... o por lo menos eso espero.

Acumulando tantas ausencias he podido entender cómo funciona el colegio de una manera que no muchas personas han podido experimentar. Gracias a esto y a que tuve la oportunidad de estudiar en otro colegio logré comprender que es lo que hace al colegio ser uno de los mejores colegios de Colombia. Todos sabemos que Nogales académicamente es sumamente exigente y contamos con los mejores profesores para lograr esta rigurosidad. Aunque esto sí nos diferencia de muchos otros colegios no es el factor determinante. Lo que nos resalta sobre los demás son las oportunidades que el colegio nos brinda. Desde el día cero que pise el colegio, noga-

les me abrió el mundo. Empezando por las caminatas, tener la oportunidad de salir a recorrer Colombia con una perspectiva y un propósito diferente al de un paseo familiar. Tener la oportunidad de irse de intercambio para aprender de una nueva cultura y de las diferentes formas de educación que puedan existir alrededor del mundo. Brindarme el apoyo para ausentarse durante semanas y aún así seguir estudiando y manteniendo el nivel que Nogales exige. Incluso algo tan simple, como es utilizar el Ipad o el computador en clase para realizar los trabajos. Todos estos son solo algunos de los ejemplos que destacan a Nogales. Con base en eso, caí en cuenta de lo retrasado que puede llegar a estar un colegio que lastimosamente por la situación de nuestra país no se logran generar las mismas oportunidades en todos los colegios.

Tuve la oportunidad de vivir esa gran diferencia económica entre los colegios personalmente. En el San Carlos las presentaciones se hacían en una cartulina, a mano, la información principalmente se sacaba de los libros que nos brindaba la biblioteca del Colegio. Muy pocas veces usábamos la sala de computadores para investigar acerca del tema. No se consideraba hacer una presentación en power point. Hacer un ensayo no era tan fácil como solo crear un docs, empezar a teclear o incluso dictar. Los ensayos tocaba hacerlos a pulso, escribir más de 1500 palabras con el lápiz de punta 2B. Terminado los diferentes ensayos con la mano cansada

y una ampolla en el dedo corazón por escribir tanto a mano. Esta ampolla luego se convertiría en cayó. Cosa que al entrar a Nogales con la ayuda y la eficiencia de la tecnología se fue reduciendo hasta desaparecer. Finalmente, en el San Carlos no tenemos actividades que rompieran con esa rutina, lo que hacía que se perdiera esa motivación por ir al colegio ya que todo se vuelve sumamente monótono. A diferencia del colegio que nos presenta con diferentes actividades en las que logramos romper ese ciclo que llevamos.

Por diferentes razones desde que estoy en el Colegio me he ausentado por lo menos a un 80% por ciento de las diferentes actividades que nos trae el colegio. No digo que ausentarse sea lo correcto de hacer o que asistir a todas estas actividades esté mal. Cada quien es responsable de sus actos y las consecuencias que estos puedan tener. Para mi esquiar es y seguirá siendo una de mis prioridades siempre y cuando esto no me implique renunciar a mis estudios. Lo que sí es cierto es que por practicar este deporte que tanto me apasiona he tenido que perderme muchas experiencias y recuerdos que pude haber creado con mi promoción. Perderme de actividades del colegio que ahora logro entender que pudieron ser valiosas para mi futuro. Sin embargo, no me arrepiento de esto.

Recientemente sufrí de una lesión en un tobillo que me ha impedido continuar con mi actividad deportiva por lo que ese tiempo que siempre estaba ocupado por los entrena-

mientos pasó a estar disponible. Así que por qué no empezar a utilizar ese tiempo para conocer el colegio un poco más. Aprovechar el tiempo en el colegio y sus actividades, compartir con mis amigos y generar nuevos recuerdos fuera de lo deportivo. Me he perdido de muchos eventos y ahora que estoy leyendo este discurso se que estoy cada vez más cerca de salir del colegio, acabar una etapa y empezar otra nueva, en busca de un lugar que me permita seguir esquiando y educándome. Solo quiero que piensen cuando se paren enfrente de Semestralizado leyendo su discurso si aprovecharon esta etapa de su vida. Si la disfrutaron porque solo la van a vivir una vez en sus vidas, y no van a tener repeticiones.

Hace un año no tuve que venir durante el primer mes del colegio. Me encontraba en Destin, Florida gozando y disfrutando de la vida, hasta que tuve que regresar al colegio teniendo que caer de la nube en la que pude vivir durante ese grandioso mes. Después de estos meses, tuve un examen de funciones en el primer día. Creo que soy la primera persona que haciendo un examen se saca 0, creo que no puse ni mi nombre bien. Lo que es cierto es que el colegio se vuelve 10 veces más difícil, me tocó madrugar todos los días y trasnocharme para ponerme al día. Realmente no podía más, llegué a tal punto que considere salirme del colegio y hacer homeschooling, pero para mi papá esa no era una opción. Así que no tuve más remedio que seguir adelante.

///

Juliana Garzón

“Estoy completamente segura de que todas las experiencias, sin importar lo retadoras, buenas o malas que hayan sido, me ayudaron a estructurar mi forma de pensar. Me ayudaron a forjar la seguridad en mí misma, así como la certeza de que si se trabaja por los sueños con persistencia y buena actitud, se logran.”

Hace unos meses, conocí a Olga Lucía, la abuela de una estudiante del colegio. Ella me contó que a su nieta le encanta este colegio. Los miembros de su familia siempre le preguntan muy confundidos: ¿Cómo te puede gustar tanto Los Nogales? Después me preguntó: ¿Y a ti por qué te gusta tu colegio? Hace unos años habría respondido, simplemente, “no me gusta”. Pero hoy, a 4 meses de graduarme pienso totalmente lo contrario.

En agosto del 2009, mientras que la mayoría tenía varias opciones de colegios, mis papás tenían solo una. Desde que a mi hermano lo sacaron de Cumbres para cambiarlo a Los Nogales, ya estaba decidido que yo también entraría a estudiar acá, pues, desde el primer momento, a mi mamá le encantó el colegio.

Entré en prejardín, y lo poco que me acuerdo son las historias que cuenta mi familia. El primer día estaba aterrada. A diferencia de lo que muchos pueden pensar, ese miedo no fue por

estar en un nuevo ambiente. Fue producto de una broma de mi hermano. Para ese año, mi hermano estaba en séptimo, y se le ocurrió la maravillosa idea de contarme que la promoción de 11 como bienvenida a los niños de prejardín, los amarraba a postes y les lanzaba balones. Supongo que la inocencia de los 5 años, lo hacían ver completamente lógico. Después de este primer día, llegaba a mi casa todos los días angustiada preguntando cuándo iba a ser la tal bienvenida. O así es como mi mamá y mi hermano lo cuentan. Luego de unas semanas, me dijo la verdad, y ese miedo de ir al colegio desapareció.

Pasé a primaria y aunque era un poco diferente, para mí todo era perfecto. En ese entonces, lo peor que me podía pasar no iba más allá de las estudiadas para inglés. El método nunca cambiaba: llegaba a mi casa y me sentaba con mi mamá a repasar cada palabra del spelling book, escribiendo y repitiendo, una y otra vez. Este método fue lo suficientemente efectivo para pasar primero y segundo, pero para tercero no funcionó y por primera vez, me tocó ir a remediales: una experiencia que definitivamente no duraría solo un año.

Al entrar a básica la emoción por el colegio empezó a desvanecerse con cada grado un poco más. En quinto todo cambió drásticamente y en pocas palabras ese “todo es perfecto” ya no existía. Después de la separación de mis papás parecía que todas esas personas que me servían como columnas para sostenerme se derrumbaban una tras otra. Pues en ese

entonces no entendía la facilidad con la que un hasta luego se podía convertir en un adiós. No hay

muchas cosas que pueda resaltar de estos años, pero las pocas que hay no se me olvidarán, como las aventuras con Cata Gaitán en remediales.

Al finalizar séptimo, esa emoción de la que les hablaba se había desvanecido por completo, y el último lugar en el que quería estar era el colegio. Después de contarle a mi mamá que me quería cambiar, empezó la búsqueda de a dónde irme. Visité muchos colegios, pero ya tenía mi decisión clara y me cambié de colegio. Aunque todo dio un giro, y esa emoción de cambiarse, se convirtió en un intento de sobrevivir en un ambiente completamente distinto. No les miento cuando les digo que entré a octavo y duré como 3 meses. Un día, confundida llamé a mi mamá y le dije que me quería devolver a Nogales. Ella preocupada, y “disimuladamente” emocionada, me preguntó, ¿por qué te quieres devolver? En ese momento, lo único en que podía pensar era ese sueño que tenía esa niña pequeña que entró en 2009, y le dije: “Uno de mis sueños siempre ha sido graduarme de Los Nogales”.

Me devolví, y en ese primer mes no cambiaron las conversaciones. Todos tenían la misma pregunta: ¿Y por qué te devolviste? La razón era simple, suena cliché y todo, pero a veces no entendemos lo que tenemos hasta que lo perdemos. Por más inconvenientes que tuviera, no estaba valorando algunos detalles que eran fundamentales: tales como la varie-

dad de oportunidades que el colegio ofrece, los amplios espacios y las diferentes personas que se conocen en el proceso. Como era costumbre se acabó el año y me quedé a remediales. A pesar de las dificultades académicas, no me arrepiento en lo más mínimo de haber vuelto.

Durante las vacaciones la tensión se sentía. Aunque estaba emocionada por pasar a semestralizado, hubo dos pensamientos que no salían de mi cabeza. El de que podría perder el año en diciembre y que no me graduaría nunca. Pues le tenía más fe a cualquier otra cosa que a la posibilidad de llegar a once. Terminó noveno, para sorpresa mía y de algunos otros, solo perdí una materia. Evidentemente, noveno fue un año bastante extraño y diferente a lo que todos estábamos acostumbrados.

Sin darme cuenta, ya era agosto otra vez y estábamos en décimo. En los primeros meses, sorprendentemente no iba nada mal. Pero siempre hay una excepción, y en este caso se llamaba francés. Me di cuenta que los errores son inevitables, porque no existe un “todo es perfecto”. Además de la parte académica, este semestre estuvo lleno de experiencias como los momentos en que mis amigos se reían, porque me aprendía las gráficas de matemáticas

moviendo los brazos para replicar las formas. Así como Jacque nos enseñaba en clase. Así podría contar miles de momentos que le dieron luz a mi vida esos 4 meses. Sin duda, las experiencias me mostraron que logré encontrar las amigas más firmes e incondicionales.

Para el segundo semestre de décimo no puedo decir lo mismo. No lo niego, entré completamente confiada de que sería igual al primero en cuanto a lo académico. Pero fue un golpe totalmente inesperado, donde la mayoría entendimos por qué dicen “décimos es muy difícil”. Lo único en lo que no cambió fueron las experiencias inolvidables. Primero, les contaré algunas de la clase de física. A propósito, crean cuando les dicen que es complicada. Pero tengan la seguridad de que todo se disimula con las historias y los chistes de Fercho. Lo más importante que aprendí en esta clase, tal vez no fueron espejos o circuitos, sino fue una frase que un día me dijo Fercho: “si no depende de ti solucionar los problemas, no vale la pena dejarse afectar por ellos”. Al principio, no lo entendía, o más bien no lo quería aceptar. Muchas veces podemos quedar en medio de muchos problemas, pero por más afectados que nos veamos no siempre podemos intentar solucionarlo todo y estresarnos.

Por otro lado, están las aventuras de la clase de precálculo. La típica era salir de un examen y sentarnos a almorzar mientras discutíamos cómo nos había dado cada punto. Cosa que normalmente no terminaba bien, pues rara vez me daba lo mismo que a los demás. O de la nada me acordaba de alguna estupidez que había hecho y les decía algo como: “¡Ay! Cambié el más por el menos en el punto uno”. Pero la que definitivamente no se me olvidará fue la semana del penúltimo examen. Estudié día y noche, y lo presenté esperando lo “mejor”.

Cuando Sarita me lo entregó, en la hoja decía 88, la felicidad que sentí fue incomparable. Como Jacquie me dijo: “Está para enmarcarlo”. Aunque para muchos podría ser solo una nota, para mí era el reflejo del esfuerzo, la persistencia y las buenas explicaciones de Juli Castaño.

De alguna manera, las cosas que hice en décimo funcionaron. Fue el primer año desde tercero, que no perdí ninguna materia. Creo que una parte fundamental para lograrlo fue aplicar las siguientes 4 estrategias que Mechass me ha ayudado a entender en estos últimos años: confiar en uno mismo, creer en sus habilidades, preguntar sin pena y aprender a conocerse.

Estoy completamente segura de que todas las experiencias, sin importar lo retadoras, buenas o malas que hayan sido, me ayudaron a estructurar mi forma de pensar. Me ayudaron a forjar la seguridad en mí misma, así como la certeza de que si se trabaja por los sueños con persistencia y buena actitud, se logran. Aunque a veces no todo salga como fue planeado. Un claro ejemplo de esto es como fui aceptada en las universidades del exterior a las que apliqué para estudiar gastronomía.

Para cerrar mi discurso, quiero darles las gracias a todas esas personas que me apoyaron en este proceso. Pero especialmente, quiero agradecerle a algunos profesores que estuvieron ahí ayudándome en algún momento durante estos últimos años: Andres, Manu, Fercho, Mireia, Jacquie, Diana y Mechass. Muchas gracias.

Alejandro Gómez

“Estamos atrapados en un ciclo donde siempre tenemos que cambiar para hacer parte de algo o para satisfacer algo en nuestro entorno, dejando lo verdaderamente importante atrás”

Todos los días, sin razón alguna, me pregunto qué tan yo soy yo y qué tan persona es la persona a lado mío. Es una pregunta que estoy seguro ninguno de ustedes acaba de entender. Esto suena como un trabalenguas o un acertijo muy complejo. Pero en realidad es una pregunta simple y sencilla que después de mucho tiempo logré encontrar una respuesta. Para sacarlos un poco de esta incertidumbre y cruce mental en la que los acabo de meter les contaré una anécdota de cómo este dilema me empezó a perseguir.

Yo, Alejandro Gomez, me encontraba en mi segunda semana de octavo sintiéndome lo mejor que había pasado por esa sección. Como diría mi compadre Cipriano, el don putas boy de envidado. Cogí mis libros de mi locker y me dirigí al tercer piso a clase de inglés con el nuevo e intimidante profesor Joshua Cook. Este nuevo profesor era el miedo de los estudiantes por su gran altura, cara seria y por su icónica primera clase donde decía que el salón era su casa. Yo ya me estaba acostumbrando y acomodando a Joshua el cual lentamente no era tan intimidante y miedoso. Cuando entré al salón me acerqué a su mesa,

lo saludé, me dirigí a mi mesa en línea recta y me senté a esperar. Después de unos pocos minutos la clase empezó, Joshua mencionó que nuestros ensayos sobre un libro que habíamos leído en vacaciones habían sido decepcionantes. Nadie se había sacado más de 75 y en general todos nos habíamos sacado menos de 55, me incluyo en ese grupo. Yo salí bastante confundido después de 50 minutos donde lo único que oí fue al profesor decir cosas negativas en nuestra forma de escribir y reclamos entre estudiantes por las malas notas. Todos estábamos en desacuerdo con la forma de calificar de Joshua y no íbamos a permitir esto. Por esto mismo, al otro día a primera hora en dirección de grupo hablamos con Henry Camilo Villamizar, nuestro guardián y protector de derechos humanos, donde pudimos expresar nuestra inconformidades y diferencias con el nuevo profesor. Henry, entendiendo todo lo que habíamos dicho decidió llamar a Joshua para que él también tuviera la posibilidad de explicarse y de hablar. Lo cual para todos fue un error ya que sabíamos que se iba a poner bravo y que posiblemente nada se iba a solucionar como queríamos. En otras palabras nosotros solo queríamos una mejor nota porque sabíamos que nos la merecíamos, pero al mismo tiempo también queríamos a Henry como mediador para no tener que hablar directamente con el intimidante y miedoso profesor.

Cuando este entró al salon con cara de disgusto, todos nos miramos y nos asustamos, él pregunto que cuál era el problema. Nadie respondió pero Henry en nombre nuestro le explicó.

Él no estaba completamente bravo, solo quería entender porque no habíamos sido capaces de decirlo directamente a él. Después procedió a dar una explicación de las notas que pocos trataron de aceptar. Nadie quedó satisfecho pero no se podía hacer más, nos tocó asumirlo y seguir.

Aproximadamente una semana después de este suceso, nos tocó escribir otro ensayo donde nuevamente se repitió un poco lo que había pasado en el primero. Obviamente mejoró bastante la situación, aunque todavía era un poco preocupante. Pero aparte de todo el caos de malas notas, había una persona, solo una, que logró sacar una muy buena nota. Esta persona es nuestro capitán de Eudikia, Camilo Becerra. Yo sin dudarle, me acerqué y le pregunté qué había hecho diferente para lograr esa alta nota que lo diferenciaba del resto del curso. Yo quería saber qué había hecho Camilo que no habíamos logrado hacer los otros 23 de esa clase. Él me respondió que “después de los consejos, comentarios y correcciones logré entender. Ya entendí cómo estructurar mis textos para que todo sea del estilo y formato que Joshua exige”. Yo me demoré unos minutos en procesar esta idea y solución al gran problema de los ensayos con Joshua. Él simplemente entendió un poco cómo pensaba el profesor para poder reflejar sus ideas sobre una estructura y un formato. Esto me demostró lo brillante y astuto que es Camilo.

Para mí esta idea era excelente, era la solución a todos los diferentes trabajos en el colegio. Pero por más buena que fuera, había algo dentro

de mí que no me permitía hacerlo bien. Después de un tiempo me di cuenta de que esto solamente no era algo que me fluía, esta no era mi forma de escribir. Yo no puedo hacer las cosas en la forma en la que otros lo hacen. Yo soy una persona que le gusta sentirse 100% identificado y aliñado con todo lo que hace.

Para los que todavía no entienden cuál es este dilema que les mencione al comienzo o solamente no pusieron mucha atención. Mi punto de todo esto es como en el colegio y fuera del colegio estamos constantemente perdiendo nuestra esencia o como a mí me gusta llamarlo, nuestro toque personal. Diganme qué tan frustrante es que en clase de arte el profesor le raye o le borre a uno el dibujo que lleva haciendo por más de dos horas, solo porque hay técnicas o movimientos que no aplicamos adecuadamente. O qué opinan de cuando nos entregan un examen de matemáticas corregido donde no nos valieron un punto por no hacer el exacto proceso que el profesor nos enseñó, sino que hicimos un proceso que era más comprensible y claro para nosotros que alguien muy amablemente nos enseñó en un momento de confusión. O cuando hacemos un póster, infografía, presentación, etc, y al profesor solamente por gusto propio no le gustan las imágenes, las gráficas, el tipo de letra, los colores y otros elementos usados que lo único que tratan de hacer es complementar y mostrar un poco quiénes somos nosotros.

También afuera del colegio vivimos diferentes situaciones donde nuestro entorno nos cambia de quién somos

en nuestro interior. Ejemplos tan simples como vestirse exactamente con la misma ropa que los otros, tener el mismo celular que los otros, ir a comer a los mismos lugares que los otros, querer siempre hacer los mismos planes que los otros, etc. Es una lista infinita donde siempre perdemos nuestra esencia y toque personal en temas tan irrelevantes para ser uno más del grupo. Cuántas veces hemos criticado a alguien por ser diferente y ser lo que verdaderamente es. Por no tener miedo a ser algo que posiblemente le traiga comentarios jartos e inmaduros.

Este tipo de cosas son las que en los últimos años me han alejado y empujado a parar de ser lo que realmente soy. Son esas simples y bobas acciones, que muchos deben considerar insignificantes, que para mi hacen la diferencia de mostrar cómo pensamos y cómo nos gusta hacer las cosas. Estamos atrapados en un ciclo donde siempre tenemos que cambiar para hacer parte de algo o para satisfacer algo en nuestro entorno, dejando lo verdaderamente importante atrás. Esto comprueba en parte la famosa teoría del filósofo Heraclito. El cambio es el centro de todo, nada permanece igual. El río que vemos ahí ya no es el mismo río ya que el agua, las piedras, las algas y todo lo que lo compone se han movido, han cambiado o solamente ya no están ahí. El Alejandro que está a punto de terminar de leer su discurso no es el mismo Alejandro que empezó a leer el discurso hace unos pocos minutos. De hecho ni siquiera sé si escribí esto

por mí mismo o por decisión propia, posiblemente solo perdí mi esencia y me toque personal y estoy complaciendo a una audiencia de profesores y estudiantes. ¡Gracias!

///

Nicolás Gómez

Ya para acabar, debo decir que aprendí por las malas a enorgullecerme de todo lo que soy. Y esto que les acabo de contar fue la moraleja de lo que realmente aprendí en el colegio.

No me gusta el reguetón. Sí, suena raro, sobre todo en nuestra generación, una generación que creció a la par de este género, donde la mayoría son apasionados por el mismo, pagan millones por ir a un concierto de Bad Bunny, y les disgusta cualquier otro género.

Mi caso es diferente. Mientras existan genios musicales como Romeo Santos, Marc Anthony, o Juan Luis Guerra, yo seré feliz; pues mi infancia se define básicamente por la canciones de estos artistas.

Bueno, también por las de Fonseca y el resto de gomelos que cantan baladas y tropipop. Pero es que en mi casa, dejando a un lado las baladas, el pop y el rock, la música latinaailable (como me gusta llamarla) es decir, la salsa, la bachata, y el merengue, siempre han sido el género predominante. Y toda la

vida he construido recuerdos con canciones de están sonando de fondo, sea intentando dormir en dos sillas Rimax mientras mis papás disfrutaban de la fiesta familiar, tomando mis primeras clases de baile cuando no tenía más de ocho años, o incluso en las fiestas, ahora que solo espero al momento en que pongan unaailable... Pues les reitero:

No me gusta el reguetón.

Es más, después de la chiva al final de décimo no volví a escuchar reggaeton en casi dos meses pues el ritmo me tiene mamado.

A mí, pónganme toda la músicaailable que quieran. Música “pelle” para muchos de ustedes (Parker, Marianna).

Pelle para los que no sepan, es una palabra similar a ñero, pero no es ñero, es similar a nea, pero el nea se refiere a sí es galáctico.

Ahora bien, ¿de dónde sacó esta gente que lasailables son pelles? ... Ni idea, pero a mi forma de ver, es absurdo que digamos que algo sea pelle solo porque en nuestro entorno gomelo no sería lo “normal”. Pues sí, acepto que no es normal que parezca un viejito atrapado en el cuerpo de un adolescente y que no me guste el reggaeton.

Pero es que afrontémoslo, los nogalistas, bueno, los gomelos, somos RIDÍCULOS y TODO nos parece ñero, pelle, RARO. Todo es MAL VISTO por nosotros.

Sea desde la forma de hablar de una persona, su forma de vestir, dónde estudia, a dónde va de vacaciones, cómo se moviliza dentro de la ciudad, que celular tiene, su peluqueado, o

incluso la música que escucha.

Y es que de verdad: Juzgamos a las personas por unas idioteces absurdas... llenas de sesgos y prejuicios.

Mejor dicho, juzgamos a partir de la ignorancia, y la estupidez

Porque realmente... ¿¡Cóm es posible que para nosotros, la mayoría de la jerga de nuestro país nos parezca ñera!? Que palabras tan comunes como “re”, “chimba”, o “parce” tengan una connotación pelle siendo unas de las palabras más usadas en el país. Además de ser, por el lado de parce, literalmente, una marca comercial con la cual Colombia se vende a sí mismo, ¿o acaso nunca han visto una camiseta que diga parcero en alguna tienda de turistas en el aeropuerto?

¿Cómo es posible que lleguemos a pensar que porque alguna prenda de ropa, zapatos, camisetas, o incluso calzoncillos, no son de marca, significa que son de mala calidad o peor aún, que quien los porta es una persona que no se sabe vestir?

¿Cómo es posible que hagamos preguntas tan estúpidas como “¿De qué colegio eres?” o peor aún “¿Eso es UNCOLI?” para hacernos una idea de que tan play es la persona con la que estamos hablando?

¿Cómo es posible que nos parezcan pobres todas las personas que no viajan a Europa ni Estados Unidos en vacaciones, y más aún aquellos que se quedan en Bogotá o incluso viajan dentro del país para estas épocas?

¿Que si usted o sus papás no manejan una camioneta Toyota, un BM, o un Mercedes, su carro es un asco?

¿Que si monta Transmilenio usted está en lo más bajo de la sociedad? ¿Que si usted tiene un siete o un mullet, roba para poder vivir? ¿Que nos parezca que aquellos que viven debajo de la autopista o incluso fuera de Rosales son pobres? ¿Que por no tener finca o club no tengo en donde caerme muerto? ¿Que alguien es un diez, pero por no tener un iphone, entonces es un tres? ¿O que como no me gusta la música que a todos aqui le gusta escuchar y prefiero las bailables entonces soy pelle?

¿Es absurdo no?

O sea, nooo, NO JODÁS

O sea, cómo es posible ... que seamos tan RIDÍCULOS?

¡INCLUSO!... que dentro del colegio, y entre nosotros mismos podamos ver estas actitudes todo el tiempo

Y es que es absurdo pensar que aunque Nogales es un colegio de niños ricos, donde no hay uno solo que sea en realidad pobre, siempre haya existido una tendencia de buscar sentirse superior al otro por que “yo si tengo” “yo si soy” o incluso porque para pertenecer “usted debería”

¿Debería que?

¿Por ser de Nogales... se supone que debería ser un gomelo más? ¿Para pertenecer debo dejar de escuchar bailables y volverme un badbo fanboy?

Papi, si usted piensa que sí, está muy equivocado, si piensa que usted debería complacer lo que quieren o esperan los demás de usted. O peor aún si piensa que los demás deberían

cambiar lo que son por usted le va a tocar muy duro en la vida.

O sea, nah,

Lo importante en verdad es vivir , y dejar vivir. Enorgullecerse de lo que cada uno es y no dejar que nadie los transforme en algo diferente.

Pues qué importa si yo escucho a Romeo Santos y ustedes al Ferxxo. En últimas, la verdad es que no deberíamos tener razón alguna para juzgar a los demás por sus gustos, estilos de vida, formas de ser, etc.

...

En nuestro caso, generación 2023, nos veremos enfrentados a la realidad universitaria en menos de un año, los novenillos en unos tres. Igual, tendremos todos que aprender no solo a querernos a nosotros mismos con nuestras diferencias, también aprender a amar las de los demás,

Pues como bien dijo alguna vez una mamá de este colegio “existen familias de primera y de quinta”

El problema con esta frase es que la señora no pensó en que ambas partes estudian bajo el mismo techo y sí o sí deben aprender a quererse sin importar cómo sean.

Ya para acabar, debo decir que aprendí por las malas a enorgullecerme de todo lo que soy. Y esto que les acabo de contar fue la moraleja de lo que realmente aprendí en el colegio.

Aprendí a valorarme a mí mismo sin importar lo que opinen los demás. Y sí, soy muy feliz, feliz de tener una familia que me ama a más no poder, de tener a los mejores amigos, de

construir y haber construido recuero con todos ustedes, y por último..

De que cuando me pongan una bachata, sepa bailar y no me quede sentado esperando a que pongan un reguetón para matar cucarachas en una sola baldosa. Gracias.

///

Samantha Gómez

“La historia de una persona es mucho más de lo que aparenta, cuenta o demuestra a primera vista. Realmente uno nunca sabe lo que los individuos están viviendo solo por lo que uno evidencia a primer vistazo.”

Buenos días, para los que no me conocen mi nombre es Samantha Gómez, soy aquella a la que, cuando chiquita, la confundían por Lucas Fuentes, aquella que en los recreos de pequeña solía cometer el mismo error de montarse arriba del pasamos sabiendo que no iba a ser capaz de bajarse. Gracias Cami por siempre llamar a los profesores cada vez que me quedaba atrapada. Aquella que solía recoger a su hermana en el salón antes de recreo para que no se sintiera sola, aquella que solía estar obsesionada con las feijoas del parque del asombro pero más con arrancarlas de los árboles, tanto que un día, una profesora nos obligó a comernos todas las feijoas que habíamos arrancando y llegaba a mi mamá diciéndome que probablemente estaba intoxicada por comer tantas feijoas. Aquella que solía tener una pequeña

obsesión por los minions y el color morado. Aquella que casi pierde religión por disciplina. Aquella que se robaba los polvitos de limonada de su casa para comérselos con sus amigas (perdón mamá por hacerte comprar cada vez más de esto). Aquella que, aunque no lo crean, tenía un mejor promedio que Julian. Aquella que siempre va a pensar que “somos muy chiquitos”. Aquella que irónicamente echaron del grupo de cocina en Costa Rica incluso teniendo unas grandes habilidades culinarias. La verdad todo fue culpa de Julian, ya que ni el milo logró hacerlo bien, y aunque se quejaba continuamente, disfrutaba y lograba alejarse de la realidad en estos momentos de caminata. Gracias Juli por ser la mejor compañía. Aquella que no solo tiene una familia si no para su fortuna, tres. Aquella a la que echaron del kayak por no saber coordinar, gracias Pandi, pero aún más, gracias Kiki por hacerme remar sola. Aquella que en clase solía hacer comentarios tan innovadores que mis compañeros no solían olvidar. Aquella que se metió al AP de arte sin realmente saber por qué. Wiwi y Luki tranquilos que lo vamos a sacar adelante. Aquella que es conocida por su obsesión con la avena y el café. Aquella que sin saber coordinar mucho daría todo por volver a candelazo y disfrutar con la misma gente, pero gracias a las clases de baile de Nicolanchi, no falló tanto. Aquella que en Santa Marta aprovechó todos los momentos como si fueran los últimos. Andre, tú me entenderás y Casti, gracias por tanto. De nada a todos los que usaron nuestro cuarto cuando lo necesitaban o solo

querían estar. Aquella que siempre está dispuesta a escuchar las crisis de las personas, tranquila urqui que todavía no se si me voy. Aquella que siempre en la mitad de una fiesta tiene que ir al baño para tener una conversación con wiwi. Aquella que por constantemente hablar con Juanmis pone en riesgo su estadía en la clase, perdón Pacho. Aquella que constantemente tiene ataques de risa por bobadas, vale, esto lo digo por ti. Aquella que deja que el orgullo le gane, yo se que tu me entiendes urqui, y finalmente aquella que daría todo por parar el tiempo y quedarse un rato más en este año.

Todo lo que les acabo de contar es una pequeña parte de mí y, aunque me cueste admitirlo, casi un cierre de una etapa que quisiera que fuera eterna pero para la desgracias de muchos, no lo es. Incluso después de contarles un pequeño pedazo de mi historia ¿Consideran que realmente me conocen? Si piensan eso están totalmente equivocados. Esto es lo que yo les decidí contar, lo superficial dentro de un mundo entero. La historia de una persona es mucho más de lo que aparenta, cuenta o demuestra a primera vista. Realmente uno nunca sabe lo que los individuos están viviendo solo por lo que uno evidencia a primer vistazo. Les puedo prometer que siempre hay mucho más allá de la historia así que nunca se conformen con las primeras palabras de un libro. Aunque nos cueste admitirlo todos somos hipócritas, todos mentimos y todos alteramos nuestra realidad dependiendo del ambiente o círculo social. Puedo decir con certeza que la mayoría de acá lo hace

de manera constante. Uno mismo decide cómo presentarse a la sociedad y por consiguiente, el único que sabe la verdad absoluta es la persona que está viviendo su realidad, y aun así esto no es suficiente. Por ejemplo, la Samantha que mi familia conoce es totalmente distinta a la Samantha que mis amigos, desconocidos y profesores conocen. Yo soy la única que entiende y está consciente de mis distintas perspectivas e incluso yo sabiendo esto no tengo ni idea de quién soy.

Entonces, nuevamente, ¿cómo uno puede conocer a una persona por completo si ni ella misma se termina de conocer? En este momento les puedo decir con certeza que yo por lo menos no tengo ni idea de quién soy, qué voy a estudiar, qué me espera en el futuro o, si incluso, en un año voy a seguir en Colombia. Y aunque esto me cause constante incertidumbre, sé que la travesía de la vida es para eso: descubrir, equivocarse, aprender y volverla a equivocarse. Tenemos toda nuestra vida para descubrir quién somos verdaderamente, así que no se rindan por estos pequeños momentos de incertidumbre, que aunque muchos consideran que estos nos alejan de nuestro propósito de lo contrario cada vez nos acercan más a esta búsqueda. A veces es mejor no saber qué saber.

Para la promoción 2023 aprovechen estos pocos momentos que nos quedan juntos porque créanme que más adelante los van a valorar. Aprovechen ahora y descubran después. Tenemos toda la vida para descubrir quienes somos pero de estos pequeños momen-

tos nos quedan pocos. Todos tienen una historia, todos han pasado por algo que los ha cambiado, así que nunca juzguen a una persona por el capítulo en el que entraron. Gracias.

///

Valeria Gómez

“Solo puedo echarle la culpa al tiempo por quitarme el tiempo. Solo me queda seguir aferrándome inútilmente a cosas que ya no tengo, o empezar a mirar hacia adelante.”

Cuando el sol coronaba las montañas y la represa quedaba sola porque ya todos se habían devuelto para almorzar, mi papá apagaba el motor de la lancha. Los cuatro nos echábamos en el piso donde hubiera espacio. Ninguno se atrevía a romper el sonido del agua golpeando la bodega de la lancha. Pero aún sin comunicar sonido alguno, disfrutábamos de la compañía el uno del otro. El sol, aunque estuviese en todo su esplendor, no lograba luchar contra el frío de Sesquilé. Pero a veces ese era el encanto, morirnos de frío mientras perdíamos el tiempo.

Horas antes habríamos salido en la camioneta negra con Bongo y las demás cosas en el baúl. Mi hermana y yo sentadas atrás con el descansabrazos separándonos. Mi papá manejando con el pedal a mil ignoran-

do el “cuidado con ese acelerador, Mono” de mi abuela. Y mi mamá junto a él. Para los Gómez Gómez los sábados siempre fueron de odontología, almorzar en Bogotá y visitar a mi tía abuela. Mientras que los domingos eran de desayunar en Centro Chía, pasear a Bongo, hacer asados y ver películas. Sin embargo, había ciertos fines de semana en los que esa rutina se rompía y salíamos precisamente a Sesquilé.

En el camino haríamos una parada técnica en Carajillo, un almorzadero con el mejor jugo de naranja, el mejor pan de yuca y las mejores almojábanas. O al menos para mí que todavía no conocía nada de la vida. De ahí ya nos esperaría poco camino hasta el pueblo, donde empezaríamos nuestra icónica competencia por quien veía el lago primero entre los árboles. En minutos llegaríamos al club, parquearíamos, sacaríamos todo y dejaríamos que Bongo corriera por la colina en la que estaba construido. Ya en el agua, entre los cuatro nos tomaríamos turnos para manejar. Y una vez cansados y con el sol ardiendo inútilmente, encontrábamos ese buen lugar para apagar la lancha.

Intento narrar esto haciéndole la mejor justicia posible al recuerdo. Pero la verdad es que para mí es muy complejo. Me duele mucho pensar en él. Cada día olvido un detalle más y cada día se siente más ajeno a mí. Ya no hay manera de recuperar esos pocos momentos en los que éramos sólo los cuatro disfrutando del silencio. Pero estar tan

obsesionada con él me hace pensar si he estado viviendo la vida mal. Suena bastante agresivo porque estoy insinuando que hay una manera correcta de vivir. Y la verdad, les adelanto el discurso, es que no sé cual es esa manera correcta. Pero estoy convencida, independientemente de eso, de que yo lo estoy haciendo mal. No creo que sea normal tenerle tanto rencor al tiempo.

Me angustia saber que no hay manera de traer esos momentos de vuelta, incluso si todavía tuviera los recursos para recrearlos. Vendimos la lancha, Bongo ya no está con nosotros, no hemos vuelto a Sesquilé en años. Tener eso de vuelta aún así no traería la sensación de vuelta consigo, porque no fue lo único que perdimos con el tiempo.

Tengo incluso más terror de que en unos años, cerca de terminar mi carrera, vea hacia atrás a Nogales y lo sienta también ajeno a mí. He estado en este colegio durante catorce años; es complejo pensar que ya no lo estaré más. Nunca. Es tiempo que, también, aún teniendo los recursos para recrearlo, simplemente no se puede recuperar. Al contrario de tenerle miedo a la inquietud del futuro, le tengo terror a lo que ya está dado por hecho, que Nogales ya nunca más será parte de mi vida. Es extraño pensar que cosas tan recurrentes, tan esenciales en mi vida diaria se desvanecieron y ahora no tienen rastro. Y que las memorias que construyo hoy eventualmente también se desvanecerán.

Recuerdo perfectamente la fiesta de 12 años de mi hermana en la que sus amigas acabaron metiéndose al lago en bolsas de supermercado. Recuerdo perfectamente cuando le ponía las flores moradas de las enredaderas a Bongo en las orejas. Recuerdo perfectamente los últimos días de septiembre en los que mi hermana y yo intentábamos adivinar en el bus si ese sería el día en que mi mamá había decorado la casa para Halloween. Cuando recolectaba mariquitas en los recreos con una cajita transparente. Jugar Mario Karts a medio día con mi hermana y mi papá, esquivando vacas en la Pradera Moo Moo y cayéndome en cada curva de la Senda Arcoíris. Recuerdo perfectamente cuando hacíamos trailers con iMovie en quinto. Las veces en que mi hermana fue hospitalizada; mi papá y yo íbamos al mercado de pulgas de Usaquéñ para conseguirle nuevas pulseras tejidas porque siempre se las cortaban al ingresar. Recuerdo perfectamente la emoción del día de las velitas; desde ahí empezaban las novenas y eso solo significaba buñuelos y natilla gratis. Cuando el primer día de preajardín nos dieron un paquete de Chips Ahoy con leche Alpín achocolatada. Recuerdo perfectamente cuando iba a comer helados en la Casa Roja de Peñalisa con la Tía Co y con mis primos, Tomás y Pablo. Tomás se comía un raspado, Pablo se comía una Aloha de limón que se le escurría por todos los dedos sin falta y yo me comía alguna Polet nueva que hubiera visto en propagandas. En el camino de vuelta, era rutina atormentar a Pablo diciéndole que por las noches venían brujas a la casa a sa-

carle los ojos, exprimirlos y volvérselos a poner para hacer las paletas Aloha. También me gusta recordar que todas las mañanas, cuando me lavaba los dientes, se me metía el agua por la manga del saco; entonces me subía a la ruta con las orejas rojas de la ira, en lugar de simplemente arremangarme el bendito saco y listo. Y, que una vez, Juliana Garzón y yo nos pusimos a hacer de peluqueras de American Girls y al no poder desenredar a la mía, se nos ocurrió que cortarle un mechón era lo más viable. Y nosotras bien confiadas dijimos “eso no importa, el pelo crece”.

No puedo evitar que el tiempo se me escurra por las manos así como la paleta de limón se le escurría a Pablo por los dedos. Por eso, con cada día que pasa, es más el odio que le tengo al tiempo. Me gustaría tener el nivel de madurez de aquellos que pueden simplemente ver sus memorias y expresarse sobre ellas con nostalgia y cariño. Aunque para mí esos dos componentes están también ahí, siempre los acompaña un disgusto reprimido. No estoy segura de si este resentimiento ha estado ahí siempre o si fui acostumbrándome a él después de un rato. Lo odio, pero es todo lo que tengo.

Le tengo resentimiento al tiempo por quitarme la simplicidad de la vida, el hecho de no tener que hacer gimnasias mentales con el objetivo de encontrar razones para llegar al final de la semana. Simplicidad que sólo he podido disfrutar gracias al esfuerzo de mis papás, pero ahora me doy cuenta que no es para nada la realidad de vivir. En algún momento

pensé que solo tenía que esperar a que el colegio se acabara pero la verdad es que después de nuestra graduación, la vida solo se pone cada vez más difícil, y eso es algo con lo que tengo que aprender a vivir, disfrutar el proceso como pueda.

Le tengo resentimiento al retiro también. Claro, me dió el espacio de tener conversaciones que tenía pendientes desde hace años, pude sanar heridas del pasado, pude agradecerle a muchos, pude recordar momentos icónicos y pude notar que a pesar de las diferencias, nuestra generación sí es unida. Tengo que confesar que llegué feliz y con el corazón liviano, sin amargura con nadie. Pero es precisamente por eso mi dolor. Significó tener que digerir que nuestro camino se está empezando a terminar. Creo que no tenemos suficiente tiempo para disminuir el ritmo, poder desahogarnos e incluso llorar al respecto. Para poder disfrutar de los meses que nos quedan, es necesario primero reconocer el miedo, la tristeza y la nostalgia que nos causa este cambio tan grande.

Por último, le tengo resentimiento al papelito que, si todo sale bien, estaremos los 65 recibiendo en cuatro meses. Será la prueba irrecusable de que esto se habrá acabado. De que ya no volveré a ver a la mayoría de ustedes, de que ya no volveré a subir las escaleras en la mañana diciendo que me duelen los huesos del frío, de que ya no tendré más días que contar en el tablero del AP de Francés, de que ya no voy a hacer ayunos de 8 horas enteras, de que ya no me tendré vol-

ver a estresar por un examen Física y de que ya no tendré más canciones que añadir a mi playlist del colegio.

Solo puedo echarle la culpa al tiempo por quitarme el tiempo. Solo me queda seguir aferrándome inútilmente a cosas que ya no tengo, o empezar a mirar hacia adelante. Pero es mucho más fácil para mí mortificarme con la añoranza, que vivir correctamente. Sea lo que sea que “correcto” signifique. Espero no ser la única que se siente así. Hoy, veo hacia atrás y solo puedo lamentar estar aquí leyendo mi discurso, en lugar de estar en el carro, esperando a mi papá en la noche, luego de una de las mil citas de ortopedista por la dichosa escoliosis, leyendo por encima del hombro el discurso que escribía mi hermana.

Por esto, finalmente, me gustaría aprovechar para darles las gracias a todos; profesores, estudiantes, amigos, familia y a cualquier persona en la comunidad, por haber hecho que Nogales sea algo que me duela perder. Una razón más para odiar al tiempo. Gracias.

///

Jerónimo González

“Pero uno no se puede quedar en los miedos. Cada miedo es más bien una oportunidad. Una revelación específica del carácter y de lo que queremos. Es una oportunidad para arriesgarnos a tener una mejor vida”

Hace un tiempo leí una historia que me marcó mucho y también mi forma de pensar. Se trata de una pareja que había salido de fiesta y había dejado a su hija Matilda en una pijamada con amigas. Ella había decidido regresar a casa temprano y quiso hacerle una broma a sus padres cuando llegaran. Al entrar a la casa los padres escucharon ruidos fuertes que venían del cuarto de Matilda. En una apresurada decisión el padre tomó su pistola y entró al cuarto a revisar lo que estaba pasando. Entonces Matilda saltó del closet para asustar a su padre quien en el susto le disparó en el cuello. Después de 12 horas Matilda había muerto.

Cómo puede un padre matar a su inocente hija en tal situación. Si tan solo se hubiera puesto a pensar un momento en vez de ceder al miedo todo hubiera sido diferente. Se hubiera pudo haber dado cuenta que no era como él pensaba

Fue entonces que me di cuenta del peligro de los miedos en la vida. De lo que uno puede terminar haciendo por ellos.

En mi vida siempre estuvieron presentes desde chiquito. Miedo a la oscuridad, al abandono, al fracaso, a conocer nuevas personas. Miedos que perduran por mucho tiempo en mi vida. Estuve de pequeño dos años enteros yendo a clases de natación todos los sábados y no aprendí mucho más que a hacer perrito porque solo estaba pendiente que mi papa no se hubiera ido de las gradas y cuando lo hacía me quedaba a un lado camuflando mis lágrimas con el

agua de la piscina. Hasta los 12 años tuve que dormir con la luz prendida porque creía que si no iban a entrar los ladrones.

Mi papá siempre me intenta quitar esta actitud. Pero a pesar de que me obligara a dormir con la luz apagada o quedarme solo por un tiempo esto nunca resolvió la situación. Es porque nadie lo puede obligar a uno a dejar los miedos. Solo lo puede hacer uno mismo desde su propia mente. Cada persona tiene que enfrentarlo a su propia manera y no la de los demás.

Pero con el tiempo fui quitando muchos miedos desde mi propia iniciativa. Y entonces encontré las cosas más bellas e increíbles. Perdí mi temor a la oscuridad y nunca había dormido tan bien, perdí el miedo a ser yo mismo y nunca había sido tan feliz, perdí el miedo a conocer nuevas personas, y encontré los mejores seres humanos y perdí el miedo a la soledad y por primera vez encontré la compañía. Encontré que en la ausencia de los miedos existe una mejor vida.

Es porque los miedos son realmente la expresión de las máximas ambiciones de una persona. De sus sueños, aspiraciones y anhelos. Las cosas que más quiere. Es justamente la importancia de estas las que genera ese sentimiento. Porque lo que nos importa es lo que tememos a perder.

Pero uno no se puede quedar en los miedos. Cada miedo es más bien una oportunidad. Una revelación específica del carácter y de lo que queremos. Es una oportunidad para arriesgarnos a tener una mejor vida.

A crecer como personas. Entonces en el descubrimiento de los temores propios yace la clave para cambiar.

Los miedos siempre estarán presentes. Nuevos aparecerán y viejos volverán. Es imposible quitarlos del todo. Pero lo importante es enfrentarlos y saber que nunca esta tarde para hacerlo siempre se podrá mejorar como persona.

Y como dice un buen amigo mío: “no busquen vidas fáciles porque es una vida llena de temores sino que vida difíciles porque sólo entonces serán personas más fuertes”.

///

Vicente Gutiérrez

“La originalidad es lo que hace a cada ser humano único, por eso considero que esta es la única virtud que realmente es esencial para la vida.”

La imprudencia. Muchos usan esta palabra para describirme. Después de oír este comentario múltiples veces me senté a pensar realmente qué era ser imprudente. La imprudencia suele hacer referencia al desprecio o a la indiferencia por las consecuencias de las propias acciones, como decidir actuar sin detenerse a pensar de antemano. Según esta definición, veo que la imprudencia es algo negativo, pero todo lo malo trae algo bueno.

Como muchos saben, volví a Colombia en 2020 en mitad de la pandemia. Una época que se puede definir como apocalíptica y caótica. Llegué de un colegio completamente diferente a éste, en el que el cuestionamiento de las ideas era esencial. A lo largo de esos siete años en Lima, se implantó la idea en mi cabeza de que tenía que cuestionar absolutamente todo y tenía que expresar mis ideas de una manera abierta. Sin embargo, como muchos se habrán dado cuenta, hay algunas personas que tienen maneras inadecuadas de procesar ideas e instrucciones. Tomen por ejemplo a Stalin. Según Stalin su régimen fue “marxista” pero ninguna persona que lea a Marx, sin importar de donde sea o que idioma hable, haría lo que hizo Stalin. Se podría decir que el mensaje de mi colegio anterior también se implantó en mi cabeza de una manera única.

El mensaje de cuestionar todo en todo momento me llevó a la imprudencia. Tal vez allá, esta no era vista de forma tan negativa, pues parecía que solamente estaba emocionado por participar y hacer preguntas. Veía este rasgo de personalidad como algo positivo, pues siempre he buscado la originalidad en mi vida y al ser una persona abierta e impulsiva sentía que estaba siendo original.

Pero cuando llegué a Los Nogales esta imprudencia no me favoreció mucho. Llegué como un estudiante que era relativamente querido por los profesores, y me voy como el estudiante que solamente agrada

dó a unos pocos. No lo digo de una manera negativa para los profesores, lo digo de una manera negativa para mi mismo. La imprudencia me llevó a la falta de respeto.

La imprudencia puede llevar a la falta de respeto, no sólo a los profesores, sino también a los estudiantes. La imprudencia puede justificar las acciones, pues si no importa lo que diga el resto, el imprudente puede seguir haciendo y diciendo sin importar el contexto. La imprudencia lleva a las personas a perderse en un limbo, a llegar a un punto en el que se justifica todo por el hecho de ser “imprudente”. Por esto, el imprudente corre el peligro de construir una imagen de una persona que probablemente no sea en realidad.

En el intento de ser original, me dejé llevar por la confusión más común: que la impulsividad e imprudencia son los que llevan a la originalidad. Con frecuencia se confunde lo impulsivo con lo genuino. Pero el tomarse una pausa y pensar en lo que uno está diciendo y haciendo no lo hace menos genuino ni original; lo hace una persona coherente.

Pero yo soy un gran creyente de dos cosas. La primera es que “Todo error deja una enseñanza, toda enseñanza deja una experiencia y cada experiencia deja una huella.” y la segunda es que “Todo lo malo trae algo bueno”.

Es aquí cuando me pregunto: Hoy, como persona, ¿Qué me llevo de lo que les estoy diciendo? Una expe-

riencia, un aprendizaje, una enseñanza. Si cada situación mala trae algo bueno, ¿qué es lo bueno aquí?” Lo que me llevo de estos tres años en el colegio es la pregunta por la originalidad. ¿Por qué me parece tan importante

La originalidad es lo que hace a cada ser humano único, por eso considero que esta es la única virtud que realmente es esencial para la vida. La originalidad hace que cada ser humano vea la vida de una manera única. Si llegamos a perder esto, nos convertimos en animales inservibles, ciegos al progreso y a la creatividad. Y por esto es que busco entenderla y obtenerla. La originalidad se relaciona a la vez con los valores que cada uno tiene y nos permite vivir de acuerdo a ellos sin pensar en el qué dirán.

Puede ser que no haya sido el estudiante más pilo de este colegio. Pero si algo puedo decir, es que soy de los pocos que se mantienen firmes cuando vienen a defender lo que son y lo que piensan. Considero esta virtud la más fuerte, pues la originalidad no se compra ni se aprende de un día para otro. La originalidad se relaciona también con la transparencia, ser lo que somos y no lo que otros quieren que seamos. Ser la mejor versión de nosotros mismos para nosotros mismos y no para los demás.

Una de mis escenas de cine favoritas sucede en una película llamada *Good Will Hunting*. En esta escena Will está discutiendo con un estudiante que está pretendiendo ser alguien que no es. Este estudiante en la película es visto como muy pilo

e inteligente y Will es visto como un vago que no hace nada con su vida. El estudiante defiende su falsedad y falta de originalidad diciéndole a Will “Yeah, but I will have a degree. And you’ll be serving my kids fries at a drive-through on our way to a skiing trip.” a lo que Will le contesta “Yeah, maybe. Yeah, but at least I won’t be unoriginal.”

Considero que esta escena explica mi filosofía de vida, por más que me encantaría ser una persona muy exitosa y tener la mejor vida posible nunca pondré estas cosas por encima de ser quien soy.



Daniel Hernández

Despierten todos los días pensando en algo bueno que puedan hacer por los demás y no en algo bueno que les pueda pasar. Vivan así, y les aseguro que encontrarán mucha más felicidad y paz que en la fama, la vanidad, las riquezas y los logros.

Vivir hoy en día en el mundo en que vivimos es difícil. Así uno crea en Dios y sepa que esta vida es pasajera, es complicado no engancharse con la inmensidad de atractivos que nos ofrece la vida terrenal. Por eso mismo, ser el 10 del equipo de fútbol, tener las mejores notas, ser el profesor más prestigioso, el que gana

más plata, el más popular, el que tiene la novia más linda o incluso ser el más pinta, son pensamientos que suelen frecuentar nuestra cabeza. Sin embargo, sabiendo que todo lo mencionado, no es más que logros terrenales, ¿por qué aún así lo seguimos pensando? ¿Por qué aún así los seguimos queriendo? ¿Por qué no, en vez de ser el 10 del equipo de fútbol, ser el más decente en el campo, en vez de tener las mejores notas, tener las mejores amistades, en vez de ser el profesor más prestigioso, ser el profesor más justo, en vez de ser el que gana más plata, ser el más generoso, en vez de ser el más popular, ser el más amable, en vez de tener la novia más linda, ser el que tiene el corazón más lindo y en vez de ser el más pinta ser el más humilde.

Yo creo que la respuesta está mecanizada en nosotros y se puede entender usando el raciocinio de que a uno simplemente, no lo van meter de titular por ser el más decente pero sí por ser el más bueno (el diez). Por lo tanto siempre va a haber más personas que quieran ser el 10 del equipo. Entender, sin embargo, que tal vez a Dios no le importen tanto las habilidades futbolísticas, como el compañerismo o decencia en el juego, es difícil. Y no me malinterpreten, pues no estoy diciendo que ser bueno jugando fútbol, tener plata o ser el más pinta, sean cosas del demonio.

Primero, si uno es hábil jugando fútbol o simplemente inteligente desde chiquito, significa que uno tiene talento. Ya sea en el deporte o en

lo intelectual. Y no está mal aprovechar esos talentos, de hecho la biblia engrandece a aquellos que los aprovechan y condena a aquellos que no (busquen por internet Parábola de los Talentos, seguramente la habrán oído). La clave está en el cómo. Porque uno puede ser el bicho jugando fútbol, pero si no es humilde, pailas. Uno puede ser el más inteligente pero si le molesta explicarle a los otros un problema de math, lo mismo. De ahí la famosa frase del Tio Ben “un gran poder conlleva una gran responsabilidad”. Lo importante entonces es saber cómo aprovechar los talentos que nos ha dado Dios teniendo siempre la mirada arriba.

Segundo, siempre va a haber gente con plata. Gente que nació en ella, gente que la trabajó honradamente, que la heredó, la ganó y también gente que se la robó. Y a menos de que uno se la haya robado, tener plata de por sí no está mal. Pero en comparación de los talentos que mencionaba, la plata tiene una historia diferente. Porque entre más plata más tienes y entre más tienes más atado a este mundo estás. Por eso mismo las riquezas son muchas veces vistas como una maldición. Conscientemente no nos damos cuenta pero “el tener”, nos hunde en este mundo y nos ciega de Dios. Muchos dirán que tener plata no es malo, que al revés tener plata te hace vivir una vida más cómoda. Lo primero que se me viene a la cabeza, es el meme que dice “la plata no compra la felicidad pero preferiría estar llorando en el yate de Bill Gates a estar llorando en mi baño”.

Y no me malinterpreten, pues estoy totalmente de acuerdo que vivir con plata te hace vivir significativamente más cómodo que vivir sin plata. Sin embargo les vuelvo a preguntar. ¿Ustedes a qué creen que vinieron a este mundo? ¿A gozar y a vivir una vida cómoda? Jesús en el evangelio de Mateo le dice a un hombre rico que ha cumplido con todos los mandamientos y que busca entrar en el Reino de Dios “Si quieres ser perfecto, ve a vender todo lo que tienes y dáselo a los pobres; así tendrás un tesoro en los cielos. Luego ven y sígueme (Mt 19 21-22).” No estoy insinuando que para alcanzar la vida eterna tenemos que IR YA a vender todo lo que tenemos. Ni tampoco me imagino que esa fuera la intención principal de Jesús al decirle esto al hombre rico. La verdadera pregunta es entonces si seríamos capaces de dejarlo todo; nuestra casa y ropa, nuestro celular y computador, nuestro carro y los viajes, en otras palabras todos nuestros bienes y pertenencias. El hombre rico no pudo. Por eso mismo, Dios que lo sabe todo y comprende la magnitud de fuerza que usan las riquezas para jalarnos hacia lo terrenal, dice más tarde en el mismo evangelio “Es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios (Mt 19 24-25).” Tenemos entonces que velar por ser aquellos pocos ricos que esten dispuestos a dejarlo todo, en cualquier momento, por que en el instante que nos dejemos encadenar por la más minúscula cosa que nos pueda comprar el dinero, ahí quedamos. Por lo

tanto no hay que idolatrar la plata ni lo que nos pueda conseguir, yo siempre pienso, parecido a la parábola de los talentos, que Dios no nos va a pedir cuentas de la plata que produzcamos, sino de la plata que Él nos concibió producir, cuánta la usamos para ayudar a los demás.

Tercero, está nuestra apariencia física. Dios nos creó a todos diferentes, de manera que no hay dos personas que tengan los mismos valores, pensamientos, historia y personalidad. Todas estas cosas intangibles son al final lo que uno tiende a llamar el alma, la esencia de una persona. Por lo tanto se podría decir que es precisamente al alma, que existe desde la concepción, la cual le da vida a un ser humano. El cuerpo nada más es la envoltura que usamos temporalmente en este mundo. Es importante tener claro el concepto ya que lo que me hace a mí Daniel Hernandez Sinning y a ustedes ustedes no es lo de afuera sino lo de adentro. Desgraciadamente es difícil creerlo, somos rápidos en juzgar por apariencias y nos cuesta darnos cuenta de que el físico de una persona no lo define. Esto termina creando un ambiente, una sociedad, un país, un planeta donde es más importante cómo se ve mi físico a cómo se ve mi alma. Igual que con el dinero esto nos termina encadenando al mundo, con gente que se hace hasta cirugías para cambiar su apariencia física. Al final el cuerpo no vale nada, no es más que un conjunto de huesos, músculos y carne que sin el alma pasaría a ser otra vez ma-

teria orgánica. A lo que me refiero es que, como todo, tiene que haber un balance. No está mal querer verse bonito o arreglarse por las mañanas; lo importante es saber siempre que por el alma es que se nos va a juzgar, no por sí fui el más pinta o la más bonita del salón.

Algunos deben estar pensando en este momento que lo que he dicho no hace sentido ya sea porque no creen en Dios, miran la religión Católica de otra forma o creen que todo lo que les estoy diciendo me lo acabo de inventar. Sin embargo les digo, ateos, católicos, católicos tibios, judíos o agnósticos, todos estamos buscando felicidad y paz. No me refiero a la paz mundial ni la paz en Colombia, sino a la paz en nosotros, que me atrevo a decir es incluso más valiosa que la felicidad. Por lo tanto los invito así crean que no hay nada después de la muerte o que uno se puede volver cucaracha en la siguiente vida, que traten por ustedes mismos de desprenderse de todo lo terrenal que nos rodea. No se dejen amargar si les sale un grano gigante antes de una fiesta, a todos nos pasa. Incluso si tienen algún amigo que por razones biológicas simplemente no le salen granos, alégrese, pues la felicidad del otro es mi felicidad. Si por el contrario alguien los molesta y se burla, no tomen represalias ni se resientan, más bien miren a la persona con una mirada que traspasa y díganle lo bonita que está. Cuando hablen mal de alguien así sea de chiste, no se metan en la conversación más bien traten de frenar el diálogo sin

importar lo que vayan a decir. Si por el contrario están hablando mal de alguien por algo que en verdad hizo, no opinen. Al final quienes somos nosotros para juzgar al que está al lado. Cada quien cada cual. No se levanten pensando en las onces que se van a comer ni lleguen a su casa preguntándose qué habrá cocinado la mamá. Muchas veces uno vive para comer cuando debería comer para vivir. Despierten todos los días pensando en algo bueno que puedan hacer por los demás y no en algo bueno que les pueda pasar. Vivan así, y les aseguro que encontrarán mucha más felicidad y paz que en la fama, la vanidad, las riquezas y los logros.

Rebájense, lo que ustedes mismos se permiten rebajarse, ya que siendo siempre el último, el más humilde, el que no busca la belleza, la popularidad ni la plata, vivirán en este mundo como si no fueran de él y se daran cuenta que “cuando no necesiten nada lo tendrán todo”.

///

Carlota Jordán

“Siento que parte de estar en once y tener los días contados implica esforzarnos por hacer menos énfasis en lo negativo y disfrutar lo que queda, y por eso me despierto todos los días intentando valorar más y criticar menos.”

Si le hubieran dicho a la Carlota de hace tres años que algún día iba a ser feliz en Los Nogales, no les habría creído. Desde que entré al colegio, lo odié. El acento españolete con el que llegué no fue muy bien recibido en prejardín, me molestaban por decir “thapato” y no zapato, creo que hasta el punto en el que preferí no hablar. Esto me llevó a ser extremadamente tímida y me convirtió en una niña bastante solitaria. No recuerdo mucho de la época de preescolar, tal vez porque no pasó nada muy significativo, no tengo ninguna de esas anécdotas que cuentan a veces sobre la gente que se iba a los túneles del parque del asombro a darse besos, y tampoco tuve un grupo de amigas de esos que ahora suenan medio raros. En mi cabeza es como si esos primeros tres años nunca hubieran pasado. Un único recuerdo que tengo de esta época, que resalta y sobresale en mi cabeza, es el de despertarme una mañana en la casa de mi papá y no poder moverme. Tenía el cuello, la espalda y casi que todo el cuerpo completamente paralizado. Ese día fui al médico, no al colegio. Con el tiempo, esta escena se volvió recurrente en mi vida, frecuentemente me despertaba sin poder moverme y simplemente acudía a quedarme en la casa en la misma posición por horas. Llegó primaria y aunque pasaba menos frecuentemente, esto igual, era un problema. Siempre me reí de mí misma pensando que simplemente tenía espalda de abuela, hasta que un día, hace pocos años, una de mis psicólogas me hizo caer en la cuenta de que era uno de esos casos en los que

los trastornos psicológicos emocionales se expresan a través de síntomas físicos. Básicamente, la idea de venir al colegio me generaba tanta ansiedad que mi cuerpo se bloqueaba completamente. Para mí, todo lo que sentía tenía que ver con el colegio y era culpa del colegio. Era muy pesado para mí, nunca entendía nada de matemáticas, nadie sabía explicarme nada, no me caía bien casi nadie y no sentía que mis amigas me quisieran en absoluto.

En Básica, todo desembocó en una crisis preadolescente de la cual no me enorgullezco mucho. Si tuvieron el placer de conocerme e interactuar conmigo en estos años, les pido perdón. Para que se hagan una idea de lo terrible que fue, tuve matrícula condicional dos veces, y hasta hubo una corta y borrosa etapa en la que se sintieron al mismo tiempo.

Fueron casi dos años de sentir la oficina de Camilo como una segunda casa. Mientras mis papás peleaban una batalla sin fin de correos y reuniones con mis profesores y directivas para que no me echaran del colegio, yo seguía actuando como si nada, porque la verdad no le encontraba el sentido a intentar pelear por seguir en un sitio en el que no quería estar y en el que no me sentía feliz. Perdí mil exámenes, perdí mil amigas, me la llevé pésimo con mis papás y aún así en mi cabeza la culpa todavía era del colegio y sus reglas.

La pandemia cambió cosas. Pensé, reflexioné, maduré, y me acerqué a mis amigas más que nunca. Aún así, con mi familia decidí que era mejor darle un tiempo a Nogales. Disfruté el último

semestre de noveno sin decirle a nadie hasta el último mes, y me fui a España.

Esta experiencia realmente me marcó para siempre. Vivía con mi abuela, pero la verdad era lo mismo que vivir sola. Me hacía mi propia comida, me compraba mis propias cosas y hacía mis planes sin contarle ni pedirle permiso a nadie. Aunque hubo cosas muy buenas, como que pude conocer un estilo de vida que en Bogotá no se puede tener e hice buenos amigos con los que sigo hablando casi todos los días, debo decir que no fue para nada fácil.

El colegio era extremadamente religioso, tocaba rezar antes de clase, sin excepción. Las clases eran a base de toma de notas y memorización, no de entender, pensar críticamente o analizar. No había uniforme, entonces todos los días parecían la semana de la moda en París. Se sentía una presión social desgastante por parecer perfecta y no ser juzgada por el comité de niñas del salón, con el que me reunía a hablar todos los días antes de clase, y casi siempre alguna terminaba degradando a otra simplemente porque no le había gustado su pinta. La infraestructura del colegio era bastante mala y no había casi ningún espacio verde.

Pocos profesores saludaban y menos aún se sabían los nombres de los estudiantes. El inglés era lamentable, para pasar un examen lo único que tenías que saber era la diferencia entre “happy”, “sad” y “angry”. Me hicieron uno que otro comentario ignorante, como una vez que me preguntaron si los indígenas eran caníbales, si en mi casa había internet o si yo vendía drogas. No vi una sola asamblea, evento

del colegio, partido importante o en realidad nada que demostrara un mínimo espíritu de comunidad.

Más allá de los mil cambios personales que me trajeron esos meses en Madrid, cambiar de ambiente me hizo realmente caer en cuenta de las cosas que en un momento no valoré en Nogales. El simple hecho de saber quién es el rector, conocerlo y poder hablar con él, el derecho a decidir no ir a misa o no rezar si no es algo en lo que creo, la autonomía de escoger tus propias clases, los increíbles profesores que realmente sí sienten pasión por lo que enseñan y te mueven y te motivan a ser mejor, el espíritu nogalista que realmente sí se siente en eventos como Batuta o una final de básquet, los trabajos que te hacen pensar, profundizar, argumentar y analizar hasta que te duela el cerebro, la galleta de la tienda, la posibilidad de venir a ayudas a que te expliquen por quinta vez un tema de física. Les juro que hasta aprendí a valorar cada minuto de sueño que se gana en el bus de por la mañana.

Me di cuenta de que el colegio realmente me dio más oportunidades de las que me merecía, y de que cada instancia, cada regaño y cada lloradita con Camila después de un examen de JAVA, me enseñó algo y me convirtió en la persona que soy hoy. Si no hubiera sido por las dos matrículas no habría aprendido a responsabilizarme por mis errores y a arreglar las cosas, no habría aprendido a respetar a los demás y a respetarme a mí, ni a tolerar un poquito de malestar de vez en cuando.

Mientras escribo estas palabras pienso en mis amigos y en lo importante

que fue irme y regresar para decirles hoy que soy muy feliz de estar aquí con ustedes. Además quiero que sepan que a partir de hoy nos quedan exactamente 149 días para graduarnos, y aproximadamente 100 días de venir a clase, hasta menos si le restamos la semana cultural y la caminata.

Creo que no somos conscientes de valorar los privilegios que tenemos, los grandes y los pequeños. Lo que más se escucha todos los días en los pasillos, en clase, en el recreo, en el ascensor y en todo momento son quejas por absolutamente todo. Entiendo que la rutina es frustrante, que hay ciertas clases que cansan más de lo que deberían y que hace frío por las mañanas. Es más, ustedes saben que irónicamente siempre me he caracterizado por ser una persona que se queja demasiado. Igualmente siento que parte de estar en once y tener los días contados implica esforzarnos por hacer menos énfasis en lo negativo y disfrutar lo que queda, y por eso me despierto todos los días intentando valorar más y criticar menos.

No sabemos si después del 16 de junio nos vamos a volver a ver todos en el mismo lugar al mismo tiempo, lo más probable es que no. Puede que para algunos eso no tenga ningún peso, pero por lo menos yo no creo que pueda imaginarme mi vida sin ustedes. Así no hayamos sido muy amigos o no nos hayamos conocido bien, cada persona puso su granito de arena durante estos 14 años, y eso no se va tan fácil. Obviamente está bien estar emocionados por graduarnos y seguir a otras etapas de la vida, pero se puede hacer estan-

do aquí y ahora. A veces nos creemos totalmente el dicho de que “el pasto siempre es más verde del otro lado de la cerca”, y no es del todo así. La universidad seguramente va a ser increíble, pero también va a haber una rutina frustrante, va a haber clases que cansan, y va a hacer frío por las mañanas.

A esta generación le ha costado mucho ser unida. Ni el último disfraz de halloween pudimos hacerlo bien, todo por llevarnos la contraria. Aún así, nos queda la última navidad en el colegio, intercasas, un prom que va a salir espectacular y la caminata. Aunque sea poco, todavía hay tiempo para ver todo lo positivo de este colegio y todo lo que nos ofrece, depende de ustedes aprovecharlo o no.

Finalmente, para los de noveno y décimo, ojalá no les sean necesarias dos matrículas y 6 meses viviendo en otro país para valorar nuestro colegio. Aprovechen lo que tienen ahora porque el tiempo se pasa más rápido de lo que uno espera y al final 14 años no son suficientes.

///

Antonio Méndez

“Es fácil caer en la trampa de pensar que nuestra edad dicta nuestras habilidades y logros, pero eso no podría estar más lejos de la verdad. La edad no determina lo que podemos ser ni hacer, sino que somos nosotros quienes determinamos nuestro propio éxito.”

Es un gran honor estar aquí hoy como uno de los miembros más jóvenes de la promoción 2023. Aunque algunos pueden verlo como una desventaja, yo lo veo como un logro y una oportunidad. Hoy, en este día, quiero hablar sobre algo que ha sido muy importante para mí durante mi tiempo en esta institución: la edad. Muchas veces en nuestra vida cotidiana oímos con frecuencia la frase: “la edad es solo un número”. Esta se puede interpretar desde diferentes ángulos y perspectivas. Hoy vengo a exponerles la mía. Vengo a relatar y expresar como esta frase vivió dentro de mí durante estos últimos catorce años de mi vida.

En mis memorias más antiguas están mis primeros años como estudiante en preescolar. Entré a pre-jardín con tan solo 3 años de edad, sin embargo, se puede inferir que yo no estaba al tanto de que era y siempre sería el menor de mi promoción. Con el tiempo empecé a ver como todos iban cumpliendo 5 años y yo hasta ahora estaba cumpliendo mis cuatro años. Entonces fue cuando me dí cuenta de que era el menor de mis compañeros. En este primer año escolar, se me dificultó hacer amigos ya que era un niño tímido y callado. Al ver que todos eran más grandes que yo, pensaba muy a menudo que no iba a ser capaz de ser amigo del resto debido a mi corta edad. Recuerdo que mi primer y único amigo del momento era un ex-compañero llamado Antonio Ossa (que en paz

descanse) y como se puede deducir, nos hicimos amigos por lo que nos dimos cuenta que teníamos el mismo nombre. Después de su muerte, duré un tiempo sin alguien con quien compartir y jugar en los recreos. Por ésto, a la hora del siguiente recreo fui a donde mi profesora Pilar y le dije que si me podía ayudar a buscar un amigo. Ella con mucho cariño y amabilidad me cogió de la mano y me llevó hasta donde Alejandro Mejía (también otro ex-compañero que hoy en día estudia en Los Alcaparros) y me sentó a su lado. Pili nos presentó y nos dejó compartiendo nuestras medias nueves. Con el pasar del tiempo nos volvimos mejores amigos y no podía estar más feliz de haber encontrado uno. Esto me dió mucha más seguridad y confianza y me ayudó a hacer más amigos con los que salíamos a jugar fútbol al frente del salón o íbamos al laberinto a jugar a las escondidas.

Llegó la primaria y todos estábamos emocionados de poder tener días de gala. Por más que mi mejor amigo Alejandro Mejía se hubiera ido del colegio en ese primer año, ya tenía bastantes amigos más que me ayudaron a disfrutar esos cuatro años de mi vida y que hicieron que este pensamiento sobre mi edad quedará en el olvido. Con ellos salíamos a jugar fútbol todos los recreos desde primero de primaria hasta nuestro último año en esta sección.

Pasaron los años y llegó el bachillerato. Etapa de la vida cuando empieza la adolescencia y estos

primeros cambios físicos en cada uno de sus estudiantes. Más allá del cambio en la voz o en el crecimiento de vello androgénico o vello corporal, el principal cambio se vio en la estatura y en estos cuatro años de bachillerato se empezaron a notar las diferencias. Por un lado estaban los más altos, que en su mayoría eran los que jugaban basket, seguidos por los intermedios y culminando con los más bajitos, grupo en el que estaba yo, junto con Pandi, Pedro y Berny. En diferentes eventos, momentos y ocasiones, éramos ordenados por estatura de menor a mayor, en los que siempre me encontraba en el podio. En esos momentos, veía como muchos de mis compañeros se quejaban por su corta estatura a diferencia mía que simplemente me quedaba tranquilo y callado haciendo mis cálculos matemáticos y sacando la siguiente conclusión: “toda esta gente tiene un año más que yo y por eso en su mayoría son más altos. Por eso yo iba a crecer después y los iba a alcanzar a todos.” Ese fue mi pensamiento a lo largo de mis primeros años en el bachillerato pero como es costumbre, mis cálculos matemáticos estuvieron erróneos y como pueden ver, hasta el día de hoy sigo siendo uno de los más bajitos de la promoción. Es aquí cuando vuelve a surgir la famosa frase: “la edad es solo un número” y mi teoría resultó ser indirectamente una excusa que me decía a mi mismo para darme esa tranquilidad.

Pasó bachillerato y llegó Semestralizado. Entré a esta sección con tan solo 14 años cuando ya todos los de mi promoción habían hecho sus famosas fiestas de 15. En estos años el tema académico fue el que más atormentó mis días y como era costumbre, no me faltó relacionarlo con mi corta edad. En este caso no usé mi edad como una razón para echarme a la pena y darme por vencido sino como una razón más de motivación para salir adelante y sacar mis estudios adelante. Más allá de mis malas notas en las diferentes asignaturas, lo que más invadía mi cabeza eran mis pensamientos sobre cómo yo, siendo el menor, estaba aprendiendo lo mismo que personas que tenían un año más que yo. Tener compañeros que compartían mi mismo rendimiento académico y tenían un año más, me servía para pensar que yo era un individuo muy inteligente. “Estoy aprendiendo y viendo los mismos temas que personas con un año más de vida, de desarrollo cerebral y de inteligencia.” me decía y me sigo diciendo a mí mismo hoy en día.

Ya para finalizar con mi etapa escolar siendo el menor de mi promoción está mi entrada al grado undécimo. En este período de metamorfosis, la edad jugó un papel sumamente importante en mi vida. Iba a entrar a once grado con 16 años. Disculpen la expresión pero ¡DIABLOS! ¡Iba a entrar a once con 16 años! 16 años es lo que tiene un niño en noveno y yo iba a estar en once siendo “el más grande del colegio” teniendo

su misma edad. Nunca caí en cuenta de esto sino hasta meses antes de entrar a mi última etapa escolar. Con este pensamiento en mente, empezaron a brotar cavilaciones como: ¿Y ahora que voy a hacer yo? Todos iban a cumplir su mayoría de edad, iban a poder hacer planes diferentes y yo como siempre, por mi edad, me iba a encontrar más limitado que todos. ¿Y si me quedaba solo? ¿Y si mi último año en el colegio iba a ser el peor y el más aburrido? Duré varios días con estos pensamientos retumbando en mi parte superior del cuerpo hasta que me dije a mí mismo: “Asúmalo y deje de pensar en eso.”

Pasó el tiempo y ahora me encuentro acá parado a tan solo dos meses y medio de graduarme y les puedo decir que todas esas preguntas en mi cabeza se desvanecieron. Al revés, me encuentro en el mejor año y momento de mi vida. Logré disfrutar 6 años en la banda, logré alcanzar mi sueño de ser jefe de granaderas. Logré mejorar cada vez más mi rendimiento académico, y logré pasar a la universidad por mis notas del colegio. Por cosas de la vida, logré encontrar a una persona que me ha hecho el hombre más feliz y afortunado del mundo, con quien comparto grandes momentos y me hace sentir realmente grande. Y por último, y no menos importante, logré hacer un grupo extraordinario de amigos con los cuales viví y compartí todas las diferentes etapas de mi vida, y con quienes disfruté cada momento

de esta. Amigos con los cuales podía salir a cualquier guachafita, analizar cualquier psicodelia y llorar junto al Jimador y grandes intérpretes musicales como Sinis-terra, Morat y Olivia Rodrigo.

Es fácil caer en la trampa de pensar que nuestra edad dicta nuestras habilidades y logros, pero eso no podría estar más lejos de la verdad. La edad no determina lo que podemos ser ni hacer, sino que somos nosotros quienes determinamos nuestro propio éxito. Aunque algunos puedan pensar que ser joven significa tener menos experiencia o menos conocimientos, yo veo la juventud como una ventaja. Tenemos la capacidad de aprender rápido y adaptarnos a los cambios y esto no se logra sin la autenticidad. “Como suele decirse, ‘La edad es una cuestión de mente sobre materia. Si no te importa, no importa.’” En otras palabras, si eres tú mismo, la edad inmediatamente dejará de importar.

Ya para cerrar, puedo decir que gracias a todas las personas que Dios puso en mi camino, me voy de este colegio con el mayor de los aprendizajes: La verdadera grandeza se lleva en el alma y en el corazón. No importa la edad, la estatura, el color de piel, el tono de voz, o la marca de guayos que usamos, lo que de verdad importa es ser auténticos, transparentes y más que todo mostrar nuestros principios y valores y mostrar quienes realmente somos. Es por eso que si en algún momento de sus vidas se sienten inferiores a los demás o se sienten

limitados o marcados por alguno de estos adjetivos, los invito a creer en ustedes mismos y luchar por sus sueños. Todos podemos ser tan grandes como queramos. Gracias.

///

Julián Restrepo

“Seguiré intentando dar lo mejor de mí, así a veces algo me salga mal y seguiré intentando, así no sea por medio de este discurso, no ser olvidado.”

De todos los momentos que uno está obligado a vivir como estudiante del colegio, probablemente este es el que más miedo me causa. Y sí, he tenido que dar discursos de capitania al frente de todo el colegio. Y sí, para los que no lo recuerden, también tuve que llevar una llama, disfrazado de rey mago en la celebración de navidad hace 5 años.

Y como si fuera poco, me escupió al frente de los de semestralizado. Aaaah, y cómo se me iba a olvidar: también me han elegido de acólito en numerosas misas. O, como dirían mis amigos, me han disfrazado “de padre” para más de una misa, otra vez al frente de todo el colegio. Pero ninguna de estas cosas se compara con el miedo que siento de estar acá parado.

Pero, ¿por qué? Me he hecho varias veces esa pregunta.

Fue hasta hace unos pocos días que me senté a analizar lo que quería que fuera el tema de este discurso que logré responderla. Mi primera conclusión, precipitada y superficial, fue que tenía miedo de que mi discurso fuera tan malo que terminara siendo el tema de conversación de la clase de Mireia. Pero por más de que me gustara creer que esta era la respuesta, en el fondo sabía que era lo que me daba tanto miedo de este discurso. Que a nadie le importe.

Y no digo esto para obligarlos a que le pongan atención a mi discurso, pues seguro para este punto la mitad de ustedes ya estarán con el celular prendido jugando algún juego y rezando a que termine rápido para hacer tareas. Y no los culpo, este es mi 3 año oyendo discursos y, por más que tenga recuerdos vagos de muchos, de los 176 discursos que he escuchado puedo hacer un resumen relativamente decente de 3. Exactamente el 1.7% de todos los discursos que he escuchado. Fue ahí cuando cambié mi perspectiva. Y no solo de lo que quería hacer para este discurso, sino de lo que quiero hacer para la vida.

Para los que me conocen saben que soy una persona muy perfeccionista. Me mato todos los días para que todo me salga bien: capitania, clases, fútbol. Todo me tiene que salir bien. ¿Y si no? simple, me estreso. Y fue pensando en este discurso que me di cuenta de una cosa. Y para esto quiero contarles dos historias.

La primera historia vuelve atrás a la pandemia, en clases virtuales. Estaba en una clase de current events a última hora, a esa hora en la que tu cerebro no funciona y ya te quieres ir a dormir.

Era nuestra segunda clase para hacer el proyecto de síntesis en parejas, yo estaba con Chicha. Como todas las clases de proyecto nos separaron en breakout rooms a trabajar. Ya en los breakout rooms se me ocurrió la brillante idea de jugar Fortnite pues mi cansancio no me iba a permitir trabajar. Fue entonces cuando mi compañero Ignacio me dijo “Chu, streamee su pantalla” En otras palabras me pidió que prendiera la cámara para mostrarle mi partida. Dejé la cámara prendida con el videobeam adelante confiando en que mi compañero me iba a decir cuando nos tocaba volver a la sesión principal. Fue entonces cuando salió ese pequeño letrero que todos conocemos “volviendo a la sesión principal en 59, 58, 57” Ignacio, confiado que le quedaba un minuto no me dijo nada. Dejé de oír su voz pero yo estaba muy embalado para parar. Justo en ese momento me encontré con un jugador y dije “Chicha, Chicha vea esta kill” Frase que fue interrumpida por un “¿Julián, que haces?” de Juan Felipe que, confundido, quería entender qué estaba sucediendo. Sí, acababa de gritar eso en la sesión principal con mi cámara prendida jugando Fortnite. Me volteé y con cara de pánico cerré el computador.

La segunda sucedió hace unas pocas semanas. Como capitanes

siempre realizamos una vez al año la iniciación a los profesores y empleados en sus casas. Para este año teníamos planeada una actividad jamás vista antes. La actividad iba a consistir en un juego donde los profesores debían pintar lugares, personas, elementos o objetos del colegio en un ipad, proyectando el dibujo en el video beam mientras el resto de las personas de la casa debían adivinar qué estaba pintando. Luego pasaríamos a un kahoot sobre el colegio donde la idea era que se rieran y jugaran. Finalmente, terminaríamos con un delicioso refrigerio. Una almojábana, galletas, tostadas y un vaso de Nestea.

Ya todo estaba listo. Las 250 almojabanas llegaban a la 1:30, y el kahoot ya estaba preparado. Sin embargo a las 10 de la mañana todo se fue de para abajo. Tuvimos un problema de comunicación y no iban a asistir todos los empleados, sino solo los nuevos. Eso nos dejaba 250 almojabanas y una actividad originalmente planeada para 250 personas, que ahora era para 20. Pero todo siguió empeorando. Logramos cuadrar con las secciones para llevar las almojabanas y recibimos un regaño monumental de Andrea Robledo por nuestro problema de comunicación. Sin embargo, el día seguía y la actividad tenía que funcionar. Quedamos en llevar las almojabanas a las 2:20 a las diferentes secciones y llegaron a las 3:20. Tuvimos más problemas técnicos que en el Candelazo y, para terminar, recibimos otro regaño de Andrea, esta vez por darle un pan de

bono prometiendo que era una almojábana y seguido por las palabras “Esta actividad salió muy mal por su falta de comunicación, que les sirva de enseñanza”. Salí de esa cafetería con una cosa clara. Me quería ir a llorar a la ducha. Sin embargo, antes de irme hablamos con los profesores y nos dijeron que pasaron súper rico y absolutamente todos los profesores nos recibieron las almojábanas con una sonrisa de oreja a oreja.

Finalmente nos quedamos hablando entre los capitanes y no se si lo peor o más bien lo mejor de todo es que nos reímos. La actividad que llevábamos planeando por 1 semana nos salió pésima por un error de comunicación. Y sí, fue de las tardes más estresantes de mi vida pero creo que no me reía tanto en años.

Yo sé que son historias muy distintas pero a lo que quiero llegar es que cometer errores es normal y es parte de la vida, incluso diría que es parte de la naturaleza humana. Casi que por definición los humanos buscamos que todo nos salga bien y nos gusta tener todo bajo control. Sin embargo, hay cosas que solo no controlamos y la búsqueda de la perfección siempre estará acompañada por el error y el fracaso. Por eso lo que quiero que se lleven es que perder no es lo que importa. Todos perdemos al menos una vez en la vida.

Lo que verdaderamente importa es perder por haber perdido. Dejarse tumbar por un fracaso, y más importante dejar de intentar.

Y abro esta invitación a que no veamos un error con una connotación

100% negativa. A veces los errores son puertas, así que aprovéchenlas.

Si algo me llevo de la iniciación a los profesores a las casas es que de aquí en adelante tenemos que ser mucho más claros en las instrucciones y la comunicación. Los errores son enseñanzas en nuestro camino a cumplir nuestras metas, así que la próxima vez que cometan un error, por más grande que sea, recuerden dos cosas:

No vale la pena estancarse. Témense el tiempo de reírse del error, de entender que sí, la “cagaron” pero la vida sigue.

Y segundo, nunca dejen de intentar cumplir sus metas, incluso después de cometer el peor error de sus vidas. Porque esos errores, para bien o para mal quedarán guardados en su memoria así que más bien asegúrense que sea para bien.

Así que hoy me encantaría ser parte de ese 1.7% de discursos que jamás se borrarán pero independiente de si lo sea o no, seguiré intentando. Seguiré intentando dar lo mejor de mí, así a veces algo me salga mal y seguiré intentando, así no sea por medio de este discurso, no ser olvidado.

Al hacer este discurso encontré una frase que realmente me marcó y quiero cerrar con esto. “No tengas miedo a la perfección, jamás la alcanzarás”. Salvador Dalí.

Así que independientemente que no lo alcancen nunca. Intenten, intenten y sigan intentando. Muchas gracias.

Natalia Rodríguez

“Entendí que tener miedo es algo normal, y usarlo para tomar riesgos, salir de nuestra zona de confort, probar cosas nuevas y darnos cuenta de lo capaces que podemos llegar a ser es la enseñanza que me ha dado la vida frente al cambio”

El cambio es algo que está presente a lo largo de nuestras vidas, y cada uno tiene su relación con él. Yo personalmente le tengo miedo. En realidad es más una relación de amor-odio. Entonces les voy a explicar mejor esta relación y cómo me ha marcado a través de mi hermano. Mi hermano es una de las personas más importantes en mi vida y por mucho tiempo pensé que estaría al lado mío, siempre. Él es 12 años mayor que yo, tenemos momentos de vida muy diferentes, pues mi primer día de pre jardín fue su último primer día de colegio. Pero sin importar nuestra diferencia de edad, él es mi mejor amigo, siempre me llevaba a los estrenos de las películas y jugábamos videojuegos. Todo era perfecto, hasta que tuvo novia. Todo mal, estaba celosa porque ahora la llevaba a ella al cine y no podía pasar el mismo tiempo que pasaba con mi hermano. La relación de ellos fue creciendo y hubo un día que yo estaba en mi casa cuando oí que mi hermano se iba a ir de la casa. NO, a mí se me derrumbó el mundo, ahora ¿quién iba a corregir mis textos?, ¿ayudarme en matemáti-

cas y física?, mi vida escolar iba a caer en picada, o eso creía yo. El fatídico día llegó, mi hermano se fue de la casa, mi mamá atacada llorando, y yo ... ahí. No me atacó a llorar, ya que lloré internamente desde que ellos se juntaron hasta el día en que dijo que se iba a ir. El caso es que cuando ocurrió lo que yo tanto temía, al final no fue la gran cosa, llevaba preocupándome y ahogándome en ansiedad para que al final todo terminará con un, “Bueno chao... Nos vemos el fin de semana”.

Tengo que decir que volverme hija única al principio fue extraño, pero ahora todo está bien. Mi vida escolar no cayó por el acantilado, es más, me dí cuenta de que yo sola también era capaz de hacer las cosas bien. Aunque al principio me diera miedo intentar, sabía que el sentimiento de arrepentirme por el hecho de ni siquiera haberlo intentado iba a ser mucho peor que tomar ese riesgo de hacer las cosas por mi cuenta, y a lo largo de ese proceso me dí cuenta de que me gusta aprender, mucho. El hecho de ya no tener a mi hermano para salir de los trabajos hizo que yo al hacerlos sola me preguntara, ¿por qué hago esto?, creo que es la primera vez en mis 13 años en este colegio que de verdad comprendo la frase “ Uno va al colegio a aprender”. El conocimiento era algo que no valoraba, y este cambio me hizo darme cuenta de lo que me hacía falta en mi proceso escolar, el amor a aprender cosas nuevas y habilidades que me servirían para el resto de mi vida. Miren, todos acá sabemos que el colegio no es perfecto, pero hay cosas que me llevo de él con las que siempre

voy a estar agradecida: mi pensamiento crítico, mis habilidades para analizar, razonar y explorar, esas son cosas que yo valoro mucho de la persona que soy hoy en día y que en parte se las debo al colegio por ayudarme a pulirlas a lo largo de mi vida.

Aunque no crean... el hecho de que empezara a valorar el aprendizaje no significa que me volviera un genio de la noche a la mañana, pero sí mejoré académicamente aunque puede que una que otra vez necesitara la ayuda de mi hermano para entender matemáticas, pero al fin y al cabo él solo estaba a una llamada y lo podía ver los fines de semana. El tiempo fue pasando y la situación de mi pobre yo siendo excluida por mi hermano también fue mejorando, me empezaron a llevar con ellos al cine, interesante cómo creí que iba a perder a mi hermano por su novia y al final terminé ganando una mejor amiga. Pero las cosas no duran para siempre, las cosas cambian y pasó cuando mi hermano y su, ahora esposa, se fueron a vivir a Alemania. Cuando se fueron fue como perder a dos de mis mejores amigos, claro... el contacto sigue, los puedo llamar o mandar memes por Instagram pero no es lo mismo que tenerlos a mi lado, no es lo mismo comentar una película que vimos por separado a comentar una que vimos todos juntos. Eso me enseñó a estar sola, me enseñó a convivir conmigo misma y debo decir que ahora lo disfruto bastante. No soy una asocial, claro que no; es más, disfruto mucho estar con mis amigos, pero cuando estoy sola

estoy en mi mundo, puedo tener diálogos conmigo misma que, aunque suene raro, para mí es muy entretenido, o a veces mi mente me hace reír y si algo aprendí cuando empecé a convivir más conmigo es que la mejor compañía que podría tener es la mía, unos lo llamarán amor propio y eso es algo que sé que me servirá por el resto de mi vida, es esa seguridad que tengo que me motiva a hacer cosas sin importar qué piensen de mí, como lo es raparme la cabeza o tocar mi instrumento favorito de la banda sin importar que sea un estereotipado para los hombres.

Es así como logré superar la ida de mi hermano a Alemania, fue duro pero se logró. Ese ejemplo es uno de los muchos cambios que he tenido a lo largo de mi vida. Cambios que producen tanto sentimientos de miedo, como de emoción y curiosidad por lo que pasará después y de lo que seré capaz, estoy en once, y tengo mucho miedo, miedo que va ligado a qué va a pasar después de graduarme y salir al mundo real. Va a haber amistades que se van a ir, personas nuevas que voy a conocer, incontables cambios que van a ocurrir, pero que voy a superar como siempre lo he hecho. Como todos hemos hecho a lo largo de nuestras vidas, entendí que tener miedo es algo normal, y usar ese miedo para tomar riesgos y salir de nuestra zona de confort para probar cosas nuevas y darnos cuenta de lo capaces que podemos llegar a ser es la enseñanza que me ha dado la vida frente al cambio y la razón por la cual lo odio y al mismo tiempo lo amo, muchas gracias.

///

Lucas Ruiz

“Descansen y miren hacia atrás porque es bello (...) Sólo cuando volteen a verlo, y ríen o lloren, podrán seguir adelante.”

No me paren que yo sigo, las tareas, las clases, las lecturas y los ejercicios, las haré a tiempo. No me paren que allá voy, al partido mio y al de mis compañeros, grito y canto, canto mientras grito, por aquí por allá, Nogales es quien me quita la voz. No me paren que yo sigo, escribo y pienso, ojalá fuera al revés pero el tiempo se me escapa y no me paren que ya casi lo agarro. No me paren que no me quiero quedar atrás, quiero saber, quiero encontrar, quiero entender. No me paren que si me detengo pienso, ¿es aquí donde quiero estar? no me paren que no se donde estoy, no me paren que no se de donde vengo. El 10 de marzo pude parar, me quite de los hombros el peso del campeonato, el peso de mi equipo y el peso de aguantar las lesiones que debí haber revisado antes. El cronómetro llego a cero, los gritos de alegría no eran para mi. El estadio, a pesar de estar reventado con emociion, era completamente callado. La charla de rolf, mario y diego no las escuche, no pude escucharlas porque mi mente me levanto de mi cuerpo. El fracaso tan fresco me pegó como nunca, me quedé sin rumbo. A donde voy? Y ahora qué? Mi sueño se lo robó el CNG y también mi

espíritu. El mismo que corre y salta, el mismo que grita y ama. Solo en tragedia es que puedo descansar, cuando me sacan de trayectoria. Siendo el partido que le arrebató el propósito, pude apreciar el baloncesto. No se trata de revotar la naranja, del pase o el triple al que le siguen los gritos. Recordé que quedé capitán con mis mejores amigos, estaré siempre orgulloso de esos dos hombres que conocí cuando eran criaturas. Mi mente me llevó a visitar el día que quedamos capitanes. Simon se presentó en la noche de gala con la guitarra en la espalda y pensé, que orgullo tener a esa persona de amigo. Que orgullo quedar capitán con mis amigos quienes son personas increíbles. En medio de la temporada se me olvido ese orgullo, se volvian cada vez más el compañero con el cual ganar y se me olvidaba ese sentimiento. El baloncesto se trata del otro. Por lo menos para mí. Se cayó ese sueño, nunca existirá la foto de los tres con la medalla de oro y el trofeo, igual no se trataba de eso. El baloncesto no es baloncesto, nunca lo fue. Para mí, el baloncesto fue familia. Se acabaron las charlas, mi mente de retorno a mi cuerpo y de vuelta al camerino por las maletas. No me paren que mañana tengo colegio.

Un pie detrás del otro, quien me enseñó a caminar no me enseñó a parar. “Ya casi corazon”, corazon se fue, caminó y creció y aun asi espera el fin porque “ya casi” lo lleva un poco más. Más? Un poco más. Y si no puedo? Y si me duele? No tengo tiempo, la duda me mata, entre el tambaleo y el peso quedare aplastado si pienso. Pero igual, ya casi, ya casi llegare. La

luz que se me escapa, la materializó y la jalo y entre mas jalo mas cuerda y no se preocupen que ya casi termina, ya casi. Esa bella luz que me da calor y amor que es? Mi mundo es duro y rudo pero entre mas me acerco a ti mas me olvido. Me olvido del peso, del dolor, de mis huesos y mi masa. Soy entonces libre, pero para ser libre tuve que correr. realmente nunca fui libre. Corro detrás de ti, mi luz que no tiene forma ni sonido, pero está detrás de todo logro. La luz del ser que quiero ser. La luz del modelo Nogalista. Y cuando se me vuelva a perder, la volveré a buscar.

Ser Nogalista es querer más; somos completos, somos virtuosos. Entre más peso levantamos mas fuertes somos. Nos echamos a la mochila el deporte, las notas y las tareas. Los padres que ven al hijo ahogarse en papeles pensarán que es un genio. Quién le dirá al hijo que es suficiente. Que ya no tiene que pelear, que hoy puede dormir. No los conozco a todos pero entiendo su naturaleza, yo mismo la tengo. Yo también madrugo, sea para terminar los trabajos, entender mejor o ser parte de ese equipo o grupo que tanto nos interesa. Yo tambien me quedo y practico mi deporte, aunque llegué destrozado a la casa. Yo tambien trasnocho por lo que me gusta, a veces por lo que me toca. Pienso en ser mejor, mejor que ayer. Ustedes son nogalistas, como yo, acepto que somos un grupo que exige excelencia. La visión del colegio se volvió nuestra naturaleza. Entre mas hacia, mas culto me sentía. Mirenme, jue-

go baloncesto y lo hago bien, mirenme soy de roundsquare y lo hago bien, mirenme tengo buenas notas, mirenme estoy en APs. Todo esto me daba visión, me daba cultura y me hacía sabio.

En un momento llegué a once, el rumbo de las cosas parecía cambiar. Ya estoy aceptado en Andes, estar acá ya no tiene utilidad para el futuro, no de la misma forma que tenía antes. Y solo así entendí que; Cuando las cosas ya no se sostienen en su utilidad, se convierten en cosas bellas. Cuando el baloncesto paró de ser un campeonato tomó profundidad, se volvió una familia. Cuando yo estaba en noveno y décimo, pensaba en las clases como una introducción a lo que haría en la carrera. Las veía como un paso más que tomar para definir mi futuro. Ahora las clases no tienen ese componente, le quite lo que parece sustancial y me toca a mi reemplazarlo para que tenga sentido. Ya no se trata de ver matemáticas por la nota, se trata de apreciarlas. Mis amigos ya no son las personas con las que tengo que parchar porque me quedaré solo, se convirtieron en las personas que olvidaré y ahora más que nunca las tengo que apreciar. El mayor regalo de once es poder ver al colegio sin un fin. Apreciar al colegio por lo que lo rodea, no por su utilidad. La magia de once no es, “ la chimba me voy, sera una bonita memoria”, para mi, la magia de once es poder apreciar; Al profesor, al compañero y al colegio. Pero primero tuve

que parar, si seguía envalentonado con la vida, se me hubiera pasada... Por lo menos para mí, cuando lavo la loza el mundo parece detenerse y me río de esa vida que pronto dejaré. Mi único momento donde las cosas se congelan, las veo y las aprecio. Sea a ustedes los de once, o los de noveno y décimo, les sugiero poder parar. Descansen y miren hacia atrás porque es bello. El colegio es bello, el deporte es bello, tener amigos es bello y si ven el mundo así, se volverá en un mundo bello... Sólo cuando volteen a verlo, y rian o lloren, podrán seguir adelante. Gracias

///

María José Sabogal

“Sin embargo, estoy tranquila, porque si algo he aprendido en estos últimos años es que los cambios, aunque a veces sea difícil verlo, siempre traen cosas buenas.”

Para la futura Majo: te escribo desde el pasado. Desde la versión de ti que está a nada de cumplir 18 y sigue estando en once en el Colegio Los Nogales. En este momento estás viviendo una de las épocas más felices de tu vida y sonrías cada mañana aunque estés al borde de la hipotermia. Aunque la felicidad y la emoción sean infinitas, también es un momento lleno de incertidumbre frente al futuro. Como sabes nunca

he sido buena tomando decisiones y por eso, primero que todo, quiero preguntarte: ¿ya sabes que quieres hacer con tu vida? Una pregunta que hoy en día te cuesta más que cualquier problema de cálculo. Espero que sepas que en este momento estoy enamorada de mi vida. Que estoy disfrutando cada momento, porque en pocos meses todas esas cosas que pensé que nunca se acabarían llegaran a su fin. En algunos meses, por última vez me pondré el uniforme, me montaré al bus, jugaré un partido de Uncoli y veré a toda mi generación junta. La verdad es que esta idea me llena de miedo pero sé que es una situación inevitable. Sin embargo, estoy tranquila, porque si algo he aprendido en estos últimos años es que los cambios, aunque a veces sea difícil verlo, siempre traen cosas buenas. Espero que cuando leas esto hayas cumplido mi mayor objetivo para el futuro: sentirte feliz y orgullosa de todo lo que has logrado, satisfecha de tus logros y de la vida que has llevado. No sé en qué momento de tu vida estés leyendo esto pero creo que es increíblemente importante que recuerdes quienes te llevaron a ser la persona que eres hoy en día; qué experiencias, qué momentos y qué historias te formaron como persona.

Jupa siempre ha sido el compañero incondicional de tu vida. Él es la persona que te enseñó lo que significa pelear a muerte, tengo que aceptar que hoy en día me sigue pegando gatos que me dejan morados durante días. Con él aprendí

lo que significa correr por mi vida cuando le desconectaba el X-Box y se le apagaba el partido de Fifa. Aunque siempre acuda a la violencia para mostrar sus emociones yo se que en el fondo me quiere. Hemos crecido juntos y hay pocos momentos importantes que no he vivido a su lado. Sea fin de semana de papá o de mamá, en el colegio o en la casa, él siempre ha estado ahí. Me enseñó la importancia de ser completamente incondicional con las personas que amo. Jupa me trae agua fría aunque yo esté más cerca de la nevera que él, me pasa el cargador aunque esté al lado mio, me presta plata aunque nunca se la devuelva y se aguanta la infinidad de comentarios mamones que hago diariamente. Aunque a veces me aproveche de su nobleza es una de las características que más valoro de él. No hay una sola vez que me haya fallado. Jupa me cubre con mi papá cada vez que no comparto los detalles exactos de mi ubicación y apoya cualquier historia que cuente aunque sepa que estoy alterando la realidad. Espero que durante todos estos años lo haya apoyado de la misma manera que él siempre me ha apoyado a mi.

Entrar a Nogales ha sido una de las peores experiencias de mi vida. Espero que te acuerdes cómo lloré sin falta todos los días del primer semestre. La verdad pensé que nunca iba a lograr ser feliz acá. Tenía tanto miedo de no saber con quien sentarme en la cafetería que preferiste no almorzar durante el primer mes de

colegio. Si la Majo del pasado hubiera sabido lo feliz que iba a ser, no hubiera gastado tanto tiempo odiando el entorno nogalista. Aunque fue un comienzo duro, las cosas mejoraron poco a poco. Fueron entrando personas nuevas a mi vida que alegraron esos días tristes. Si no hubiera sido porque Wisi regresa de Londres creo que nunca hubiera sobrevivido esos meses. El bus de la tarde con Ama, el equipo de fútbol y mis nuevas amigas, gracias a Wisi, me dieron emoción de ir al colegio todos los días. Hoy en día soy la persona más feliz siendo nogalista y hasta me sé los cinco ejes de fines que aplico en mi vida cotidiana. El colegio me ha visto crecer y a lo largo de los años me ha enseñado cosas infinitamente valiosas como: el propósito de la estructura retórica, los iones poliatómicos, la derivada y la antiderivada, la importancia de iniciar a los noveno, porque el tambor mayor no toca un tambor y como nunca debería venirme vestida tropical en un tropical day. Pero ante todo y lo más importante este lugar me ha enseñado a ser feliz y a soñar. No sé que me espere en el futuro, pero estoy mas que segura que Nogales me dejó lo suficientemente preparada para ser lo que quiera ser, ya sea princesa, poeta, astronauta o las tres.

En este colegio aprendiste que hay personas desconocidas que se vuelven familia. Aunque Jupa se burle de mi toma de decisiones frente a mis interacciones amorosas y no amorosas siento que hasta el día de hoy he tomado las

decisiones correctas, porque las personas que tengo a mi lado son la luz de mis días y mi apoyo incondicional. Espero que en el futuro sigas acompañada de personas que te hacen sentir así de incondicionalmente feliz y amada. En este momento estoy asustada por el futuro, porque la verdad no tengo ni idea de que quiero hacer después de graduarme. Pero más que todo me da miedo que al graduarme me aleje de las personas que se han convertido en mi familia. En la vida los cambios son inevitables. Y es inevitable que al graduarme las personas con las que comparto todos los días de mi vida se irán a viajar por el mundo, a estudiar derecho, o se queden en el colegio aunque yo me vaya. Aunque los caminos de la vida nos separen, le agradezco infinitamente a estas personas por amarme, aceptarme y brindarme felicidad todos los días. Espero que te acuerdes como estas personas te enseñaron a comer chigüiro en la autopista, a sobrevivir a la infinidad de accidentes que causó Amalia manejando, a ser food blogger profesional, a bailar y a cantar como si nadie estuviera viendo, a pasar el niágara en bicicleta, y a estar enamorada de la vida, pero sobretodo te enseñaron que la familia se escoge y nunca se olvida.

Espero que tengas presente que papá es la razón por la que pudiste vivir todos estos momentos. Aunque al comienzo me trajo arrastrada de las orejas a este colegio, hoy

en día se lo agradezco infinitamente. Siempre recuerda de confiar en su instinto, que hasta el día de hoy no se ha equivocado. El me ha enseñado todo lo que sé y probablemente no sería la persona que soy hoy si no fuera por él. El me demuestra lo que significa el amor incondicional todos los días. Me lo demuestra al recogeme todos los fines de semana en cualquier lugar a cualquier hora, cuando me dice que mi pinta esta fea, cuando me deja notas escondidas entre mis cosas, cuando le hace caldo a mis amigos, cuando me acompaña al paradero del bus para que no me roben y cuando deja todo tirado por recogerme a mi y a Amalia. No hay nada que él no haría por mi y espero que durante estos años le hayas devuelto por lo menos un poquito del amor que él me ha dado en los últimos 17.

Futura Majo, espero que este discurso te haya ayudado a recordar y a agradecer a las personas que te rodean y que te formaron. Valora a estas personas y todo lo que te enseñaron. Espero que en el futuro sigas siendo igual de feliz y de sonriente con la vida. Que sigas amando lo que haces y a las personas que viven la vida contigo. Espero que sigas siendo así de sonriente con las personas que conoces, tomando fotos de tus amigos, pero lo más importante espero que no hayas olvidado a todas estas personas y estos recuerdos tan importantes para mí. Gracias.

///

Daniela Silva

“Los recuerdos hacen parte de la vida de absolutamente todos y es lo que nos da razones para hablar o para callar, para estar de acuerdo o en desacuerdo, o bien para tener las razones necesarias para justificar la vida que cada uno de nosotros decide vivir.”

En un día de esos en que suelo pensar: hoy va a ser el día menos pensado, llegué al Colegio Los Nogales, esta vez como hija única. Me encontré con mi mentora, Dani Solano, y emprendí mi camino hacia este nuevo mundo del que me iba a enamorar sin saberlo. Podría describirles sin saltarme un solo detalle mi primer día de colegio, mi peinado, mi primer cuaderno; pero sé que muchos se quedarían medio dormidos o se pondrían al menos un audifono, entonces, voy a saltar del grano de arroz a la taza completa. Recuerdos. Todos aprendemos de maneras diferentes, podemos ser visuales, auditivos, aprender gracias a la memoria o por asociación, pero al fin y al cabo, todos estos se reducen a la capacidad de recordar así sea una palabra, una fecha, un suceso o un color. Los recuerdos hacen parte de la vida de absolutamente todos y es lo que nos da razones para hablar o para callar, para estar de acuerdo o en desacuerdo, o bien para tener

las razones necesarias para justificar la vida que cada uno de nosotros decide vivir.

Para mí las personas pueden ser morado o naranja, y sí, suena bastante extraño y nunca he podido explicarlo, pero sé que aquí debe haber alguien que no necesite una explicación. Hace frío y no es que esté muy lejos de mi casa, y sé que es porque es temprano y no hace mucho estaba debajo de mis cobijas pero no les puedo negar que me gusta el olor que tiene la mañana como el de hoy cuando salió el sol. Me tomé la molestia, en estas mañanas en las que voy en el bus medio dormida e intentando no revisar el pasado que entristece, de recopilar las canciones que me alegran el día y me llevan a recordar momentos, historias y personas que han hecho de estos últimos cuatro años, una experiencia increíble. Podría ser tan simple como darles una lista de reproducción pero déjenme mejor contarles algunas de las cosas que he aprendido estando en este gran colegio.

Cuando suban por las imponentes escaleras del edificio de ventanas grises y azules del Colegio Los Nogales, con la cabeza abajo porque los de once intimidan un poco, y sigan su camino a su casillero azul, no paren muchas bolas, pues si siempre hubiera creído todo lo que he oído estaría amargada. Encuéntrese con esa persona especial como la mía con la que hablábamos de todo un poco y todo nos causaba risa como dos tontas y la misma que me ha dicho por mucho tiempo: ya vas a ver como van sanan-

do poco a poco tus heridas. Las cosas cambian bastante en 3 años y quisiera no confesarlo, pero me da miedo cruzar esa puerta porque el tiempo va de ida y va sin ruta de regreso, pues el tiempo es el tiempo y nadie lo va a cambiar. Se puede tolerar la estrechez de mente, soportar la falta de experiencia pero no se debe aceptar la estrechez de corazón. Las palabras son cuchillas cuando las manejan orgullos y pasiones. Nadie conoce a nadie de verdad y nadie aprende a bailar sin compás. Todo siempre es bueno las primeras veces y no hay que olvidarse que al corazón, le puedes decir de todo menos mentiras. Y aprendí que si tú quieres cuando no se puede, tenemos más en común de lo que piensas. Claro está, además de aprender el túnel de la mol, circuitos, la fórmula cuadrática y del frente nacional, o bueno, eso me gusta pensar.

Con el tiempo no podremos conservarlo todo, y sé que el tiempo lleva prisa entonces me gusta pensar que antes de que llegue el viejo amigo alemán o mi cabeza ya no sea tan fuerte, voy a recordar todo lo que me ha hecho feliz, pero también esos momentos de grandes retos que me han convertido en la persona que hoy está aquí parada. Sé que soy culpable del tiempo perdido en muchas ocasiones y que quedan cartas que no he puesto en juego, y muchas veces quisiera que el reloj para atrás se devolviera para volver a conocer a esa persona, vivir ese intercasas o esa caminata, volver a llorar después de perder mi primer examen en el baño con mis amigas o volver a llegar ese

primer día de octavo. Puedo no estar segura de muchas cosas, pero si me dieran a elegir una vez más, elegiría esto sin pensarlo así que quiero concentrarme en este lugar, mucho tiempo mucho tiempo hasta que ya la distancia no me lo permita.

No me paro aquí para decirles que disfruten el tiempo, que todo va a estar bien, ni que el colegio es la mejor etapa de la vida porque simplemente no lo sé y no puedo decirles nada que ustedes no sepan ya; pero quiero invitarlos a guardar preciosamente los recuerdos que construyen, de la manera que prefieran. Todavía no perdí el sentido común y creo que no necesito de Freud pero quiero decirles que no tienen que estar borrachos hasta el amanecer para tener buenos recuerdos. Para mí este lugar es mucho más que un campus increíble, es un lugar lleno de recuerdos. Le pido a Dios que me alcance la vida y me de tiempo para regresar porque no quiero olvidar todo lo que he vivido, lo que estoy viviendo y lo que me queda por vivir en los próximos 96 días, porque sí, eso es lo que nos queda querida promoción.

Me gusta sentarme en mi cama y mirar para atrás sabiendo que si yo me hubiera fiado de todo lo que me han contado de ustedes, no los habría conocido, y menos mal que los conocí. Espero que ustedes puedan mirar para atrás y darse cuenta de que en las palabras de este no muy largo discurso, usé más de 20 de esas canciones de las que les hablaba antes, con las que recuerdo lugares, personas y momentos y se den cuenta de

que se puede recordar de muchas maneras, solo hace falta la voluntad. Porque cada una de estas canciones va para una persona que ha hecho mi vida más fácil en este colegio, mi consejera, profesores, amigos y no tan amigos.

Promoción 2023, no soy muy cercana a muchos de ustedes pero no podía irme sin guardarles una letra especial. Es una canción que llegó a mi vida hace 9 meses y me gustaría compartirla con ustedes. “Le prendí un par de velitas a los sueños que aún nos faltan y me puse positiva para que las cosas nos salgan, pongo todo en nuestro futuro y el pasado que no se vaya. Voy despacio pero llevo mi conciencia bien tranquila, y hoy me alejo del que crea que para hablarle hay que hacer fila, aunque me falta estoy tratando de ponerme de primero, si me caigo me levanto soy el sol del aguacero.”

///

Juan Diego Trujillo

“Hace unos 10 años Dani estaba parado, así como yo, frente a todo semestralizado leyendo su discurso, hablando sobre mí. Hoy, 10 años más tarde, me paro yo, frente a todo semestralizado, a devolver el favor.”

Era el primer día de quinto, y nuestra directora de grupo estaba llamando la lista de 5C. Al llegar mi

nombre, vino junto a él la pregunta típica que nos hacen todos los profesores acerca de familiares que hayan estado en el colegio antes que nosotros, y mi respuesta generó en Rosa la característica reacción que una gran mayoría de profesores que llegaron a conocer a mi primo hacen cuando digo su nombre.

“Daniel Gutiérrez”, respondí, mientras veía cómo los colores escapaban rápidamente del rostro de Rosa, y que luego abrieron paso a una expresión pálida y aterrorizada. Después de un momento de silencio se compuso, y dijo en un tono casi de advertencia, “Uy, bueno, esperemos que tu no seas como tu primo, ¿no?” y cerró su frase con esa risa incómoda a la que nadie sabe cómo reaccionar.

Lo que no sabe ella es que esa frase me dejó pensando, pues yo sentía que ella estaba profundamente equivocada en decirme eso, ya que, si existe alguien en la vida al que me quiero parecer, es a mi primo.

Para quienes no lo conocen, Daniel Gutiérrez, mejor conocido como Guti, Dani o Danilo, se graduó del colegio en el 2013, y recuerda con cariño la banda, a su consejero Camilo Camargo y a Fercho, quien lo acompañó voluntariamente durante todo el mes de junio en sus vacaciones de décimo. Es un amante del fútbol, de los aviones, de la buena vida y al parecer, también tiene un gusto particular hacia las pelinegras. Mi primo es eso y muchas cosas más, pero si lo pusiera todo en una frase, diría que él ha dejado un legado importantísimo

tanto en este colegio como en mí.

Dani fue jefe de redoblantes y miembro del equipo de fútbol de quinto a once, pero lo que más recuerdan los profesores y directivas de él y su paso por el colegio son sus numerosas matrículas, suspensiones y conferencias, que se ganó, entre otras, por abrir un gas pimienta en un bus, por tomarse MUY literalmente la frase de “el que se quiera salir que se salga” y por pelear constantemente con los profesores, abogando por sus derechos y los de sus amigos.

Sin embargo, lo que muchos no saben, es que este ser enemigo del orden y del manual de convivencia es mi ídolo y modelo a seguir.

Para los que no sepan, yo tengo una hermana mayor y un hermano menor, al menos que viven en mi misma casa, porque Dani más que mi primo, es el hermano mayor que nunca tuve. Gracias al hecho de que toda la vida vivimos en el mismo conjunto, la distancia no fue algo que conociéramos, y desde chiquito estuve alrededor de él y su influencia.

De los pocos recuerdos que tengo de mi infancia, en todos estoy con él; me acuerdo de las infinitas veces que perdí en el juego de las peleas, hasta que descubrí que podía usar mis dientes y a mi tía como aliados para emparejar la batalla; me acuerdo de mis primeras jugadas de fútbol contra mi papá teniendo a Dani en mi equipo, con su infaltable camisa de millos; me acuerdo del primer FIFA que jugué, y de la goleada que recibí contra el Rayo Vayecano, me acuerdo de las noches haciendo

sushi con su novia Sofía, con su novia Antonia, y con su novia Daniela, en fin, él y su creatividad al hacer planes “románticos”; me acuerdo, y mi cachete también, de la vez que casi me saco un ojo por estar corriendo por toda la casa, y me tropecé con un tapete, cosa que les recordó a mis papás, por medio de un ojo morado, por qué no tenía un hermano mayor; me acuerdo de mi primera maleta del colegio, que usé a pesar de que midiera más de la mitad de mi cuerpo sólo porque él la usó; y cómo no, me acuerdo de mi primer amor, Natalia Child, que conocí en el bus del colegio cuando me sentaba atrás con mi primo, mientras los demás niños de prejardín y jardín me miraban con envidia y asombro. Hoy en día me doy cuenta que yo fui el cebo nada más, para que un atrevido niño de séptimo nada más tuviera el valor de conversarle a una niña de décimo.

Podría quedarme así durante horas, contando anécdotas tanto de mi primo y este lugar como mías junto a él, pero siento que la mayor influencia que tengo de él es el amor por el fútbol.

Creo que era el 2012 o 13, y Dani estaba jugando la semifinal de Uncoli contra el Nueva Granada de Andrés Llinás en el San Carlos. Yo no entendía muy bien el contexto, solo me acuerdo que fue un partido muy aburrido hasta los minutos finales, cuando tras un centro, el Nueva Granada encajó un gol en la portería de Nogales. Todo parecía perdido, pero un tiro libre daría esperanza al equipo de mi primo de llegar a la final. Todo se paró en ese momento,

me acuerdo que hubo silencio absoluto cuando Dani colocó el balón a 9 metros de la barrera, y con una curva exquisita la metió en el ángulo para empatar el partido a lo último. Toda la hinchada de Nogales estaba eufórica, y esperaban con ansias que el partido acabara y se definiera desde los once pasos. Pero la euforia se tradujo en desconcentración, y en el próximo minuto, en la última jugada antes del pitazo final, el Nueva Granada se puso por delante, dejando atrás un ejército de luchadores con camisa verdiazul buscando consuelo en el alto pasto del San Carlos.

Recuerdo que esa fue la primera vez que vi llorar a Dani; ¿por qué? ¿Cómo es posible que mi ídolo y hermano mayor estuviera desconsolado sollozando en el hombro de mi papá? El próximo partido lo ganan, pensé, sin saber que ese fue su último partido vistiendo una camisa de nogales, y que su sueño de ser campeón de Uncoli se había quedado sin cumplir.

Ese día, el día que vi a Dani llorar por un partido de fútbol, supe que esto no era solo un deporte, sino que iba mucho más allá que eso. Ese día me juré a mí mismo que no me iba del colegio sin ganar un Uncoli, y mírenme ahora, con uno para mí, y uno extra para dedicarle a mi primo.

Sé que muchos me han visto jugar y les gusta pensar que lo hago bien, pero en mi opinión, solo estoy a la sombra de quien es para mí el mejor jugador de este deporte. Lo que he aprendido se lo debo a él y a Jota, pero dentro del campo, Dani me en-

señó cómo estar un paso por delante de los demás, saber un segundo antes a quien dársela y saber cómo y cuándo patear.

Para alegría mía y regocijo de mi papá, mi carrera futbolística se unió con la de Dani cuando yo tenía solo 14 años, y mi primo estaba en Canadá, lo que no le permitió ir a un partido que tenía en Los Lagartos. Sin pensarlo mucho, y gracias al hecho de que solo tenían 10 jugadores inscritos para ese partido, Dani me llamó, y me pidió que jugara con gente de 10, 15 y hasta 20 años mayor que yo; como cualquier persona sensata y consciente de su tamaño claramente superior al de toda esta gente acepté.

Fue así, como con 14 años, un uniforme morado que me llegaba a las rodillas y el número 13 marcado con “Gutiérrez” en la espalda, que empezó mi carrera con equipos de mi primo.

Ese partido hice un gol de rebote, y al parecer eso fue suficiente para que, 2 años más tarde, ya hiciera parte indiscutible de dos de sus equipos de exalumnos para jugar los fines de semana. Este último año y medio se llenó de goles, sonrisas, jugadas mágicas, aprendizajes y varios trofeos que compartí con la persona que más quiero y admiro en el mundo.

Sin embargo, este pequeño cuento de hadas se vió amenazado por una noticia que era la mejor y peor noticia del mundo a la vez para mí.

A Dani le ofrecieron un exclusivo trabajo como analista de vuelos en Qatar Airways, el cual, no sin dudarlo un poco, decidió aceptar. En un ins-

tante, vi como todos mis recuerdos, mis alegrías y mis asistencias empa-caron sus maletas para irse a un país a medio mundo de distancia. Todo se iba a terminar para nosotros, al menos por un tiempo indeterminado, entonces nos prometimos dar todo hasta el final, pues el último partido del torneo de este año alcanzaba a ser antes de su viaje.

Como era casi costumbre, jugando bien y bonito arrasamos la fase de grupos, y con esfuerzo pasamos a los cuartos de final, luego a la semifinal y luego a la final.

Este era el final. El último partido entre pupilo y maestro, antes de que sus caminos se separaran antes de volverse a unir en algún día que aún no conozco, pero que espero con ansias.

El partido fue uno muy duro, iniciamos sufriendo sin la pelota, pero luego tomamos el control del partido y empezamos a atacar, pero sin éxito. Cerca del final, y con ambos equipos extenuados, coge la pelota en el centro del campo Dani, y casi de memoria da un pase filtrado y aéreo que solo él es capaz de hacer, mientras que yo, sacando fuerzas de donde no tenía logré superar la espalda del defensa para recibir con la izquierda y pegarle al arco para poner el partido 1-0. Tras esto, el árbitro señaló al cielo e hizo sonar su silbato. Éramos campeones. (pausa)

Habría sido increíble que esto hubiera pasado en realidad, ¿no? Que ese último recuerdo futbolístico se tallara bajo una conexión profunda entre dos primos casi hermanos y se

reflejara en un gol agónico que nos diera el campeonato.

Pues si, lo hubiera sido, pero no lo fue. Lo cierto es que perdimos la final 2-0, y nos cayó un balde de agua fría a recordarnos que la vida no siempre es color de rosa.

Tres días después, el 21 de septiembre, Dani se fue a Qatar a demostrar por qué es la persona más competente, capaz y suertuda del mundo, pues pocos le ofrecen un trabajo en la sede del mundial tan solo unos meses antes de que comience, pero sobre todo, se fue a demostrar por qué es mi ídolo.

Hace unos 10 años Dani estaba parado, así como yo, frente a todo semestralizado leyendo su discurso, hablando sobre mí. Hoy, 10 años más tarde, me paro yo, frente a todo semestralizado, a devolver el favor.

Dani, aunque no me oigas quiero que sepas que te extraño mucho, que espero con ansias que vuelvas, y que todas mis victorias también serán tuyas. Muchas gracias.

///

Mariana Urquijo

El punto es que ahora ya no será así,
que me acostumbre a esta vida
y ahora tendré una nueva.

Marianna, ¿te das cuenta de que dentro de un año no vas a estar conmigo en el colegio? ¿De que estas son tus últimas vacaciones largas

antes del primer día y que este año vas a hacer todo por última vez? Último, esa es la parte que me quedó grabada de esta conversación que tuve con mi hermano el día antes de empezar este año.

Siendo honesta, hasta el día de hoy no me he podido sacar estas palabras de la cabeza, y la verdad es que marcaron lo que ha sido once para mí. Me he tomado muy en serio el concepto de último, y no me quejo, le ha dado un grado de importancia a cada día y evento de este año. Aun así, de la mano de estas palabras, estos últimos meses del semestre me ha pegado y me ha tocado aceptar el hecho de que estamos a punto de graduarnos y lo que eso implica.

Me he puesto a pensar lo que ha sido mi vida en el colegio pero en especial lo que once fue para mí.

Ultimo primer día: Llegué con mis amigas y estaba lloviendo, aún así el ánimo estaba desbordado y no nos podíamos creer que empezaba lo que sería nuestro último año. A pesar de la lluvia, Samantha sacó su patineta y mi parlante. Pasé el día en el colegio y todos nos fuimos a celebrar por la tarde en la famosísima chiva, todos la pasamos muy rico pero ahorita los detalles no importan. Esa historia ya muchos se la saben.

Pasó un tiempo y comenzó el candelazo. Sin pensarlo dos veces puedo afirmar que esta fue de las mejores épocas del año para mí. Me gocé cada ensayo, descubrí que las bombas de gasolina a las 11 de la noche pueden no ser tan peligrosas, tuve la oportunidad de co-

nocer y acercarme a personas y hoy en día agradezco muchísimo por eso. Repetiría esta misma experiencia mil veces más, feliz y orgullosa de quedar en el podio otra vez. Candelazo es un ejemplo claro de a qué me refiero con que las palabras de mi hermano marcaron este año.

Fue la primera y última vez que me gustó esta experiencia y lo hice al 100%. Lo disfruté con la simple mentalidad de que era algo que no volvería a vivir en mi vida.

Mi mentalidad de gozarme cada día hasta el momento había sido exitosa, pero la verdad es que cometí un error. No contaba con que existía la posibilidad de que pudiera vivir un último sin saberlo y así fue. En este caso jugué mi último partido de fútbol sin saberlo. Desde ahí me di cuenta que la posibilidad de vivir algo en el colegio por última vez y no darme cuenta en el momento era altamente probable y que no había nada que pudiera hacer.

Es así como de la nada el fútbol pasó de ser una temporada a un recuerdo. Pude vivir el resto de los partidos desde afuera. Sin saberlo había estado en mi último entrenamiento, sin saberlo había estado dentro de la cancha con mis amigas por última vez. No tuve control sobre esta última vez en el fútbol y desde afuera me di cuenta que me faltaban cosas por hacer.

No sé si así debían de ser las cosas o si algo pudo haber sido diferente, lo que sí sé seguro, es que ojalá hubiera tenido más tiempo.

Y es aquí donde mi conflicto con el tiempo entra.

Daria todo por volver a varios de esos recuerdos de once: el último primer día, candelazo, cuando quedó ECO, la finca de luki, santa marta, el mundial, mi último modelo de ONU, comprar una nevera con Snoopy, wuiwui y Sáchica, ir por rosas hasta tocancipá con ellos, pedirle direcciones a una vaca, organizar San Valentín, interroscas, y más. Me genera inconformidad saber que son solo recuerdos, que ya lo viví, que fui feliz y que llegan hasta ahí.

Es por esto que me he puesto a pensar, estos últimos días que quedan darán fin a la única vida que conozco. Una vida donde estoy segura que por las mañanas voy a bajar del bus junto a mi hermano, que voy a subir las escaleras de semestralizado y voy a encontrarme de frente con las personas que me hacen feliz, que voy a ir a clase y ver a los profesores que me han visto crecer, que voy a almorzar con mis amigas, que voy a poder parchar en la terraza, que voy a poder ver interroscas en el recreo, que voy a volver a mi casa y al día siguiente estar casi segura que todo esto va a seguir ahí. El punto es que ahora ya no será así, que me acostumbre a esta vida y ahora tendré una nueva.

Es por esto que no se como describir este sentimiento de fin, ya el tiempo se me acabó: noveno y décimo ya metieron horario, ya nos llegó el correo del ladrillo por parte de CLN alumni, estamos en el penúltimo día de discursos, hoy veo por última vez una final de interroscas, en 8 días es el prom y aun no me creo nada de esto.

Ya es el fin y no sé ni que pensar.

Lo que si se es que esta parte de mi vida ya termino, que me voy segura de que me gocé cada momento y lo más importante: que me voy agradecida con todos.

Agradecida con mis papás por haberme metido en este colegio, por apoyarme en cada decisión que tomé y por dejarme ir a la finca de Lucas después de la chiva.

Agradecida con mi hermano por ser la persona que ha escuchado y me ha aconsejado con cada problema que he tenido. Y no solo eso sino por demostrarme que de verdad el esfuerzo y pasión por las cosas son el mayor impulso. A mi hermano por ser la persona que más admiro de todas. A mis amigas aka arduillas de vainilla: V, wuiwui, ramy y mari por escucharme cada día, por ayudarme a salir de mis errores y en especial por estar ahí para mí.

Agradecida con Alda y Henry, por creer plenamente en mí y apoyar mis metas, con Juan Carlos Caicedo por apoyarme no solo a mi, sino a toda mi familia en uno de los momentos más difíciles para nosotros, a cada profesor de matemáticas, en especial Jackie, por creer que sí soy capaz y hacerme creer a mi, a Mireia por hacerme entender la importancia de las cosas como la puntualidad. Mireia: prometo seguir trabajando en eso.

De igual forma agradecida con todo 2023 por estos 14 años que no cambiaría por nada.

Escribiendo este discurso me doy cuenta de que no me he podido quitar este sentimiento de inconformidad. Por un lado quiero poder disfru-

tar de lo que la vida me va a prestar, pero a la vez no he podido aceptar que aunque varios de mis amigos se van conmigo al mismo lugar (bueno, Lauris se va al CESA), no los voy a tener a mi lado todos los días, que voy a dejar de ver a muchos de los que siguen acá en el colegio, que las cosas van a cambiar por completo, y que al dejar este lugar pasará a ser un simple recuerdo.

Aún así se me sale de las manos, y ya es hora, y por eso, para terminar solo les quiero decir que el tiempo pasa sin darnos cuenta.

A mi hermano: te quiero decir que lleguen los 3 mejores años del colegio disfruta cada día desde ya vale la pena. Vale la pena porque aquí encontrarás a las personas que marcarán tu vida y no solo las de tu grado sino también las de los otros.

Aprecia a todas las personas que encontrarás en el camino de cada curso, yo encontré a las mejores no solo en mi grado sino en otros.

Para los de 9, les quedan dos años más, dos años que se pasan rápido, aprovechen su tiempo.

Para los de 10, les queda su último año y les puedo decir que es el mejor de todos. También les digo que desde ya comienzan sus últimos recuerdos y no lo digo como algo triste, lo digo para que le den a cada uno de esos momentos esa importancia que yo les di porque pronto ustedes estarán acá parados leyendo su discurso.

Para todo 2023, disfruten lo que viene y no den por sentado nada de lo que ya tienen.

Me voy muy feliz. Muchas gracias.

///

María Andrea Vallejo

“No fue sino hasta la pandemia, cuando se dio cuenta que no importaba qué música le gusta, sino la FELICIDAD y TRANQUILIDAD que esta le trae a su vida.”

2009: Una niña de 4 años se prepara para su primer día de colegio. Mientras va llegando al lugar a donde solo ha ido unas dos o tres veces, está escuchando “Magic” de Selena Gómez. Una canción de la que hasta hoy ha sido su serie favorita. Sin pensar mucho, esa niña se encontró con un lugar que le parecía magia.

El lugar mágico donde pasará los próximos 14 años.

2011: Sólo habían pasado dos años y ahora tenía 6. Pero ella seguía buscando la magia en cada cosa que veía. Ya fuera una película, un lugar, una ciudad nueva pero sobre todo, la magia que la música le traía. En ese momento, escuchaba sus canciones favoritas en su CD player y se sentaba en el piso de su cuarto para poder aprenderse cada palabra de las canciones. Se volvió una rutina en donde todos los días, después de llegar del colegio, ponía su disco favorito del momento: Up All Night de One Direction.

2013: otros dos discos de su banda favorita habían salido y no había poder humano para que ella no los escuchara todos los días. Ahora ya no usaba el CD player sino que conectaba su Ipod en un parlante y ponía

música mientras hacía tareas. La niña de 8 años vivía en su propio mundo, un mundo en donde la música era el personaje principal y de donde la magia de su vida salía de cada canción.

Menos mal no era la única, tenía a otras personas con las que podía pasar todos los viernes escuchando las mismas 40 canciones toda la tarde. Cuando iba en el carro su mamá siempre le ponía sus canciones favoritas, haciendo que ella también entrara en su mundo. Su papá, prontamente entró ahí; contándole a la niña todo lo que pasaba con sus cantantes favoritos.

Ella quería buscar un lugar donde sin importar quién estuviera a su lado podía opinar sobre sus gustos musicales, hablar duro y gritar todas las canciones que se sabía y no fuera solo en su familia.

No fue sino hasta 2014, cuando a los 9 años encontró el lugar donde se sentía más tranquila.

Un lugar donde todas las personas que estaban iban con el mismo fin; hacer de un concierto las mejores dos horas de sus vidas. Su primer concierto fue el de One Direction y todas las personas que estaban eran mayores que ella (o bueno, la gran mayoría), pero sin importar eso, se emocionó cada segundo del concierto, lloró al ver a sus cantantes favoritos entrar y salir del escenario y más cuando se dio cuenta de que cumplió uno de sus sueños.

Los años siguieron pasando y la niña seguía escuchando música de hace varios años como si fuera la primera vez. Así mismo, se sorprendía con las nuevas canciones hasta desesperar a sus

amigos porque siempre era lo mismo.

Sus gustos musicales nunca cambiaron, pero sí cambió la manera en que los hacía públicos. Casi nadie, aparte de su familia, sabía lo tanto que se emocionaba por un nuevo álbum de sus cantantes favoritos.

No fue sino hasta la pandemia, cuando se dio cuenta que no importaba qué música le gusta, sino la FELICIDAD y TRANQUILIDAD que esta le trae a su vida.

Hoy en día, ella sigue poniendo música mientras hace tareas, estudia para exámenes, se baña y mientras duerme. Siempre que está sola le hace fiesta al vecino ya que pone la música un poco duro. Cuando se estresa mucho su manera de descansar es poner música y escuchar cada palabra de la canción. No solo se enfoca en lo que las canciones dicen o el ritmo, sino las sensaciones que le producen y el ansia de poder escuchar esas canciones en vivo. Volver a un lugar mágico en donde no importa qué haga, cuánto grite y qué tanto lllore.

3 de junio de 2022: No importaba el clima, la gripa, el dolor por una lesión, ni nada que pudiera opacar la emoción de escuchar en vivo a uno de sus cantantes favoritos... Louis llenó hasta lo más grande las expectativas de esa niña que en cada canción dejó su voz.

27 de noviembre del 2022: El día que ya casi la mayor de edad lleva esperando desde hace mucho tiempo. Un día donde esa magia interna que lleva, podía salir de nuevo sin tener que preocuparse de quién estaba a su lado. Para los que no saben, la niña gritó todos las canciones de Harry

Styles lo que le dejó un fuerte dolor de garganta por varios días, y apareció nuevamente esa magia que la ha acompañado durante su vida, y que le transmite las mejores sensaciones.

Cuando hablo de magia no me estoy refiriendo a la que uno ve en las películas, o la de los magos, que lo único que hacen es hacernos trucos mentales. La magia a la que yo me refiero es la que cada uno lleva, la magia que muestra felicidad y las diferentes emociones por las que pasamos. Esta nos permite afrontar dificultades y hace visible la esencia de cada persona.

Eso que sentí el primer día de colegio, lo seguí sintiendo todos los años, ya que la música me acompañó y me ha permitido estar terminando una etapa que marcará lo que viene de aquí en adelante. Espero poder usar lo que he aprendido, y que la magia interna y de la música siga ahí para lo que haga en el futuro. Gracias.

///

Santiago Vallejo

“Después de todo, no porque una persona sea orgullo nogalista, líder, el mejor en valores y moral, el de mejor carácter o una persona que haya tenido una experiencia que haya cambiado su vida, lo hace inmediatamente una persona exitosa.”

Me costó mucho escribir este discurso no porque sea un despeño tedioso o difícil sino más bien porque me he venido a dar cuenta

de que no tengo una experiencia de vida que deslumbré. Sencillamente, no logre encontrar algo que me hiciera verdaderamente especial y que me diferencie del resto que están acá presentes. Algo que los deje a todos boquiabiertos, como lo es vivir en el exterior o haber tenido una tragedia. Nada de lo que he vivido parece haber cambiado completamente el curso de mi vida.

Tampoco me destaco en ningún área específica. No soy orgullo nogalista, capitán de deportes, jefe de banda, líder estudiantil, ni siquiera hago servicio social. También estoy en uno de los mejores colegios en Colombia, el cual tiene un excelente área académica, un buen programa en valores y un buen programa deportivo y artístico. Sin embargo, no soy el mejor para las notas, no creo tener un compás moral que se destaque, no soy el mejor jugando fútbol, ni el mejor tocando trompeta pero tampoco me considero malo para ninguna de estas. Al parecer, durante mi vida no he logrado ser excelente ni tampoco pésimo para nada. Pero la verdad es que la mayoría acá presentes son iguales a mí. De esta manera mientras que ideaba mi discurso me di cuenta que a nuestra edad está bien no ser excelentes en nada y también está bien no haber tenido una experiencia que le cambie a uno la vida.

Por supuesto hay algunos acá que sí se destacan en algo específico y me alegra, después de todo han logrado encontrar aquello que los apasiona y lo han trabajado. Como también hay otros que sienten que son pésimos

para algo, pero la verdad es que no lo son, por ejemplo: si les va mal académicamente, se darán cuenta que su nivel académico es probablemente mejor que el de aquellos estudiantes con los que van a ir a la universidad, si son malos para los deportes solo vean el equipo de volleyball de mayores y si son malos bailando solo vean el video del candelazo de politeia.

Mientras tanto, están aquellos que han vivido unas magníficas experiencias, personas que han vivido en otros países y han conocido a fondo otras culturas. Personas que han ido a África, a Asia o al Caribe a hacer servicio social y esto les ha impactado profundamente la vida. Personas que tuvieron una experiencia magnífica en cualquier lugar del mundo, que les haya cambiado sus sueños y metas. Por otro lado, están aquellas personas que han vivido todo lo contrario. Una experiencia tan terrible, que los ha afectado profundamente: la separación de sus padres, la muerte de un familiar, un problema médico grave, el secuestro, entre otras. Sin embargo, les prometo que hoy en día ustedes son mejores personas por aquello que les sucedió y son personas infinitamente más interesantes, que yo, por ejemplo.

Sé que muchas veces creemos que todo el mundo, excepto nosotros, vive constantemente estas experiencias. Cuando la verdad es que, a nuestra edad, esto es poco probable. Yo creo que la mayoría solo pretende ser sumamente interesante para mantener las apariencias. Por eso tenemos que normalizar el hecho de que no tiene nada de malo no ser excelente ni ha-

ber tenido este tipo de experiencias. Después de todo, no porque una persona sea orgulloso, líder, el mejor en valores y moral, el de mejor carácter o una persona que haya tenido una experiencia que haya cambiado su vida, lo hace inmediatamente una persona exitosa.

Aunque yo, por mi lado veo una ventaja en el no destacarme. Siento que muchas veces el no ser excelente, me permite defenderme en todo. Lo cual siento que me permite adaptarme fácilmente a nuevas situaciones y a aprender nuevas cosas. Sin embargo, de lo único que me arrepiento es el no buscar esa experiencia magnífica, toda mi vida he esperado a que esta caiga de repente. Pero pocas veces esta viene gratis, les aseguro que probablemente no llegará sola, hay que trabajar por ella. Ya que valen la pena, estas experiencias son las que le forman a uno la identidad, el carácter y nos acercan a nuestras metas y propósitos.

Por lo tanto aquellos que se sienten identificados deben saber que este estado no puede perdurar durante toda nuestra vida. En algún momento tenemos que encontrar algo que nos apasione, algo por lo que estemos dispuestos a trabajar, algo digno de compartir en un discurso. Esto va a requerir de nuestro sacrificio y esfuerzo y muchas veces del fracaso. Pero he ahí donde yo veo el valor de lo que es tener estas experiencias. Pero tampoco se afanen, tomen su tiempo para explorar sus opciones. Todo en la vida llega a su debido tiempo. Como dijo Rainer Maria Rilke: "Ten paciencia con todo aquello que no se ha resuelto en tu corazón e intenta

amar las preguntas por sí mismas, como si fueran habitaciones cerradas o libros escritos en una lengua extranjera. No busques ahora las respuestas que no estés preparado para vivir, pues la clave es vivirlo todo. Vive las preguntas ahora. Tal vez las encuentres, gradualmente, sin notarlas, y algún día lejano llegues a las respuestas.”

Me habría gustado hacer este discurso contándoles algo que deslumbré, alguna pasión o algún cambio de vida, algo lo suficientemente interesante para dejarlos a todos boquiabiertos. Sin embargo, no les iba a endulzar el oído con una mentira o con palabras vacías. Por eso me toca rebajarme, para prometerles que buscaré aquello que me apasione y voy a trabajarlo hasta ser excelente. Como también voy a empezar a buscar nuevas experiencias y a no dejarme llevar por la pereza. Por último, me gustaría terminar este discurso con una frase que dijo le dijo el Quijote a su compañero de viaje, Sancho: “Como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad, te parecen imposibles.”

///

Nicolás Vergara

“Se que lo más probable es que alguna persona de las que sí me están oyendo entienda de dónde viene este discurso, ya sea por que estuvo en la misma posición que yo o incluso está en ella en este mismo momento y justamente por eso es que le dedico este discurso”

Me estrellé hablando por teléfono, mi abuela tuvo cáncer de pulmón, mi papá tuvo una infección en la que casi pierde la pierna, sé qué canción quiero que suene en el momento que me muera y sé que quiero que hagan con mis cenizas. Hace unos días caí en cuenta de lo fácil que es dejar de existir, ver el último atardecer o comer la última comida, simplemente es poner un pie mal, coger una cosa que no debías coger o dejarse llevar más de la cuenta hacia el lado izquierdo cuando uno está manejando. Nicolás alguna vez le dijo a mi papá que no era feliz y que no lo llevaba siendo hace mucho rato y con su respuesta mi papá se aseguró de que yo cambiara de perspectiva sobre la vida, él dijo: “mi loco la vida no es feliz y nunca lo fue, en mi experiencia la mayoría de días son tristes y aburridos son días grises, los días raros son los felices, esos días donde uno solo puede sonreír y la vida tiene los colores más vibrantes que has visto, pero el hecho de que no hayas tenido de ese tipo de días hace ya tiempo no significa que la vida no valga la pena.” Si me conocen bien saben que desde pequeño me han encantado los días grises, esos días en donde el cielo está tapizado de una capa continua de nubes que no dejan pasar el sol pero de todas maneras dejan pasar la luz, yo asocié eso con lo que dijo mi papá, me di cuenta de que llevaba tiempo bajo la sombra del tapiz de nubes, sufriendo del frío, sombra y viento metafórico por hace ya bastante tiempo, lo raro es que asociara eso que físicamente me encantaba con algo que me hacía querer acabarme la vida.

El Nicolás de ahora pasó por mucho, y está bien, dejó atrás a mucha gente que según su punto de vista se compara con maleza, sabe lo que es ir a un cine solo y sabe lo que es gritar a todo pulmón Adele cuando tiene casa sola pero a nadie a quien invitar, su lista de personas con las que puede contar se ha ido disminuyendo a un ritmo acelerado a medida que pasa el tiempo y más cuando le faltan 21 días para graduarse, en la vida de este Nicolás hay día gris, tras día gris, mejor dicho se puede decir que hay pocos días coloridos en su vida, pero a medida que pasaba el tiempo los colores empezaron a visitarlo, llegaron nuevas personas a su vida, empezó a salir a comer con su familia, dejó que su talento en el arte se convirtiera en un verdadero gusto y no una responsabilidad, tanto así que vendió su primera obra y por primera vez empezó a disfrutar de su propia compañía. Por fin su cara feliz que ponía para mantener apariencias a través de los días grises, se fue convirtiendo cada vez más en una cara feliz auténtica, una cara que aceptaba los días grises e incluso los hizo sus favoritos.

Yo no sé si me crea esto que acabo de leer, pero al fin y al cabo yo hago este discurso para mi no para ustedes, yo lo hago para convencerme de que el Nicolás de hoy, que por primera vez en 14 años en el colegio esta siendo 100% honesto y abierto, está verdaderamente bien y disfruta de los días grises que le da la vida.

Traté de olvidar la idea que a todos se nos inculcó desde pequeños, esa idea nociva de que o estas feliz o estas triste, o es blanco o es negro, pero

a teoricamente hay 256 tonos de gris entre esos dos opuestos y cada uno de ellos, aunque tenga la connotación de triste y aburrido, es la representación de la vida misma, con sus altos y sus bajos, mostrando así su verdadera belleza. Sé que lo más probable es que alguna persona de las que sí me estan oyendo entienda de dónde viene este discurso, ya sea por que estuvo en la misma posición que yo o incluso está en ella en este mismo momento y justamente por eso es que le dedico este discurso para que sepa que la vida se vive en una escala de grises con un par de manchas de color, que lo importante es ver lo bonito en un tapiz de nubes grises que no deja ver el sol y nunca olvidar que aunque uno no vea el rayo de luz con todos sus colores estos nunca van a dejar de existir. Gracias.

///

Camila Villegas

No pude haber pedido una mejor promoción ni mejores amigos para vivir esto. Estoy eternamente agradecida con todos porque de una manera u otra todos hicieron parte de mi historia y mi experiencia en este lugar.

Es una combinación de células vivas, colágeno y minerales como calcio y fósforo. La fortaleza depende de varios factores y la probabilidad de rom-

perlos varía ampliamente. Hay 206 huesos que conforman el sistema esquelético. El húmero es uno de estos ubicado en el brazo, entre el hombro y el codo. El húmero desempeña un papel importante en el movimiento y la estabilidad del brazo. Junto con las articulaciones del hombro y el codo, permite la flexión, extensión, abducción, y rotación del brazo. Dos semanas después y todavía no entiendo si fue algo que tenía que pasar, que iba a pasar, que se podía evitar el destino o simplemente un accidente.

Me gusta creer que nuestro destino no está predeterminado, que si tenemos un tipo de influencia en nuestro futuro, en nuestras vidas. Que podemos decidir hacer o no hacer, decir o no decir, actuar o no actuar. Podemos salirnos del cuadrado, cambiar de decisión, de actitud y volver a cambiar, equivocarse, cometer errores, aprender y cambiar de opinión las veces que sea necesario. Esto dicho creo firmemente que “todo pasa por una razón” creo que me rompí el húmero por algo más allá del destino, creo que tenía que aprender algo de esta situación o que la tenía que vivir. Por primera vez en mi vida entendí la frase, “no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes”. Empecé a apreciar cada día que pude ir al colegio, cada vez que me puse mi falda, mi chaqueta de once, cada vez que me monté en el bus y estaba Samuel esperándome con algún tik tok de batman o algo así, cada vez que Johanita me sirvió mi almuerzo, cada chispa, cuando había piña en la barra del almuerzo, cada vez que mis little sisters me hacían

gastarme toda mi plata comprándoles comida, cada momento con mis amigos. Entendí la importancia de cada momento que viví en nogales bueno o malo. Nunca en mi vida pensé que fuera a extrañar un día común y corriente de colegio con mis amigos y mi uniforme.

Me costó un hueso apreciar mi colegio desde los detalles más chiquitos. Desde que estaba en cuarto estuve predeterminada y segura que mi paso por el colegio no iba a ser placentero. Siempre miraba el lado negativo a todas las situaciones, me fijaba en cada cosa mala y en cada detalle con el cual no estaba de acuerdo. Ponía cada defecto que le encontraba al colegio en una lupa y lo veía crecer cada vez más. Claro, pues después de la mala experiencia de mi hermano. En mi casa esto dejó un sentimiento agrio, especialmente para mí que tenía que seguir en este lugar sola sin mi hermano. Desde ese momento no me di la oportunidad de crear mi propio camino por este lugar solo esperaba lo peor de cada situación. Me cerré a la posibilidad de que tal vez mi experiencia sería diferente, que por alguna razón que nunca entenderé yo tuve la suerte de encontrar personas dispuestas a apoyarme y llenarme de ganas para dar lo mejor de mí y lograr graduarme. Después de muchos años logré entender que esa fue la historia de mi hermano, no la mía. Durante mi paso en este lugar me encontré con personas con las que estaré eternamente agradecida, que me formaron como persona, me ayudaron a conocerme y sobre todo se aseguraron que fuera una niña feliz. Jacqui, Valerie, Henry, Fercho, Clau entre otros, ¡muchas gracias!

Aunque me costó darme cuenta lo-gré entender que mi paso por el colegio no tenía que ser difícil, aprendí a gozar los momentos, a apreciar las cosas. Me gocé once como nunca en mi vida había disfrutado el colegio. Salí con mis amigas, me rei, conocí gente que nunca pensé que fuera a tener como amigos, deje mi celular en un uber, cambie de carrera 3 veces y todavía no estoy segura, llore, entendí cálculo, se creó galentine's, aprendí a factorizar, logré manejar sin estrellarme, y entendí a lo que se refería mi papá cuando me decía "el colegio es la mejor época, gózatelo."

Pero bueno ya estamos a dos semanas de graduarnos, a dos semanas de empezar el resto de nuestras vidas, a dos semanas de no vernos todos los días, de no almorzar juntos, llegar al colegio juntos, molestar en el bus 6B, comprar arepas en la tienda, jugar football, basket, no más banda o musical, no más chistes en clase, carreras por la destapada, intercasas, torneos de tenis en la terraza, horas nulas, oír

a José Carlos decir "chispa chispa", trabar el ascensor del centro de artes, Mario Guadalupe, no más miedo a que llegue movilidad con una grúa. Promoción 2023 ya es oficial, esos doce meses se convirtieron en dos semanas, esas aplicaciones vacías ya son cartas de aceptación a las universidades, ese no sé ya es nuestro futuro. Ya entendemos la frase "es la última vez", la sentimos. No pude haber pedido una mejor promoción ni mejores amigos para vivir esto. Estoy eternamente agradecida con todos porque de una manera u otra todos hicieron parte de mi historia y mi experiencia en este lugar. Creo firmemente que todos estamos acá juntos por alguna razón. Les deseo lo mejor en el resto de sus vidas. El próximo año unos se van, otros se quedan, pero nunca vamos a estar los 65 acá juntos entonces disfruten estos últimos momentos cuando todavía somos la promoción 2023 del Colegio Los Nogales.

Filosofía de vida

Dentro de la naturaleza del ser humano se encuentra inevitablemente la necesidad de responder a la pregunta sobre cómo podemos vivir nuestras vidas de una mejor manera cada día. Cada una de las experiencias vividas, las caídas y las levantadas son una motivación para encontrar y descubrir la mejor versión de nosotros mismos. Cada una de las experiencias vividas nos van formando poco a poco y nos convierten en lo que somos hoy en día como persona. Qué experiencia más enriquecedora que levantarse a las 7 de la mañana todos los días para ir al colegio y vivir cada día una aventura diferente. Una aventura sin igual, llena de risas, llantos, abrazos y altibajos.

Después de haber recorrido todo este camino juntos como promoción, los discursos presentados a continuación son un reflejo de cómo esta experiencia ha contribuido en la formación personal de cada uno de nosotros. Todo lo vivido nos ha llevado a reflexiones que vale la pena compartir y presentar a los estudiantes y profesores de semestralizado.

Poder compartir no sólo con nuestros compañeros sino también con nosotros mismos en diferentes espacios desde caminatas hasta canchas de fútbol, nos ha ayudado a darnos cuenta de la importancia de aspectos de la vida que giran en torno a varios temas. La importancia de la incomodidad y de salir de la zona de confort, la importancia de la sencillez y del cambio de perspectiva. La ganancia de la derrota y el esfuerzo que requiere el éxito. Aprender a ver las cosas más allá de lo superficial y desde otra perspectiva. La importancia de perder el miedo y la seguridad en uno mismo son algunos de los temas que atraviesan las reflexiones presentadas por los estudiantes.

Dentro de la categoría de filosofía de vida se encasillan las reflexiones personales de los estudiantes que han decidido utilizar el espacio de los discursos para compartir el impacto de su vida escolar en su forma de ver la vida. Aunque cada uno de nosotros vive esta experiencia de una manera única e inigualable, siempre estuvimos acompañados y compartimos con nuestros amigos y promoción. Esto también se ve reflejado en la manera en que varios discursos se dan la mano y se complementan para ser un testimonio de los aprendizajes construidos en conjunto por la promoción 2023.

Nicolás Barreto

“Porque lo que importa no es solo el camino sino lo inesperado que hay en este, que es lo que le da vida.”

Despreocupación, espontaneidad, actitud.

3 historias. 3 momentos. 3 enseñanzas de vida.

2017 Básica: Mi grupo más cercano era Martín y Bamba. Ellos me enseñaron la primera gran lección: Despreocupación. Al poco tiempo de entrar a esta sección nos dimos cuenta de que no todo era el fútbol en los recreos y que un vasto horizonte social se abría ante nosotros. Que el poder que daba ser el dueño del balón se iba a perder lentamente y que cosas como echar a Bernie del grupo por hiperactividad ya no serían tan fáciles como solo decir: “No vuelves a jugar fútbol con nosotros”. Que la gente empezaba a juzgar las acciones de los demás y que ahora existía drama por cada cosa que pasaba. Y que por primera vez empezaba a salir gente llorando de los exámenes porque creía que iba a perder alguna clase. Pensamos que era un cambio pequeño hasta que nos dimos cuenta de que cada una de estas cosas nos afectaba. Entonces, ¿qué hicimos?

Nos propusimos lograr que esto no nos importara ni poquito. Y la mejor manera era perdiendo la pena ajena y haciendo experimentos so-

ciales para así darnos cuenta de que no había que darle importancia a lo que los demás pensaran de cualquier cosa que hiciéramos o de nosotros en general. Íbamos a cualquier sitio público a decirle lo que sea que se nos ocurriese a extraños o solo hablarles para demostrarnos que no había por qué tener miedo de nada de esto. Ahí descubrimos que conocer gente nueva era muy divertido, y que por cada cosa penosa que hiciéramos nos reíamos más y nos sentíamos más libres.

Entonces, pensé, ¿vale la pena preocuparse por los comentarios de los demás? ¿Por la nota de un examen? ¿Por la posibilidad de que ocurra algo negativo? Y encontré mi respuesta, no solo en las experiencias que les acabo de contar sino en una frase del filósofo Confucio que escuché por la época. Esta dice así: “Para qué preocuparse si tiene solución, y para qué preocuparse si no tiene solución”. Piénsenlo un segundo. Al fin y al cabo ¿qué necesidad hay para estresarse o preocuparse por cualquier cosa. Ninguna. Al contrario, la tranquilidad debería regir nuestras vidas. ¿Entonces por qué esto no ocurre? ¿Por qué, además, nos preocupamos por banalidades como estas? Y cuando digo banalidades me refiero a cosas sin trasfondo como una mala nota en un examen o un comentario grosero de alguien. Acciones o eventos que pensamos mucho pero que en realidad no tienen trascendencia, y no reflejan la verdad. Uno debe buscar

aprender, no simplemente pasar un examen; y buscar mejorar, en lugar de estancarse en un mal comentario. Lo irónico es que aunque parezca muy difícil para algunos, la clave es solo mentalizarse en la despreocupación y cada vez los hará más felices, y consecuentemente mejores en cualquier cosa que hagan. Así que si se sienten con miedo o preocupación en alguna ocasión piensen “Para qué preocuparse si tiene solución, y para qué preocuparse si no la tiene”, y lograrán incluso llegar a disfrutar el momento que antes hubieran considerado malo.

2019 Básica: Cocks volvió al grupo porque vio que la razón por la que se había ido, Bernie, ya no estaba. El topo la tomó más suave con Carterpillar y volvió a hacer planes con nosotros. Chicha se unió al parche. Empezamos a ir a fiestas y a hacer planes fuera de las casas. Pero los momentos que más recuerdo fueron aquellos en los que nos dimos la oportunidad de salirnos de lo común y seguir haciendo cosas nuevas por fuera de lo estándar. Por ejemplo comprar una guanábana y llevarla a la final de basket, hacer que nos echaran del cine, pagar 50.000 pesos por mascarillas en Andino, o romperme un diente con un columpio. ¿Qué tenía todo esto en común? ¿Por qué lo recuerdo tanto y me divertí tanto haciéndolo? Espontaneidad. La capacidad de hacer algo repentino y solo dejarse llevar sin que importe lo que los demás piensen. Para mí

es el mejor camino a la felicidad, el cual está tremendamente ligado a la despreocupación.

Esta es la verdadera libertad. Lo que muchos anhelan o piensan que tienen aunque no se den cuenta que están encerrados en una prisión de dependencia económica y social que los mantiene como esclavos y no los deja expresarse como son. No deja que la gente se dé la oportunidad de disfrutar de lo simple, de lo inesperado, solo porque tal vez no está socialmente aceptado o porque no tienen la confianza para hacerlo por miedo a lo que hablen los demás. Y más aún en estos últimos años donde la tecnología nos absorbe y nos priva de la realidad, el cual es el mayor ladrón de libertad que todos decidimos tener. Tanto que hacen que nos pongamos trabas para llegar a ese supuesto éxtasis.

Muchos de ustedes habrán pensado alguna vez que van a poder llegar a la felicidad cuando pasen una clase, o se vean de alguna forma, o hasta cuando alcancen cierto nivel económico, o al menos a tener el dinero para comprar algo que quieran. Lo que no logran ver es que todos estos son círculos viciosos que los llevan al siguiente y luego al siguiente, concluyendo en una vida de esclavitud. Una vida que la gente piensa libre pero que no lo es, porque la verdadera libertad, ese verdadero sentimiento de fuerza y sosiego llega con lo inesperado. Con el ser espontáneo. Con la diversión y el carácter que esta trae.

Con la confianza para hacer cosas fuera de lo normal sin importar lo que diga la gente.

Simplemente hay que dejarse llevar por el camino, no imaginar uno con paredes que te deja atado a un destino sin verdadera libertad.

Este año se pasó veloz, estaba acabando séptimo y mis dos amigos más cercanos iban a tomar rumbos distintos mas me dejaron dos grandes enseñanzas de vida. Uno se tomó muy enserio la despreocupación y se tiró el año. El otro, del cual irónicamente me había vuelto amigo en primaria porque una profesora me obligó a hacerlo, ya que este era un Boliviano nuevo en el colegio que iba solo a la capilla en los recreos, se fue del país. Esto cambió mi panorama completamente.

2021 Semestralizado: por más que fuera drástico, este cambio no me dio tan duro como esperaba. Me moví rápido y volví a formar un grupo de amigos sólidos por más de que estuviera entrando a una nueva sección en una pandemia. Aquí entra el tercer componente: actitud. A punta de optimismo y darle emoción a la virtualidad empecé a tomar clases en los lugares más recónditos que podía encontrar: la piscina, la cancha de golf, encima de un caballo, en el río, en un restaurante, en la hamaca, etc. Tuve la fortuna de poder volverme sólido en la guitarra en cada una de estas aulas, y hasta compartir momentos tan exóticos

con mis compañeros desde la virtualidad: como cuando me encontré un armadillo y lo mostré a la clase a traves de la pantalla. Fue una buena época que a partir del optimismo y la berraquera saqué adelante. Luego, cuando se volvieron a poder hacer planes me volví cercano a Castillo, Juana, Sammy, Doodles, Nanas, y Wiwi. Ellas me enseñaron un tipo de plan distinto y a valorar a la gente por el trasfondo de lo que son. Más tarde, en esta misma época tuve una segunda lección de este aprendizaje de vida. Tuve 3 relaciones en los últimos 5 años que no salieron como esperaba. Pero a punta de este mismo optimismo, y de darme cuenta que uno no necesita a nadie sino a su actitud positiva para tener una vida feliz, lo superé y salí con enseñanzas más fuertes de ellas. Y entendí que en momentos como estos es que uno logra ver sus verdaderas amistades. Aquí aprendí muy bien a escogerlas. No es secreto que el mundo no es perfecto y que nos ataca constantemente con retos y momentos difíciles que lo pueden derribar a uno, hacerlo sentir triste y desanimado. Pero el verdadero reto y lo entretenido de la vida está en superar estas adversidades con todo el optimismo del mundo. Con no dejar caer la buena actitud que es la que siempre lo saca a uno de todas las malas situaciones, y con la mentalidad de que uno siempre saldrá más fuerte. Entonces sí, cuando uno se cae hay

que levantarse pero más fuerte y con mejor actitud. Porque gran parte de la despreocupación, de esa espontaneidad, depende de la actitud que la persona asuma y es literalmente lo que define el estado de ánimo de uno. Por lo que siendo optimistas, uno llega a ser en general más feliz. Y no es ignorancia o no comprender los momentos difíciles, es conocerse y vivir de la mejor manera para uno mismo. Sean positivos, ya que recuerden, no hay nada de qué preocuparse, entonces para qué pensar que pueden salir mal las cosas si van a salir como tengan que salir, y ese será el mejor resultado para uno.

2023 Semestralizado: nuestro último año en el colegio. Estoy orgulloso de decir que lo he vivido al máximo bajo estos 3 aprendizajes. Que he tenido experiencias espontáneas como que me echen de una discoteca, ir a tres fiestas distintas en una noche con mis amigos, ver a uno pedir un strudel, volver a parchar con Bernie, caer a la fiesta más alternativa en Mansion chico por las risas, ver a Kuker levantar y hasta verme amigo de actores colombianos en un concierto. Gracias a mis amigos por todo esto, y por hacer cosas inolvidables en cada plan. Gracias por poder conocer a los más cercanos tanto, hasta el punto que sé que a uno le encanta ver My little pony. Gracias a Martín y a Bamba por ser inolvidables y apoyarme y seguir siendo tan cercanos hasta el día de hoy. Gracias a mi familia por siempre estar ahí y apoyarme en lo

que me beneficie. Y por último gracias a la promoción 2023 por todo lo que compartimos juntos.

Después de haber vivido tantas experiencias tanto divertidas como fuertes, lindas como complicadas, pude darme cuenta de todo esto: mi filosofía de vida. Una que me funciona y me lleva a ser feliz y a superar cualquier adversidad de una excelente manera, para poder disfrutar lo que me queda de colegio y lo que se viene de la mejor forma. Al ser despreocupado con los comentarios de los demás y con cosas banales como la nota de un examen, en su esencia ser simple, espontáneo en el día a día para vivir feliz y memorablemente, y positivo para sobrellevar cualquier adversidad de la mejor manera de la mano de valores como la disciplina y el respeto, he logrado tener una buena vida y cumplir todas mis metas a pesar de los momentos difíciles. Y no me malinterpreten, no es que lo que piensen los demás o las notas de los exámenes no importen, sino que uno debe ver el trasfondo detrás de cada cosa para ver su verdadera importancia. Y sí, a veces nuestro 'futuro' depende de estas banalidades, por lo que hay que hacerlas de la mejor manera, pero no dejarse llevar por el resultado ya que siempre habrá más oportunidades. Y, tal vez, como un cuarto aprendizaje, rodearse de la gente que los hace sentir bien y de verdaderas amistades, ya que estas

definirá su camino también, y alejar a las que no les convengan.

Así que: Semestralizado, espero estas 3 o 4 enseñanzas que aprendí en mis 14 años de colegio les sirvan de algo, para tener una mejor vida, una más simple y profunda. Al menos a mí me dan la tranquilidad de que no me voy a arrepentir, si sigo así, de no haber vivido, a la hora de mi muerte. Porque lo que importa no es solo el camino sino lo inesperado que hay en este, que es lo que le da vida. A veces la verdadera inteligencia está en hacer lo que parece loco o diferente pero te lleva a ser mejor. Es la paradoja de la vida. Muchas gracias.

///

Andrea Casas

“En pocas palabras, lo que quiero decir es, no se arrepientan cuando ya es demasiado tarde, vayan a esa clausura, despidanse de sus amigos al final del día, participen en la actividad del árbol de navidad, pues cuando menos cuenta nos damos, los momentos se acaban y el tiempo pasa.”

Siendo honesta, hasta hace 3 días no tenía tema para este discurso, estaba sufriendo pensando que me iba a tocar escribir un discurso un día antes de leer, y que me iba a tocar esconderme de Pachó para que no se diera cuenta de que mi introduc-

ción contaba de tres palabras vacías que había sacado de internet. Le di vueltas en mi cabeza a muchos temas sobre los cuales escribir, intentando encontrar siempre el más profundo, el más intelectual y el que mejor se viera en papel. Fue entonces cuando me di cuenta de que ser una “try hard”, como dicen algunos, o intentar hablarles de un tema innovador, fascinante e inigualable que les va a cambiar la vida es imposible. Me di cuenta de que a veces lo más importante son las cosas simples y cotidianas que a veces damos por sentado.

Me gusta pensar que existen dos tipos de despedidas, las grandes despedidas que alteran el curso de la vida, y las pequeñas despedidas que ocurren casual y frecuentemente.

¿Quisiera que se pregunten cuántas veces al día se despiden de alguien, o de algo? Personalmente, creo que decenas de veces. Todos las mañanas me despido de mi cama para arreglarme y venir al colegio. Me despido de mi mamá, de mis perros, de mi casa para montarme al carro, y me despido de mi carro cuando lo dejo parqueado en la destapada. Me despido de cada profesor después de la clase, de mis amigos al final del recreo y del colegio al final del día. Es algo que todos hacemos por costumbre y por educación, pero es normal que se nos pase de vez en cuando. A veces no me despido. No por que no quiera o por que no me importe mi mamá, mi profesor o mis amigas, sino porque tal vez me tocó saltarme este importante paso en mi rutina por razones

que se me salen de las manos. Un ejemplo perfecto y cotidiano es una fiesta. Sabrán que encontrar a alguien en éstas puede ser difícil y tal vez te vas con una persona que tiene afán y no te quieres arriesgar a que se vaya sin ti. Por esta y mil razones acostumbramos a irnos sin avisar, siempre asumiendo que veremos a esa persona otra vez el lunes.

El mayor problema está en la posibilidad de que no sea así, en que la confianza que tenemos en que siempre todo va a salir bien, no sea suficiente. Ahí es donde nacen las otras despedidas, las que alteran el curso de nuestras vidas. ¿Qué pasaría si justo ese día que me fui temprano de la fiesta le pasa algo a alguna de mis amigas y no la veo el lunes? ¿O si no me despido de mi mamá una mañana y cuando vuelvo ya no está? Es en estos momentos en los que las despedidas cotidianas a las que no les vimos importancia, nos pesan y nos hacen falta. Todos los días dejo mi carro parqueado en la destapada con la esperanza de encontrarlo intacto cuando vuelva a verlo al final del día, pero ¿qué pasará el día que llegue y tenga ladrillos como llantas?

La gran diferencia entre las despedidas pequeñas y las despedidas grandes es que para las grandes comúnmente tenemos un presentimiento. Estamos en una constante pelea contra el tiempo, pues aunque sabemos que el tiempo pasa y que eventualmente el momento de la despedida va a llegar, nos es imposible predecir el momento exacto,

y es esa anticipación, que en cierto modo hace que despedirse sea peor, porque ninguna cantidad de preparación va a ser suficiente, y casi siempre nos toma por sorpresa.

Mi abuela sufrió de cáncer por casi 10 años, teníamos la certeza de que nuestro tiempo era limitado, estábamos preparados para una despedida inevitable, pero igual nunca estuve preparada para el momento en que unas buenas noches, se convirtieron en la última vez que la vi. Esto me lleva a pensar en la próxima despedida que se viene, una que todos tendremos que afrontar. Una para la que nos es increíblemente difícil prepararnos, y estar listos para el momento en que nos graduemos y dejemos atrás la única vida que hemos conocido durante 14 años. Pero la diferencia entre esta y todas las anteriormente mencionadas, es que sabemos perfectamente que estamos en la recta final. Estamos contra el reloj, y sabemos que nuestro tiempo es limitado, solo que hasta ahora vemos la línea final, tiene una fecha y un nombre.

Sabemos de la cuenta regresiva cuando terminamos octavo, cuando te das cuenta que ya no son seis años sino tres, pero de igual forma no le damos mucha importancia, pues tres años parecen mucho y graduarse ni siquiera nos cruza la cabeza. En noveno, empiezan Male y Diana a hablarte de las universidades y te das cuenta de que la presión exterior y los comentarios en reuniones familiares sobre qué quieres estudiar se vuelven más co-

munes, pero de igual forma no nos preocupamos porque todavía nos queda mucho tiempo. Muchas veces ni vamos a la clausura porque, como suele pasar, gana la pereza, y no nos damos cuenta de que es nuestra antepenúltima clausura. Empieza décimo y nos damos cuenta de que el tiempo pasa más rápido de lo esperado, y sin darnos cuenta empiezan las peleas en el chat por el color de la chaqueta y el saco de 11, y nos damos cuenta de que estamos a punto de participar en nuestro último Intercasas.

Llegar a once es como un choque con la realidad, tus amigos son capitanes y están en el consejo, están planeando el prom, y la línea final se acerca cada vez más rápido.

Hay momentos que consideramos cotidianos y rutinarios, pero el problema con lo rutinario, es que si nosotros cambiamos, nuestra rutina también. Nada de lo que conocemos en este momento y a lo que estamos acostumbrados, va a ser igual en pocos meses. Con el paso del tiempo nos estamos acercando al final de nuestra vida escolar, y cuando menos nos demos cuenta vamos a estar en el grado despidiéndonos de todo a lo que estamos acostumbrados.

Debido a que nuestra vida en el colegio ha sido rutinaria a lo largo de nuestra vida, hay ciertas cosas que, por más cotidianas y casuales que nos parezcan, son las que considero vamos a extrañar más una vez nos graduemos.

No vamos a poder enterarnos del chisme de la fiesta del viernes el lunes por la mañana.

No vamos a poder decir, “hablamos en recreo y te cuento,” o “nos vemos en inglés.”

Ya no vamos a tener conferencias por retardos.

No vamos a poder decorar el árbol de navidad, que por lo general nunca termina con decoraciones relacionadas a la festividad.

No vamos a tener más reuniones en el torreón, o onces en la cafetería cuando salimos temprano. No vamos a poder quejarnos de que la máquina de café no tiene café.

No vamos a tener más luces de Navidad, y muchas más de esas cosas que parecen insignificantes, pero que en realidad son las que han marcado nuestra vida escolar.

He estado pensando mucho en las despedidas, en lo efímeras y vacías que muchas veces son, pues no siempre tenemos en cuenta el tiempo y que no siempre podemos confiar en él. Borges dice: “Decirse adiós es negar la separación, es decir: Hoy jugamos a separarnos pero nos veremos mañana. Los hombres inventaron el adiós porque se saben de algún modo inmortales, aunque se juzguen contingentes y efímeros.” He estado pensando en el tiempo que me queda en el colegio casi desde octavo, anticipándome y preparándome para una inevitable despedida, y aunque muchas veces me queje de lo agotante y drenante que puede ser el colegio,

ninguna cantidad de preparación va a prepararme para el día en que me despierte y no sienta el insopor- table frío de la mañana con la falda del colegio, en que no esté estresada porque seguramente, como es costumbre venga tarde, en que no me queje de los altos precios de una galleta en la tienda, o en que no vea a las mismas personas. En pocas palabras, lo que quiero decir es, no se arrepientan cuando ya es demasiado tarde, vayan a esa clausura, despídense de sus amigos al final del día, participen en la actividad del árbol de navidad, pues cuando menos cuenta nos damos, los momentos se acaban y el tiempo pasa.

///

Luis Castañeda

“La inspiración suele venir de fuentes externas y las mejores ideas se conectan con nuestras experiencias. Si usted tiene un problema que necesita resolver urgentemente y no encuentra una solución, lo mejor que puede hacer es otra cosa.”

En Netflix hay una serie llamada Sandman, que en uno de sus episodios explora la vida de un personaje; Richard Madoc. Richard es un escritor mundialmente reconocido. Ha escrito decenas de libros de ficción que han sido disfrutados por millones de

personas. Todo este éxito hace de Richard una persona elogiada constantemente por su creatividad y proeza autorial, sin embargo Richard tiene un secreto. En el ático de su casa tiene secuestrada a Calíope, la musa de la poesía épica y la elocuencia. Las grandes épicas griegas, como recordarán de sus clases con Angi, suelen iniciar con un canto a la musa ya que la musa es la que le trae la inspiración al cantor. De la misma manera que Richard, muchos estudiantes de once tratan de secuestrar a la musa para escribir un discurso. Se obsesionan con buscar el tema más profundo y auténtico posible para ser presentado ante una audiencia en la que dejarán un legado eterno. El día de hoy les quiero decir que la inspiración no se puede forzar.

Tratar de forzar la inspiración sólo les va a traer estrés. En mi vida escolar me considero una persona bastante relajada. Por eso me parecía extraño el estrés que me generaba el discurso de once, y por esta razón escribí varios discursos de varios temas. Ninguno me convencía, eran todos basura. Entonces probé la única estrategia que nunca en toda mi vida escolar me ha fallado, me relaje. Al final salió un texto el fin de semana anterior, el cual les estoy leyendo en este momento. Este trabajo con un tema sencillo que me salió espontáneamente es mejor que cualquier lección de vida o reflexión filosófica que traté de dilucidar. Los trabajos que vienen de una base forzada suelen ser de muy poca calidad. El estrés y la frustración inherentes a forzarte a hacer un trabajo suelen hacer de este muy poco fluido y bastante mecánico

o artificial. Las ideas que se tienen en momentos de aburrimiento y monotonía suelen ser mucho más interesantes que las ideas que salen al momento de sentarse a escribir. Uno se debe sentar a trabajar ya con una idea que, a través de la escritura, se puede esclarecer, analizar y estudiar.

Las ideas que tratamos de forzar igualmente suelen ser muy poco originales. Nuestro pensamiento académico no nos deja salirnos de la caja en varios temas. El problema es que pensamos de una manera muy estructurada recordando cosas como exámenes y trabajos anteriores. Las ideas que vienen de manera espontánea, por otro lado, son como una lotería. Pueden ser horribles, completamente ilógicas y sin ningún fundamento. Pero lo valioso es que también pueden ser muy buenas, pueden venir de una falla aparente que notamos en algo, pueden encontrar contradicciones en nociones aceptadas comúnmente, pueden ser tan ridículas y fuera de la caja que vale la pena estudiar directamente por qué existe la caja. Esos pensamientos usualmente no salen completamente formados, pero dan una base que se puede expandir para desarrollar una reflexión más profunda. Nos permiten tomar riesgos con nuestras metas particulares y lograr un producto puramente nuestro. Esos pensamientos espontáneos son los más sinceros y auténticos que tiene una persona en su vida.

Y es que por eso son tan famosos los momentos de Eureka. La imagen de Arquímedes corriendo por las calles de Atenas después de resolver el problema de cómo identificar la pure-

za del oro es universal. El momento de Eureka viene de manera inesperada y puede cambiar totalmente como vemos el mundo. En muchos momentos los estudiantes de este colegio tratamos de forzar la creatividad. Queremos que el arte, el deporte, la literatura y la escritura funcionen como los números. Creemos que hay una ecuación para resolver todo en la vida. Pero a veces no hay una ecuación. Algunas cosas simplemente se nos salen de las manos. No tenemos el control sobre cuándo la inspiración viene a nosotros. No tenemos el control de la calidad de las ideas que van a aparecer y eso está bien.

Pienso que muchos de nosotros nos beneficiaríamos de dejar de tratar de controlar a la musa y de forzar a la inspiración a aparecer. Es natural no saber qué hacer al vernos enfrentados a una página en blanco. La única solución efectiva es pararse del escritorio y pensar en otras cosas. La inspiración suele venir de fuentes externas y las mejores ideas se conectan con nuestras experiencias. Si usted tiene un problema que necesita resolver urgentemente y no encuentra una solución, lo mejor que puede hacer es otra cosa.

///

Mariana Castillo

“Esto nos lleva a hacer las cosas por el resultado y no por el proceso. En vez de intentar mejorar y aprender intentamos no perder.”

Vivimos en una sociedad donde perder se ve como un fracaso. Desde chiquitos nos han metido en la cabeza que somos los mejores y que lo único aceptable es sobresalir. Cuando no es así, lo vemos como algo malo y nos olvidamos del proceso que nos llevó hasta allá. El primer pensamiento que llega a nosotros es que no somos buenos, se nos nubla cualquier otra forma de mirar las pérdidas.

¿Qué podría hacer diferente la próxima vez?

La primera pregunta que llega a nuestra cabeza. Pensamos que perder es algo negativo y sentimos que todo nuestro tiempo y esfuerzo fue en vano. Nos sentimos decepcionados e incluso nos hace dudar de nosotros mismos.

¿Qué hice mal? ¿Por qué me pasa esto a mí? ¿Pude haber dado más? Son preguntas que nos hacen dudar de quiénes somos, de nuestras habilidades, nuestras motivaciones y nuestras razones de ser.

Por mucho tiempo he pensado así y eso me ha llevado a sentirme culpable.

Al enfrentar una derrota siempre pienso que algo hice mal o no fui suficiente, incluso cuando se que lo di todo. Siempre terminaba en un conflicto interno porque al no entender las razones, solo veía culparme a mí como la única posible razón.

Estamos acostumbrados a buscar siempre un culpable cuando cometemos un error o cuando nos equivocamos, ¿quién hizo esto? Es la pregunta automática.

Si en vez de perder el tiempo bus-

cando un responsable nos dedicáramos a analizar qué podemos aprender cuando las cosas no salen como esperábamos, con absoluta seguridad dejaríamos de repetir las cosas que no funcionan y estaríamos en capacidad de avanzar con mayor agilidad hacia nuestras metas.

Cuántas veces hemos escuchado al salir de un examen “No, es que Fercho no explicó eso” o “No tuvimos suficiente tiempo”. Y creo que a todos nos ha pasado. Siempre buscamos una excusa o una explicación. Muchas veces, es este sentimiento el que nos hace ver las cosas como una competencia. Es una competencia que muchas veces es con los demás pero es peor cuando es contra uno mismo. Cuando te echas la culpa y sientes que no fuiste capaz y que tú no lograste lo que esperabas.

Esto nos lleva a hacer las cosas por el resultado y no por el proceso. En vez de intentar mejorar y aprender intentamos no perder.

Sin embargo, así como todos cometemos errores, hay veces en las que las situaciones se nos salen de las manos. El año pasado en fútbol, teníamos un gran equipo, entrenamos más juiciosas que nunca, madrugamos y a cada partido le metimos nuestro mayor esfuerzo. Todo este esfuerzo estaba dando sus frutos, ganamos partidos muy difíciles y cada vez veíamos nuestro sueño de ganar UNCOLI por primera vez, más cerca que cualquier otro año. Pero en la semifinal, que íbamos ganando 3-1, perdimos por situaciones que se nos salían de las

manos. El entrenador del otro equipo entró a la cancha a gritarnos lo cual nos desconcentró y afectó a muchas lo cual llevó a que perdiéramos el partido. Al ver nuestro sueño caerse en cuestión de segundo, nuestra primera reacción fue pensar qué pudimos hacer diferente, pero tenernos unas a las otras fue lo que nos ayudó a ver esta pérdida como muchas ganancias. Logramos conectarnos como equipo y vernos como un apoyo más allá del fútbol.

Definitivamente, ha sido de las pérdidas más duras para mi y para todas las del equipo, pero todo esto nos ayudó a pararnos mucho más fuertes y unidas que nunca. Compartir este sentimiento nos unió más allá del fútbol y nos comprobó a cada una que todo nuestro esfuerzo sí había valido la pena, a pesar del resultado. El fútbol nos enseña que el esfuerzo no tiene estándares, y que al final lo que importa no es perder.

No los estoy incitando a dejar de esforzarse y ver las pérdidas como lo que siempre debe pasar. Porque justo ese esfuerzo y esa tranquilidad de haberlo dado todo es lo que nos ayuda a ganar a través de los momentos donde perdemos. Tenemos de dejar de pensar que perder te describe como un fracasado, como si un momento no afortunado determinara lo que somos para el resto de nuestras vidas. Olvidamos que en el fracaso es donde más aprendizajes tenemos y donde más crecemos y nos conocemos como personas. Más allá del aprender a perder, el aprendizaje está en el proceso y el haber dejado lo me-

jor de cada uno. Y esto puede verse en perder muchas cosas, no necesariamente en una competencia o en un examen.

En una semana, mi hermana Andrea se va a vivir a España. Desde que tengo recuerdo ha sido la persona con la que comparto cuarto, la primera que veo al despertarme y la última antes de dormirme. Se ha convertido en mi compañera y verla irse a España sin mí, es sentir que la voy a perder. Hoy más que nunca, tengo miedo de perder, no una competencia ni un examen, sino a una de las personas más importantes de mi vida, y hoy más que nunca tengo que recordarme a mí misma que dependo de mí sacar de esto algo positivo.

Tener a mi hermana lejos no significa perderla para siempre, todavía hay mucho que podemos hacer para estar juntas y compartir cosas nuevas. Hoy tengo que dejar de preguntarme el porqué y empezar a encontrar el para qué, porque quien verdaderamente pierde no es el que no gana, es el que le tiene tanto miedo a no ganar que si ni siquiera lo intenta.

///

Sara Chamie

“Las personas siempre van a entrar y salir de nuestras vidas sin que podamos hacer nada al respecto, pero a pesar de esto, siempre que se van, dejan un pedazo de ellos en ti.”

Quiero empezar mi discurso planteándose la siguiente pregunta, ¿Qué es infinito? Puede que algunos de ustedes estén pensando en la definición matemática de esta palabra. Infinito es algo que no tiene límites. No se refiere a una cantidad o número precisamente, sino más bien a la ausencia de límites en una determinada dirección. Algo eterno. Teniendo esto en cuenta les haré una pregunta consecuente, ¿Qué es infinito en la vida de cada uno de nosotros?

Esta es una pregunta que yo me he planteado varias veces durante mis pocos años de vida. En especial cuando se habla sobre las relaciones. ¿Será que esta persona, que actualmente es tan importante para mí, va a estar ahí siempre? ¿Si en algún momento se va, será que es por mi culpa? ¿ Existe alguien que uno va a tener para toda la vida, “incondicionalmente”, sin límites? ¿Qué es en mi vida para siempre para siempre?

Mi respuesta a esta pregunta, aunque suene dura, es simple. Nada. Nada en nuestras vidas es infinito. Todo tiene un inicio y un fin. Los viajes, las películas, las canciones, las tareas, las relaciones, la familia. Todo como empieza, también termina. Puede que este fin sea causado voluntariamente, como por una decisión que uno toma, o involuntariamente, como cuando, perdón por la franqueza, nos morimos. Sin embargo todas llegan a su fin. Esto es algo que he aprendido desde muy temprana edad, para ser más exacta: a los cuatro años.

Alrededor de esta época mis papás me regalaron un oso de peluche. Este se llamaba el osito Sofi. Nunca dejaba mi lado, dormía conmigo, paseaba conmigo, salía en todas las fotos familiares conmigo, y tenía hasta vestido de baño para poder ir a la piscina conmigo. Sofi lo era todo para mi. Incondicional. Mi infinito.

En unas vacaciones fuimos con mis abuelos a mi finca en los Llanos. Yo estaba emocionada de por fin poder llevar a Sofi a uno de mis lugares favoritos en el mundo. Ya desempacados antes de jugar parques con mis abuelos me doy cuenta de que mi amuleto de la suerte hacía falta ¿Dónde estaba Sofi?. La busqué en todas, TODAS, partes hasta que eventualmente mi hermano por fin se confesó. La había escondido y al parecer ya no se acordaba de dónde la había dejado.

Nunca he estado tan brava con alguien en mi vida como lo estaba con mi hermano en ese momento. ¿Como se le ocurría haberla escondido? Esa noche no dormí más de 5 minutos consecutivos por el simple hecho de que no tenía a Sofi conmigo, estaba sola, desprotegida. Al siguiente día apareció dentro de una cantina que mis abuelos tenían de decoración desde hace siglos. Ahí estaba Sofi, entre las telarañas y el polvo.

Aunque este evento pueda parecer insignificante y un poco dramático, fue el primer detonante a lo que se convertiría en mi mayor miedo y principal barrera a vivir una vida libre sin preocupaciones. Esta fue la primera vez que sentí como un pedazo de mí era arrancado, aunque en este caso solo fue temporalmente.

El sentimiento de no saber dónde estaba ni cuándo iba a poder volver a ver a este oso que era tan importante para mí fue incomparable. Me impresionó cómo, si uno se descuida un segundo, tus cosas o personas más preciadas pueden deslizarse rápidamente por tus dedos y desvanecerse.

Como, aunque lo añoraba, no podía tener la expectativa de que las cosas siempre estarían en mi vida ya que, sigilosamente, siempre se terminan yendo. Aprendí sin darme cuenta, por primera vez, que nada era infinito. Sofi para mí era mi valentía, mi fuerza. Me protegía de cualquier mal que pudiera venir.

Con el paso del tiempo fui madurando. Olvidé a Sofi, me empecé a poner sudadera para el colegio, ahora usábamos ipads en las clases y, al parecer, gustarle a un niño y cómo te veías se había vuelto muy importante.

Estábamos alistándonos para el famoso prom de cuarto, primera “fiesta” en la que alguien me preguntaba qué me iba a poner. Todo parecía ser felicidad, mostachos, colores mega neón y coronas de flores. Sin embargo en mi casa mi vida se estaba desmoronando. Mi papá se fue. No solo de mi casa sino que también del país. Se fue al país más lejano que se le pudo haber ocurrido. A Alemania. Un nuevo lugar, lleno de nuevas historias, las cuales no nos incluían. Ese año aprendí lo que en realidad es que alguien que es tan importante para ti, tu figura a seguir, se vaya de tu vida sin siquiera una explicación.

Ese año, el universo me demostró que lo único que yo creía que era

infinito, mi familia, no lo era. La desaparición de Sofi fue solo el primer paso, ya que después de unos días apareció.

Pero esta persona ya no iba a volver. Toda mi vida había tomado un giro de 180 grados. Él seguía estando, lo veía una vez al año, pero no era lo mismo. Pasé de preguntarle cómo hacer mi tarea de matemáticas, a preguntarle cuándo lo iba a poder volver a ver. Solía ser mi héroe y, en un día, pasó a ser solo una idea de lo que solía ser, lo cual me desconcertó.

Después de esto me metí en mi caparazón. No quería conocer ni acercarme a nadie por el miedo a que se fueran y me dejaran destrozada. El hecho de que todo tiene un límite por fin entró en mi cabeza. No quería volver a sentir lo que sentí en ese momento. Esto en realidad afectó mucho mi forma de crear relaciones con la gente. Me volví más callada, precavida, insegura, cerrada, y el hecho de que estuviera pasando por plena adolescencia, tampoco ayudó mucho. Si me preguntan cómo fue mi quinto, sexto y séptimo la verdad es que no tengo ni idea. El hueco que había dejado mi papá hizo que entrara tanto, en mi mundo y en el miedo que sentía que me desasocie de lo que era crear vínculos, aprender y crecer. Fue en los años que peor me ha ido académicamente y me tocó ir a remediales, me metí en problemas muy bobos y perdí toda la poca relación que me quedaba con él. Toda esta época la reprimí en mi inconsciente y hasta el día de hoy no sabría decirles yo como era en ese momen-

to de mi vida. Lo único que me quedan son fotos o vídeos de evidencia de las cosas que, al parecer, viví.

Sentir como cuando alguien se va y se lleva consigo un pedazo de uno, es de los peores sentimientos que hay en la vida. Hace que uno quede confundido y sienta un tipo de vacío, pero después de pensarlo, me di cuenta de que cuando alguien se va, no solo se lleva un pedazo de ti consigo, sino que te dejan un pedazo de ellos a tí. Esto, que aunque me tomé más de cuatro años en aprender, fue lo que por fin me enseñó a que aunque las cosas no sean infinitas físicamente pueden serlo emocionalmente. Las personas siempre van a entrar y salir de nuestras vidas sin que podamos hacer nada al respecto, pero a pesar de esto, siempre que se van, dejan un pedazo de ellos en ti.

Un aprendizaje, una moraleja, una experiencia o un recuerdo.

Con los años, Sofi me entregó un pedazo de ella. Me enseñó a ser valiente y a afrontar la vida de frente. Este oso sigue en mi cuarto y cada vez que tengo un mal día o estoy triste, la veo y me acuerdo de lo que me enseñó. Me transfiere toda esa fuerza que necesito para seguir adelante. No sé si fue por las personas que me la regalaron o el sentimiento que me produjo en el momento, pero sé que, aunque sea solo un pedazo de tela con algodón dentro, tenerla presente en mi vida me recuerda seguir adelante.

Mi papá, por otro lado, me dejó esto, lo que se ha convertido en el mayor aprendizaje que he tenido en

mi vida: que a pesar de que nadie en nuestras vidas es infinito físicamente, un pedazo de ellos siempre se queda con nosotros y nos acompaña por el resto de nuestra vida. Sin embargo, por ser incapaz de dejar a las personas irse físicamente de mi vida tan fácil, aprendí a recolectarlos a través de amuletos, pulseras, collares o anillos. Cada uno de estos pedazos de tela alrededor de mi muñeca me recuerdan personas importantes para mí, y el impacto que cada una de ellas me ha dejado. Por esto son mis posesiones más preciadas y casi nunca me van a ver sin ellas. En especial este anillo, el cual, irónicamente, es un infinito.

Lo que empezó como inocente curiosidad por una pregunta, mejor dicho, una palabra, transformó uno de mis mayores miedos, a mi más grande aprendizaje de vida. Como Andrea Casas dijo en su discurso, las despedidas son muy duras, en especial cuando uno no sabe si va a volver a ver a esta o estas personas.

Pero todas estas despedidas son con un propósito y te enseñan esas cosas que son in-enseñables en el colegio. Las que solo pueden ser aprendidas viviendo y experimentando. Todo se va, pero al mismo tiempo parte siempre se queda con uno.

Ahora que se acaba mi etapa en el colegio, la cual hace unos años parecía ser infinita, me doy cuenta de que aunque me da tristeza despedirme, sé que cada una de las personas que he conocido acá han dejado un pedacito de ellos en mí. Tanto profesores como amigos, pero en especial la generación 2023.

Muchos se han ido, otros han llegado tarde, incluso algunos se han ido y vuelto, pero igual lo que soy hoy, se lo debo a cada uno de ustedes. Y tener la compañía constante de algunos de ustedes a través de mis pulseras me ha dado valentía de ser yo misma y me ha ayudado a salir de momentos difíciles en mi día a día.

Puede que las relaciones tengan límites, pero los recuerdos y el impacto que todos ustedes han dejado y van a dejar en mí es para siempre, es infinito. Y por esto le doy las gracias. Muchas Gracias.

///

Felipe Coronado

“La motivación es una fuerza poderosa que nos impulsa a actuar y perseguir nuestros objetivos. Es importante que dediquemos tiempo y esfuerzo a encontrar lo que realmente nos inspira y nos motiva, y luego usar la pasión y el esfuerzo como medio para lograr lo que tanto anhelamos.”

Estimada comunidad nogalista: cuando me senté a hacer el discurso, me puse a reflexionar sobre mi camino en el colegio y me di cuenta que realmente nunca me destacué en ninguna clase y que, de hecho, no había izado bandera desde cuarto. Fue entonces cuando llegué a la conclusión de que la motivación es un factor crucial para lograr nuestros objetivos. Si no tenemos la motiva-

ción necesaria, es fácil caer en la indiferencia y en la comodidad, como me pasó a mí durante muchos años.

Pero, ¿qué es la motivación? A menudo, pensamos que la motivación es algo que viene de afuera, algo que se nos da o se nos presenta. Sin embargo, descubrí que la motivación no siempre es fácil de encontrar y que, en realidad, viene de dentro de uno mismo. Si queremos estar motivados, debemos encontrar algo que nos apasione y nos mueva a actuar.

Durante mi camino en el colegio, he sido un estudiante al que le importan muy poco las clases. Me arrepiento de no haberme involucrado más en ellas. Muchas veces solo me ponía las pilas o me concentraba porque iba perdiendo una materia. Honestamente ya no sé si lo que me gustaba era esa adrenalina de estar bajo presión que me motivaba a esforzarme en una clase.

Pero lo que descubrí en el camino es que tenía intereses y hobbies que me motivaban y me daban energía. Al inicio de la pandemia, pasé mucho tiempo jugando videojuegos. Me dejé llevar por el pensamiento de que no había nada más que hacer y que los videojuegos eran una buena forma de pasar el tiempo. Y efectivamente, fue una época memorable en la que me despertaba para clases virtuales que, no lo voy a negar, a veces no me conectaba realmente. Pero a lo que si me conectaba sin falta alguna era a jugar videojuegos con mis amigos. Esto si que me daba una sensación de satisfacción y logro que no encontraba en las clases. Finalmente, me di cuenta de que mi motivación

para esto era que había encontrado un aspecto en el cual me divertía y era muy bueno, lo que me daba orgullo y una sensación de superioridad.

Con el tiempo, al volver al colegio presencial se me fue yendo la motivación para conectarme y jugar videojuegos, pues nos fuimos quedando cada vez con menos tiempo para jugar. Al principio, fue difícil acostumbrarme nuevamente a la presencialidad, pero a medida que fui acoplado e involucrándome en actividades extracurriculares como el equipo de baloncesto y la banda, descubrí que mi pasión por el deporte y la música me motivaban de una manera diferente. Estos intereses me ayudaron a desarrollar habilidades como la disciplina y el trabajo en equipo, pero más allá de eso, me lograron enganchar nuevamente así como los videojuegos en su momento. Ya le veía un propósito a madrugar o quedarme en el colegio, y estas actividades me generaban una satisfacción que, vuelvo a repetir, no encontraba en las clases. Incluso, me aventuré a unirme al Candelazo, aunque al principio no tenía ni idea de cómo bailar. Bueno, tampoco es que sepa mucho ahora, pero quería probar algo nuevo y desafiante, algo que me sacara de mi zona de confort. Afortunadamente, resultó ser una de las mejores experiencias de mi vida en el colegio. Gracias a todas estas actividades, aprendí que la motivación no siempre viene de lo que ya conocemos o sabemos hacer, sino de la exploración y el descubrimiento de cosas nuevas.

La motivación es una fuerza pode-

rosa que nos impulsa a actuar y perseguir nuestros objetivos. Es importante que dediquemos tiempo y esfuerzo a encontrar lo que realmente nos inspira y nos motiva, y luego usar la pasión y el esfuerzo como medio para lograr lo que tanto anhelamos. Como diría el cantante Facundo Cabral, “Si no te levantas cada mañana con ganas de comerte el mundo, es que algo anda mal”. Muchas gracias.

///

Juan Camilo Diez

A veces las cosas pueden ser difíciles, pero no significa que tengamos que tomar un camino fácil, o un camino que perjudique a los demás.

A veces los fines no justifican los medios.

Quiero empezar este escrito con una disculpa a todos los que ofendí con mi discurso de Asamblea. Créanme, no era mi intención, y reconozco ahora que la forma en la que lo escribí fue muy fuerte. Y para mis compañeros, que me preguntan que si me regañaron: la respuesta es no, nadie me regañó, pero sí tuve la oportunidad de reflexionar. Este artículo no es ningún requisito que tenga que cumplir, es algo que quiero hacer por volición propia. Véanlo como una segunda parte a mi discurso.

Aunque la manera en la que se los comuniqué falló, mi opinión sobre el tema no ha cambiado: solemos bus-

car el camino más fácil para hacer las cosas, en vez de tomar conciencia y ponerles pasión. De hecho, hablando con otras personas, creo que es un problema real, y no es un problema solo del colegio. Déjenme explicar mi punto de vista. Para eso, les quiero contar la historia de cuando me estrellé.

No es un misterio que vivimos en una ciudad difícil. Es difícil moverse, siempre está congestionada, es insegura, etc... Vivimos en una ciudad donde pasar por encima de los demás es la norma. Y por mucho que intentemos, en algún punto uno piensa, ¿y si todos los demás lo hacen, por qué no yo?

Ahí empieza la historia, hace un año, con un yo de décimo que iba manejando camino al colegio. En aquellos tiempos, cuando podíamos parquear en el colegio, el trancón de la autopista estaba igual o peor a como lo es hoy. Y tal vez los que no manejen no entiendan esto, pero ese día, decidí colarme en la fila del retorno. Esperar al último momento para pasarse de carril, una maniobra que te ahorra unos 3 minutos por mucho. Ese día estaba especialmente trancado, entonces me vi forzado a parar y esperar que alguien me cediera el paso. En esa espera, con el carro completamente quieto, escuché un golpe en la parte de atrás, miré por el espejo, y vi una moto tirada en el piso.

Se me heló la sangre, obviamente, pero, ¿saben qué fue lo primero que pensé? Pensé en no bajarme del carro para que no me robaran. Y no es un descache, todos hemos oído de los planes que se ingenian

los ladrones para robar, entre estos tirarse al piso enfrente del carro, pinchar la llanta o esperar a que uno esté quieto en un semáforo. Aun así, mirando atrás, el hecho me entristece. Me entristece pensar que en una situación como esa, donde puede haber un herido, lo primero que haya pensado haya sido eso. ¿En qué punto llegamos a tener tan poca solidaridad, tan poca empatía por los demás? Afortunadamente, después de orillarme, la moto se levantó y al hablar con ella me contó que estaba bien, con unos raspones, pero nada grave. Me explicó que iba rápido, y no alcanzó a frenar a tiempo, asumiendo su parte en el accidente. En el momento no se lo dije, pero yo también tenía la culpa por estar parado en la mitad de la autopista. Esta experiencia me hizo pensar sobre nuestro proceder en el día a día.

Creo que tenemos un colegio maravilloso, con un campus sacado de película, con una misión y un compromiso global muy positivo. También creo que, como colegio, podemos poner nuestro grano de arena para mejorar nuestra situación. Claro, comparados con el resto de la ciudad, o el resto del país, somos muy pocos en número. Pero de este colegio van a salir grandes personas, los próximos abogados, ingenieros, artistas, doctores y senadores. Tenemos como deber ser mejores, y así ayudar a mejorar el mundo. Y puede que sea nadar solo contra la corriente, pero el cambio empieza desde cada uno de nosotros, al fin y al cabo, Roma no se construyó en un día.

Ahí lo tienen, mi discurso no era decir que los nogalistas somos todos malas personas, o que todos somos mediocres. Lo siento si eso fue lo que se llevaron. Pero estaría dispuesto a apostar lo contrario, este colegio tiene gente muy buena, gente capaz de hacer mucho bien. A veces las cosas pueden ser difíciles, pero no significa que tengamos que tomar un camino fácil, o un camino que perjudique a los demás. A veces los fines no justifican los medios. Todos, absolutamente todos, tenemos algo que aportar para mejorar nuestra sociedad. Ya sea pequeño o grande, este cambio empieza con nuestras acciones aquí, dentro del colegio. Los invito a pensar en que pueden hacer ustedes para aportar.

///

Ignacio Escobar

“No pierde aquel que intenta, pierde aquel que nunca intentó. Después de todo, la peor diligencia es la que no se hace.”

Luego de 14 años como estudiante del Colegio Los Nogales, me encuentro más cerca que nunca de graduarme. La incertidumbre que siento es un sentimiento que, hasta la fecha, nunca había experimentado. Después de 14 años en un colegio en el cual cultivé conocimientos, experiencias y amigos, mi ciclo aquí está llegando a su inexorable fin.

Darle cierre a estos 14 años no es tarea fácil, pero como todo en la vida es efímero, no tengo de otra sino asumir que mi etapa cómo estudiante del colegio está a punto de terminar. Admito que no fui el estudiante más entusiasta del colegio. No me entusiasmó por 14 años levantarme a las 5 de la mañana y alistarme para coger el bus de TECH. No me entusiasmó tener que aguantarme por todos estos años, una que otra clase que, con todo respeto y hablando desde mi propia opinión, si existieran premios para “Los 50 minutos más aburridos del día”, se los ganaría con facilidad. Y por supuesto que nunca me entusiasmó tener que llegar a mi casa a hacer un sinfín de tareas de estas mismas clases.

Sin embargo, aunque no fui el estudiante más a gusto con el colegio, me invade una sensación extraña de no querer irme, de quedarme un rato más acá con ustedes. Y no es que me quiera quedar un rato más porque mágicamente todas las clases que me parecen tediosas me comenzaron a gustar de la nada. Ni tampoco porque tenga miedo de que todos los amigos que he hecho durante esta etapa escolar, lentamente empiecen a desaparecer de mi vida. La verdadera razón por la cual deseo quedarme, es porque después de un proceso de introspección, el verdadero sentimiento que me invade, más allá de la nostalgia o de la incertidumbre, es el arrepentimiento.

Para todos aquellos que estaban expectantes de oír mi discurso,

puesto que imaginaban que iba a tratar de las experiencias “chistosas” que me habían acontecido, les pido una sincera disculpa. Sin embargo, recuerden que el discurso gira alrededor de lo que uno quiere decir, no alrededor de lo que los demás quieren oír.

Para aquel que solo esté interesado en mis anécdotas, búsqueme en el recreo, y todo bien, le cuento de la vez que dejé mi maleta en mi casa, la vez que me rompieron mi iPad con un candado en plenos exámenes finales o de la vez que me intoxicqué cocinando unos brigadeiros. No obstante, hoy, ante ustedes estudiantes y profesores de Semestralizado, quiero hablar de un tema punzante dentro de mí. Un tema que me carcome y un tema, el cual de pronto puede comenzar a desaparecer poco a poco: mi arrepentimiento de no haber intentado lo suficiente.

A lo largo de mi vida escolar, nunca fui un estudiante destacado. Izar en una clausura es una experiencia que no tuve el privilegio de vivir, ni tampoco fui pieza clave de algún equipo. Fue triste el día en que me senté a pensar en mis talentos, y me di cuenta de que no contaba con muchos. Y que, aquellos talentos con los que sí contaba, siempre había alguien mejor que yo. No soy una persona especial, ni mucho menos excepcional. Tan solo soy una de esas simples personas que nunca fueron “benditas” con algún don. Soy solo uno más del montón. No obstante, absolutamente

todos (incluyendo a las personas cómo yo, que no tenemos ningún talento aparente) tenemos una herramienta que nos podría ayudar a destacar sin importar lo difícil que parezca: el intentar. Sin embargo, pienso que durante estos 14 años de colegio, no le he dado el uso suficiente a esta gran herramienta. Siento que aunque he querido intentar, solo me he quedado con la idea y que verdaderamente, no he intentado nada.

Me arrepiento en aquellas clases “tediosas” de no haber intentado buscar algún tipo de interés en ellas. Me arrepiento de no haber intentado esforzarme al máximo después de no haber entendido una tarea. Me arrepiento de haberme conformado ante la negligencia, de que en muchas ocasiones he seguido la línea del mínimo esfuerzo. De no haber intentado ser la mejor versión de mí. De aquí nace lo que reconozco yo cómo el verdadero fracaso. Porque una cosa es fracasar sin intentar, y otra muy distinta es el fracasar habiendo intentado. Siguiendo esta línea de pensamiento, desafortunadamente si puedo concluir que fracasé. No porque no haya completado los objetivos que me hubiera gustado lograr, sino porque nunca intenté lo suficiente para lograrlos.

El fracaso duele. Lo sé. Yo, quien lo ha experimentado varias veces, sabe lo fastidioso que es fracasar. Pero en la vida se fracasa más de lo que se triunfa y la mayoría de personas acá saben o van a saber que esto es verdad. Pero cómo todo en

la vida, el fracaso también es efímero. Eventualmente, se va. Pero el remordimiento de no haberlo intentado lo suficiente si es un fracaso que perdura y crónico, el cual duele con más intensidad cada día que pasa y cada día menos que le queda a uno para intentar. Creanme cuando les digo esto, porque es el sentimiento que me invade al momento de reflexionar sobre estos 14 años que pasé en este lugar.

Por ello, quiero dejar de vivir en las suposiciones. En los “que hubiera pasado sí”. Y me arrepiento de haber vivido así la mayor parte de mi vida escolar. Y me duele saber que si hubiera intentado, aún así no hubiera conseguido lo que hubiese querido, mi vida estaría mucho más resuelta, y me encontraría más a paz conmigo mismo.

Afortunadamente, aún soy joven. Puede que lamente no haber vivido mi escolaridad cómo realmente quise, pero tengo tiempo de enmendarlo. A partir de este momento, tan solo me queda por hacer una cosa: intentar al máximo este poquito que me queda de colegio, y seguir intentando hasta el día que me muera. Porque sé que el día que logre triunfar en algo, sin importar lo insignificante que sea para el resto del mundo, habré triunfado dos veces: primero, consiguiendo mi objetivo, y segundo y, más importante, habiéndolo intentado.

No pierde aquel que intenta, pierde aquel que nunca intentó. Después de todo, la peor diligencia es la que no se hace. Muchas gracias.

///

Julieta Espinosa

“Quiero poder terminar cada día pensando que sí estoy aprovechando mi vida. Cogiendo cada oportunidad que tengo. No teniéndole miedo al fracaso. Disfrutando cada error. Aprendiendo de cada experiencia.”

Siempre tuve muy claro cuantos años me faltaban para terminar, para poder decir “lo logré, me gradué”. En octavo sabía que me faltaban 4, en noveno 3, en décimo 2, y finalmente en 11, 1. Siempre pensé en ese final como lo único importante. Pensaba que al recibir el diploma iba a ser lo único importante de estos 14 años. Ahora, a menos de 90 días de tener ese diploma, me doy cuenta que eso no es lo más importante. Me demoré mucho en entenderlo, tan solo la semana pasada logré entender que a veces lo importante no es el resultado sino el camino. Recibir el diploma no va a cambiar nada en mi. Lo que aprendí ya lo aprendí y lo que no, pues no. Ese pedazo de papel no me va a enseñar nada mágicamente.

Cada experiencia que viví en estos 14 años de camino son la verdadera recompensa. Todo lo que tuve que aprender lo aprendí en clase, en recreos, en extracurriculares, en ayudas, en salidas y en caminatas. Lo único nuevo que este diploma me va a enseñar es a apreciar el tiempo. A dar-me cuenta que entre queja y queja

dejo pasar la vida sin vivirla. Que estoy viviendo la única vida que tengo sin verdaderamente apreciarla, sin apreciar las pequeñas cosas que al final es lo más importante. Escribiendo uno de los muchos discursos que terminé borrando, me di cuenta que tiendo a ver el lado negativo de las cosas. Tiendo a quejarme de lo superficial y no aprecio lo verdaderamente importante. Por ejemplo, pensé en todas las quejas que Paulina, mi mamá y mi papá escuchan todas las mañanas. Los 40 minutos de trayecto al colegio escuchan mis quejas del trancón que hay o del sueño que tengo o de las tareas que me toca hacer apenas llegue. Gasto esos 40 minutos en quejas bobas que no aportan nada. Si no me quejara tanto podría hablar con ellos esos 40 minutos de otras cosas. Poder aprovechar el tiempo que tengo con ellos. En 4 meses ya no voy a tener esos 40 minutos diarios con ellos. En 4 meses ya no viviré con ellos y se que esos 40 minutos diarios van a ser una de las cosas que más falta me harán.

Llevo varias semanas tratando de escribir este discurso, tratando de definir ese legado que el colegio me dejó. Nunca puedo concretar uno ya que son muchos. Cada vez que empiezo un discurso lo borró después de dos párrafos porque decido que ese no es el tema del cual quiero escribir. A veces es porque el tema no es pertinente o porque no tengo mucho que decir o simplemente porque no me gustó. Algo que todos estos discursos borrados tuvieron en común fue el concepto del tiempo. Todos estos temas me hicieron cuestionar si verdaderamen-

te aproveche mi tiempo en el colegio.

Después de recordar varios eventos siempre lograba llegar al punto en el cual pensaba como hubiera hecho las cosas diferentes. Pensé en todas las veces en las que pude haber recuperado una amistad solo pidiendo un simple perdón. Pensé en todas las oportunidades que dejé pasar por el miedo que me producía la incertidumbre, por pereza o por el simple hecho de no decidir. Después de pensar en todas estas cosas, me di cuenta que de cada evento aprendí algo nuevo. Salía con una lección valiosa que se veía reflejada en el futuro.

Me acuerdo perfectamente de las primeras semanas de clases virtuales. Se suponía que iban a ser unas pocas semanas de clases por zoom. Para poder concentrarme mas siempre tomaba las clases sentada en mi escritorio, no en mi cama, no en la sala, no en el patio. Un día después del almuerzo me sentía cansada y decidí que iba a tomar mi primera clase desde la cama acostada. No pensé que fuera a pasar nada. Justamente fue el primer día que por alguna razón accidentalmente puse que entrara a la reunión con la cámara prendida. No solo entré a la clase con la cámara prendida desde la cama, mostrando mi papada y mi despeluque, si no que también justamente entré a la clase que no era. Santi, mi profesor de español de ese momento tenía justo una clase con semestralizado antes de la mía. Sin darme cuenta me metí 5 minutos antes de la hora de mi clase. Después de este día, nunca más me volví a meter a una clase sin asegurarme dos veces

que iba a tener la cámara apagada y estar en la clase que era.

Ahora que estoy a pocos días de graduarme, me doy cuenta de que no hay vuelta atrás. De que, aunque quisiera, no puedo cambiar nada de lo que he hecho en mi vida. Me doy cuenta de que la vida pasa muy rápido. Solo ayer me quedaban 4 años para graduarme y ahora ya voy a tener mi última entrega de informes, mi última caminata, mi último intercasas, mi último recreo. Aunque si me arrepienta de muchas cosas, no quisiera cambiar nada. No quiero volver y hacer las cosas diferentes. Porque todas esas caídas o errores dejan una lección importante. Quiero poder terminar cada día pensando en que si estoy aprovechando mi vida. Cogiendo cada oportunidad que tengo. No teniéndole miedo al fracaso. Disfrutando cada error. Aprendiendo de cada experiencia. Como dijo John Maxwell “En la vida algunas veces se gana y otras, se aprende.”

///

Isabela González

“Los invito a que el enfoque no sea lograr ser el mejor y concentrarnos más en el tipo de persona que queremos ser y en el legado que queremos dejar.”

Como nogalistas siempre queremos ser los mejores en todo, ya sea en fútbol, en basket, en química, o en cál-

culo. Pero alguna vez se han preguntado ¿de qué nos sirve tener el mejor promedio, ser el mejor profesor o el mejor jugador? Ya el mundo tiene suficientes genios, suficientes profesores y suficientes jugadores. Es más, siempre va a haber alguien con más habilidad, más inteligencia y más oportunidades. La única área donde uno es totalmente capaz de ser el mejor, es en el tipo de persona que es. Lo bonito es que no es una competencia con los demás, sino una competencia con uno mismo. Una forma de mostrar nuestra esencia al mundo y de impactar de una u otra manera.

Nadie sabe lo que está viviendo el de al lado, nadie conoce su historia, y mucho menos lo que está sintiendo. No podemos suponer que alguien está bien solo porque sonrío. Hay que ser conscientes de lo que decimos y lo que hacemos, porque así como se quedan las cosas buenas, también quedan las cosas malas. Por eso, siempre hay que buscar la manera de ayudar. En este punto de nuestra vida quizás no podamos hacer mucho por la sociedad, pero créanme que si todos ponemos nuestro granito de arena, e intentamos ser mejores personas cada día, algo va a cambiar.

Para que me entiendan les voy a contar la historia de un excelente profesor y cirujano plástico llamado Joseph Rosen, quien estudió medicina en Stanford y trabajó en Dartmouth Medical Center. Él se dedicaba a hacer cirugías reconstructivas sin ningún costo, a personas que lo necesitaban, personas que no tenían cómo pagar un tratamiento. Rosen ayudaba a los demás, y el pago era mucho más

que el dinero, era ver la felicidad en las caras de las personas y sentir su gratitud. Su propósito no era formar al mejor cirujano, o al más reconocido, sino a médicos con una gran calidad humana. Desafortunadamente este médico murió. Sin embargo, a su funeral asistieron todas las personas a las que había impactado de una u otra manera. Y como él hay miles de personas, haciendo algo por alguien, sin esperar nada a cambio.

Por otro lado, aquí en el colegio, una persona que me inspiró fue Joannita. Para los que no se acuerdan, Joannita, la señora que nos ayuda y nos acompaña todos los días durante el almuerzo, se paraba en la entrada de la cafetería a recibirnos con una sonrisa y nos saludaba por nuestro nombre. Para mí esto fue muy importante, era ver el compromiso de una persona por conectar con cada uno de nosotros y el deseo de hacer su trabajo con amor. Pienso que el mundo necesita más personas como ella, personas que con pequeñas acciones logren mejorar nuestros días. Por el simple gesto de aprenderse mi nombre y recibirme cada día con una sonrisa, yo siempre la recordaré.

Estos son claros ejemplos de la importancia de las pequeñas acciones. Cosas como saludar al entrar a un lugar, sonreírle a una persona, preguntarle como está, no colarse en la fila, dar un cumplido o ayudar a alguien cuando lo necesita. Al final son cosas que no cuestan nada y que no nos quitan más de diez segundos. Así que recuerden que las acciones más insignificantes terminan siendo los impactos más grandes.

Ya estamos a punto de salir a la universidad y seguramente terminaremos en trabajos importantes que involucran a muchas personas. Ahí la importancia de ser conscientes del impacto que tendrán nuestras vidas y profesiones para mejorar esta realidad y contribuir de una manera positiva a la sociedad.

No importa si hoy solo fueron capaces de hacer algo mínimo por alguien, lo importante es siempre hacer lo mejor que podamos. Esto claramente va a cambiar dependiendo del momento, a veces lo máximo que pueden hacer en un mal día es poco comparado con lo que pueden hacer en un buen día. Pero bajo cualquier circunstancia haz siempre lo mejor, ni más ni menos. Los invito a que el enfoque no sea lograr ser el mejor y concentrarnos más en el tipo de persona que queremos ser y en el legado que queremos dejar.

///

Luisa Junguito

“Pero la vida nos enseña que las cosas más importantes no son las que podemos medir con notas, sino aquellas que nos brindan felicidad, satisfacción y bienestar emocional.”

Agosto 12, 2009. Me monto al carro con mis dos hermanas al lado. Por fin llegó el día. Iba a conocer ese lugar

del que mi mamá y mis hermanas tanto me habían hablado. Pasan 40 minutos. “Llegamos”, dice Valeria. Los nervios me empiezan a consumir. Mi cabeza se llena de incertidumbre. ¿Voy a hacer amigos? ¿Me va a gustar? ¿Estoy preparada? Me bajo del carro con mi jardinera y mi maleta rosada marcada con mi nombre, tan grande que me llegaba hasta las piernas. Veo un edificio con el letrero del Colegio Los Nogales. Veo a mis primas Juana y Andrea y me tranquilizo, nos sonreímos y sabemos que todo va a estar bien.

Querida generación 2023: hoy con este discurso los quiero llevar atrás en el tiempo para acordarnos de todo lo que hemos compartido juntos.

Empezamos nuestro camino con Preescolar, ese lugar lleno de alegría y magia donde nuestras horas de Colegio estaban compuestas por recreos de cacería de mariquitas en el bosque encantado, escondidas en el laberinto; competencias con popotix en la arenera, tiempo con los big brothers, cubitos de azúcar donde Elvirita, y juegos en la pirámide de los espejos. Donde nuestra mayor preocupación era qué íbamos a poner en la cartelera de la niña de la semana y cuál muñeco íbamos a bañar en el día de los bebés.

Acá tuvimos nuestra primera caminata en la finca de Luisa Pizano y aprendimos quiénes eran los verdaderos cantantes en el coro de transición. En esta época representé a la virgen María en la obra en la que además me comí un pedazo gigante de plastilina pensando que era un mazapán. Además, fue el principio de un largo camino de aprendizaje acer-

ca de las consecuencias al obtener mi primer “voy a pensar”, cuando en vez de dibujar a Rafael Pombo dibujé a mi profesora, Marcela Casas.

En esta época, aprendí lo que era el amor con Valeria y Simón en la biblioteca del salón, y a quedarme callada cuando alguno de mis compañeros sufría del común fenómeno de no alcanzar a llegar al baño. Disfruté lo que era dormir legalmente en clase a la hora de la siesta, y más que nada, exploré mi imaginación junto a cada uno de ustedes.

Pasamos a Primaria donde las horas de siesta se convirtieron en clases de biblioteca con Raquel Cupperman. Recuerdo nuestras fiestas de cumpleaños en Divercity y en Froggy Land y que nuestras preocupaciones se resumían en cómo pasar de letra en Raz-Kids. Lo que nos importaba, era poder deletrear una palabra difícil en el Spelling Bee y completar los ejercicios del Math Journal. En ese entonces, quién nos gustaba dependía solamente de su velocidad en Educación Física, y me acuerdo que pasaba mi tiempo haciendo carreras con Pandi, Pablo Perilla y Urquija en la clase con Gilbert. Mis momentos más felices fueron jugando lata y arcoiris en estas clases, y en las banderas con los de mi curso.

Llegó nuestra primera comunión, caminando en parejas por orden de estatura para recibir la hostia, el play de tercero donde cada uno puso a prueba sus habilidades de actuación, y el prom de cuarto donde las parejas del curso se desafiaban en un concurso de baile para ganar un delicioso donut. En esta fiesta tam-

bién Felipe Torres y María Mercedes Trujillo nos enseñaron lo que era verdaderamente la salsa, una premonición del Candelazo.

Me acuerdo de cuando nos quedamos a dormir en el colegio y Luiggifun hacía como el Rey León en Birds and Pizza night y cuando todos veíamos los shows de gimnasia de Kiki imaginando estar en un estadio. Cómo olvidar cuando en los Llanos se nos inundó la carpa en la mitad de la noche y las esperadas paradas de piña en el Cañón del Chicamocha o cuando nos creímos políticos por un rato diseñando las campañas de básica, o cuando me mandaron al rincón de la paz por decirle a una niña que tenía que contar en escondidas.

Este edificio fue testigo de cuando aprendí a usar scratch, de las incontables tareas del manual de ortografía, de cuando Nancy nos mojaba en nuestros cumpleaños o cuando nuestra imaginación nos llevó a pensar que el parque de primaria era un reino encantado y que una pequeña colina en la casa de Camila Villegas era el Everest.

Luego llegó Básica, un lugar donde nuestras habilidades académicas y sociales se ponían a prueba. Nos convertimos de nuevo en los chiquitos de la sección y caminábamos con la cabeza abajo con miedo de que nos empujaran “los 12”. Pintábamos los lockers con tiza cuando alguien cumplía años y pasamos de jugar en los recreos a sentarnos en las bancas debajo del árbol del Nogal. Experimentamos lo que era hacer un examen de ciencias con el queridísimo Robayo y aprender matemáticas estando más tiempo afuera

que adentro del salón de Sandrita.

Por las experiencias precarias en básica, nos dimos cuenta de la importancia de las caminatas. Estas eran la escapatoria de La Ilíada y la Odisea, las Cornell Notes en clase de ciencias y de las fracciones con Rosa. En Costa Rica, preparamos pancakes, nos acabamos la ración de marcha durante el primer día y nos dimos cuenta de cómo las hormonas funcionaban. Luego vino Amazonas, probamos el copu azu, “decoramos nuestra piel con guito, Sapin colapsó con el puente y Pandi nos enseñó que era el amor con su grandiosa pijama de Garfield. Por otro lado, en las semanas que no estábamos de paseo nos empezamos a sentir como reyes de esta sección y mientras estábamos de fiesta en fiesta el covid llegó y todo se derrumbó.

Lo que empezó con dos semanas terminó siendo dos años sin volver a la normalidad, pero pronto llegó lo que tanto habíamos esperado, Semestralizado. Nuestra introducción a la sección fue por zoom y aunque no fue ideal nos la gozamos jugando among us, no entendiendo absolutamente nada en biología y sufriendo con mis cinco amigas de fallas de internet los viernes para vivir una experiencia Pradera.

Una vez empezamos a venir presencial al colegio almorzábamos a siete metros de distancia y las clases parecían surreales, pero esto no nos detenía de jugar just dance en gimnasia y de tener siempre una sonrisa, aunque fuera debajo del tapabocas. La consejería de Pacho tomó vida y se convirtió en mi lugar feliz. Empezamos

a irnos en carro con nuestros amigos, en mi caso cantando con las choris a todo volumen, o viviendo near death experiences con Amalia al timón. Perdón a todas las clases a las que no pude llegar a tiempo debido a esto.

Pasamos a décimo y volvimos completamente a la normalidad. Vivimos lo que era realmente Semestralizado y nuestra estabilidad mental era probada diariamente. Sin embargo, a pesar de Micro, de Química, de AP seminar y de Precálculo estaba la clase de Francés 4 donde hacíamos crepes en Zazqua y donde recuperaba la sonrisa de novenilla. Aunque sentí que décimo duró miles de años, por fin llegó 11 y Urki nos dio una real bienvenida. La iniciación se hizo realidad y logramos revivir una experiencia totalmente unificadora. Empecé a entender la nostalgia de estar en once al presentarme en mi primer y último candela-zo, comencé a disfrutar cada segundo que me queda, y me uní como nunca a mi generación en Santa Marta. Fui a Bad Bunny con mis mejores amigas, me aventuré a ir a Viotá y almorcé con una persona diferente cada día.

Durante estas últimas semanas he intentado asimilar que después de 14 años me quedan tan solo 3 meses en este lugar que me ha llenado de momentos inolvidables. No logro dimensionar que muy pronto viviré mi último intercasas, mi último partido de fútbol, mi última batuta, mi última clase con Fercho y Axelito, mi última chiva, mis últimas onces compartidas con Pacho, mi último día poniendome la chaqueta de 11, y finalmente mi último día en el colegio.

Solo me queda darle las gracias a ustedes, mi generación. Es fácil dejar-nos llevar por el ritmo acelerado de la vida y olvidar lo valioso que ha sido el tiempo que pasamos juntos. A veces, nos enfocamos tanto en el futuro y en nuestros proyectos personales que nos olvidamos de disfrutar el presente y de apreciar las cosas simples de la vida, como compartir una tarde con amigos o tener una conversación con un profesor que nos brinda su sabiduría y experiencia.

Pero la vida nos enseña que las cosas más importantes no son las que podemos medir con notas, sino aquellas que nos brindan felicidad, satisfacción y bienestar emocional. Y esto es precisamente lo que hemos experimentado como generación, momentos que han dejado una huella en nuestra vida y que nos han permitido crecer y madurar como personas. No sabemos lo que se viene en el futuro, pero lo que sí sabemos es que estos momentos que hemos compartido juntos son irrepetibles y quedarán en nuestro corazón para siempre.

Aunque me vaya a otro país a estudiar y probablemente nunca nos volvamos a reunir todos juntos como promoción, me llevo amigos de toda la vida que hicieron mi experiencia en el colegio inolvidable. Novenillos y decimillos no esperen hasta el último año para juntarse con su curso, para aprovechar cada clase y cada momento con las personas que los han rodeado por 14 años de su vida. Aprovechen lo que les quede. Si algo he aprendido, es que en este colegio los amigos son para siempre, como lo son Ale y Bibi,

las mejores amigas de mi mamá, graduadas de este colegio en la promoción 1992. Muchas gracias.

///

Jose Maldonado

Simplemente les pido que no se descarrilen, busquen llegar a su idea de Ítaca apoyándose en amigos, pero no sean afanados, tómense todas las pausas activas que necesiten y lleguen a ese hogar antes que su “yo” del ayer.

“Cuentan que Ulises, harto de prodigios, lloró de amor al divisar su Itaca verde y humilde. El arte es esa Ítaca de verde eternidad, no de prodigios”. Estas palabras de Jorge Luis Borges describen la ciega realidad de lo que es una persona tratando de establecer su marca en el mundo. El carácter de una persona debe ser como el arte, debe buscar lo que lo llena, lo que le da vida. Lleguen a este hogar usando su carácter y no se queden enredados en los prodigios que no tienen una base profunda con una visión que satisface los muchos aspectos complejos que construyen nuestras vidas. Es por esto que vengo a darles mis aprendizajes durante mi experiencia escolar en busca de mi Ítaca que creo que me han puesto por buen camino en esta etapa de cierre en el colegio.

Lo primero que he aprendido de mi experiencia en el colegio es que rodearse de personas valiosas es lo más

importante que hay para aprender y crecer. He entendido que las relaciones que uno establece con los demás son una de las fuentes de la felicidad. Sentirse apreciado y saber que uno tiene una base incondicional que apoya cualquier decisión que uno toma es un poder que se obtiene cuando uno cultiva afecto y amor genuino todos los días. He aprendido que las relaciones requieren trabajo y dedicación, no importa el tamaño de amistad o relación, si no se acepta, el motor el carro eventualmente parará de andar. He logrado entender que el humor y las risas son la fuente más saludable que hay para pasar un lapso de horas que se sienten como segundos. La buena compañía ciega las situaciones de dificultad. Situaciones como estar enterrados en un páramo a las ocho de la noche sin ningún tipo de apoyo, con los pies y las manos frías, sin esperanza de poder salir pero acompañado de personas con las que da gusto estar. Uno no es de un lugar en especial, uno es de donde lo quiere. Busquen este Itaca.

Lo otro que he aprendido en estos años de colegio es que hay que tener la habilidad de tomar pausas activas. Momentos en donde salimos de la cuadrícula por la que constantemente nos movemos y dejarnos llevar por los sentimientos cuando corresponde.

Y créanme, uno sabe cuando hacerlo. Crean en el flujo de la vida y no se preocupen tanto. Los invito a “chillarse” de vez en cuando y mirar las cosas desde otro punto de vista.

Me di cuenta de que en muchos casos estaba tan firme y convencido de algo que no tenía tiempo para enten-

der a otras personas y sus ideas. Sepan que de una forma u otra todas las personas tienen contribuciones valiosas. Hasta el día de hoy me ha costado llevar a cabo esta práctica, pero cuando lo he hecho me he dado cuenta de que el mundo en mi cabeza es tan pequeño, y que podría enriquecerse de una forma incalculable de otras personas. No se tomen a ustedes mismos con tanta seriedad, no hablen con tanto poder y sabiduría, y aprendan que tomarse un aire de vez en cuando es necesario. Busquen esta Ítaca.

Entiendo que muchos no están poniendo atención. Sé que muchos no están poniendo atención. Yo tampoco he puesto tanta atención en muchos momentos de mi vida escolar porque me estaba tomando el tiempo para darme una prolongada pero necesaria pausa activa.

Si se quieren tomar la pausa activa durante mi discurso, no tengo problema. Para los profesores y estudiantes que sí están escuchando, acá les dejo mi último gran aprendizaje de estos trece años de colegio:

El aprendizaje es que no compito con nadie. Compito conmigo mismo. No soy el mismo que era ayer, y por eso voy ganando. Muy, pero muy lentamente, voy mejorando y voy madurando en aspectos en los que se necesita mejorar y madurar para ser un adulto. Pero, ¿qué es un adulto? Para mí un adulto es alguien que sabe tomar decisiones pausadas que van de la mano con sus valores y con su integridad personal. Un adulto también es una persona que sabe leer el contexto en situaciones como las asambleas de discursos o en las

clases de un viernes por la tarde.

No tiene sentido que su competencia sea otra persona porque esa otra persona ha tenido un contexto distinto al suyo. Por eso, no se preocupe si alguien es mejor que usted en algo. Más bien ingénieselas para ser mejor que ellos en lo que ellos ganan.

Trabaje con más disciplina o busquese otra forma de ganarles.

Y si no lo hace, también está bien.

Haga lo que usted quiera hacer sin sentirse presionado por nadie, ni sus amigos, ni sus profesores ni su familia.

Busque esta paz en su vida que va a ser una fuente de mucha tranquilidad.

La tranquilidad no tiene precio. Busque esta Ítaca.

Bueno, eso era todo. Gracias por estar presentes hoy en la lectura de otro de los muchos discursos que hemos tenido el inmenso gusto de oír en este fabuloso año.

Simplemente les pido que no se descarrilen, busquen llegar a su idea de Ítaca apoyándose en amigos, pero no sean afanados, tómense todas las pausas activas que necesiten y lleguen a ese hogar antes que su “yo” del ayer.

///

Juan Nicolas Muñoz

“Criticar buscando cambiar el mundo es la inocencia máxima del ser humano contemporáneo. Criticar buscando desintoxicar el alma, en cambio, es una necesidad.”

Cuando yo llegué a Los Nogales el currículo agringado acabó haciéndome saber la causa de la vida mía: criticar todo lo habido y por haber y hacerlo a cabalidad, de suerte que si queda títere con cabeza se la hilo de vuelta y de vuelta se la vuelvo a mochar. Fuí, soy y seré, entonces, un hombre así: criticón, burlón, ramplón, desafiante, insultante, denigrante, impertinente, maldiciente, insolente. Y así y así y así, podría seguir atribuyéndome adjetivos a la buena de dios, haciéndolos propios del que aquí dice yo, del que hablará en cuenta propia a través de esta cháchara puesto que discurso, lo que se dice discurso, es lo que años ha pronunció un antioqueño lenguaraz apellidado Vallejo y nombrado Fernando. No bien florecía el Proceso de Paz que, en fin, terminó adquiriendo la misma utilidad de las tetas de los hombres y éste ya se había instalado enfrente de cientos y cientos de pacifistas para despoticar contra Juan Manuel Santos. ¡Qué maravilla! ¡Qué incendio! Les dio sopa y seco. Y de postre, a un pobre hijo de vecino que lo tildó de muy criticón pero poco solucionador, le zampó la siguiente frase: “Yo no vine aquí a dar soluciones porque yo no dañé esto. Yo vine a señalar hampones”. A mí se me hace que no yerra diciéndolo pues por qué quien critica debe brindar soluciones ¿A son de qué? ¿Cuando firmé el contrato donde me comprometía a ello? ¿O es que algún don nadie ha restablecido los inconmensurables desastres de Colombia, por ejemplo?

Pero a fin de que la frase sobresaliente de Vallejo deslumbre por sí sola, bastaría contrastarla con la

frasescilla tartufa de Napoleon Hill, escritor norteamericano mitad estúpido mitad verborrécico: “Nunca destruyas nada a menos que estés preparado para construir algo mejor en su lugar”, léase también: “Nunca critiques nada a menos que estés preparado para proponer algo mejor en su lugar”. ¿Esta pedacería de palabras arrejuntadas pretende negarme el libre albedrío a destruir si no seré capaz de reconstruir?

No soy muy dado a ser la demoleadora y a su vez la cimentadora, destructor y a su vez constructor. Si la regalada gana me dicta rajarse de alguien o algo, lo hago, e ipso facto, dejo el asunto en desbandada; pare de contar. Ha de venir alguien detrás de mí que reparta soluciones a diestra y siniestra dándole así, cuando menos, alternativa al problema que generosamente yo le hice notar.

Siete coma cuarenta y un millones de desamparados, siete coma dos millones de venezolanos exiliados, tres coma treinta y cinco millones de desempleados, quinientos setenta mil bebés hambreados, quince mil ochocientos ochenta y seis hectáreas de árboles talados, ciento treinta y cuatro mil extraviados, en consecuencia, cincuenta y un millones cuarenta y nueve mil colombianos derrotados. Colombia La Mala va superándose en sus hazañas día tras día, noche tras noche, va disputándose los primeros lugares en los escrutinios de bellaquería del planeta Tierra trazando a machetazos, a balazos, a madrazos, su condición de criticable. A pesar de lo consabido, hombre, todavía hay

quienes se rasgan las vestiduras preguntándome que qué saco criticándola las tres cuartas partes del día sin siquiera reconocer las cosas buenas. Para empezar, lo bueno que lo pavoneen otros; y para terminar, cantidades descomunales de irritación son las que se prodigan en tanto reniego del país que me cupo en suerte.

En realidad he aquí el verdadero motivo por el cual el curso de mi vida ha estado enrumbando, a lo que parece, hacia el desbarrancadero de la criticonería. Echar pestes de cuanta cosa lo merezca hace las veces de ejercicio catártico, purificador, poniéndole de paso la espalda a un mundo zozco que se ha empecinado en tapar el sol con un dedo. Y en mi modesta opinión, la de un corto de miras, echar pestes de cuanta cosa lo merezca no hace las veces ni de ejercicio de convencimiento ni de ejercicio de resoluciones.

Criticar buscando cambiar el mundo es la inocencia máxima del ser humano contemporáneo. Criticar buscando desintoxicar el alma, en cambio, es una necesidad. El mundo cambia por sí mismo, a su ritmo, a su cadencia, arrastrando la pesadez de los indecibles atropellos acumulados según ha ido girando durante cuatro mil quinientos millones de años. ¡Pero qué va a entenderme, qué va a entendernos a los críticos destructivos, la profesora que se la pasa invitándonos al más allá!

– Vayan más allá de los problemas, vayan más allá al proponer soluciones – declara la muy ilusa

¿Para qué ir más allá si lo que hay

más acá es el desastre de nunca acabar, el desastre irremediable? Total, ir más allá siendo de un paisucho de pasaportes dudosos que empiezan a oler a cocaína en cuanto uno desembarca en Roma Fiumicino, Madrid Barajas, París Charles de Gaulle o llámese como se llame el aeropuerto, ya es mucha cosa.

Volando alto, alto, alto, ascendiendo dejando atrás, abajo, el pandemionium de Colombia, un avioncito marca Avianca planea por sobre la hondura del Océano Atlántico. En la ciudad destino con los brazos abiertos o mejor, con los guantes puestos, deseosos los esperan una brigada de antinarcóticos ¿Qué creen que deducen? ¿Que están a pocas horas de aterrizar del país de las maripositas y las florecitas? ¡Qué va! ¡Puro cuento! Están a pocas hora de aterrizar del país que en virtud de su gente más verraca, los sicarios, ha logrado quedarse en pie en lo que respecta a los balances de homicidios por cada cien mil habitantes. Están a pocas horas de aterrizar del país que produce cocaína pero a lo grande, de a kilos, de a toneladas, camuflada a tuntas en el doble fondo de la maleta de un pordiosero. Al pordiosero lo sentencian aduciendo tráfico de estupefacientes, al capo lo preguntan hagan de cuenta, como quien pregunta por alguien inencontrable y el resto de la tripulación queda libre. Libre para que la atraquen a su regreso.

De esa serie de escenas impúdicas ya van siendo bastanticos años y los solucionadores y los críticos constructivos ¿Adónde se han ido? ¿Adónde se han metido? Una de dos: o se están

haciendo los de rogar como Jesucristo que hizo muy infeliz a mi abuela pues éste venía prometiendo su segunda venida a La Tierra y después de nueve años de mi abuela muerta todavía lo sigo esperando a nombre de ella. O, a falta de soluciones, prefieren achiquitar cuando no es que desaparecer la notoriedad del acabose colectivo en que hemos vivido en el transcurso de doscientos doce años.

¡Cuán extenso es mi amor por Colombia! De una extensión parecida a la de un hule que no se desbarata ni estirándose nueve mil ciento tres kilómetros, que son los que separan a Bogotá de Milán. A esa capital de la moda en la cual he sobrellevado cerca de la totalidad de los veinticuatro de diciembre, arribó mi tía materna huyendo del país suyo, del país mío, el de los tres millones de exiliados, el del seis por ciento de su población escapándose ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué la echó Colombia? Porque la lista de los hijos echados ha ido multiplicándose y qué más da uno más, qué más da uno menos, si al cabo quedan valiendo lo que un cero a la izquierda.

Las ganancias del exilio de la tía materna de la que estoy hablando han sido de toda naturaleza. Descontinuó, por decir algo, el apellido González. Por cuanto a los apellidos de sus hijos se refiere, fueron D' Marco a secas. De no haber nacido en Italia sino en Portugal, donde por lo general le anteponen el apellido materno al apellido paterno, el par de hermanos D' Marco habrían sido González D' Marco y no D' Marco a secas, y los González no nos hubiéramos descontinuado como

se nos ha descontinuado la esperanza a los ciudadanos del séptimo país más desigual del mundo.

Los países del mundo son ciento noventa y cinco a saber, salvo para los entorpecedores de la ONU que excluyen a Palestina en cuyo caso vendrían siendo ciento noventa y cuatro. En cualquiera de los dos escenarios, ciento noventa y cuatro o ciento noventa y cinco países, hacerse con el séptimo puesto en desigualdad es una hazaña sólo conseguible gracias a la gente echada para adelante.

Ah, y conquie les dio por creer que la gente echada para adelante es una especie endémica como el oso de anteojos o el cóndor de los andes ¡Otro cuento estúpido! Gente echada para adelante hay en todo el mundo: en Francia, en Alemania, en Madagascar, en Afganistán, todos unidos por el dolor de la vida. Lo único que tuvimos de endémico en términos de gentuza fue al bandolero más veterano entre todos los bandoleros del mundo: Manuel Marulanda alias Tirofijo puesto que donde ponía el ojo ponía la bala. Bueno, amén del zar de la droga más poderoso entre todos los zares de la droga de la historia: Pablo Escobar, que junto con Tirofijo querían parrandearse el país a costa de la alcahuetería de César Gaviria y Andrés Pastrana. A la postre lo malo – y entiéndase por lo malo el conjunto de la población colombiana – es de tal dimensión que lo bueno desaparece en ello.

Nogalistas, háganme caso: critiquen cuando puedan y cuando no, cuando hallen solución y cuando no lo hallen, critiquen hasta no dar abas-

to que un mundo carente de la raza critica es un mundo yéndose despacito, poco a poco, de atropello en atropello, de embuste en embuste, al garete. Muchas gracias.

///

Isabela Neyva

“Si hay algo que he aprendido en mi vida en este colegio es que los recuerdos compartidos son los que nos hacen sentir que pertenecemos.”

Últimamente he pensado mucho sobre lo difícil que es despedirme del colegio, porque me da miedo irme, porque no puedo decidir qué es eso que enserio voy a extrañar tanto. Y la verdad no tengo una respuesta, mis amigas, mis clases, los recreos, los partidos de fútbol. Todos son recuerdos que me mueven el corazón con solo pensarlos, pero todos tienen en común el pertenecer a un grupo. El hecho de que todos implican una relación con otras personas, donde soy yo pero somos juntos.

Para muchos o me atrevería a decir que para todos, la necesidad de pertenecer es fundamental. Desde una edad temprana, buscamos formar parte de grupos y comunidades, ya sea en el colegio, en el trabajo, en nuestras amistades, en nuestras relaciones románticas y en nuestras familias. Esta necesidad de pertenecer se relaciona con nuestro deseo de sentirnos conectados y de

tener un propósito en la vida. Para mí, pertenecer significa tener un lugar en el mundo, un espacio donde nos sentimos seguros y valorados por quienes somos. Significa tener una comunidad que nos acepta y nos apoya en todas nuestras facetas, ya sea en las buenas o en las malas. Pertenecer es sentir que tenemos un propósito y que nuestras acciones tienen un impacto positivo en nuestro entorno y en las personas que nos rodean.

Para mí, la pertenencia va más allá de tener un grupo de amigos o una familia. Se trata de sentir que formamos parte de algo más grande que nosotros mismos, algo que nos trasciende y que nos da un propósito. Pertenecer es sentir que nuestras acciones tienen un impacto positivo en la sociedad y en el mundo en general. Cuando nos sentimos parte de algo más grande, nos sentimos motivados a trabajar por un bien común, en lugar de enfocarnos solo en nuestros intereses individuales. La pertenencia es fundamental para nuestro bienestar emocional y para nuestra capacidad de crecer y desarrollarnos como seres humanos. Si bien es importante tener autonomía y ser individuos independientes, no podemos ignorar la importancia de tener una red de apoyo sólida y sentir que formamos parte de algo más grande. Cuando pertenecemos, nos sentimos conectados, valorados y seguros, lo que nos permite enfrentar los desafíos de la vida con fortaleza.

Y es que desde el más nogalista, hasta esa persona que siempre quiso llegar a once para graduarse lo siente. Todos de alguna forma fuimos víctimas del determinismo para terminar en

este lugar. Pero qué honor decir que soy nogalista, que honor poder decir que entiendo que significa poder saber que son los kleenex super absorbentes de Fernando, cual es la verdadera diferencia entre mijito y juicioso. Que honor decir que jugué en el dinosaurio y en el bosque de los bambús casando mariquitas. Que pertenezco a politeia y disfruté todos los intercasas y el único candelazo que tuve. Y que fui parte de un equipo de fútbol que me regaló las mejores amistades que pude pedir.

Los que me conocen saben que muchas veces fui esa que se metía a todo, estuve en muchas de las actividades del colegio. Round Square, Diversidad, Camp Nogalitos, Colombiando, fútbol, audicioné a la banda y al musical. Y más que por llenar mi tiempo de cosas que hacer buscaba sentirme acompañada y aumentar ese sentido de pertenencia que me daba una motivación hasta en los días más duros para crecer, seguirme esforzando no solo por mi sino por los demás.

El jueves pasado, jugué mi último partido de fútbol con mi equipo soñado y probablemente la familia más linda que me llevo del colegio. Y entre gritos, miedo y muchos sentimientos encontrados me sentí parte de algo más grande que yo misma. Al final del partido, entre lágrimas, y nostalgia me dijeron que de lo que nos acordaremos años después no iba a ser de si levantamos una copa o si no, sino de los sentimientos que percibimos todos los días que entrenamos o jugábamos.

Y es así, los recuerdos que compartimos con otros son unos de los lazos

más fuertes que pueden unirnos. Esas experiencias que vivimos juntos son como anclas que nos mantienen unidos, incluso si el tiempo y la distancia nos separan. Cuando miramos hacia atrás en nuestras vidas, son esos momentos compartidos con otros los que nos hacen sentir que pertenecemos a algo más grande que nosotros mismos. Cuando miro hacia atrás en mi tiempo en el colegio, me doy cuenta de que son los recuerdos en común los que han hecho que me sienta parte de algo. Son esas experiencias compartidas las que me han hecho sentir que pertenezco a una comunidad, y que he dejado una huella en ella también.

Así que, si hay algo que he aprendido en mi vida en este colegio, es que los recuerdos compartidos son los que nos hacen sentir que pertenecemos. A través de las risas, las lágrimas y todo lo que hay en el medio, son esas experiencias compartidas las que hacen que nuestra vida sea más significativa. Y por eso, siempre estaré agradecida por los recuerdos en común que he hecho en mi tiempo aquí, y por la sensación de pertenencia que me han dado.

No puedo expresar con palabras lo agradecida que estoy con este colegio por haber sido mi casa durante todos estos años. En este colegio he encontrado amistades que durarán toda la vida, profesores que me han inspirado, y una comunidad que me ha apoyado en cada paso del camino. Pero lo más importante de todo, el colegio ha sido mi lugar seguro. Aquí he encontrado apoyo y consuelo en los mo-

mentos difíciles, he tenido la libertad de ser y explorar quién soy yo misma y he encontrado la confianza para explorar y descubrir mis intereses y pasiones. A través de los altibajos durante 14 años, siempre he tenido un lugar donde sentirme segura y protegida.

Y así, a un mes de graduarnos, unas dos semanas más de clases, y después de entender que me queda la certeza de que sí pertenecí. Les digo que aprovechen el tiempo que les queda para seguir formando recuerdos que los ayuden a sentirse nogalistas. Que valoren los momentos y recuerdos que construimos inconscientemente todos los días, porque son los que realmente nos marcarán y nos harán sentirnos miembros de algo más grande. Me voy feliz porque la Isabela de cuatro años que entró en este colegio encontró un lugar donde pudo dar de ella para formar una comunidad, donde perteneció y a donde quiere seguir perteneciendo siempre. Gracias por ayudarme a entender que ser nogalista es un sentimiento que se lleva en el corazón, no solo en batuta y en finales de Uncoli, sino siempre. Gracias.

///

Pablo Novoa

“Empiecen a experimentar y a salir de su zona de confort porque cuando menos lo esperen, el tiempo habrá pasado y se arrepentirán de no haber vivido nuevas experiencias.”

A pocos pasos de cruzar la línea final y cerrar la puerta de esta etapa tan querida y tan nostálgica cuyo valor trasciende el plano nombre “colegio”, me pregunto si mi tiempo aquí valió la pena y hasta qué punto este fue realmente memorable. Pero más apremiante aún es el pensamiento disruptivo de no haber aprovechado al máximo estos años, de haberme perdido momentos que no volveré a vivir y de no tener los suficientes recuerdos para mirar atrás y recordar todo lo importante que ha pasado en estos últimos siete años. A grandes rasgos, los recuerdos definen, delimitan y dan una idea general de quién es una persona, lo que ha vivido y lo que la diferencia del resto. Más allá de ser simples anécdotas, los recuerdos son como cubitos de hielo que capturan y congelan momentos dignos de ser guardados en un librito para la posteridad. Aunque a esta edad no le den mayor importancia a tener un librito de recuerdos que puedan ver en retrospectiva, dentro de diez, treinta o incluso cincuenta años a todos les llegará la aterradora duda sobre si la cantidad de recuerdos que pegaron en este fueron suficientes o si han podido y querido agregar más.

Cuando se piensa en la infancia, se construyen imágenes borrosas de un tiempo despreocupado donde solo importa pasarla bien y disfrutar cada segundo. Ahora mismo, supondría que todos ven este tiempo pasado con añoranza y felicidad por lo que lograron. De no haberla embarrado ocasionalmente en esta etapa, de

haber vivido una vida juiciosa y monótona, ninguno tendría en este momento recuerdos inolvidables de hacer pendejadas, de hacer maldades, que al fin y al cabo son las cosas que eventualmente recordarían y llevarán consigo por toda su vida. Los eventos rutinarios pasan una y otra vez todos los días, por lo que son hechos banales que no trascienden a la memoria y no serán recordados con claridad ni importancia en el futuro. En cambio eventos extraordinarios, como aquella navidad cuando casi atrapo a Papá Noel o viajar a un lugar nuevo en vacaciones, generan una serie de recuerdos imborrables dado que son experiencias excepcionales e incomparables. Por lo que viajar y hacer travesuras de pequeño son unas de las experiencias más significativas que uno puede tener en la vida. Las vacaciones son recordadas con un anhelo de volver porque son momentos que desafían y rompen la monotonía de la cotidianidad y lo obligan a uno a explorar lugares desconocidos. Naturalmente recordarán con mayor intensidad e interés sus vacaciones de diciembre a un febrero 28 de 2023 cuando tres niños de once les hicieron pasar frío y sueño para oír tres discursos que se han vuelto rutina desde el segundo martes del año.

Lo memorable de los recuerdos no es siempre lo que pasa en sí sino el hecho que son momentos que nunca antes habían acontecido y que entre su extraordinariedad, su tragedia y el escape inadvertido de la rutina, permiten que el cerebro pueda discernir qué debe guardarse con claridad en

el librito de recuerdos y qué otros eventos intrascendentes se deben guardar vagamente en el apartado de recuerdos secundarios desechables.

Ante situaciones retadoras o incómodas, es normal postergar, prorrogar y a veces hasta no hacer las cosas por el miedo de no ser suficientemente bueno, lo cual es una excusa ambigua que esconde en el trasfondo el miedo a fracasar, que deja atrás el remordimiento de no haber tratado, más no el recuerdo de la experiencia perdida. Por ejemplo, yo he venido aplazando el momento de sentarme a escribir este discurso desde agosto por la presión de hacer un escrito medianamente aceptable. Hasta que me di cuenta que lo que me impedía hacerlo no era no tener buenas ideas sino tener miedo de fracasar y decepcionarme a mí mismo. Por eso hasta hace poco empecé a redactar y a plasmar mis ideas en una hoja sin la expectativa de hacer una obra maestra que eventualmente resultó en el discurso que están oyendo hoy.

Es imposible tener control absoluto sobre las cosas que uno hace, sobre las cosas que las personas piensan y sobre las cosas que podrían llegar a pasar en el futuro. No obstante, es posible tener control sobre lo que uno se dice a uno mismo, lo que nos disuade a hacer cosas que queramos y lo que nos impide atrevernos a vivir experiencias insólitas y a formar recuerdos de estas. Esto último lo aprendí hasta hace poco y un poco a las malas en el último intercasas.

Debo confesarles que uno de mis mayores traumas, que me perturbó por muchos años, fue el momento

justo antes de rotar a la estación de la maraña en intercasas. Un momento lleno de sentimientos encontrados y miedos de años pasados que se estrellaban con no querer ni acercarme a dicho lugar por el miedo que mi excusa insignia de tener gripa no funcionara con los capitanes del grupo. Me enfrentaba a la decisión de escaparme y reintegrarme después de un rato o decir excusas y babosadas verosímiles para no tener que mancharme y quedar sucio después. Mi trauma venía y se iba con cada año que pasaba, hasta que hace un año dejé de ser un simple participante a ser el capitán de mi grupo. Ante este repentino ascenso de posición tenía que escoger entre desafiar el status quo, meterme al lodo y ensuciarme, o inventarme la excusa más rebuscada para no pasar y de alguna forma quedar bien con los demás. Entre la presión de mi nuevo cargo y el no querer decepcionar al resto del grupo, decidí meterme a esa maraña caliente en la última estación del mítico evento porque después de todo, quién se iba meter a ese campo de obstáculos, al estilo militar, si ni el capitán se atrevía a meterse. Siendo sincero, odié la sensación, no pude ni siquiera almorzar ese día por el intento fallido de quitarme el lodo con agua del lavamanos y los pocos papeles que quedaban. Si bien sufrí desde que salí hasta que pude bañarme en mi casa, si no me hubiera metido por miedo a lo desconocido, hubiera salido del colegio sin un recuerdo obligatorio como es meterse, al menos una vez, a la maraña para disfrutar

y sufrir lo que implica arrastrarse en una piscina de barro y estar sucio y pegachento por el resto del día.

A lo que voy con esto es que a diario nos atenemos a hacer todo aquello que desafía el status quo, que nos saca de la rutina y nos bota a una piscina de incomodidad llena de temerarias nuevas experiencias. Aunque la mayoría de las veces necesitamos un empujón para saltar a esta piscina, los invito a que se atrevan a saltar por sí mismos y aprendan del particular encanto que es vivir experiencias desafiantes que terminan, en la mayoría de los casos, en recuerdos para toda la vida. Porque botarse al agua de vez en cuando, apropiarse de lo inusual y vivir experiencias nunca antes experimentadas, es una forma divertida y eficaz de crear recuerdos duraderos que, entre risas y tragedia, van y vienen pero siempre quedan plasmados en ese librito que se va llenando con cada experiencia impactante que vivan. Al fin y al cabo pararse en frente de todos ustedes a la espera de que no se queden dormidos con esta cháchara que llamé discurso, es claramente un recuerdo destacable que guardaré en mi librito de recuerdos, pues leer un discurso frente a esta cantidad de personas no es cosa fácil, ni pasa todos los días.

Tomen estos años que les quedan como una hoja en blanco, una hoja que solo se va a llenar con los recuerdos que ustedes estén dispuestos a escribir sobre esta. Es su decisión vivir lo que les queda al máximo y expresar cada segundo que puedan, o dejar que estos pasen desapercibidos

sin ser aprovechados. Les puedo asegurar que eso del síndrome de once sí es verdad, y es cosa seria, pues esa idea del comienzo del fin, que se mete desde el primer día, les abre los ojos y les hace caer en cuenta del reloj acelerado que los persigue y está a punto de acabar cuando menos se lo imaginen. No esperen hasta once para hacer todo lo que han querido pero se han abstenido a hacer. Los invito a que se adelanten a ese momento tan estresante, que es darse cuenta que esta época se acaba, y empiecen desde ya a aprovechar, a vivir y a crear recuerdos con todas las personas que quieren y aprecian.

Aunque sería agradable que todos recordaran mi discurso y que este quede guardado en su memoria, yo solo espero que este les haya dado la oportunidad de abrir sus ojos para evaluar su vida y juzgar si la están viviendo de la mejor forma posible o podrían soltarse un poco para aprovechar y maximizar la cantidad de recuerdos con la que saldrán del colegio y de futuras etapas que se avecinan. Porque créanme que de lo que más me arrepiento en este momento, es de no haber aprovechado cada actividad del colegio, cada fiesta, cada momento perdido al que no fui, y me perdí, por simple pereza o cualquier otra excusa floja que me inventé por el miedo de no tener control absoluto sobre lo que pasaría o podría llegar a pasar. Yo sé que suena tonto y tal vez un poco irrelevante, pero de todos los recuerdos que me quedan de esta etapa en el colegio, los más significativos, y de los que seguramente me reíré cuando vejo, son aquellos

momentos espontáneos e imprevistos que me tomaron por sorpresa y me llevaron a vivir experiencias nunca antes imaginadas. Así que salgan, atrévase, hagan el oso o bueno solo si son lo suficientemente valientes y valehuestas. Pero lentamente, empiecen a experimentar y a salir de su zona de confort porque cuando menos lo esperen, el tiempo habrá pasado y se arrepentirán de no haber vivido nuevas experiencias. Gracias a todos los que de una u otra forma han influido en quien soy y han sido partícipes de estos recuerdos que he empezado a recopilar para empezar a pegar en el capítulo “colegio” de mi librito de recuerdos. En pocas palabras, dejar el miedo por la incertidumbre, por la incomodidad y por lo inesperado es fundamental para vivir momentos únicos e inigualables, que a la larga es lo que distingue a un recuerdo efímero de uno realmente memorable. Muchas gracias.

///

Antonia Páez

Reinventarse cuando la vida se ponga dura, no se queden el piso, busquen la fuerza para levantarse y empezar a buscar nuevas cosas que los hagan sentir vivos.

La vida se trata de reinventarse y los cambios son inevitables. En menos de dos semanas nuestras vidas serán otras y nos enfrentaremos a una de las mayores transiciones posibles. Muchos ven esto con miedo y otros con

emoción; sin embargo, esto no cambia que sí o sí nos vamos a graduar y que este capítulo que estamos viviendo se acabara y empezara otro. Pero este es solo uno de los muchos cambios que vendrán en la vida, es por esto que me gradúo con el entendimiento de que lo único que uno tiene que hacer para vivir feliz es reinventarse.

Hoy en día vivimos en una época de evolución en la que es fundamental para cada persona adaptarse a todos los cambios en la sociedad. Es vital que nos adaptemos para poder sacarle provecho a la vida y ser miembros activos de esta. Al no recibir estos cambios con la mente abierta dispuestos a aceptarlos y aprender a convivir con ellos, nos quedamos entonces estancados en un mundo de pocas posibilidades. Es por esto que el colegio pone como prioridad darnos estrategias para adaptarnos a este en constante movimiento. Es esencial para mantenerse relevante, competitivo y aprovechar las oportunidades emergentes. Las personas que se niegan a esto y no se reinventan se quedan atrás y pierden la habilidad de prosperar.

Sin embargo, más allá de lo que debemos hacer para poder sobrevivir en este nuevo mundo, la capacidad de reinventarnos con el tiempo nos ayuda con la satisfacción personal. La vida es muy larga y llena de obstáculos y apenas estamos empezando. Si decidimos hacer lo mismo que llevamos haciendo estos últimos años en la próxima etapa de nuestras vidas pararemos de vivir y solo existiremos.

Lo que hace un humano sentirse vivo, realizado y satisfecho es poder afrontar los desafíos que la vida le pone y salir adelante de la mejor manera posible. Reinventarse se trata de exigir más, se trata de descubrir nuevos intereses, tomar nuevos caminos, y hacer cambios significativos que te permitan llenar tu vida. Esto implica salir de la zona de confort para explorar nuevos intereses y pasiones.

Para los de 11 nuestras vidas se van a transformar y lo que nos llenaba acá probablemente no lo tendremos en donde vamos a estar. La solución no está en victimizarse y quejarse de la vida tan dura que les tocó. La solución está en buscar nuevas cosas que los hagan sentir, feliz, nuevas cosas que te reten, nuevas cosas por las cuales vivir.

Hoy en día la competencia en todas las áreas laborales y de la vida es muy dura. Lo que diferencia a los mejores del resto es su capacidad de adaptarse y reinventarse en las adversidades que les presenta la vida. En el ambiente que crecemos entendemos que más allá de los conocimientos, la habilidad más importante del presente y del futuro es la creatividad, es la forma de buscar nuevas formas de hacer las cosas, de salir del hueco que estas y empezar a construir desde cero nuevamente.

Pero reinventarse a través de los años no solo implica esta manera de adaptarse, sino que también explora nuevas formas de pensar. Es desafiar las ideas preconcebidas y romper las barreras mentales para así dejar fluir

los pensamientos sin ninguna limitación. Esto nos permite buscar soluciones creativas, pero eficaces a los problemas que enfrentamos. Al estar abiertos a reinventarnos nutrimos nuestra curiosidad y nos disponemos a experimentar y probar más. Para mí que el colegio no ha enseñado que la inteligencia no es quien sabe más números, sino aquel aquel que forma muchas conexiones. Y para esto se necesita creatividad para entrelazar ideas y conceptos aparentemente no relacionados.

Nogalistas: el cambio da miedo y siempre lo dará lo importante, sin embargo, es no quedarnos con este miedo, poner la cabeza en alto, mirarlo a los ojos y enfrentar las adversidades con todas las capacidades que en estos años nos han enseñado. Reinventarse cuando la vida se ponga dura, no se queden el piso, busquen la fuerza para levantarse y empezar a buscar nuevas cosas que los hagan sentir vivos.

///

Daniela Pardo

“Todo parece normal a primera vista, es cuando logramos abrir más los ojos, para lograr observar con detenimiento, cuando las cosas empiezan a adquirir mucho más valor. Es lograr recuperar la capacidad de asombro frente a lo simple y lo pequeño, lo que nos devuelve la magia del mundo.”

Para el momento en que termine de leer este discurso, la Tierra habrá girado 140 kms; cerca de 950 bebés habrán nacido; 22 millones de búsquedas se habrán hecho en Google, y más de 5 millones de árboles se habrán talado alrededor del mundo. Sí, todo esto habrá pasado en tan sólo cinco minutos ¿No les parece increíble?

A veces me gustaría devolver el tiempo para volver a ser pequeña. No solo porque quisiera que el ratón Pérez me volviera a dejar un regalo debajo de la almohada cada vez que se me caía un diente, sino también porque me gustaría vivir de nuevo en un mundo donde el asombro se apoderaba de mí cada vez que veía, sentía o pensaba algo.

Un mundo donde algo tan simple como ver un atardecer, una mariposa o una película de Disney era algo increíble. Un mundo donde pensaba que la violencia así de cruda no existía. Pero también ese mundo donde vivía pensando que cuando fuera grande iba a tener el pelo más largo que Rapunzel, y que algún día iba a poder encontrar el tesoro al final del arcoíris.

Ese mundo en el que vivíamos cuando éramos pequeños era mágico y la verdad es que nunca ha dejado de serlo, vivimos en el “mismo mundo” después de todo. Lo único que ha cambiado es el hecho de que ya no nos asombran las cosas. No nos asombran porque hemos entrado a un modo de piloto automático en el que andamos por la vida desconectados, dando todo por hecho y creyendo que ya lo conocemos todo y nada es nuevo.

A medida que vamos creciendo, perdemos poco a poco el poder más grande y valioso de todos, el poder del asombro. Empezamos a normalizar cosas que vemos, sentimos y pensamos hasta tal punto que ya ni siquiera nos interesa saber el porqué o siquiera cuestionarnos el cómo.

Pero aún más peligroso: comenzamos a vivir en un mundo cuadrulado, donde nos encasillamos a las historias que empezamos a creer desde que somos chiquitos. Ese lienzo en blanco que fuimos alguna vez, lleno de asombro y locura, se va rayando con líneas cada vez más gruesas, que encasillan pensamientos e incluso tienen el poder de empezar a determinar acciones.

Es como si nacióramos sin unas gafas, que se van creando conforme vamos creciendo, y sin las cuales seríamos incapaces de ver nada. Unas gafas que tienen un lente azul o rojo, que nos obligan a ver el mundo de ese color, aunque haya muchos más lentes disponibles. Pero esto no lo sabemos, porque quitarnos las gafas es imposible... no veríamos nada.

Tómense un momento para mirar a su alrededor, es posible que solo vean a las personas que están a su lado o las paredes del gimnasio. Pero alguna vez se han puesto a pensar: ¿Qué pasa si vemos las cosas con unos ojos diferentes y nos dejamos llevar por nuestro niño interior?

Mirar las cosas sin obviar su existencia o su razón, mirar las cosas como si lo hiciéramos por primera vez. Que en vez de ver solo a una

persona y dejarlo ahí, empecemos a pensar en lo mágico que es el hecho de que nuestro cuerpo alguna vez fue del tamaño de un granito de arroz.

O tal vez, en lo increíble que es nuestro cuerpo al ser capaz de tomar acciones y decisiones por sí mismo. Este mismo cuerpo es capaz de crear 25 millones de células nuevas por segundo. Tal vez no sabían, pero dentro del ombligo hay miles de bacterias que forman un ecosistema equivalente al tamaño del Amazonas. Así de increíble es el cuerpo en el que vivimos.

Miramos alrededor y no nos damos cuenta de que somos parcialmente ciegos. Con el tiempo pensamos que ya sabemos todo, y que solo cosas extraordinarias tienen el poder de sorprendernos y dejarnos con la boca abierta.

Pero, ¿Será que tenemos que vivir en un mundo lleno de cosas extraordinarias para sorprendernos? ¿Tenemos que ver algo fuera de lo común?

Hace unos días, por curiosidad propia, decidí preguntarles a varias personas qué les impresionaba o más bien qué les parecía increíble del mundo, algo que no entendieran. Fue interesante ver cómo muchas de las personas, me atrevería a decir todas, se quedaron pensando un rato, tratando de encontrar una buena respuesta. El cuerpo humano, el mar, el espacio y los animales fueron algunas de las respuestas que recibí.

Aparte de los que dijeron no sé, o simplemente nada. Una parte de mí no entendía, no entendía cómo una persona podía solo no sorprenderse.

Pero lo que más me dejó pensando, fue ver cómo cambiaba drásticamente la respuesta dependiendo de la edad de la persona.

Ver cómo una niña de pre jardín me respondió emocionada, sin analizar tanto su respuesta, que le asombraban las ballenas. A comparación de las personas más grandes que no tenían claridad alguna y precisaban más información acerca de la pregunta.

Perdemos el asombro a medida que pasa el tiempo porque, cada vez más, estamos ocupados pensando en las tareas o distracciones diarias. A diferencia de cuando éramos chiquitos, ahora tenemos otras cosas por hacer, pero, aun así, en ese entonces no había ni que sacar tiempo para asombrarnos.

Pero, ¿será que podemos hacer algo para que nos asombren las cosas? ¿Habrá alguna manera de recuperar la inocencia perdida? ¿Tenemos control alguno sobre esta emoción?

El asombro es la capacidad de percibir lo excepcional y lo impresionante en todo lo que nos rodea. Requiere de unos ojos que estén conectados a una mente humilde, capaz de sentirse como una gota de agua en el mar frente al universo. No estoy diciendo que salgan de acá diciendo que cada cosa que ven les va a parecer increíble, porque esto no se fuerza, sale natural y espontáneamente.

Todo parece normal a primera vista, es cuando logramos abrir más los ojos, para lograr observar con determinimiento, cuando las cosas empiezan a adquirir mucho más valor. Es lograr recuperar la capacidad de asombro

frente a lo simple y lo pequeño, lo que nos devuelve la magia del mundo.

Que en vez de ver el mismo árbol que vemos todos los días en el recreo, nos tomemos un tiempo para pensar que dentro del tronco está subiendo agua que llega a las hojas, y que dentro de las hojas, el agua llega a las células donde organelos trabajan constantemente, y que estos organelos están hechos de átomos compuestos por un montón de electrones. Y la cadena continúa.

Hace unos días leí un artículo de un libro que cuenta la historia de un niño esquimal que es capaz de ver un paisaje que tan solo tiene el color blanco. Sin el verde de las hojas, el azul del cielo o el rosado de las flores, solo blanco.

Los esquimales, por ejemplo, son capaces de percibir hasta 30 tonalidades de blanco diferente en la nieve, el hielo, y sus alrededores ¡Sí, 30! Pero no lo logran porque sus ojos sean diferentes a los nuestros, lo logran porque saben observar y se toman el tiempo de mirar a su alrededor.

Vivimos en un planeta, en 1 de los 100 mil millones de planetas que están en la Vía Láctea, que es, a su vez, 1 de las —aproximadamente— 100 mil millones de galaxias en el universo. Un planeta llamado Tierra, del cual el ser humano tan solo representa el 0,004% de su historia, y que es 100 trillones más pequeño que lo que se puede ver del universo. Un planeta que puede llegar a caber 1 millón de veces dentro del sol, esa misma estrella que, en 5 mil millones de años, dejará de brillar.

El asombro siempre está justo al frente de nosotros, tan fácil como la próxima vez que veas el cielo por la noche, solo pregúntate qué tan grande es el universo. O tan solo mira a tu alrededor y piensa en lo increíble que es cada cosa, porque perfectamente podría solo no existir nada.

Sin asombro, no hay absolutamente nada. No hay una visión auténtica del mundo, que sea capaz de escribir páginas, solo podrá llenarlas con ideas prestadas de personas que sí tuvieron la capacidad del asombro.

La Tierra acaba de girar 140 kms, acaban de nacer 950 bebés, 22 millones de personas buscaron algo en Google y más de 5 millones de árboles fueron talados alrededor del mundo. Sí, todo eso pasó en tan solo cinco minutos, mientras yo les contaba por qué la magia del mundo va desapareciendo poco a poco ¿No les parece increíble?

///

Martina Peña

“Todos ven el mundo de su propia manera y de la manera en la que su pequeña voz los guíe. En esos momentos en los que sentimos que el mundo está en contra tendemos a solamente pensar en nosotros mismos y en nuestra perspectiva como la única.”

Cada persona es el personaje principal de su propia vida. De pequeña, cuando hablaba con mi mamá,

me sentaba a contarle mis pequeños problemas, le decía que me daba miedo un examen o que la prueba de resistencia era al siguiente día y no quería correr. Son cosas triviales si las pensamos en el gran e infinito universo, pero para mi yo pequeña y a veces para mi yo de ahora son problemas que me estresan. Mi mamá me decía que me tranquilizara que “todos han pasado por lo mismo”. Esa frase me enerva hasta el día de hoy, claro que todos hemos estado estresados por un examen y claro que hay cosas que nos pueden estresar y que no queremos hacer pero no por eso significa que mi estrés sea más pequeño. Para mí en ese momento el examen era el fin del gran y extenso universo, y qué me iba a importar si a todos les había estresado un examen si para mi ese era el fin del mundo.

Conforme fui creciendo me di cuenta de que en verdad mi mamá podría tener razón. Empecé a pensar en esa idea de quizás no ser el centro del universo. De que quizás cuando me decía esas palabras era su manera de expandir lo mucho que me cegaba por el estrés. Y siento que es normal, que en momentos de estrés solo nos enfoquemos en nosotros mismos, que solo pensemos y los problemas nos parecen gigantes. Pero conforme crecí me quedé pensando en esa idea de ser el centro del universo. Me quedé pensando en esa idea de cerrarse al resto del mundo, de pensar solamente en nuestra perspectiva.

Siento que es normal, solo escuchamos nuestros propios pensamientos y al menos para mí fue un

gran choque cuando me di cuenta de que todos tienen una pequeña vocecita en sus cabezas., su propia voz interior que les habla de sus propias vidas. Esto hace que tengan su propia perspectiva en las cosas.

Todos ven el mundo de su propia manera y de la manera en la que su pequeña voz los guía. En esos momentos en los que sentimos que el mundo está en contra tendemos a solamente pensar en nosotros mismos y en nuestra perspectiva como la única. Tendemos a pensar que el mundo decidió estar en contra nuestra y que el gran y extenso universo se compone de solamente dos ideas: lo que nosotros pensamos y lo que el resto piensa. Una actitud de yo contra el mundo.

Este estado siento que es un extremo, un extremo que no es divertido y siento que tendemos a sufrir de ese estado bastante seguido. Es el estado en el que levantamos todas nuestras barreras y evitamos a toda costa dejar que alguien entre.

Siento que es muy entendible. El problema es quedarse ahí, seguir ahí, seguir ciegamente la narrativa de ser yo contra el mundo. Una cortina que engecece la realidad.

Rápidamente, esta narrativa se invierte: ya no somos nosotros ante el mundo, sino que es el mundo en contra nuestra. Se vuelve una mentalidad donde el resto está equivocado y yo al ser la única persona portante de la verdad entonces debo estar en lo correcto. El mundo está equivocado y yo soy la única persona que tiene la razón. En este caso se de ya culpar

a los demás no es suficiente, ahora entramos en esa ilusión del personaje principal, entramos en esa ilusión de que el mundo quiere atacarnos personalmente. Ahora no es solo un complot de las personas a nuestro alrededor sino que el sistema también va detrás de nosotros.

En ese estado la persona afectada por el fenómeno decide que el ambiente es el culpable y empieza entonces a buscar un cambio de ambiente. Busca y busca y esa misma cortina no se quita, solamente se vuelve más gruesa, pues se alimenta la ilusión de que el ambiente es el completo culpable. Ese odio que este fenómeno genera solamente se ve aliviado por la idea de que cuando todo cambie entonces todo será mejor, pero no importa cuánto cambien de ambiente. Porque cuando cambien de lugar y empiecen de nuevo va a ver la cortina otra vez se van a volver a cerrar, y el estrés va a hacer que el fenómeno vuelva a aparecer y otra vez las murallas crecerán.

Este fenómeno tiene muchos efectos secundarios, afectan muchas partes de nuestras vidas. El principal de estos es el no poder disfrutar de momentos genuinamente felices. No deja que disfrutemos de momentos en los que podemos abrirnos y descubrir. El segundo es un sentido de superioridad, un sentido que viene de la comparación constante con el otro, no con la aprobación propia sino con la idea de tener que “bajonear” a los otros y verlos como inferiores.

Para salir de este fenómeno no hay cura específica, ya que esta es dife-

rente para cada persona. El primer paso: entender que están sufriendo del fenómeno de vivir ensimismados.

Para salir del fenómeno no hay una receta definida porque cada persona tiene su tiempo y su propio camino. Probablemente el paso más difícil pero a su vez el más importante es el aceptar que estás en el fenómeno o que ya saliste. Después de salir de este existe una época de acoplamiento donde estarás viviendo la secuela del fenómeno. La cual es intentar presumir y desesperadamente ganarse la aprobación de la gente a la que tanto odio le tenias.

No quiero apurar a nadie pues como dije es un proceso que no tiene tiempo, pero salir del fenómeno es lograr dejar de culpar al mundo y apreciarlo por lo que es. Apreciar a tus compañeros y a tus profesores, apreciar todo lo que el colegio puede dar, apreciar los últimos o primeros momentos sin pensar en una idea del resto pero propia. Apreciar a la promoción, los intercasas, las jornadas atléticas, las conversaciones al almuerzo y esos pequeños momentos que sin razón se odiaban.

Cuando una persona sobrepasa el fenómeno logra empezar a disfrutar, logra salir del panorama de ser el personaje principal y logra entender que el dicho de “todos han pasado por lo mismo” no es compararse con el resto sino entender que está bien sentirse estresado pero no caer en el fenómeno. Salir del fenómeno es entender qué es estar en un increíble colegio y entender que me voy a graduar con una promoción que amo infinitamente. Salir del fenómeno es lograr entender que el universo es efectivamente grande y extenso

pero eso está bien y que la vocecita de cada persona es algo maravilloso que llena el mundo de diversidad de opiniones. Salir del fenómeno es apreciar lo mágico que es que alguien piense diferente a ti y entender lo mucho que cada persona tiene para ofrecer. Pero lo más mágico de salir del fenómeno es el hecho de poder descubrir personas, de descubrir y encariñarte con personas que jamás te hubieras imaginado pero ahora no sabes cómo vivirías sin ellas. Gracias.

///

Isabella Ramírez

“La forma en que cada individuo disfruta esas cosas pequeñas son las que realmente le dan valor al porqué nos levantamos por la mañana.”

¿Por qué nos levantamos por la mañana? Aparte de la razón obvia de tener que ir al colegio, ¿por qué nos levantamos? Siento que entre más simple la razón mejor porque no nos las damos de existencialistas inventándonos explicaciones del más allá de cómo la vida me llamó a ser tal cosa. Puede ser algo tan simple como comer arepa o bañarse con agua caliente. Incluso, puede ser para ver a la traga que nunca le va a parar bolas a uno.

Digo esto porque desde que comenzó once, me di cuenta no solamente del grave error que fue no meter economía en 10, sino de la

importancia de tener propósitos simples para levantarse por la mañana.

Todo comienza con una secuencia de eventos que inicia con un escalofrío que pasa hasta por el inconsciente que conlleva a un impulso con el que decimos “bueno, ya...” procediendo a quitarnos las cobijas. Ese impulso que duele porque venimos de un lugar feliz a sentir el frío de Bogotrash o, peor aún, para los que viven en Chía, es en lo que me quiero concentrar hoy.

Yo categorizo los propósitos que llevan al impulso en dos. Los positivos y los negativos. Los positivos hacen la acción de levantarse mucho más fácil y placentera. Consisten en una ilusión o emoción que se genera en alguno de los lugares del cerebro que, como nos enseñó Camilo en CAV, generan serotonina. Esto facilita el proceso de levantarse.

Para mí, pensar que voy a comerme la quesadilla con queso parmesano que hace mi mamá, me hace querer levantarme.

Pensar en que voy a entrenar volleyball con el equipo por el que nadie daba un peso, pero que aún así logró lo imposible, hace que me quiera levantar.

Ver que va a haber sopa mexicana de almuerzo me hace levantar.

Hacerle caras a Rolf y decirle lo cu-chis que está, me hace levantar.

Saber que voy a llamar a mi papá cuando llegue del entrenamiento, me hace levantar. Pueden ser razones superficiales y simples, pero analícenlo un poco más: hay mucho más allá del impulso de la sopa mexicana.

Pero antes de adelantarme a eso, voy a hablar un poco de los propósitos “negativos”. Estos hacen que el proceso de pararse de la cama sea un poco más largo e intenso. Se caracterizan por generar un tipo de sufrimiento extra en las personas que afecta. Al final del día, estos pueden hacer que uno ni siquiera se levante, pero la mayoría de estos tienen un nivel de urgencia alto los cuales los hacen efectivos.

El examen de química de hoy me hizo levantar.

Acabar el estudio de economía me hace levantar.

Los jueves, en general, por más horribles que sean, me obligan a levantarme porque está la expectativa de ¿qué va a pasar en el colegio?

Sí no se han dado cuenta siempre que uno falta algo extraordinario sucede y me levanto para no perdermelo.

Hace unos momentos les dije que les iba a explicar qué había detrás del impulso generado por la sopa mexicana. Detrás de todo lo simple hay una telaraña muy complicada de explicaciones y metas a largo plazo. Por ejemplo, las personas que estudian mucho para entrar a una buena universidad. Ellos hacen cosas simples que conllevan a una conclusión mucho más profunda. Pero es mucho mejor ir a rematar un rato y disfrutarlo, que estar luego pensando en que si no entreno, no voy a jugar bien y que por eso perdimos contra las pachas.

Los seres humanos tenemos la tendencia a sufrir por pensar de más las cosas. Pero, ¿eso a dónde nos lle-

va? La respuesta es simple: a ningún lado. O bueno, puede llevarnos a llorar o hacer una playlist de canciones tristes para seguir llorando. No es que yo lo haga, claro. Pero para qué nos torturamos a nosotros mismos con cosas que ni siquiera han pasado, cuando puedes ser feliz con un brownie en el almuerzo. Eso es lo divertido o útil de simplificar las cosas; que no nos preocupamos de más.

Los amigos, la tarea de cálculo, la traga, o cualquiera que sea la razón simple por la que nos levantamos por la mañana, genera sentimientos instantáneos. Es mucho mejor tener emociones positivas a corto plazo, que malas a largo plazo, y al final del día, las buenas son hechas por esas cositas que nos hacen quitarnos las cobijas. O, si es una de las negativas, lo más seguro es que tengamos un buen sentimiento instantáneo porque salimos del problema rápido. No es que fuera a vivir miserable si no existiera el mango biche con limón. Es que voy a tener algo más en mi día por lo cual vale la pena levantarme. Piénsenlo; entre más sean las razones, propósitos o metas por las que se quieren levantar, más momentos instantáneos buenos habrá en el día, haciendo que tengamos emociones positivas a largo plazo.

Las cosas pequeñas tienen tanto valor porque son las que nos dan ese sentido de pertenencia. Las razones profundas pueden llegar a ser muy generales o aplicables para muchas personas. Me explico, las personas que hacen ejercicio. Muy adentro lo hacen para sentirse mejor con ellos mismos, por una tusa o porque los

distrae del estrés de la vida diaria. Pero la manera en la que lo hacen es completamente distinta. Unos corren 2 km, unos juegan basket, otros hacen abdominales, pero cada persona tiene una acción distinta.

Otros se levantan para abrazar a sus abuelos con el miedo de alguna vez perderlos. Pero cada uno lo expresa de manera diferente. Una persona puede hablar con ellos 2 horas, otros juegan parques; yo por ejemplo me levanto con la ilusión de ahogar a mi toto a besos.

Al igual que otras personas, yo tengo una razón profunda, pero me importa mucho más la manera en la que lo expreso porque es la que me genera a mí ese impulso de levantarme.

La forma en que cada individuo disfruta esas cosas pequeñas son las que realmente le dan valor al porqué nos levantamos por la mañana. La manera en la que a mí me emociona la sopa mexicana como a Lina no es la misma pero si puede serlo sí le dieras un crepe de jamón y queso.

Podremos generar el mismo nivel de serotonina pero lo que realmente importó fue que no lo hicimos de la misma manera. E ahí lo hermoso tener razones simples para levantarnos por la mañana. Nos genera un impulso. Y gracias a ese que vino después del escalofrío, conocí a Víctor que es uno de los mejores entrenadores que pude haber tenido, a amigas que me enseñaron lo que es la verdadera amistad, he vivido experiencias que me hicieron conocerme y aprendí que el mejor dormo no es el que uno tiene en su cama, sino en el bus por la mañana. Gracias.

///

Isabella Rojas

“Cada momento tarde o temprano se acaba y pasa a ser una memoria. Al recordar esos momentos es cuando uno se da cuenta que vivir tiene una magia inexplicable, y que lo que las sonrisas y las lágrimas tienen en común es que ambas hacen parte de sentirse vivo.”

El 18 de abril de 2005 mi mamá y mi papá corrían a la clínica para dar a luz a una bebé que aparentemente estaba sana. Mi mamá entró a parto y cuando por fin me dejaron en los brazos de mi papá, su sonrisa se transformó en un ceño fruncido. “La niña está morada” le dijo a la enfermera. Esta le responde con un “sí, es normal”, pero me agarra rápidamente y con cara de preocupación me lleva donde el médico.

Nací con transposición de grandes vasos. Básicamente las dos arterias principales que transportan sangre fuera del corazón, la aorta y la arteria pulmonar, se intercambiaron. Mi cuerpo no tenía sangre, mientras que mis pulmones estaban que se explotaban por el exceso de esta. Si no me operaban de inmediato, me iba a morir.

Tres días después me operaron. Fue una cirugía larga y complicada, pero más allá de la cicatriz, salí invicta. De pequeña nunca le dí muchas vueltas al asunto. Me operaron a los tres días de nacida y sobreviví. Era información dada en mi cerebro.

A medida que fui creciendo, fui empezando a formar mi propia personalidad y mis propios pensamientos. Empecé a creer firmemente que todo pasa por algo, pero nunca había logrado entender el por qué de esa cirugía. No comprendía por qué mi familia tuvo que pasar por tanto sufrimiento para terminar conmigo acá, sana y a punto de graduarme. Ahora, creo que lo entiendo. A veces la vida trae consigo cosas malas para que aprendamos de ellas. A mí, mi cirugía me enseñó uno de los aprendizajes más importantes que he aprendido en mis 18 años: a valorar la vida. La vida es frágil. Tan frágil como esa arteria minúscula que tenemos en el corazón.

Y más que hablar sobre lo fácil que puede llegar a ser no estar acá el día de mañana, quiero hablarles de la importancia de disfrutar el hecho de poder estar acá hoy. Sentados en este colegio escuchando lo que la generación 2023 tiene para decir.

Y sí. No es fácil. No es fácil aguantar el frío del colegio a las 8 de la mañana o la incomodidad de esas sillas. Llego un punto que lo convertimos en rutina, o peor aún, en supervivencia. Son incontables las veces que después de la pregunta ¿cómo estás? contesto, o escucho a gente contestar: sobreviviendo. Y si, pensándolo bien, eso es lo que hacemos. Nos levantamos todos los días a las 5 de la mañana para hacer la misma rutina de siempre. Nos aguantamos cosas que no nos gustan por el instinto de supervivencia. Algunos dejamos de ser nosotros mismos, porque es mejor pasar desapercibido que hacer el oso. Nos gusta estar en nuestra burbuja, en

lo que es cómodo para nosotros. Casi nunca hablamos con gente distinta. Vivimos en monotonía desde que nos levantamos hasta que nos acostamos. Este instinto de supervivencia para algunos, y me incluyo, en muchos casos viene de la mano de sobrepensar todo.

Nuestro cerebro está lleno de pensamientos. Todos acá tenemos automatizada la función del pensamiento en el cerebro. Pensamos cuando estamos en clase, pensamos en la casa, pensamos al tomar decisiones. Pensar es una de las funciones más necesarias de los humanos. Pero ¿qué pasa cuando se piensa demasiado?

Empezamos a querer tener todo calculado. Tenemos la necesidad de saber qué decir, cómo decirlo y cuándo decirlo. Todo por el miedo de decir algo mal o en el momento incorrecto. Desde hace algunos años, yo he sido así. Me acuesto en las noches y pienso en lo que pasó en el día. En todo lo que pude haber hecho o dicho mejor, o en todo lo que no dije. Algunas noches, me pongo a pensar en el futuro. En el día siguiente, el próximo exámen o cualquier otro evento en el que pueda cometer una equivocación o un oso. Y a veces, eso me genera una ansiedad que hace que no pueda dormir en paz. Irónicamente, después de pensar tanto en el tema, y de varios eventos inesperados que no le dieron entrada a mis ya elaborados planes de acción, entendí que no vale la pena.

En octavo, sabiendo que esta era la época de las fiestas de 15, le dije a mi papá que quería comprar varios vestidos para después no estar corriendo para conseguir un vestido

para alguna fiesta. Compré 6, de los cuales, gracias al COVID solo usé la mitad. Después de que Sofía Galofre me contara su experiencia al caerse en las escaleras de semestralizado su primer día de noveno al frente de todos los de 11, ideé un plan durante varias noches para no repetir ese suceso mi primer día de noveno. Tal vez si mi yo de pequeña supiera que puedo contar con una mano las fiestas de quince que tuvimos como generación, o que mi primer día de noveno fue en la casa, no hubiera gastado tanto tiempo pensando en cómo iba a ser. A pesar de todo, le agradezco a la pandemia por enseñarme que ninguna de las mil historias que me hago en la cabeza se acercan a la realidad y que no vale la pena gastar tanto tiempo pensando.

¿Cómo se ven en 10 años? Seguramente sus cerebros están creando una imagen mental de lo ustedes creen que estarán haciendo en el 2033. Pues déjenme decirles, lo más probable es que eso no vaya a pasar. En 10 años pueden pasar muchas cosas. Piensen en ustedes hace 10 años. Nunca hubiera pasado por nuestras mentes que una pandemia iba a llegar a interrumpir todos los planes que teníamos.

Dejen de intentar sobrevivir y de pensar cada aspecto de sus vidas. No sobre piensen situaciones que no han pasado, porque lo más probable es que algo inesperado pase y créanme, ni en mil noches de insomnio van a tener un plan para eso. Déjense llevar de vez en cuando y tomen decisiones a último momento. Está bien no saber que ponerse el día de la fiesta. Tengan

sus metas claras y vivan el día a día haciendo pequeñas cosas para lograrlas. Vivan al máximo en el presente y disfruten, porque las cosas solo pasan una vez. Lo mejor que uno puede hacer es aprovechar cada momento, porque lo más probable es que las circunstancias que rodean un momento no vuelvan a pasar nunca.

Este colegio me vio crecer, esforzarme, rendirme, reírme, llorar, y aprender. Hoy, a exactamente un mes de graduarme, puedo decir que tengo una cosa clara: nada es para siempre.

Los momentos buenos se acaban, intenten aprovechar esos momentos de magia. Gritar canciones en el carro con las ventanas abajo, sentir mariposas en el estómago de los nervios, sentir la piel erizarse al escuchar una canción, abrazar a alguien. Todo eso hace parte de la magia que tiene vivir, y al final es lo que nos llevamos.

Las cosas malas, el sufrimiento, la tristeza también pasan. El tiempo se encarga de llevarse cada cosa, y cuando eso pasa, uno mira hacia atrás y se da cuenta de que así como nosotros en el mundo, hasta las peores cosas son un granito de arena en la totalidad de nuestra vida.

Cada momento tarde o temprano se acaba y pasa a ser una memoria. Al recordar esos momentos es cuando uno se da cuenta que vivir tiene una magia inexplicable, y que lo que las sonrisas y las lágrimas tienen en común es que ambas hacen parte de sentirse vivo.

Queridos novenillos y decimillos: disfruten de todas las clases difíciles, porque no hay nada mejor que la satis-

facción de mirar hacia atrás y ver que lo lograron. Van a ver que al fin y al cabo, vale la pena cada esfuerzo que hacen, y el sentimiento de orgullo después de lograrlo no se los quita nadie.

Querida generación 2023: compartir estos 14 años con cada uno de ustedes hizo parte de esa magia de vivir de la que tanto he hablado. Lo único que me queda para decirles es que aprovechen esta nueva etapa de la vida y vivan cada momento al máximo.

Queridos profesores: gracias por haberme acompañado en esta etapa de mi vida y por haberme enseñado que esta magia no se puede lograr sin pasión. Me llevo cada aprendizaje para toda la vida.

Querido semestralizado: les voy a dar un consejo: ríen, bailen, canten, lloren, hagan el oso. Disfruten cada momento de la vida porque no hay nada que perder. Las cosas buenas van a quedar por siempre en la memoria. Y no le tengan miedo a las cosas malas, al fin y al cabo ellas son las que nos ayudan a crecer y las que nos acercan a la mejor versión de uno mismo. Gracias.

///

Juan Manuel Rojas

“Nosotros no decidimos el país que recibimos, mas sí cómo lo queremos dejar.”

Buenos días a todos, mi nombre es Juan Manuel Rojas, voy a es-

tudiar Ingeniería de Sistemas y la única decisión que tengo clara sobre mi futuro es que voy a estudiar en Colombia. Y estoy seguro de que eso no va a cambiar. Nunca se me ha venido a la cabeza estudiar o vivir en una ciudad que no sea Bogotá. Y aunque las oportunidades que el mundo nos ofrece sean amplias, siento que la mejor oportunidad la tenemos aquí enfrente y muchas veces no la valoramos. Rubén Blades, en su canción Plástico, junto a Willie Colón dice : “Oye latino, oye hermano, oye amigo, nunca vendas tu destino, por el oro ni la comodidad”. Y para mí esto no puede tener más sentido. No me visualizo en un lugar el cual no sea Colombia. Porque amo este país y mi mayor alegría sería seguir creciendo junto a él. Y aunque vivir en otro país sea más fácil y cómodo, no dejaría de vivir en Colombia.

Directivas, Profesores, Nogalistas y en especial Promoción 2023 : En el mundo las posibilidades que tenemos son infinitas y gracias a nuestro trabajo tenemos las puertas abiertas para triunfar, pero ¿por qué triunfar en otro lugar el cual no sea Colombia? Colombia es mi país y no puedo estar más orgulloso de eso. No quiero vivir en un país que no sea Colombia, porque sé el potencial que tiene esta nación. Y se que algún día lo encontraré y lo miraré con mis propios ojos. Lo que más agradezco a Los Nogales es que han modelado la persona la cual soy hoy y me han dado a entender la vocación de servicio y el

compromiso que tengo con Colombia, como muy bien explican en su misión.

No soy una persona que agradezca todos los días por lo que tiene, pero sí tengo claro que no necesito nada más. Mi familia, mi futuro, mis pasiones están aquí. Mi vida la he construido aquí. Por eso no me cabe en la cabeza, ¿por qué me iría a otro lugar? ¿por qué me iría a otro lugar que no fuera Colombia?

Sé que cada uno de ustedes tendrá sus razones para irse y aunque sean totalmente válidas, me da impotencia ver esto, porque están perdiendo su identidad. La identidad que han creado estos catorce años, la van a dejar ir. Perderán esa identidad colombiana que si o si tienen. Y no solo eso, todas esas amistades que han creado y cultivado a lo largo de su vida. Y la crítica no es en ningún momento hacia los otros países, porque se las diversas habilidades que se pueden conseguir en el exterior y la gran experiencia que es, la crítica va hacia ustedes. Porque con este discurso, al menos les quiero hacer caer en cuenta de lo que están dejando ir y tomar conciencia que aunque no estén en el país, es su deber seguir ayudando a construir a Colombia. No perder ese nexo de comprensión de país. Pensar un mejor mundo desde cualquier disciplina con un aporte a Colombia. Nosotros no decimos el país el cual recibimos, más si como lo queremos dejar.

Les voy a poner un ejemplo, concretamente de solo mi día de hoy: mi desayuno fue una arepa con que-

so y un café con leche. De camino al colegio, me sumergí en un trancón que me acompañó toda la mañana. Preocupado por si alcanzo a llegar temprano a mi discurso, en la radio suena el himno nacional, un poco de vallenato y algunas salsas que bailé en el Candelazo. Llegué al parqueadero y como es costumbre me quedé embobado viendo el celular. Viendo la convocatoria de Millonarios para la final de mañana y de paso aprendiéndome las 70mil instrucciones para que todo salga perfecto en el ensayo de hoy. Me doy cuenta de que se me está haciendo tarde para mi lectura y en mi caminata diaria de diez minutos, debido a no tener parqueaderos, me pregunto: ¿cómo harán los nogalistas para vivir en un país que no sea Colombia? ¿Cómo harán los nogalistas para no ser esa persona que han construido a lo largo de su vida?

Sinceramente, esa respuesta aún no la sé, pero me he dado cuenta de que ya estamos acostumbrados a Colombia y al acostumbrarse perdemos esa noción de que todo está bien. Porque aunque haya mil comodidades más, el sentido de pertenencia jamás se pierde. Y aunque haya mil imitaciones nada será igual que aquí. No valoramos que en esta nación lo tenemos todo. Y estos simples detalles son los que hacen mi días únicos. Porque las cosas que tiene este país son increíbles. Las cosas que amo de Colombia son infinitas. Porque el lenguaje, la cultura, la gastronomía, los bailes, la música y sobre todo la gente es lo que más amo de esta nación. Y se que dentro de cada uno de

ustedes, existen pensamientos que se mueren por este país.

Por esto les pido que cuestionen muy bien su futuro, piensen a donde quieren llegar y sobre todo desde dónde quieren empezar. Porque la decisión de dónde van a estudiar, aunque parezca pequeña, va a empezar a modelar todo su futuro. Y les dejo la frase del comienzo, no vendan su destino por el oro ni la comodidad. Muchas gracias.

///

Samuel Sáchica

Para fortuna de los profesores más longevos del colegio, esta va a ser la última vez en un buen tiempo que verán a un Sáchica parado frente a este atril leyendo un discurso.

No pregunten qué tan buenos estudiantes fuimos, porque la verdad: nunca fuimos buenos estudiantes, nunca tuvimos las mejores notas, nunca fuimos los mejores deportistas ni los más participativos, en otras palabras, entre los 4, solo tenemos un trofeo de deportes, de los 8 AP requeridos para graduarnos solo hicimos 4 y por nuestra culpa, los supuestos 112 semestres que tenía que pagar mi Papá en sus 28 años en el colegio, se incrementaron a 117.

Las incontables veces que mi mamá estuvo en rectoría firmando diferentes documentos o las múltiples veces que nos encontrábamos con la mayoría de profesores en remediales, creo que demuestra el tipo de estudiante que éramos.

Pero, no significa que no hayamos aprendido nada, al revés, creo que aprendimos mucho y por mi parte al ser el último hijo, considero que no solo aprendí las enseñanzas que me han dejado mi paso por el colegio, sino que también las que el colegio les dejó a ellos.

Si fueran a preguntarme ¿qué ha sido lo más importante de todo lo que he aprendido?, sin problema alguno, respondería, que cualquier momento es bueno para reír.

Muchas veces nos amargamos por cosas innecesarias, nos ponemos malhumorados sin razón alguna y nos olvidamos de reír. Cuando muchas veces una simple risa nos puede sacar de conversaciones incómodas o de situaciones tensas. La risa aunque sea por un par de segundos nos transporta a nuestro lugar feliz y nos hace escapar de la dura realidad.

Según Schopenhauer lo único constante en la vida es el sufrimiento, todo lo que hacemos, lo hacemos con el fin de quitarnos el sufrimiento. Todo lo que nosotros consideramos como felicidad son solo pequeños instantes en los cuales ese sufrimiento está siendo opacado pero en la realidad nosotros no somos felices, solo tenemos momentos felices. Estos momentos aunque pueden ser repetitivos, no duran por mucho tiempo; y de acuerdo con Schopenhauer no hay cura para esto.

Personalmente yo no estoy de acuerdo con esto, sí, no les voy a negar que de vez en cuando hay que sufrir, hay que chupar dolor, pero creo

fielmente que todo esto se puede aliviar riendo. Miren se los dejo así de simple: ¿ustedes no se sienten mejor cuando se le ríen en la cara a un amigo por haberse sacado peor nota que usted en un examen que ambos se volaron? Y no me vengan a decir que eso es irrespetuoso porque todos alguna vez le han dicho a su amigo “CHUPE, LE GANÉ” y se ríen; vieron, ahí su momento de sufrimiento fue opacado por la risa; lo bueno de esto es que después de reír usted se siente más tranquilo consigo mismo y se le va a olvidar la nota. Su día va a mejorar y va a ser feliz. Claro, a su amigo le tocó sufrir, pero tendrá otra oportunidad donde se podrá vengar de usted. Lo importante es que se ríen los dos.

Quiero que se tomen un momento y piensen en el último problema que tuvieron que afrontar, ¿cómo reaccionaron? Seguramente reaccionaron de la forma más automática posible, se pusieron bravos, lloraron, o solo se estresaron. reaccionar de esta manera no está mal, para nada mal, pero no les hubiera gustado responder este problema con una risa o con un: listo, la cagamos, jaja chistoso, nada que hacer, jaja, ya aprendí, jaja ya tengo otra anécdota para contar, jaja. No tenemos tanto tiempo en este mundo para estar todo el día de mal humor, ríen.

Ríen cuando están con sus amigos, ríen con su familia, ríen cuando se echen un examen, ríen cuando se caigan, no importa lo que pase, ríen. Hay un viejo refrán budista que dice “Si un problema tiene solución para

qué preocuparse y si no tiene solución para qué preocuparse?” Con su permiso, a mí me gustaría cambiarlo un poco: “Si un problema tiene solución, rían y si no lo tiene, rían aún más duro”- Amén.

///

Simón Sales

“Cada uno de nosotros tiene su propia historia de éxito, un camino que fue totalmente diferente al de la persona que tiene al lado pero que merece ser celebrado.”

Debo confesar que, al pensar en este discurso, sentí una mezcla de emociones. Siendo sincero, nunca fui el más entusiasmado con la idea de pronunciar un discurso formal y serio. Siempre he sido más afín a un enfoque más suelto y menos formal. Por eso, he decidido abordar esta ocasión como si fuera un brindis en vez de como un discurso. En vez de escuchar un discurso, los invito en cambio a participar de este brindis. Estando a 15 días de que los 2023 nos graduemos, considero que este es un momento para pensar sobre todo lo que nos han dado forma como individuos.

Pero más allá de eso, es un momento para celebrar todo lo que hemos vivido y anticipar lo que nos espera. Cada uno de nosotros tiene su propia historia de éxito, un camino que fue totalmente diferente al de la

persona que tiene al lado pero que merece ser celebrado. Por eso, invito a todos los que han formado parte de esos caminos a que alcemos nuestras copas imaginarias para brindar por haber llegado a este punto de nuestra vida.

Me gustaría comenzar brindando por estos 14 años, no fueron los primeros ni los últimos, pero hicieron gran parte del camino y eso nunca se podrá cambiar. Para bien o para mal, estos años nos hicieron lo que somos y no celebrarlos sería no celebrar nuestra propia persona.

Brindo por todo lo que logramos aprender. Por las tablas periódicas, los teoremas matemáticos y las partes de la célula. Pero también por las lecciones un poco más duras: por aquellas que no se pueden aprender dentro del salón, por las que no tienen video en Khan Academy, por aquellas que su aprendizaje te termina mostrando quién eres como persona y por aquellas en las que el profesor termina siendo la vida misma. Esas que se aprenden en un cuarto de hospital, en una casa vacía, en una noche solitaria o en la ausencia de un simple saludo.

Brindo también por los amigos. Por los buenos que nos llevaremos para toda la vida, y por los no tan buenos que es mejor cortar. Por los momentos vividos, y las malas decisiones tomadas. Porque si hay que caer es mejor hacerlo todos juntos. Por celebrar a esas personas que por encima de todo fueron apoyos y nos alegraron una que otra vez.

Brindo por los profesores, porque si logramos salir de aquí es mérito tanto nuestro como de ellos. Por los buenos profesores que nos cambiaron la vida, los malos profesores que nos enseñaron a afrontarla, y los no tan buenos- no tan malos que si estoy aquí hoy quiere decir que cumplieron con su trabajo.

Igualmente brindo por todas las demás personas. Por las que alguna vez, de alguna manera cambiaron nuestra vida pero no se les puede poner la etiqueta de amigo. Por las que quizás no conocimos bien y por las que de pronto conocimos demasiado. Por esas personas que nos hicieron bailar salsa y por aquellas que en cambio nos hicieron entenderla. Por los amores, los desamores, los odios y los perdones.

Brindo por todos los momentos únicos que vivimos. Por las traspachadas estudiando para aprender y los traspachones haciendo algo más para olvidar. Por levantarse a las 4 de la mañana y por acostarse a las 4 de la mañana. Por los partidos de uncoli, las chispas, las presentaciones de la banda, los modelos de onu, las noches de gala, las izadas de bandera y todas las otras cosas que están llegando a su fin pero siempre nos llevaremos de esta etapa de la vida. Por esas cosas que es probable que la vida misma no deje que vuelvan a pasar pero que por eso tienen un valor único.

Brindo por las cosas difíciles que tuvimos que pasar. Sé que detrás de cada diploma emitido por este colegio hay una cantidad de dificultades

que tuvieron que ser superadas por cada uno. Cada quien peleó su propia pelea y si estamos aquí es porque vencimos, así que lo único que podemos hacer mirando atrás es celebrar nuestra propia tenacidad.

Brindemos por la incertidumbre y por el futuro. Celebremos no tener ni idea que vamos a hacer o donde vamos a estar. Brindemos por la belleza de comenzar una vida a nuestro criterio. Por saber que no es una competencia y que lo único que podemos hacer es gozar del camino sea cual sea. Emocionémonos por un futuro que tiene grandes etapas igual que esta. Seamos conscientes que esto es solo un comienzo, y la vida nos está guardando muchas sorpresas en el camino que solo vamos a poder ver si aceptamos seguir adelante.

Brindemos por ver el futuro con emoción y por ver el pasado con gratitud. Abracemos lo que fue, y llevémonos lo bueno para el futuro. Es un poco tarde para cambiar quien fuimos y es un poco inútil lamentarse, así que lo que queda es celebrar y acoger a esa persona que somos nosotros y alzar la copa por ello. En fin, Salud.

///

Mathias Sanabria

“Finalmente tras haber pasado por esos tres aspectos de la naturaleza de la derrota, para mí un buen perdedor en verdad es aquel que es capaz de reconocerle el triunfo a otro.”

Cuando nos hablan de los aspectos de la naturaleza humana nos mencionan muchas cosas, entre ellas factores como los sentimientos o la racionalidad, pero yo nunca he oído a alguien decir que dentro de esas características o comportamientos con los que los seres humanos venimos por default o de fábrica esté la intolerancia a perder, y yo seriamente creo que es así, a nadie le gusta perder en nada, piénsenlo. Lo más curioso del asunto es que la vida en sí está casi que diseñada para eso, para que de una u otro forma en la gran mayoría de casos haya un perdedor y un ganador, o tal vez no siempre un perdedor, pero sí o sí tiene que estar el infaltable ganador. Así estos serían algunos ejemplos para que vean en todo lo que está presente este concepto de la pérdida. Uno puede perder tiempo, se pueden perder materias, semestres, años, partidos, finales. Uno puede perder oportunidades, plata, personas que uno aprecia, cosas materiales. Uno puede perder la libertad, algunos derechos, ciertos beneficios e incluso, siendo crudamente realistas, hasta la misma vida la perdemos en algún punto todos.

Como decía anteriormente a nadie le gusta perder y lo que pasa es que hacerlo significa que hay alguien mejor, significa que alguien fue más eficaz, estuvo mejor preparado, sabe más, es más rápido, a fin de cuentas, hubo alguien que sobresalió más y eso es un poco molesto, pero la magnitud de esa molestia si va a depender de cada uno y de en qué perdemos, porque si lo hacemos en

algo que realmente nos importa, la molestia seguramente va a ser mayor que si perdemos en algo que no nos quita el sueño y así pasamos todas nuestras vidas. Es ahí cuando la terquedad humana es positiva, aunque llevemos perdiendo desde que nacemos, a los 99 años seguimos sin acostumbrarnos a sentirnos perdedores. Ese abuelito de 80 años que desde pequeño es hinchado de Millonarios lleva 80 años viendo a su equipo perder y sintiéndose perdedor, pero aún así él sigue viendo los partidos sin importar que eso no cambie. Entonces esa falta o poca popularidad de la resignación ante el fracaso saca a flote un término muy confuso, especialmente para los más pequeños, el buen perdedor.

Toda la vida nos han dicho que un buen perdedor ¿Qué? Pues acepta la derrota. Una vez más, eso en papel es muy bonito, pero realmente aceptarla, especialmente si es en un aspecto realmente importante para uno, es difícilísimo. En mi caso aceptar que a mucha gente le fue mejor que a mí en el examen de Química pues es relativamente fácil, si, cagada, pero verdaderamente no me quita el sueño ser la mejor nota de Química, sería buenísimo pero por x y z no es así. En cambio, para yo aceptar que el equipo de fútbol en el que juegue pierda un partido me cuesta mucho aceptarlo, y así seguramente le pasa a cada uno de ustedes dependiendo de sus gustos y otros factores varios. A lo que voy con esto es que uno debe entender la derrota, ser lo suficientemente cabeza fría para

pensar que pasó. Muchas veces uno llega a una respuesta clara y concisa, me hizo falta tal y tal cosa, pero otras veces esa respuesta no es tan clara o simplemente es algo que a uno solo se le sale de las manos y no puede hacer nada al respecto. Más allá que aceptarla, es entenderla y voy a aprovechar para citar a un gran referente del fútbol colombiano. A Francisco “Pacho” Maturana le faltó esa dimensión FINES de lectura de contextos en el momento en el que en una rueda de prensa después de haber perdido un partido con la selección colombiana dijo lo siguiente: “Perder es ganar un poco”. Para quienes no sepan Maturana fue el director técnico de la selección colombiana por muchos años y salió campeón de la Copa Libertadores con Atlético Nacional, pero decir esta frase tras haber perdido le sonó a todo un país como una excusa chimba que intentaba salvar un barco que ya se estaba hundiendo. Claramente mucha gente le cayó encima y con toda la razón, pero a fin de cuentas “Pacho”, como le dicen los amantes de su proceso y sus equipos, tenía razón, solo no era ni el momento ni el lugar para una reflexión de tal magnitud. Esa pequeña ganancia que tenemos tras la derrota es lo que nos ayuda a entenderla y a procurar que el error o sea cual sea la causa que haya producido la pérdida no se repita siempre y cuando sea posible y esté a nuestro alcance. Esto es lo que debemos extrapolar de la situación en la que estemos para cumplir con uno de los aspectos que hacen a un perdedor realmente bueno.

Así mismo como las victorias son importantes, es otro factor del buen perdedor darle la importancia que merece a la derrota. A veces esa derrota va a requerir de un espacio de llanto, o de bajones emocionales, de reflexiones profundas o ¿por qué no? Risas. Lo importante es que tanto victorias como derrotas tengan su respectiva importancia y todo lo que estas puedan desencadenar se dé con normalidad y sin intento de retenerlas porque eso puede ser peor para uno, esa represión no trae cosas buenas.

Por último, para terminar con este perfil de lo que yo creo sería un buen perdedor en la vida, lo más difícil es finalmente enfrentarse o relacionarse con el ganador una vez todo ha terminado. Voy a hacer una confesión. Jugando fútbol de manera competitiva solamente voy y le doy la mano a todo el equipo rival cuando mi equipo gana. Si mi equipo pierde suelo ir a darle las gracias a los jueces y al técnico del otro equipo, si me encuentro a un jugador rival en ese trayecto o ellos vienen a buscarme muy respetuosamente les doy la mano, pero si perdemos, por iniciativa propia eso nunca me pasa. Esta es una clara muestra de un gesto antipático y claramente de un mal perdedor, pero me cuesta tanto aceptar que no he sido capaz de cambiarlo aunque también soy testigo de que no soy al único que le pasa y que de hecho es algo bastante común. Esto para mostrarles algo que seguramente todos aquí conocen y lo han sentido por lo menos una vez en la vida. Y es que es realmente difícil, llegar y acep-

tar eso de primerazo no es tan fácil como puede parecer. Finalmente tras haber pasado por esos tres aspectos de la naturaleza de la derrota, para mí un buen perdedor en verdad es aquel que es capaz de reconocerle el triunfo a otro y le da su lugar e u experiencias incuantificables. Intenten ser buenos perdedores, si alguno se considera buen perdedor, mis respetos. Si definitivamente no, así como yo solo nos queda seguir viviendo e intentar llegar a ese estatus, pero sin afanes ni estrés que eso lo empeora todo. Gracias.

///

Daniela Solano

“...dejarse consumir, dominar o mucho peor, cohibirse por el miedo es el camino que debemos evitar a toda costa.”

¿Qué tanto pensamos en aquello que nos aterraba cuando pequeños? Y cuando hablo de terror, me refiero a aquellos miedos profundos e inminentes que nos acechaban sin falta, que nos robaban el sueño, que nos hacían sudar, que nos atormentaban. Miedos racionales, irracionales, ficticios, infligidos, unos más graves que otros. Empezando por las películas de terror y los payasos, miedos nivel principiante. Para otros, el monstruo debajo de la cama, la sombra mirándolos desde el closet, dormir de espaldas a la

puerta, quizá? Miedos nivel intermedio. Para algunos, si no la mayoría, el clásico, el miedo a la oscuridad. Así como los miedos a las serpientes, las arañas, las tormentas, los espacios pequeños, las alturas, entre varios otros. Todos miedos un poco más superiores en su respectiva medida. Por último, los miedos destructores, capaces de reducirnos a lo más mínimo, como el dolor físico, la pérdida de un ser querido, la soledad, el fracaso, la pobreza, el rechazo y sin duda la muerte. Frecuentemente, no nos damos cuenta de dicha evolución de los miedos con el pasar de los años. Suponemos lógico que por el simple hecho de crecer dejamos de temer al monstruo debajo de la cama o que realmente estamos tranquilos a solas en la oscuridad, pero qué tan acertado es esto?

Recuerdo con claridad uno de los miedos más abrumadores que sentía cuando pequeña. Un miedo que surgía cada vez que entraba a la piscina o al mar. Solía temer que, de alguna manera, apareciera un tiburón que me persiguiera y me atacara. Me daba pánico la sensación de anticipar un dolor físico y el de la impotencia de no poder salvarme a mí misma. Y por más imposible que fuera que dicha situación se presentase, la racionalidad no era ningún tipo de alivio, mucho menos las fallidas palabras de mis papás en un intento de explicarme cómo un tiburón no sobrevivía al cloro o al agua dulce. Recuerdo la intranquilidad y paranoia con la que entraba al agua, masoquista y

todo, pero igual me metía. Podía no ser capaz de nadar tranquila, de sumergirme con los ojos cerrados, de nadar muy lejos de la orilla, de darle la espalda al centro de la piscina, pero, sin embargo, nunca dejaba de entrar al agua. Todo se intensificó un día en la playa cuando en broma alguien decidió gritar que había visto un tiburón. En ese momento, la adrenalina generada por mi cuerpo, un sentimiento que aún no olvido, hizo que nadara a toda velocidad hacia la orilla, temiendo cada segundo sentir como me alcanzaba el tiburón y me mordía. Irónicamente, ese día algo cambió. Por fin decidí hacer algo al respecto, pues dije, si esto llega a pasarme qué mejor cosa que estar preparada. Entonces, después de una investigación bastante inspirada, descubrí que se podía herir a un tiburón pegándole en las branquias o en los ojos. Sin embargo, el pequeño detalle recaía en que la única manera para poder lograr aquello, el tiburón, debía estar a mi alcance o en otras palabras, yo al alcance de él. Por eso tuve que tomar la decisión, que de ocurrir, no huiría del tiburón porque tenía más probabilidades de ganar si me defendía a que si trataba de escapar. Tener un plan de acción fue lo que poco a poco me llevó a superar este miedo. Después de constatar que los tiburones efectivamente no viven ni se esconden en las piscinas, crecí un poco más y se me presentó la oportunidad de afrontar otro miedo. Gracias a la pandemia, tuve el singular chance de aprender a

disfrutar de la soledad o pues de mi propia compañía, digamos que a través de la oscuridad. Fue como matar dos pájaros de un tiro. El confinamiento me llevó a concientizarme de que la única persona con la que estaría obligada a convivir constantemente por el resto de mi vida era yo misma, los demás vendrían y se irían, o en el momento, estaban lejos por fuerza mayor, por ende comprendí que yo era mi única certeza. Por la misma época, noté que me estaba agobiando la luz. Tal vez de estar tanto tiempo pegada al computador y a las pantallas, pero me di cuenta de que el único descanso venía genuinamente cuando estaba a oscuras. Fue así como con la ayuda de mi ventana, y la tenue luz que entraba de la calle, logré sentirme cómoda en la oscuridad a solas, y el miedo desapareció.

Se preguntaran entonces, sobre la relevancia del relato de mis miedos del pasado. Y la verdad es que casi en su totalidad recae en hacerles pensar sobre los suyos propios. Pensar en mis miedos me llevó a identificar un patrón que con suerte ya habrán visto con mis historias y es la evolución de los miedos. Cuando subitamente dejamos de temerle al miedo conocido y surge uno nuevo. Esto es la prueba de que ningún miedo acaba siendo trascendental, por más que lo parezca en un momento. Cuando tenía 8 años pensé que no iba a poder meterme jamás en una piscina con tranquilidad. Antes de la pandemia no sabía cómo estar sola. Pero todo aquello pasó. En virtud del tiempo,

de la edad, la conciencia o las circunstancias, pero pasaron, los miedos pasaron.

En el pasado cercano y les confieso que aún en el presente he sufrido de uno de esos miedos nuevos, el miedo al futuro incluso al fracaso. Mis propias expectativas, mis sueños, mis deseos, las notas, la universidad, el reconocimiento, la satisfacción, son todos aspectos que alimentan este miedo. Y sin embargo, ninguno es tan aterrador como la incertidumbre. Y menciono esto porque sé que para muchos, sobre todo, mis dilectos compañeros de curso, se nos avecina una época de la que esperamos mucho o poco, pero definitivamente esperamos. Sin embargo no sabemos, no podemos saber y me parece que es válido tener miedo. Para mis amigos que se van del país, se vale aún más sentir miedo. Todo esto me ha hecho sentirme identificada con lo que decía Schopenhauer acerca del mundo en el que vivimos, uno lleno de sufrimiento, pues dentro de este, entran los miedos. Todos podemos estar de acuerdo con que el sentimiento del miedo es verdaderamente agobiante, desgastante, agotador y sobretodo acechante, como que de alguna manera logra inmiscuirse en cada aspecto de nuestra vida y mancha por poquito o mucho que sea nuestra tranquilidad, nuestra existencia. Thomas Hobbes dijo que el miedo es un movimiento de repliegue, de refugio o ensimismamiento. Y siento que precisamente eso es lo peligroso

del miedo. Que cuando lo tenemos, buscamos de alguna manera refugiarnos en nosotros mismos logrando convencernos de que es más grande que nosotros. Cuando realmente no lo es, simplemente es el miedo mismo hablando. Aunque francamente creo que nunca dejamos de tener algún miedo en nuestra vida, sea cual sea pero está, así sea de manera intrínseca o inconsciente, lo único que sé es que dejarse consumir, dominar o mucho peor, cohibirse por el miedo es el camino que debemos evitar a toda costa. No puedo idear o establecer una solución concreta para el miedo, una fórmula mágica, pues no la hay, es algo realmente complejo ¿cuándo se detiene? Sencillamente no lo hace. Lo que sí puedo hacer es asegurarles que así como nos ha pasado, en un tiempo, el que sea, dejaremos de temerle a lo que le tememos ahora, así como dejamos de temerle al famosísimo monstruo debajo de la cama. El miedo existe para ser combatido, no es nada más que un estado transitorio, y la próxima vez que lo sientan, acuerdense de eso. Gracias.

///

Samuel Torres

“A través de este discurso les mostré que la vida no es una pared entre el blanco y el negro. Es una escala de color. Yo prefiero vivir ahí.”

Escena 1: Nuestro protagonista entra a un lugar desconocido llamado “Colegio Los Nogales”. Después de conocer el Anglo, el Francés, el Leonardo Da Vinci, el San Jorge e incluso el San Bonifacio de las Lanzas de Ibagué, María Pia y Sergio, por obra del destino, decidieron meter a Samuel a este lugar recóndito en la calle 202 con 56. Poco sabía él que su relación con este lote encerrado por rejas verdes sería la más estable que tendría en 14 años. El parque con árboles, el ropero lleno de disfraces, el triángulo de espejos y las cajas llenas de marcadores lograron convencer al Samuel de 4 años de quedarse aquí.

El primer recuerdo de nuestro protagonista en el colegio fue: llegar tarde. Así es, llegué tarde a mi primer día de clases.

Los primeros años de vida de nuestro pequeño protagonista estuvieron marcados por llanto, mucho llanto. Samuel lloraba mucho, lloraba por todo. A veces por tragedias infantiles, a veces por puro placer. Sin embargo hay personas que te mejoran al cien la vida con solo su llegada al mundo. La mía se llama Sara Torres y es mi negrita más hermosa que haya visto.

También en la vida llegan personas que estarán ahí para uno desde PJD hasta 11, soportando todas sus lloradas. ¿Ustedes tienen a alguien así? Yo sí, se llama María Andrea Vallejo.

Escena 2: Nuestro protagonista entra a un mundo hostil llamado: Primaria.

La primaria en el Colegio Los Nogales no fue color de rosa para nuestro

protagonista. La separación de sus padres, la complejidad de la relación con su papá y la pereza de escribir 10 oraciones completas, desencadenó la desesperanza de los profesores hacia sus habilidades. “Samuel tú eres muy perezoso” “Samuel eres un mediocre por no hacer tres tareas” “Samuel vamos a hablar con tus papás porque todavía no te aprendes el orden de operaciones” “Samuel si no juegas futbol no vas a tener amigos, eso hacen los hombres”. Profesores, sé que hacen el mejor esfuerzo, pero es muy importante prestar atención a los comentarios que hacen, pues son poderosos.

Sin embargo la vida me ha mostrado que los profesores no están encasillados en lo anterior. Existen profesores que son tus mejores amigos y te dan consejos amorosos. Existen profesores que te valoran como persona a través de un IWA o un IRR. Otros que te demuestran que puedes con todo lo que te traiga la vida enseñándote el túnel de la mol y poniendo caritas felices cada vez que sacas más de 80 en un examen. También están los que te ayudan a soñar a través de un college selectivity. Y nunca faltan los que te dicen que todo puede estar peor cuando lloras en su oficina y te dan una chocolatina jet para calmarte.

Escena 3: Nuestro protagonista se aventura a la peor época de vida: la pre-adolescencia La preadolescencia es lo peor. Los cambios en madurez, en voz y en gustos de Samuel comenzaron a salir a la luz y a consolidarse. La poca esperanza por parte de sus profesores continuó durante todo 5 y 6 con comentarios como “Samuel yo creo que

deberías buscar otro colegio, la verdad es que inglés no lo vas a pasar”.

Hasta séptimo, fue un martirio interna y externamente pero esta vez Samuel encontró al misterioso Juan Carlos Caicedo quien le dijo “Samuel tu puedes solo eres terco y negado.” No importó cuantos comentarios ofensivos y humillantes le hicieron a Samuel; con solo una persona que creyó en él todo comenzó a subir y a mejorar. Gracias Juan Carlos, mi mamá dice que me salvaste la vida. Y así con unas frases de motivación Samuel encontró su pasión por las Relaciones Internacionales, los Modelos de ONU, el musical, logró ir de intercambio, aprendió a bailar (así como en candelazo) y comenzó a estar tranquilo con él mismo.

El Samuel de esta época es el más parecido al de ahora. Recuperó su seguridad en sí mismo, su complejo de superioridad, su personalidad extrovertida que lo caracteriza y que la mayoría de las veces no tiene sentido. Comenzó a entenderse a sí mismo y a lograr entender a los demás.

También en la vida hay personas que hacen bailarte la vida. De esas que parecen entrar a tu vida bailando mapalé con un sombrero morado. De esas personas que todos los profesores creen que son novios. Bueno, ¡sí sigo buscándote novio, no te preocupes.

Escena 4: Felicitaciones. Ha entrado en la época de COVID. Aquí nuestro protagonista estuvo toda la cuarentena en Ibagué. Viviendo allí Samuel se tuvo que adaptar al estilo de vida conservador y religioso que

tanto caracteriza a su familia. Samuel tuvo que aprenderse todos los misterios del rosario, aprender a cocinar al gusto de su abuelita, enseñarle a usar el celular a dos señoras de 70 años y rociar todas las plantas de una casa con 3 jardines.

También tuvo que acostumbrarse a otro tipo de cariño, uno que no da abrazos; de galletas oreo y te regaña cuando estas jugando con la chapa de la puerta. Uno que jamás dirá “te quiero” porque no cree que el amor se transmite a través de las palabras sino a través de acciones. A su vez Samuel muy raramente da un beso o un abrazo y mucho menos dice “te quiero” aún que en verdad lo sienta. Por el contrario da galletas, plataniños, conversaciones de 4 horas, risas, se toma selfies espontáneas y regaña fuerte. Samuel comenzó a gozar la nueva época del colegio donde nadie está detrás suyo, y puede estar tranquilo porque las cosas dependen de él. Comienza a ir a fiestas, a crear nuevas amistades, a tener fracasos amorosos, a mejorar en las clases y a llenarse de ilusiones.

También en la vida hay personas que son manos derechas e izquierdas. Personas que te lo dan todo. Esa persona que es la favorita de tus papás y todavía los shippean. Esa persona que es un amigo pero se siente como familia. Atesorenlas, porque esas personas son las que te hacen crecer y la mía se llama Manuela Vargas.

Samuel evoluciona de ser vulnerable y frágil a ser fuerte, decidido, centrado y riguroso. Lo que más engullece a Samuel es su proceso y

crecimiento. Él está orgulloso de saber que el Samuel Torres de PJD no es el mismo de 11. Ahora nos acercamos al final de esta historia.

FINALE:

Muchos definirían 11 como finale. Esa canción que suena al final de cada musical indicando que ya es hora de dar la venia, cerrar el telón, y esperar al próximo año a elegir un nuevo musical. Solo que en mi caso, y en el de cualquier persona que ha pasado por 11, no existe un próximo año. No hay una siguiente función, no hay más ensayos hasta las 2 de la mañana, no hay más círculos para decir nuestros nombres y nuestro signo zodiacal. Bueno no por ahora y no será con ustedes.

La gran mayoría de los discursos que he escuchado en los últimos tres años abordan el final de 11 como un acantilado enorme hacia “el mundo real”. Yo no lo veo así. Entiendo que llegar a 11 es el final de mi vida en Nogales como estudiante pero es la puerta a una vida completamente nueva y completamente distinta.

Raulito me dijo que la vida era más larga de lo que pensamos; que la vida no era exactamente una clase de matemáticas donde nada parece tiene sentido, sino que esta es duradera en donde pasan muchas cosas, y que esto es solo una mínima parte de lo mucho que me falta por vivir. Esto además de darme tranquilidad, me da un sentimiento inexplicable de felicidad. Puede sonar raro. Pero estoy feliz de saber que después de Nogales hay más vida, más personas y más experiencias.

Las personas más cercanas a mi saben que puedo ser el más emocionado por graduarme. Que soy el más emocionado por comenzar esta nueva etapa de la vida donde, tal vez encuentre un mejor lugar en el mundo. Y no me malinterpreten; yo amo ser un ñoñogalista pero después de tantos años quiero salir de estas rejas verdes. Quiero comenzar de nuevo para poder ver de lo que mi 100% es capaz. Y a través de la estructura de una tragicomedia musical es que puedo tener mi cabeza tranquila y no perderla cada vez que mencionan el grado, mi discurso de 11, mi último primer día, mi último modelo de ONU, mi último musical o mi último día en este colegio. He decidido pensar que este es solo el comienzo de mi musical, que este apenas es el overture de mi vida. Esta es apenas la primera canción antes de que suba el telón.

Entonces, ¿a qué viene mi reflexión de hoy? Si estoy parado aquí, no solo es para que mis mejores amigos me escuchan, y se rían de ciertas anécdotas. Niños, como legado les quiero dejar dos cosas: 1) Curiosidad por la vida: Amen vivir (se que es más fácil decirlo que hacerlo), gocense esta etapa de su vida antes de que sea muy tarde. Vivan con emoción por lo nuevo, lo distinto y créanme, vivir sin resentimientos es vivir tranquilo con la vida, con uno mismo. A través de este discurso les mostré que la vida no es una pared entre el blanco y el negro. Es una escala de color. Yo prefiero vivir ahí. Donde el mundo es de colores, así como una caja de Froot Loops. Nada es necesariamente bueno o necesariamente malo. ¿O

alguna vez han visto un Froot Loop completamente blanco?

Y 2) Confíen en su proceso: no les hablo precisamente de notas. Confíen en que la vida tiene un plan para ustedes y que si están vivos no siempre es para triunfar, es para equivocarse, llorar un ratito y volverlo a intentar. Si no me creen mírenme a mí, no importó cuánto me dijeron que no servía para nada. No importó las veces que me perdieron la fe. No importó cuantas veces lloré por no tener amigos hombres. Si estoy aquí siendo quien soy es porque de alguna manera lo logré, salí adelante y logré ser una persona medio importante. Ahora, no me pregunten la fórmula para el éxito porque no sabría dárselas.

En el teatro mierda significa suerte. Así qué mierda mierda mierda querida promoción 2023. Deseenme toda la mierda del mundo en lo que sigue de mi vida.

Ahora sí. Qué me suban el telón. Que estoy más preparado que nunca para comenzar a vivir mi vida. Comenzar a bailar mi musical. Gracias.

///

Manuela Vargas

“Por eso me tomo la libertad de ser nuestro Cervantes y tomar la pluma con la que escribiré las líneas finales de mi discurso para decirles que nadie va a poder reescribir nuestra historia como generación, pero así como el Quijote, quedaremos eternamente en la memoria”.

Quisiera empezar leyéndoles mi actual poema favorito, “Melancolías”, de Mario Benedetti:

Como es sabido la melancolía
no es sinónimo de soledad
aunque una y otra lleguen
con un llanto sequísimo
una ternura en trozos
una tristeza que no tiene nombre
con la melancolía no se juega
sobre todo si sube desde los huesos
y se abre temblorosa y delirante
hay una melancolía que se engancha a la vida
y otra melancolía que se asoma a la muerte
pero los melancólicos no son candorosos
conocen por lo general de qué se trata
la asumen como una fiebre recurrente
como una propensión a la dulzura
o un modo inédito de respirar
normalmente
la soledad y la melancolía
tienen vergüenza de mostrarse
solo el amor les infunde coraje
y las convierte en pájaros de fuego

Querido semestralizado, especialmente querida generación 2023, ya este es el último día de discursos. Me acuerdo con detalle del primer martes de discursos cuando nuestras chaquetas todavía olían a nuevo y todos expectantes esperábamos al primer discurso de Linis. Ese fue el primer día que pude experimentar la ahora recurrente “fiebre de melancolía”. Les quiero contar que últimamente no parece detenerse la fiebre

y permea cada aspecto de mi día. Por ejemplo, cuando veo a mis little sisters ocasionalmente por el colegio y me asusta no volverlas a ver, o cuando Once espontáneamente cae a la terraza y se arma una mini fiesta y Rancho canta feliz cumpleaños o cuando Gabriel y Fluffi conmovieron a toda la banda con un tierno llanto en el último ensayo de banda.

Igualmente, Urquija ayer nos compartió su reflexión sobre nuestros “últimos”, por eso intento vivir el presente sin que la carga pesada de los recuerdos me aplaste. Simón, en la misma línea, brindó por “finalmente comenzar un futuro que nos pertenece únicamente a nosotros”, invocando así a un actor optimista dentro de todo el drama que la melancolía causa en mí al incluir un toque de presunta libertad. Pero son las 12:07 am y yo me encuentro en la misma situación de la que hablaba Alejandro, sentada escribiendo mi discurso, intentando poner en práctica el mensaje de Daniela, el miedo es pasajero y no debemos dejarnos inmovilizar por él.

Igual, parece que estuviese esperando la llamada milagrosa de la inspiración de Alejandro. Quizá mi llamada fueron los discursos de ayer, que resuenan mucho en mí, pues el contraste entre la melancolía de dejar una etapa atrás y brindar por aventurarse a la deriva, sin miedo, me hacen pensar: ¿cómo pueden convivir en mí la melancolía por los finales y la tranquilidad que me trae la noción de libertad hacia mi futuro?

Con el poema quisiera que ustedes

entendieran mi “fiebre melancólica”, ahora les propongo que guiemos nuestros pensamientos hacia la libertad como concepto y más tarde revisitemos este mundo central donde los recuerdos del pasado y la esperanza del futuro se pelean a muerte a ver quien controla las emociones.

Mi propósito no es ponerme con moralejas para infundir el mensaje de que todos podemos ser lo que queramos ser. Por el contrario, me llama mucho la atención la pregunta abierta sobre los límites de esta libertad. En mi destino hay cosas que se me escapan, pero hay otras que sí están bajo mi jurisdicción. La noción de que tengo poder sobre mi andar por la vida, me causa seguridad entre toda esta nube de pesimismo.

Sartre argumenta que no podemos culpar a circunstancias externas, a la sociedad o a factores deterministas por nuestras acciones. Incluso en situaciones difíciles o limitadas, seguimos siendo libres para elegir nuestra actitud y cómo responder a ellas, es lo que el filósofo francés llama estar “condenado a la libertad” que implica que no podemos evadir nuestra responsabilidad de elegir y actuar. Lo cual para nosotros generación 2023, se vuelve algo mucho más tangible y real al pensar en este “futuro que nos pertenece solo a nosotros mismos”, y estoy de acuerdo con Simón, esto es ocasión para brindar, pero también para reflexionar sobre qué tan capaces somos en este momento de agarrar las riendas de nuestras vidas más fuerte, ya que somos, al graduarnos, más responsables de nuestro destino que antes.

Cuando pienso en cómo vivir la libertad, se me viene a la cabeza la presunta locura del Quijote. Muchos pueden pensar que todas sus aventuras fueron producto de que algo le fallaba en la cabeza, pero yo pienso que él decidió perseguir su sueño y hacerlo real, despojándose de toda versión previa de él mismo que no se alineaba con su sueño de ser caballero andante. Contra viento y marea fue creando su mundo, siempre con la responsabilidad social de primeras para construir una sociedad mejor, personificando lo que más amaba, los caballeros andantes. Y esto, finalmente, transforma a Alonso Quijana en Don Quijote. Así como dijo Sebastián en su discurso, fue el capitán de su barco, lo transformó y lo condujo hasta la orilla deseada. Este personaje en completo ejercicio libre de su propia identidad, en el último capítulo me movió el corazón cuando me hizo comprender la posibilidad de la coexistencia de la fiebre melancólica y la libertad. En el último capítulo reaparece Alonso Quijana nuevamente luego de varios días de estar dormido y deja atrás todo rastro del espíritu aventurero del Quijote. Así el narrador y la pluma con la que se escribió el Quijote cierran las aventuras del caballero de la triste figura para siempre.

Al terminar de leer este final me mantuve en mi cama media hora intentando entender por qué fue tan especial para mí. Ahora comprendo que el Quijote me enseñó que la libertad verdadera lleva consigo la condena de acabarse, pero puede no ser tan dolorosa cuando uno mismo decide que la etapa ha llegado a su fin. Es así como mi melancolía por la muerte del Quijote se conectó con la que siento estos días, en los que ya podemos ver con claridad que debemos partir para seguir con nuestros nuevos sueños. Por eso me tomo la libertad de ser nuestro Cervantes y tomar la pluma con la que escribiré las líneas finales de mi discurso para decirles que nadie va a poder reescribir nuestra historia como generación, pero así como el Quijote, quedaremos eternamente en la memoria. Los amo.



COLEGIO LOS NOGALES

Portada:
Natalia Rodríguez, 11°

Oficina de Comunicaciones

2022 • 2023



COLEGIO LOS NOGALES